ALDOUS HUXLEY

ARTE, AMOR Y TODO LO DEMAS

Es una obra muy típica del peculiar modo de hacer del autor. Como en *Los escándalos de Crome*, le basta reunir a unos personajes en un lugar determinado y hacerles hablar, para conseguir una obra rebosante de inteligencia e intención. Su pluma, hiriente como un escalpelo, vivisecciona, con fría lucidez de científico, la realidad de unos seres que pretenden ocultar el rostro bajo la máscara de la hipocresía social. El marco deliberadamente refinado en que se mueven los protagonistas y su elevada categoría social e intelectual sólo sirve para acentuar el contraste.

Aldous Huxley

Arte, amor y todo lo demás

ePub r1.0

Titivillus 21.03.2019

Título original: *Thosi Barren Lea Ves*
Aldous Huxley, 1925
Traducción: Fernando Calleja

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

PRIMERA PARTE

VELADA EN CASA DE MRS. ALDWINKLE

I

La pequeña ciudad de Vezza se alza en la confluencia de dos torrentes que corren por sendas y profundas hoces desde las montañas de Apua. Turbulentos —pues aún recuerdan sus arriscadas fontanas— ambos torrentes, unidos en un solo regato atraviesan la ciudad; el silencio de Vezza es ruido incesante de aguas agitadas. Luego, el riachuelo cambia poco a poco de carácter, y las aguas, Era mansas como las de un canal holandés, fluyen lentamente a través de costaneros prados hasta fundirse con el sosegado Mediterráneo.

Dominando a Vezza, un monte audaz avanza como una cuña entre ambos valles. Cercana a la cumbre, rodeada de acebos y de altos ciprés es, que yerguen su negrura en medio de difuminados olivos, se alza una casa inmensa. Una fachada solemne y regular, de veinte ventanas de anchura, contempla la ciudad por encima de los bancales de olivos y expreses. Más allá de esta fachada se ven masas irregulares de edificaciones que trepan por la cuesta. Todo el conjunto está dominado por una torre alta y espigada que florece en su parte más elevada, según es costumbre entre las torres italianas, en profusión de salientes matacanes. Es el palacio de verano de los señores de Malaspina, antaño príncipes de Massa Carrara, duques de Vezza, marqueses, condes y barones de varios otros pueblos de los alrededores.

Es dura la cuesta que lleva desde Vezza al palacio de Malaspina, encaramado en la loma que domina a la ciudad. El sol italiano sabe brillar de poderosísima manera, hasta en setiembre, y los olivos dan menguada sombra. El muchacho de la gorra de plato y de la gran cartera de cuero en bandolera, empujaba cuesta arriba su bicicleta lenta y fatigosamente. Parábase de trecho en trecho, se enjugaba la cara y suspiraba. Mal día fue —pensaba—, negro, muy negro para los pobres carteros de Vezza, aquél en que la vieja inglesa, de nombre imposible de pronunciar, compró el palacio; y aún más negro el que decidió venir a vivir en él. En otros tiempos el palacio estuvo deshabitado. Un par de familias labriegas vivían en las dependencias, y nada más. Suponía esto menos de una carta al mes, y en cuanto a telegramas, nadie recordaba que jamás hubiera llegado un telegrama para el palacio. Pasaron aquellos tiempos venturosos, y ahora, entre las cartas, los periódicos y los paquetes, a los que se sumaban los telegramas, raro era el día, rara era la hora de cada día, en que

uno u otro funcionario de Correos no estuviera subiendo penosamente hacia la casa maldecida.

Verdad era —el muchacho continuó pensando—, que el llevar un telegrama suponía una liberal propina. Pero como él fuera muchacho sensato, puesto a escoger, prefería el descanso al dinero. El gasto de fuerzas no quedaría compensado por los tres francos que recibiría al terminar la dura ascensión. El dinero no produce satisfacción si hay que trabajar para lograrlo, pues si uno trabaja, no tiene tiempo para gastarlo.

Lo ideal —reflexionó, al volver a tocarse con la gorra y emprender de nuevo la subida—, lo ideal sería ganar un premio gordo. Un premio gordísimo.

Sacó del bolsillo un trozo de papel, que aquella mañana le había dado una mendiga a trueque de un par de *Soldi*. Estaba impreso con rimados vaticinios de buena suerte. ¡Y qué suerte! La mendiga se había mostrado generosa. Se casaría con la amada de su corazón. Tendría dos hijos, llegaría a ser uno de los más prósperos comerciantes de la ciudad, y viviría hasta los ochenta y tres años. Tenía poca fe él cartero en semejantes augurios. Únicamente el verso último le parecía —aunque difícil le fuera explicar por qué— merecer atenta consideración. El postrer verso contenía un consejo bueno y concreto:

Intanto se vuoi vincere

Un bel ternone al Lotto,

Giuoca il sette e il sedici,

Uniti al cinquantotto[1].

Leyó el verso varías veces, hasta aprenderlo de memoria; luego dobló el papel y lo guardó. Siete, dieciséis y cincuenta y ocho. Verdaderamente, estos números tenían algo en extremo cautivador.

Giuoca il sette e il sedici,

Uniti al cinquantotto.

Buenas ganas tenía de hacer lo que el oráculo mandaba. Era un amuleto, una fórmula de encantamiento para encadenar el azar: no podía uno perder con aquellos tres números. Empezó a pensar lo que haría cuando ganara. Acababa de decidir la marca del automóvil que se compraría —uno de los nuevos «Lancia» de 14-40 caballos resultaría más elegante, se dijo, que un «Fiat», y menos caro (pues, en medio de su gran riqueza, conservaba su

habitual parsimonia) que un «Isotta Fraschini» o un «Nazzaro»—, cuando se encontró ante la escalinata que conducía a la entrada del palacio. Apoyó la bicicleta contra la pared y llamó al timbre, al tiempo que suspiraba profundamente. Esta vez el mayordomo le dio solamente dos francos en lugar de tres. «Así es la vida», pensaba mientras bajaba a pedal a través de los plateados olivares, camino del valle.

El telegrama venía dirigido a *Mrs*. Aldwinkle, pero en ausencia de la señora de la casa, que había ido en automóvil con el resto de los invitados a la Marina di Vezza para pasar un día en la playa bañándose, el mayordomo llevó el telegrama a *Miss* Thriplow.

Miss Thriplow estaba sentada en un pequeño y oscuro cuartito gótico, en la parte más antigua del palacio, componiendo el capítulo catorce de la nueva novela, con la ayuda de una máquina de escribir «Corona». Vestía un traje de algodón estampado —inmensos escaques azules trazados como en el tartán sobre un fondo blanco—, muy alto de talle y de cumplidas y amplias faldas; un vestido a la par anticuado y tremendamente contemporáneo, de colegiala y atrevido, de recatada modestia y emancipado en grado sumo. La cara que se volvió hacia el mayordomo al entrar éste, era tersa, redonda y pálida, tan tersa y redonda que nadie juzgara que su dueña tuviese los treinta años que contaba. Eran sus facciones pequeñas y bien formadas, y castaños los oscuros ojos. Llevaba el pelo, casi negro, tirante, atusado y sujeto en la nuca en un gran moño, dejando al descubierto orejas diminutas y blanquísimas. Era una cara inexpresiva, una cara de muñeca, pero de muñeca extraordinariamente inteligente.

Cogió el telegrama y lo abrió.

—Es de *Mr*. Calamy —explicó al mayordomo—. Dice que llegará en el tren de las tres y veinte, y que subirá andando. Supongo que tendrá usted que mandar que le preparen el cuarto.

Se retiró el mayordomo, pero *Miss* Thriplow, en lugar de continuar con su trabajo, se retrepó en la silla y encendió un cigarrillo pensativamente.

Miss Thriplow bajó a las cuatro de su cuarto, después de la siesta, vestida no con el traje azul y blanco de la mañana, sino con su mejor vestido de tarde, el de seda negra, de volantes ribeteados de blanco. Contra el oscuro fondo, sus perlas presentaban un gran aspecto. También lucía perlas en las pequeñas y

blancas orejas, y en las manos profusión de sortijas. Lo que *Mrs*. Aldwinkle le había dicho acerca de Calamy la había convencido de la necesidad de estas preparaciones, y celebró que su inesperada llegada le ofreciera oportunidad de conocerle a solas. A solas le resultaría más fácil darle una primera impresión favorable, lo que siempre es de gran importancia.

Miss Thriplow estaba convencida, juzgando por lo que a *Mrs*. Aldwinkle había escuchado, que sabía perfectamente la clase de hombre que Calamy era rico, apuesto y qué Don Juan, *Mrs*. Aldwinkle había comentado, naturalmente, acerca de esta última cualidad con admiración y de muy extensa manera. Las más elegantes damas le buscaban para sus fiestas mundanas; su popularidad entre las gentes más brillantes y selectas era muy grande. Pero, insistió

Mrs. Aldwinkle, de ninguna manera era Calamy un lechuguino de salón. Nada de eso; era inteligente, hombre fundamentalmente serio, interesado en las bellas artes y cosas así. Es más, estando en la cima de la popularidad, abandonó Londres para dar la vuelta al mundo y ensanchar su visión mental. Sí; Calamy era serio, serio en absoluto. Todo esto lo aceptó *Miss* Thriplow con ciertas reservas mentales. Le era conocida la debilidad de *Mrs*. Aldwinkle: conocer a gente de gran importancia, y no ignoraba la costumbre que tenía de ascender a sus amigos corrientes a grados superlativos de grandeva cuando andaba escasa de Grandes Hombres verdaderos. Así, pues, deduciendo un setenta y cinco por ciento de los generosos encomios de su amigo, se imaginó a un Calamy a quien la Naturaleza concedió todas las virtudes peculiares a un Gran Señor, matizadas, como no, es inusitado que ocurra en tales personas, por una respetuosa y sencilla reverencia hacia los mistarlos del Arte, la cual obligaba a tales aristocráticos autodidactas a frecuentar los salones en donde se reúnen los intelectuales; a pagar a los poetas costosas comidas; a comprar cuadros cubistas; y les fuerza incluso a ensayarse, recatadamente, en la composición de versos y en la pintura de cuadros. *Miss* Thriplow pensó que el tipo le era perfectamente conocido. Por eso Hizo tales preparativos, por eso se puso aquella obra maestra del arte costurero, aquellas perlas, aquellas sortijas. Por eso adoptó simultáneamente el aire audaz de una de esas muchachas esplendentes, de aspecto equívoco y elevada alcurnia, a cuya costa, al decir de *Mrs*. Aldwinkle, Calamy había cosechado sus más sonados triunfos amorosos. Pues *Miss* Thriplow no apetecía deber su éxito con semejante muchacho —y gustaba de tener éxito con todo el mundo— al hecho de ser ella novelista de renombre. Quería, puesto que él era, por naturaleza, un Gran Señor, con una fortuita debilidad

por los artistas, presentarse a él como una Gran Dama por naturaleza, competente como novelista de manera no menos fortuita y accidental. Quería demostrarte que no ignoraba ella nada acerca de la vida de sociedad, aunque en otros tiempos fue pobre, y hasta institutriz, lo que, conociendo a *Mrs*. Aldwinkle, era seguro que su amiga ya habría comunicado a Calamy. Queda conocerle de igual a igual. Una vez que él la hallara de su gusto merced a sus dotes de gran dama, podrían hablar de arte, y entonces podría él admirarla como estilista y como muchacha brillante, de la misma clase social que él.

Al verle por primera vez, decidió que había acertado al adornarse con todas sus joyas y al adoptar aquel aire audaz. Pues el mayordomo introdujo en la estancia, sin duda alguna, al muchacho que en las cubiertas de las revistas ilustradas oprime con sus rojos labios los de la mujer elegida. No; eso quizá no fuera justo decirlo. Calamy no era tan insoportablemente apolíneo y necio. Era sencillamente una de esas criaturas extremadamente agradables, bien educadas, jóvenes y sin cultura alguna que ofrecen tan delicioso descanso a quienes han frecuentado con exceso la compañía de los intelectuales. Tostado, con ojos azules, castrense y alto. A todas luces, un señor, con el magnífico aplomo de quien ha nacido rico y en una posición segura y privilegiada: quizá con tufos de insolencia, algo pagado de su apostura y orgulloso de sus éxitos amorosos. Pero de insolencia perezosa; los bocados exquisitos, las becadas asadas, le caían en la boca sin precisión de hacer esfuerzo alguno. Los párpados le caían con adormilada arrogancia. Nada más que verle, *Miss* Thriplow se sintió segura de saber acerca de él todo cuanto pudiera saberse.

Estaba delante de ella, mirándola a la cara, sonriendo, con las cejas alzadas por una muda pregunta, sin atisbo alguno de embarazo. *Miss* Thriplow le devolvió la mirada con parecido desenfado. También ella podía mostrarse insolente cuando era menester.

—Usted es *Mr*. Calamy —le comunicó al fin.

Él inclinó la cabeza.

—Yo soy Mary Thriplow. Todos los demás han salido. Yo haré lo que pueda para entretenerle a usted.

Volvió él a inclinar la cabeza y tomó la mano que se le ofrecía.

—He oído a Lilian Aldwinkle hablar mucho de usted.

«¿Qué he sido institutriz?», se preguntó ella.

—Y a mucha más gente —continuó él—. Además, sus libros…

—Pero no vamos a hablar de ellos —dijo ella rechazándolos con un gesto de la mano—. No significan nada los libros pasados; y no lo significan por que los escribió una persona que ya ha cesado de existir. El único libro que cuenta es el que está tino escribiendo en el momento actual. Y para cuando se publica y otras gentes comienzan a leerlo, también pierde todo significado. Y así ocurre, que nunca tiene uno un libro propio acerca del cual valga la pena hablar. —*Miss* Thriplow hablaba lánguidamente, con ligera exageración de acento, sonriendo, y mirando a Calamy con ojos entornados—. Hablemos de algo más interesante.

—El tiempo —dijo él.

—¿Por qué no?

—La verdad que es un asunto acerca del cual podría hablar en este momento con interés, casi diría con calor. —Sacó un pañuelo de seda de colores y se enjugó el sudor—. Jamás he andado a través de calor tan infernal como el de esas carreteras llenas de polvo. Le confieso que algunas veces la luz deslumbrante de Italia me hace añorar la oscuridad londinense, la sombrilla de su humo, la neblina que quita la crudeza a un edificio a cien yardas de distancia y cuelga una especie de amable mosquitero ante todos los paisajes.

—Una vez conocí a un poeta siciliano —dijo *Miss* Thriplow, que acababa de inventar a este sucesor de Teócrito en aquel mismo momento— que sostenía lo mismo. Solamente que él prefería Manchester. ¡*Bellísima* Manchester! —Alzó los ojos y reunió las manos en una palmada—. Era un ejemplar de esa encantadora *menagerie* que encuentra uno en casa de *Lady* Trunion.

El nombre de *Lady* Trunion sonaba bien dejado caer al desgaire. Los salones de *Lady* Trunion eran uno de los lugares en donde se reunían los Señores y las Señoras de Nacimiento con los raros y estrambóticos, es decir, con los artistas. Al usar la palabra *menagerie Miss* Thriplow se situaba, junto a Calamy, a este lado de las barras de las jaulas.

Mas el efecto del talismático nombre sobre Calamy no fue el que ella esperó.

—¿Pero anda funcionando todavía esa mujer imposible? —dijo—. Tenga usted en cuenta que he estado fuera un año; ando mal de noticias.

Miss Thriplow reajustó apresuradamente la expresión de su cara y el tono de su voz. Sonriendo, enterada, despreciativa, dijo:

—Pero no es nada, comparada con *Lady* Giblet, ¿verdad? Hay que ir a su casa para ver horrores de verdad. Aquello parece un auténtico *mauvais lieu* — ya decirlo movió la enjoyada mano de un lado a otro, con el gesto de una persona conocedora de Calamy no se mostró totalmente conforme.

—Más ordinarios quizás, en casa de *Lady* Giblet, pero peores, no —y lo dijo en un tono de voz y con una expresión que hicieron comprender a *Miss* Thriplow que decía lo que sentía, y que no adoraba secretamente en el fondo de su corazón tales delicias sociales—. Después de haber estado ausente un año aproximadamente, volver a la civilización y encontrarse uno con las mismas gentes de siempre y haciendo las mismas vaciedades, resulta asombroso. Uno espera encontrarlo todo distinto. No sé por qué; tal vez por haber cambiado uno mismo. La Giblet, la Trunion y hasta, seamos francos, la señora de esta casa, aunque yo quiero sinceramente a la pobrecilla de Lilian. No ha cambiado nada. Es más que asombroso; es aterrador.

Fue al llegar la conversación a este punto, cuando *Miss* Thriplow comprendió que había cometido un error colosal, que había tomado un camino absolutamente equivocado. Pasado un momento más hubiera cometido un espantable error social, hubiera cometido de manera irreparable lo que en sus tiempos joviales de estudiante acostumbraba a llamar una «plancha». *Miss* Thriplow tomaba muy a pecho sus planchas. El recuerdo de planchas pasadas le penetraba profundamente en el alma, causándole heridas que nunca llegaban a curar por completo. Aún ya cerradas, las antiguas cicatrices le dolían todavía de vez en cuando. Repentinamente, sin causa justificada, a medianoche, y hasta durante la fiesta más encantadora, le venía a la memoria el recuerdo de una plancha pasada; así, sin ton ni son, *á propos de bottes*[2], se acordaba de lo sucedido y se sentía embargada por una profunda vergüenza retroactiva y se abrumaba a sí misma con reconvenciones. Y la cosa no tenía remedio; no había adecuada profilaxis espiritual. Podía una esforzarse en inventar triunfalmente alternativas discretas y llenas de tacto que sustituir por la «plancha»; imaginarse, por ejemplo, la frase discreta que pudo haber susurrado al oído de su hermana Fanny en lagar de la acerba y zaheridora; o pensar la airosa elegancia con que pudo haber salido del estudio de Bardolph a la sucia callejuela, pasando por delante de la casa del canario en la ventana (toque de magistral delicadeza, este del canario), cuando la verdad fue (¡qué estúpida, qué grandísima

estúpida, y cómo se lamentó de ello después!), la verdad fue que se quedó en el estudio. Una bacía todo lo que podía, pero una jamás llegaba a convencerse a sí misma de que la «plancha» no había tenido lugar. Podía la imaginación luchar para aniquilar el odioso recuerdo, pero nunca tenía poder bastante para ganar una victoria decisiva.

Y ahora, si no tenía cuidado, otra «plancha» se le enquistaría en la memoria, supurante, enconada. «¿Cómo he podido ser tan estúpida? —pensó —. ¿Cómo es posible?». Pues ahora le resultaba patente que aquellas actitudes audaces, aquel disfraz exquisito, eran completamente inadecuados a la ocasión. Calamy, evidentemente, no apreciaba tales cosas. Quizá gustó de ellas, en otra época, pero no ahora. Y si no enmendaba el yerro prontamente, Calamy la juzgaría frívola, mundana, esnob, y entonces, entonces sería necesario tiempo y esfuerzos extraordinarios para borrar esta primera impresión desastrosa.

Se quitó disimuladamente la sortija de ópalo del dedo meñique de la mano derecha, y la retuvo durante un momento fuertemente apretada en la izquierda; entonces, cuando Calamy no miraba, la metió entre el mullido asiento y el respaldo de su butaca con funda de cretona.

—¡Aterrador! —dijo, como un eco—. Sí, ésa es la palabra exacta. Esas cosas resultan absolutamente aterradoras. ¡La estatura de los criados! —alzó una mano por encima de la cabeza—. ¡El diámetro de los fresones! —marcó con ambas manos (aún lamentablemente esplendorosas, observó disgustada, con su cargamento de joyas) el tamaño imaginario de unos treinta centímetros —. ¡La inane sandez de las cazadoras de celebridades! ¡Las actitudes de éstas! —y como ya fuera innecesario hacer más con las manos, las dejó caer sobre su regazo, aprovechando la oportunidad para librarse de la sortija egipcia y de los brillantes, Y como el prestidigitador que distrae con su incesante parloteo y evita así que el público repare en sus escamoteos, se inclinó ahora hacia delante y comenzó a hablar rápidamente y con acento de gran sinceridad—. Y, en serio —continuó adoptando una voz indicadora de seriedad, apagando la sonrisa de su cara basta que ésta quedó admirablemente redonda, sincera e ingenua—, ¡en serio, qué tonterías dicen las celebridades! Supongo que únicamente demuestran gran inocencia, por mi parte, pero siempre me había figurado que la gente famosa sería más interesante que los demás. Pero no lo son.

Se dejó caer hacia atrás, con gesto no exento de talento de actriz. Al hacerlo pareció como si una de las manos hubiera quedado accidentalmente

presa detrás de ella. La libró, pero no antes de que la sortija egipcia y los brillantes quedaran escamoteados y escondidos en la bolsa formada por la funda de la butaca. Ya no le quedaba más que la esmeralda; ésa podría permanecer. Era casta y austera. Lo imposible sería librarse de las perlas sin que Calamy lo advirtiera. Imposible, a pesar de ser los hombres tan inconcebiblemente malos observadores. Escamotear unas sortijas era bastante sencillo; pero un collar… Y ni siquiera eran perlas buenas.

En tanto, Calamy reía:

—Me acuerdo de haber hecho yo el mismo descubrimiento. Al principio, resulta doloroso. Le parece a uno haber sido víctima de un engaño, de un timo. ¿Recuerda usted lo que dijo Beethoven? Que rara vez halló en la manera de tocar de los más famosos virtuosos la excelencia que él suponía tener derecho a esperar. Y uno tiene derecho a esperar de la gente famosa que vivan de acuerdo con su reputación: debieran ser interesantes.

Miss Thriplow se inclinó hacia delante, asintiendo con pueril entusiasmo.

—Conozco —dijo— a muchas personas de vida oscura que son más interesantes, a quien uno encuentra mucho más verdaderas que a otras famosas. Y es que lo que cuenta es lo genuino, ¿no cree?

Calamy asintió.

—Ser genuino, ser de verdad —continuó *Miss* Thriplow— me parece difícil, si es uno famoso hombre público o cosa semejante —adquirió su voz un tono confidencial—. Me asusta ver mi nombre en los periódicos, que los fotógrafos quieran retratarme y que la gente me convide a cenar. Lo genuino únicamente prospera en la oscuridad. Como el apio.

¡Qué insignificante, qué oscura era! ¡Qué honradez la suya al hablar así! Aquellas afectadas y famosas gentes de casa de *Lady* Trunion, aquellas tediosas cazadoras de celebridades… no tenían ninguna esperanza de pasar por el ojo de la aguja.

—Me encanta oírle decir todo eso. Si todos los escritores pensaran como usted…

Miss Thriplow sacudió la cabeza, rechazando modestamente el implícito cumplido.

—Soy la que soy. Y nada más —dijo—. ¿Por qué fingir que soy otra persona? Aunque confesaré —añadió con muy audaz candor— que su

reputación me intimidó hasta el punto de fingir que era más *móndaine* de lo que soy. Me le había imaginado tremendamente mundano y brillante. Ha sido un descanso ver que no lo es usted.

—¿Brillante? —repitió Calamy con un gesto.

—Escuchando a *Mrs*. Aldwinkle resulta usted un hombre de sociedad, de gran brillantez —y al así decir sintió que su propia oscuridad y pequeñez aumentaba proporcionalmente.

—Tal vez en otros tiempos fui un idiota de esa índole. Pero ahora… esperemos que ya se me ha pasado —rió Calamy.

—Me le había imaginado —continuó ella, procurando ser brillante, a pesar de su oscuridad— como uno de esos hombres que aparecen retratados en las revistas mundanas, debajo de cuya fotografía aparece un epígrafe: «Paseando por el parque con una amiga», y la amiga resulta ser, por lo menos, una duquesa o una novelista famosa. ¿Le puede extrañar a Usted que me encontrara nerviosa?

Volvió a hundirse en el muelle abrazo del sillón. ¡Pobrecita, tan insignificante! Pero las perlas, aún sin ser verdaderas, continuaban siendo un fastidio.

II

Al regresar *Mrs*. Aldwinkle, los encontró en la terraza de arriba contemplando la vista. Faltaba poco para que el sol se pusiera. A sus pies la ciudad de Vezza estaba ya eclipsada por la sombra de la montaña, que avanzaba en la parte más occidental de los dos valles hacia el llano. Estaba allá abajo, extendiéndose achatada, como un mapa de sí misma, con las carreteras marcadas en blanco, el pinar pintado de verde oscuro, los regatos cual hebras de plata, labradíos y pastizales en grandes cuadros pardos y esmeraldinos, y el ferrocarril, una línea oscura trazada con regla a través de todo ello. Allende, las más lejanas avanzadas del pinar; más allá de los arenales, el mar oscuro, opaco, azul. Hacia este cuadro, al que servían de marco las dos montañas que lo limitaban: la oriental, aún luciendo rosado y luminoso rubor; la occidental sumida en oscuridad profunda, descendía una vasta escalinata, pasando ante la terraza inferior, bajando por entre columnarios cipreses hasta la señorial puerta esculpida, que como la mitad de la cuesta se veía.

Estaban ambos en silencio, acodados sobre la balaustrada. Desde que *Miss* Thriplow arrojó por la borda a la Gran Dama, se habían entendido admirablemente, le parecía a *Miss* Thriplow. Pudo apreciar que Calamy encontraba de su gusto la combinación de ingenuidad moral y sabio refinamiento mental, de inteligencia y sinceridad genuina. Ahora no acertaba a comprender cómo se le pudo pasar por la cabeza el presentarse sino como muchacha sencilla y natural. Después de todo, eso era ella en realidad o, al menos, eso era lo que había decidido que debiera ser.

Llegó hasta ellos desde la parte occidental del palacio el sonido de una bocina de automóvil y rumor; de voces.

—Ahí están —dijo *Miss* Thriplow.

—No puedo celebrarlo —dijo él suspirando. Se irguió, y girando sobre los talones, se volvió de espaldas a la vista y de frente hacia la casa—. Es como tirar un peñasco a un lago en calma; me refiero a todo ese ruido.

Miss Thriplow, luego de catalogarse entre los sosegados encantos del atardecer, aceptó el comentario como cumplido a ella destinado.

—¡Cuántos destrozos de cristal hay que soportar! Si uno es sensible a tales cosas, a cada instante.

Se oyó una voz que se acercaba a través de los inmensos salones del palacio, que devolvían su eco.

—¡Calamy! —llamaba—, ¡Calamy!

La voz subía por las sílabas del nombre desde una nota grave a otra mucho más alta, mas no a través de los intervalos conocidos en la música, sino mediante una rápida sucesión de tonos inciertos y faltos de relación.

—¡Calamy!

Era la voz tan vaga e inarmónica como la llamada de un viento articulado. Sonaron pasos presurosos, ruido de cortinas. En la inmensa y pomposa puerta, en la que moría la escalinata que llevaba desde la terraza a la casa, apareció la figura de *Mrs*. Aldwinkle.

—¡Ah! Estás ahí. Aldwinkle era una de esas mujeres grandes, garridas, pintadas por los antiguos maestros, que parecen estar construidas con miembros de dos personas distintas. Tan ancha era su espalda, tan digna de Juno su figura y tan fino el cuello que de en medio de los vastos hombros surgía coronado por una cabeza pequeña, compacta e Infantil. Presentan su más amable aspecto tales personas entre los veintiocho los, digamos, treinta y cinco años, cuando el cuerpo alcanza su más sazonada madurez, y el cuello, y la pequeña cabeza y las facciones, aún frescas que parecen pertenecer a una niña. Su belleza resulta más notable, más atractiva, debido a la peregrina incongruencia de sus partes componentes.

—A los treinta y tres años —solía decir de ella *Mr*. Cardan—, Lilian Aldwinkle despertaba en uno toda su latente tendencia hacia la bigamia. Tenía dieciocho años en los sotabancos y era Dido la viuda los pisos bajos. Tenía uno la impresión de estar dos mujeres al mismo tiempo. Resultaba de lo más estimulante.

Hablaba, ¡ay!, en pretérito, pues *Mrs*. Aldwinkle ya no tenía treinta y tres años, y hacía ya doce, ce, que dejó de tenerlos. Su figura de Juno conservaba su prestancia y aún no era excesivamente voluminosa. Por detrás, fuera necio negarlo, aún pudiera juzgarse la cabeza la de una niña, colocada entre los hombros poderosos. Mas la cara, antaño el socio más joven de la comandita, había rezagado al cuerpo en la Carrera a través del tiempo, y aparecía vieja y ajada en mayor medida de lo que sus años justificaban. Los ojos eran lo que conservaba más joven. Grandes, azules y un tanto saltones, eran de fija, brillante e intensa mirada; pero se veían rodeados de bolsas y de patas de gallo. Dos arrugas horizontales le cruzaban la frente, de buen tamaño. De

ambos lados de la nariz arrancaban dos profundos pliegues, que, luego de pasar más allá de la boca, resultaban en parte interrumpidos por otro sistema de pliegues y arrugas que se movían al hacerlo los labios, para continuar luego hasta el extremo inferior de la mandíbula, donde constituían una enérgica línea limítrofe entre las blandas mejillas y la barbilla, voluntariosa y protuberante. Era la boca grande, con labios de contornos vagos, vaguedad que resultaba más patente merced a la descuidada manera con que *Mrs*. Aldwinkle se los pintaba. Y es que *Mrs*. Aldwinkle era impresionista; lo que le interesaba era él efecto a distancia, los magníficos gestos teatrales. Faltábale la paciencia, incluso estando delante de su tocador, para ocuparse en minuciosos detalles prerafaelistas.

Permaneció imponente y majestuosa durante momento en lo alto de la escalinata. Su vestido largo y amplio, de hilo verde pálido, colgaba en rizados e inflexibles pliegues en su derredor. El velo verde que llevaba atado al gran sombrero de paja le flotaba airosamente por encima de los hombros. De la cintura le colgaba de varias cadenitas un tesoro de chucherías de oro y de plata.

—¡Hola! —dijo, sonriendo a Calamy, que se acercaba.

Su sonrisa tuvo en otros tiempos penetrante dulzura y subyugador encanto. Ahora, ¡ay!, su interés era principalmente histórico. Con un gesto de teatral exageración y al mismo tiempo inexpresivo, alargó repentinamente ambas manos en ademán de bienvenida y bajó apresuradamente unos escalones para salir al encuentro de Calamy. Los movimientos de *Mrs*. Aldwinkle eran tan inarmónicos e inciertos como su voz. Se movía con torpeza inflexible. La majestad que tuvo en reposo quedó destruida.

—¡Mi querido Calamy! —exclamó abrazándole—. Tengo que besarte. ¡Hace tanto tiempo que no te veo! —luego, volviéndose con expresión de sospecha hacia *Miss* Thriplow, preguntó—: ¿Cuánto tiempo hace que ha llegado?

—Desde antes del té —replicó *Miss* Thriplow.

—¿Desde antes del té? —preguntó *Mrs*. Aldwinkle en tono agudo, como escandalizada—. ¿Cómo no se te ocurrió avisarme con tiempo de tu llegada? —siguió diciendo, volviéndose hacia Calamy.

Pensar que había llegado estando ella ausente, y que, además, había permanecido tanto tiempo hablando con *Miss* Thriplow, la mortificó. *Mrs*. Aldwinkle sufría perpetuamente miedo de estarse perdiendo algo. Ya hacía

buen número de años que el universo entero parecía confabulado en vastísima conjura para evitar que ella se encontrara en donde ocurrían cosas interesantes y en donde se pronunciaban palabras maravillosas. Aquella mañana dejó a *Miss* Thriplow sola en el palacio muy a disgusto, pues no gustaba a *Mrs*. Aldwinkle que sus invitados hiciesen vida independiente apartados de sus vigilantes miradas. Pero a haber sabido, a haber tenido la más leve sospecha que Calamy iba a llegar estando ella ausente, que se pasaría varias horas en *téte-á-téte* con Mary Thriplow, entonces, desde luego, de ninguna manera hubiera ido a la playa. Se habría quedado en casa, por muy tentador que el baño de mar pudiera resultarle.

—Muy elegante parece que te has puesto para la ocasión —continuó *Mrs*. Aldwinkle mirando el traje de seda negro, con los volantes ribeteados de blanco y las perlas de Mary Thriplow.

Miss Thriplow concentró su interés en el panorama, fingiendo no haber oído las palabras de su amiga. No tenía ningún deseo de entablar conversación sobre semejante tema.

—Bueno; ahora —dijo *Mrs*. Aldwinkle a su invitado— tengo que enseñarte las vistas, y la casa, y todo eso.

—*Miss* Thriplow ha estado haciéndolo muy amablemente.

Esta noticia hizo que la cara de *Mrs*. Aldwinkle expresara rotunda irritación.

—No puede habérselo enseñado todo, porque no sabe lo que hay que ver. Además, Mary desconoce en absoluto la historia de la casa, o de los Malaspina, o de los artistas que trabajaron en el palacio, o… —y agitó una mano en el aire indicando que, en resumen, Mary Thriplow no sabía nada en absoluto y era de total incompetencia para mostrar a nadie la casa o los jardines.

—En cualquier caso —dijo Calamy, esforzándose por decir lo correcto—, he visto lo bastante para juzgar esto perfectamente delicioso.

Mas no estaba dispuesta *Mrs*. Aldwinkle a mostrarse conforme con esta admiración espontánea e indisciplinada. Sentíase convencida de que Calamy verdaderamente no había contemplado la belleza del paisaje, que no había entendido ni sabido analizar los encantos de que se componía. Empezó a explicarle di panorama.

—Los cipreses contrastan admirablemente con los olivos —explicó, pinchando el paisaje con la contera de su sombrilla, como si estuviera dando una conferencia ayudada por las proyecciones en colores de una linterna mágica.

«Ella», naturalmente, lo comprendía todo; ella tenía la competencia precisa para apreciar cada uno de los detalles. Pues el paisaje era ahora de su propiedad. De esto se deducía que era el más bello del mundo; pero al mismo tiempo sólo ella tenía derecho a hacer observar el hecho a los demás.

Todos tendemos a exagerar el valor de lo que por casualidad nos pertenece. Los museos provinciales rebosan de Rafaeles y Giorgiones. La metrópoli más rutilante de la cristiandad es, según sus habitantes, Dublín. Mi gramófono y mi «Ford» son mejores que los de usted. Y qué patéticamente tediosos son esos turistas pobretones, pero cultos, que nos muestran su colección de postales con tanto orgullo como si fueran ellos mismos los retratados en los originales con el palacio, *Mrs*. Aldwinkle había adquirido vastos dominios no especificados en el contrato. Había comprado, en primer lugar, a la familia Malaspina y su historia. Esta familia, cuyo único derecho a ser juzgada famosa era haber dado el ser, poco antes de extinguirse, a aquel príncipe de Massa Carrara, con quien la vieja de *Candide* —cuando era joven y arrebatadora— estuvo a punto de casarse, había alcanzado para *Mrs*. Aldwinkle, esplendidez pareja a la de los Gonzaga, los Esle, los Médicis o los Visconti. Incluso los mediocres duques de Módena, habitantes del palacio (excepto durante el breve intervalo napoleónico) desde la extinción de los Malaspina hasta la creación del reino de Italia, incluso los duques de Módena habían logrado tales beneficios de sus relaciones con el palacio, que *Mrs*. Aldwinkle los tenía por patrocinadores de las letras y verdaderos padres de sus gentes. Y la hermana de Napoleón, Elisa Bacciochi, que mientras fue princesa de Lucca, pasó más de un ardoroso verano en aquellas alturas, resultó favorecida por la presente propietaria con la adjudicación de un entusiasmo sin límites por las artes y, lo que *Mrs*. Aldwinkle juzgaba aún más espléndido, un entusiasmo sin límites por el amor. En Elisa Buonaparte-Bacciochi, *Mrs*. Aldwinkle había encontrado un alma hermana que únicamente ella podía comprender.

Lo mismo ocurría con el paisaje. Era suyo hasta el más remoto horizonte, y nadie más que ella podía valuarlo en la justa medida. Y, ¿qué decir de su apreciación de los italianos? Desde que compró una casa en Italia, *Mrs*. Aldwinkle se convirtió en la única persona extranjera que los conocía

íntimamente. La península entera y todo lo que contenía era de su propiedad y constituía su secreto. Había comprado sus artes, su música, su idioma melodioso, su literatura, sus vinos y sus guisos; la belleza de sus mujeres y la virilidad de sus fascistas. Compró asimismo el italiano ardor: *cuore, amare* y *dolare* suyos eran. No olvidó comprar el clima —el mejor de Europa—, la fauna —y qué orgullo experimentaba al leer en el periódico de la mañana que un lobo había devorado a mi cazador *pistoiese*[3] a tan sólo quince millas de su casal—, la flora —en especial las anémonas rojas y los tulipanes silvestres —, los terremotos…

—Y ahora —dijo *Mrs*. Aldwinkle, así que hubo acabado con el paisaje— tenemos que ver la casa.

Dio la espalda al paisaje.

—Esta parte del palacio —continuó con su conferencia— es aproximadamente del año 1630. —Señaló hacia arriba con la sombrilla; las proyecciones eran ahora de índole arquitectónica—. Un magnífico ejemplar de los albores del barroco. Lo que perdura del antiguo castillo, con su torre, es ahora el ala oriental de la casa…

Miss Thriplow, que ya había oído todo esto en ocasiones anteriores, escuchaba, no obstante, con la expresión de extático interés perceptible en las caras de los niños que acuden a las conferencias de la Real Institución. Hacía esto, en parte, para lograr el perdón de *Mrs*. Aldwinkle por haberse encontrado sola en la casa cuando llegó Calamy, y, en parte, para impresionar al propio Calamy, con su capacidad de concentración en los pequeños sucesos de cada instante, de manera franca, total y exenta de toda crítica.

—Ahora te enseñaré el interior del palacio —dijo *Mrs*. Aldwinkle, subiendo los escalones que separaban la terraza de la casa.

Al extremo de sus cadenas las costosas chucherías tintineaban. *Miss* Thriplow y Calamy la siguieron obedientemente.

—La mayor parte de las pinturas —anunció *Mrs*. Aldwinkle— son de Pasquale da Montecatini. Un gran pintor, a quien es lamentable ver apreciado tan por debajo de su mérito.

Sacudió tristemente la cabeza. *Miss* Thriplow sintió no escasa perplejidad cuando su compañero, al oír tal apostilla, se volvió hacia ella e hizo una mueca apenas perceptible. ¿Qué hacer? ¿Sonreírle en secreto, con ironía, o

hacer caso omiso del gesto y conservar la cara de la Real Institución? Acabó por decidir no darse por enterada de la tácita muestra de confianza.

En el umbral del gran salón se encontraron con una muchacha, vestida con un traje rosa pálido de hilo, de cara agradablemente redonda con ingenuidad distinta de la de *Miss* Thriplow, que asomaba por una ventana rectangular, cortada en una bien peinada campana de pelo cobreño. Debajo del recto y metálico flequillo miraban dos grandes ojos de pálido azul, tenía la nariz pequeña ligeramente remangada de gentilísima manera. El labio superior, algo corto, le daba un aspecto a la vez triste y jovial, como el de una niña. Era Irene, la sobrina de *Mrs*. Aldwinkle.

Dio la mano a Calamy.

—Supongo —dijo éste— que debiera decirte que has crecido terriblemente desde la última vez que te vi. Pero la verdad es que no Creo que fuera verdad en absoluto.

—No puedo evitar mi aspecto —respondió ella—, mas por dentro…

Por dentro Irene era más vieja que las piedras en que estaba sentada. No en vano pasó los cinco años más impresionantes de su vida al cuidado de *Mrs*. Aldwinkle.

Mrs. Aldwinkle interrumpió impacientemente la conversación.

—Quiero que veas este techo —le dijo a Calamy.

Todos, en la actitud de gallinas que beben agua, contemplaron el *Rapto de Europa*.

Mrs. Aldwinkle bajó la mirada y prosiguió:

—Y esta muestra de arte popular y estos grupos de deidades marinas.

En un par de hornacinas de buen tamaño, recubiertas de un mosaico de conchas y piedra de esponja, dos grupos pisciformes se contorsionaban furiosamente.

—¡Son tan deliciosamente *seicento*[4]! —comentó *Mrs*. Aldwinkle.

En tanto, Irene, sintiéndose excusada por su veterana familiaridad de prestar gran atención a las marinas deidades, había observado que las fundas de cretona que cubría las butacas estaban arrugadas. Ordenada por naturaleza —y desde que fue a vivir con su tía le fue menester ser ordenada por dos personas—, cruzó la estancia de puntillas para estirarlas debidamente.

Inclinándose sobre la butaca más cercana, cogió la funda por el extremo anterior del asiento y dio un tirón enérgico, con objeto de estirarla debidamente antes de remeterla por detrás. Obedeció la tela, hinchándose repentinamente como una vela a impulsos de un súbito golpe de viento; y al mismo tiempo vomitó la silla —sin que pudiera decirse por dónde, como si Irene hubiese ejecutado un juego de manos— una brillante cascada de joyas. Cayeron tamborileando sobre el suelo y rodaron por el mármol. El rumor perturbó la extática e infantil admiración con que *Miss* Thriplow se concentraba sobre las hornacinas de conchas. Se volvió con la velocidad precisa para ver la sortija egipcia que venía rauda hacia ella con la cojera de un aro excéntrico. Llegado que hubo a pocos pies de ella, perdió velocidad, vaciló y cayó de lado. *Miss* Thriplow la recogió del suelo.

—¡Ah! —dijo, sin dar importancia a la cosa— no es más que mis sortijas —como si fuera la cosa más natural del mundo que sus joyas salieran lanzadas al aire al arreglar Irene la funda—. No es nada —tranquilizó a Irene, que estaba de pie mirando, petrificada por la sorpresa, las desperdigadas sortijas.

Afortunadamente, *Mrs*. Aldwinkle estaba demasiado reconcentrada explicando a Calamy lo concerniente a Pasquale da Montecatini.

III

Fue servida la cena en el Salón de los Antepasados, En la imaginación entusiástica de *Mrs*. Aldwinkle, ¡qué maravillosos festivales habían tenido lugar entre aquellos muros —varios siglos antes de ser edificados—, qué banquetes intelectuales! Aquí: comunicó un famoso escolástico a uno de los primeros Malaspina sus dudas secretas acerca de la posibilidad de predecir las rotaciones, y había zaherido amistosamente al marqués salteador, mientras bebía una copa de vino, acerca de la debilidad de su sindéresis. Aquí sostuvo Dante las ventajas de tener una amante platónica, a quien nadie conociera, susceptible, si ello fuera necesario, de ser identificada con el Ideal. Pedro de Picardía, en tanto, yendo camino de Roma, recitó de su traducción rimada del *Physiologus* las estrofas referentes a la hiena, bestia que no sólo es hermafrodita, sino que tiene una pedrezuela en di ojo, la cual permite al hombre que se la coloca debajo de la lengua contemplar el futuro; es símbolo, además, de la avaricia y la lascivia. El sabio Boccaccio había discurseado acerca de la geneología de los dioses. Pico della Mirandola[5], ante una cabeza de jabalí, citó la Cábala en favor de doctrinas abstrusas. Miguel Ángel expuso sus proyectos para la fachada de San Lorenzo en Florencia. Galileo especuló acerca de los motivos por los cuales la Naturaleza solamente es contraria al vacío hasta una altura de treinta y dos pies. Marini asombró con sus inventos. Luca Giordano, por una apuesta, pintó, en el tiempo transcurrido entre el asado y los postres, un cuadro de tamaño natural de Aníbal cruzando los Alpes… ¡Y qué esplendorosas mujeres realzaron el lustre de semejantes banquetes! Bellísimas, de perenne juventud, perfectas como los protagonistas del *Cortesano*, de Castiglioni, amorosas de manera extremada, inspiraban a los hombres geniales a remontarse aún a mayores alturas y ponían con una palabra el colofón de su gracia femenil a los más desenfadados donaires varoniles.

Desde que compró el palacio, la ambición de *Mrs*. Aldwinkle fue resucitar estas pasadas glorias. Se veía a sí misma, princesa no oficial, rodeada de una corte de poetas, filósofos y artistas. Mujeres bellísimas se deslizarían ingrávidas por salones y jardines, iluminadas por el amor de los hombres geniales. Y periódicamente —pues las habitaciones para enanos que los Malaspina, en imitación de los Gonzaga, habían construido en su palacio, exigían habitantes adecuados a sus diminutas dimensiones—, periódicamente

traerían al mundo sin dolor los hijos de los genios, todos de pelo rizado,' con la dentadura completa y de dos años de edad el día de su nacimiento, y todos prodigios infantiles. Filas y más filas de Mozart en miniatura, En una palabra, el palacio de Vezza volvería a ser lo que jamás había sido, salvo en la imaginación de *Mrs*. Aldwinkle.

Lo que en realidad había sido, únicamente pudiera decirse contemplando las caras de los antepasados, que daban su nombre al grandioso salón de los banquetes.

Desde sendos nichos circulares, bien altos en las paredes del inmenso salón cuadrado, los señores de Massa Carrara, busto tras busto, contemplaban el presente a través de los siglos. Llenaban todas las paredes de la estancia, empezando a la izquierda de la chimenea y acabando a la derecha de la misma con el penúltimo Malaspina, que había arreglado el salón de esta guisa. De marqués en marqués, de príncipe en príncipe, se hacía más supina la expresión majadera que podía observarse en las faces de los antepasados. La gran nariz corva y la formidable mandíbula del primer marqués salteador iban transformándose mediante graduales metamorfosis en la indefinida trompa prensil de un oso hormiguero, en deformidades de un prognatismo criminoide. Iban las frentes tornándose más angostas a cada generación, los ojos marmóreos perdían más y más todo asomo de expresión y el aspecto de orgullo consciente se hacía más y más evidente en cada sucesivo rostro. Se preciaban los Malaspina de que jamás casaron con gentes villanas y que la bastardía nunca mancilló su linaje. Bastaba contemplar las caras de los últimos tres príncipes para sentirse seguro de que la aseveración era certísima.

—Imagínate el esplendor de la escena —dijo *Mrs*. Aldwinkle, con voz extática, al entrar en el Salón de los Antepasados del brazo de Calamy—. Los candelabros innumerables; las sedas, las joyas. Y toda la vasta concurrencia moviéndose majestuosamente en obediencia a las leyes del protocolo.

Última representante, aunque adoptiva, de estos egregios seres, *Mrs*. Aldwinkle alzó aún más la cabeza, y con aumentada prestancia y soberana dignidad se dirigió a través del salón inmenso, hacia la mesita en la que los sucesores de los Malaspina cenarían en escogido esplendor. La cola de su traje de terciopelo color coral la siguió con sus susurros.

—Debió de ser, en efecto, admirable —dijo Calamy—. No cabe duda que, desde el punto de vista de lo pintoresco, hemos perdido mucho al caer en desuso el protocolo. Se pregunta uno hasta qué límites llegará la supresión de

la etiqueta. *Mr*. Gladstone, ya viejo, hizo una visita a Oxford y le horrorizó observar las modas aceptadas por los estudiantes en su ropa. Cuando él era joven, todo hombre joven que se respetaba, tenía, por lo menos, un par de pantalones, con los que jamás se sentaba por miedo de hacerles rodilleras, y la ropa con que salía a la calle nunca valía menos de setenta u ochenta libras esterlinas. Y, sin embargo, cuando *Mr*. Gladstone hizo su visita a Oxford, los estudiantes todavía usaban cuellos duros y sombreros hongos. ¿Qué diría si los viera ahora? ¿Y qué diremos nosotros dentro de cincuenta años?

Todos se sentaron. Calamy, por estar recién llegado, ocupó el puesto de honor, a la derecha de *Mrs*. Aldwinkle.

—Ha suscitado usted un asunto muy importante —dijo *Mr*. Cardan, que se sentaba enfrente a Calamy, a la izquierda de la señora de la casa—. Muy interesante —repitió al desdoblar su servilleta.

Mrs. Cardan era un hombre de estatura corriente y más bien corpulento. La parte superior de sus pantalones se ceñía a una respetable línea geodésica. Era ancho de hombros y de cuello corto y robusto. Su rubicundo rostro tenía el aspecto duro y cubierto de bultos de una porra; rostro equívoco y enigmático, cuya normal expresión era a la vez grosera y delicadamente refinada, seria y zumbona. Tenía pequeña la boca, y sus finos labios se ajustaban entre sí con exactitud, como si fueran partes movedizas de un mueble admirablemente construido. La línea que marcaba la conjunción de ambos labios era casi recta, mas en uno de sus extremos la horizontal gravedad aparecía ligerísimamente desviada hacia abajo, de tal manera que dijérase que *Mr*. Cardan estaba perpetuamente procurando borrar una sarcástica sonrisa que perpetuamente conturbara importuna su grave serenidad. Tenía el pelo liso y plateado. La nariz breve y recta, como la de un león, pero de un león a quien el tiempo en su fluir y la buena vida hubieran dado aspecto ligeramente chispo. Los ojos aparecían pequeños, luminosos y muy azules, en medio de una telaraña de finísimas arrugas. Quizá como consecuencia de una enfermedad, tal vez debido sencillamente al peso de sus sesenta y cinco años, una de las blancas cejas había adoptado de manera permanente una altura inferior a la de la otra. Con la parte derecha de su cara, *Mr*. Cardan os miraba de manera secreta y confidencial, a causa de su guiño permanente; pero con la izquierda era su expresión petulante y aristocrática, como si la siniestra cuenca óptica hubiera resultado distendida por un invisible monóculo, algo grande para su propósito. Cuando hablaba, reflejaba su mirada benevolencia, entremezclada de malicia, y, cuando reía, cada una

de las pulidas facetas de la porra brillaba de buen humor, como si recibiera súbitamente iluminación interna. *Mrs*. Cardan no era ni poeta ni filósofo, ni pertenecía a una familia de egregia estirpe; pero *Mrs*. Aldwinkle, que le conocía íntimamente hacía muchos años, justificaba la inclusión de Cardan entre sus cortesanos, aduciendo que era un gran hombre oscuro; es decir, capaz de llegar a dónde se propusiera llegar; pero desconocido, a causa de su Indolencia.

Mrs. Cardan tomó un par de cucharadas de sopa antes de proseguir.

—Un asunto muy interesante —insistió.

Tenía melodiosa la voz, madura, rotunda, jugosa y como espolvoreada de ronquera, de la ligera calidad bronca perceptible en la voz de quienes han bebido bien, comido bien y amado copiosamente.

—El formalismo, la pompa externa, la etiqueta… Su desaparición casi total de la vida moderna es realmente de lo más extraordinario si se piensa en ello. El formalismo y la pompa externa eran características esenciales del Gobierno en tiempos viejos. La tiranía atemperada por la escenografía: tal era la fórmula de todos los Gobiernos en el siglo XVII, particularmente en Italia. A condición de regalar al pueblo con una función espectacular una vez al mes, poco más o menos, podía el gobernador hacer lo que le venía en gana. No hubo gran señor que no adoptara el sistema, hasta el más mezquino y oscuro conde de la península. Basta observar cómo toda la arquitectura del período está sometida a la necesidad de tales exhibiciones. El cometido del arquitecto era crear telones de fondo para las incesantes funciones de aficionados de quienes le empleaban. Perspectivas inacabables de salones para el paso de cortejos, avenidas para los desfiles cortesanos, vastas escalinatas para representar el clásico acto de la bajada del príncipe desde el Olimpo. Nada de comodidad, pues ésta es un asunto íntimo, sino únicamente cantidades inmensas de esplendor para impresionar al espectador externo. El último gobernante que aplicó el sistema sistemática, científicamente y en gran escala, fue Napoleón. Aquellas revistas, aquellas triunfales entradas y salidas, aquellas coronaciones, bodas y bautizos, todos ellos efectos teatrales cuidadosamente preparados, eran la mitad de su secreto. Y ahora tales pompas se habían desvanecido. ¿Son nuestros gobernantes tan necios y tan ignorantes de las lecciones de la Historia que descuidan estas ayudas del Gobierno? ¿O es tal, vez que los gustos han cambiado, que el público ya no exige estos espectáculos ni se siente impresionado por ellos? Hago la pregunta a nuestros amigos políticos.

Mr. Cardan se inclinó hacia adelante, y mirando más allá de *Miss* Thriplow, que estaba a la izquierda, sonrió al muchacho sentado en el lugar contiguo y al hombre maduro que ocupaba el asiento de enfrente, junto a Irene Aldwinkle.

El más joven, que representaba aún menos años de los que tenía —y no habrían pasado dos meses, como mucho desde que Lord Hovenden alcanzó la mayoría de edad—, sonrió amablemente a *Mr*. Cardan, y, luego de sacudir la cabeza, miró esperanzado al hombre que tenía sentado enfrente.

—No lo sé —dijo—. ¿Qué opina usted, *Mr*. Falx?

Al hacer la pregunta, la cara pecosa y juvenil expresó respetuosamente atención, aguardando la respuesta de *Mr*. Falx. Evidentemente, fuera cual fuera la contestación, Lord Hovenden la consideraría un oráculo. Admiraba, veneraba a *Mr*. Falx.

Mr. Falx inducía en verdad admiración y respeto. Con su blanca barba; sus largos, rizados y plateados cabellos; sus grandes ojos, oscuros y bondadosos; su despejada y tersa frente y su nariz aquilina, tenía aspecto de profeta menor. Y las apariencias no engañaban. En otra época, en otro ambiente, *Mr*. Falx hubiera sido muy probablemente profeta menor: instigador, intérprete divino, predicador de la salvación, aviso amenazador de la ira futura. Mas nació a mediados del siglo XIX, y pasó los años primeros de su madurez trabajando en una profesión que todo niño varón entre los tres y los siete años desea abrazar —la de maquinista de ferrocarril—, lo que determinó que en vez de profeta llegara a ser prohombre del laborismo.

Los títulos de Lord Hovenden para pertenecer a la corte de *Mrs*. Aldwinkle eran haberle conocido ésta desde la cuna, descender de Simón de Montfort y ser inmensamente rico, a todo lo cual hay que añadir un título suplementario: se había hecho ardiente partidaria del Socialismo Corporativo. Fue cierto maestro de su colegio, joven y sincero, quien por primera vez hizo saber a Lord Hovenden algo que hasta entonces solamente había vislumbrado de muy imprecisa manera: que son muchos los seres humanos cuyas vidas resultan en extremo desagradables y arduas, y quienes lo pasarían bastante mejor que ahora si se hiciera justicia.

Se rebulleron los generosos impulsos de Lord Hovenden. Con juvenil ardor deseó poder instaurar rápidamente la felicidad en la Tierra. Puede ser que también cierta ambición egoísta de descollar entre sus pares tuviera algo que ver con su entusiasmo. Entre las gentes nacidas en privilegiada situación

y rodeadas de riqueza, el esnobismo suele manifestarse de maneras peregrinas, muy distintas de las corrientes. No siempre, verdad es; pues abundan las personas acaudaladas y de nobles títulos que sienten el dinero y las ejecutorias tan abyecto respeto quienes únicamente conocen a nobles y plutócratas través de las novelas y de las páginas de los seminarios ilustrados. Más otros, cuya ambición es subir desde sus acostumbrados lugares hasta esferas más excelsas, al menos intelectualmente consideradas, resultan infeccionados por un apasionado esnobismo dirigido hacia los mundos de la política y del arte. Este esnobismo —el de la sangre por el cerebro— se mezcló en Lord Hovenden, sin que él se percatara de tal cosa, con su ardor puramente humanitario, de lo que resultó incrementada su potencia. El placer experimentado por Lord Hovenden al ser presentado a *Mr*. Falx fue enorme, y la reflexión de que únicamente él, entre todos sus amigos y parientes, gozaba del privilegio de conocer a *Mr*. Falx, que sólo él pertenecía al emocionante mundo político en el que *Mr*. Falx se movía, acrecentó más aún su entusiasmo por la causa de la justicia. No faltaron, empero, ocasiones —y últimamente había venido aumentando su frecuencia— en las que Lord Hovenden hallaba que las exigencias de su activa vida mundana le dejaban muy escaso tiempo para *Mr*. Falx y para el Socialismo Corporativo. Quien bailaba tan frecuente y largamente, encontraba arduo prestar gran atención a cualquier otra cosa. En los intervalos de sus animadas actividades, recordaba avergonzado que no estaba cumpliendo su deber para con sus principios. Impulsado por remordimientos generados por su tibieza pasada, acortó su temporada cinegética con objeto de acompañar a *Mr*. Falx a la Conferencia Internacional Laborista de Roma. La conferencia iba a celebrarse hacia finales de setiembre; pero Lord Hovenden había sacrificado cuatro semanas de cacería más de lo necesario al proponer que, antes de la conferencia, *Mr*. Falx y él pasasen una temporada con *Mrs*. Aldwinkle. «Ven cuando gustes y con quien gustes» eran las palabras con que *Mrs*. Aldwinkle le había invitado. Lord Hovenden telegrafió a *Mrs*. Aldwinkle *Mr*. Falx necesitaba unas vacaciones y que tenía intención de ir con él. *Mrs*. Aldwinkle respondió que los recibirla gustosamente. Y allí estaban.

Mr. Falx calló unos segundos antes de responder *Mr*. Cardan. Paseó por la mesa la mirada de sus brillantes ojos oscuros, como recogiendo la atención y luego empezó a hablar, con la voz bien timbrada, musical y penetrante, que había provocado en tantas audiencias encendido entusiasmo.

—Los gobernantes del siglo XX —dijo— sienten demasiado respeto por la democracia culta para tratar de engañarla y de conservarla falsamente feliz

con simples espectáculos. La democracia exige razonamientos.

—Vamos, vamos —protestó *Mr*. Cardan—, ¿y qué me dice de la campaña de *Mr*. Bryan en contra del evolucionismo?

—Además —continuó *Mr*. Falx, sin hacer caso de la interrupción—, nosotros, los del siglo XIX, nos hemos elevado por encima de tales cosas.

—Quizá —dijo *Mr*. Cardan—, aunque encuentro difícil explicar el proceso. Cambian las opiniones, naturalmente, pero el gusto por los espectáculos no es una opinión. Está radicado en algo más profundo, en algo que no tiene derecho a mudanzas. —*Mr*. Cardan movió la cabeza de un lado a otro—. Esto me recuerda —prosiguió después de una breve pausa— otra mudanza, de algo de parecida profunda raigambre, que nunca he podido explicarme. Me refiero al cambio experimentado por nuestra susceptibilidad a la adulación. Es imposible leer a un moralista clásico sin hallar copiosa cantidad de consejos para que nos guardemos de los aduladores. «Los labios lisonjeros te conducen a la ruina», encontramos en la Biblia. Y el castigo del adulador, allí lo hallamos especificado también: «Quien a sus deudos adula, hasta los ojos de sus hijos saltará», aunque pudiera suponerse que el caer el castigo sobre otras personas resta cierto terror a la amenaza. Pero, en cualquier caso, antaño, los grandes y los poderosos estaban casi a la merced de las lenguas lisonjeras. Y éstas, si hemos de juzgar por lo que sabemos, realizaban su cometido de manera en extremo tosca, acumulando las lisonjas sin mesura ni tino. ¿Es posible que la plutocracia culta de aquellas épocas se tragase tan burdos halagos? Hoy día no lo sería. Hoy la adulación para alcanzar iguales fines, tendría que ser mucho más sutil. Además, no encuentro en los escritos de los moralistas modernos recomendación alguna de precaverse contra los lisonjeadores. Ha habido un cambio, desde luego, aunque cómo ha ocurrido, no puedo decirlo.

—Quizás hayamos progresado moral mente —dijo *Mr*. Falx.

Lord Hovenden, que había estado mirando con reverencia a *Mr*. Falx mientras éste hablaba, apartó la vista de él y sonrió a *Mr*. Cardan con aire de triunfo, como preguntando si tenía algo que contestar a lo oído.

—Quizá —repitió *Mr*. Cardan en tono de muy profunda duda.

Calamy propuso otra explicación:

—Se debe, indudablemente —dijo—, al cambio experimentado por la situación de los poderosos y los pudientes. En otros tiempos juzgaban ellos y

juzgaban los demás, que eran lo que eran por derecho divino. Por esto las más burdas lisonjas les parecían naturales. Pero ahora, ser príncipe o millonario se nos antoja tener origen menos divino que antes. La adulación que antes era aceptada sencillamente como expresión de justo respeto, ahora parece excesiva; y lo que en otros tiempos era tenido casi por sincero, hoy es considerado irónico.

—Me parece muy posible que tenga usted razón —dijo *Mr*. Cardan—. En cualquier caso, la baja en la cotización de las lisonjas ha producido grandes alteraciones en la teoría del parásito.

—¿Es que ha cambiado alguna vez la teoría del parásito? —preguntó *Mr*. Falx. Lord Hovenden pasó la pregunta con su sonrisa interrogativa a *Mr*. Cardan—. ¿No ha sido siempre vivir del trabajo de los demás, sin contribuir para nada en absoluto a la riqueza común?

—Estamos hablando de dos clases distintas de parásitos —explicó *Mr*. Cardan, sonriendo picarescamente al profeta menor—. Para usted, los parásitos son los ricos que no trabajan; yo me refiero a los holgazanes pobres que viven a costa de los holgazanes ricos: Las pulgas grandes tienen pulgas diminutas[6]… yo hablaba de las tenias. Especie profundamente interesante, se lo aseguro, que nunca ha sido estudiada como merece por los naturalistas de la humanidad. Es verdad que tenemos el gran tratado escrito por Luciano sobre el arte de ser gorrón, y muy excelente obra que es; pero algo anticuada, sobre todo cuando trata de la lisonja. Mejor que Lucian es Diderot. Pero el *Neveu de Ramean* trata de un solo tipo de parásito, y no precisamente el que logra éxitos mayores ni el más digno de imitación. *Mr. Skimpole* en *La casa sombría* no está mal. Pero carece de toda sutileza: no es modelo adecuado para ningún candidato ambicioso de parásito. El hecho es que ningún autor, que yo sepa, ha estudiado a fondo el parasitismo. Yo deploro este descuido —y *Mr*. Cardan añadió, sonriendo primero a *Mrs*. Aldwinkle y luego a todos los demás invitados—, lo deploro casi como si se tratara de una afrenta personal. Profesando como profeso, o quizá sería más exacto decir que trato de profesar, los misterios del parasitismo, he de considerar esta confabulación de silencio como muy insultante.

—¡Qué absurdo eres! —dijo *Mrs*. Aldwinkle. Las referencias complacientes a sus propios defectos y debilidades morales eran frecuentes en la conversación de *Mr*. Cardan. Desarmar a sus posibles críticos anticipándose a ellos, escandalizar y causar embarazo a los que de tal cosa eran susceptibles, exhibir su independencia de los prejuicios corrientes

reconociendo con desenfado defectos que otras personas procuraron ocultar; para lograr tales fines, *Mr*. Cardan se traicionaba a sí mismo con excelente buen humor.

—¡Absurdo! —repitió *Mrs*. Aldwinkle. *Mr*. Cardan denegó con la cabeza.

—Nada de absurdo. La pura verdad. Es cierto, ¡ay de mí!, que jamás he tenido éxito como parásito. Hubiera podido ser complaciente adulador, pero, infelizmente, vivo en una época en la que la adulación carece de eficacia. Quizá pudiera haber sido un bufón palaciego bastante aceptable, si fuera un poco más estúpido y un poco más bullicioso. Pero aunque se me hubieran ofrecido oportunidades de abrazar la profesión de bufón, lo habría pensado mucho antes de aceptar esa especialidad del parasitismo. Es peligroso ser bufón cortesano; es una posición positivamente precaria. Puede, a quien la adopta, complacer durante cierto tiempo, pero al final, forzosamente, o aburre a su señor o le enoja. El *Neveu de Rameau* es, dentro de la literatura, el mejor de cuántos conocemos, y ya saben ustedes la aperreada vida que llevó. No; el parásito de éxito permanente, por lo menos en nuestros días, pertenece a un tipo completamente distinto, un tipo con el que, desgraciadamente, ni con los más violentos y denodados esfuerzos podría yo lograr que mi naturaleza se conformara.

—Pues claro que no —dijo *Mrs*. Aldwinkle saliendo a la defensa de *Mr*. Cardan.

Cardan expresó su reconocimiento con una inclinación de cabeza, y continuó:

—Todos los parásitos vividores de éxito que he conocido en estos últimos tiempos, pertenecen a la misma especie. Son callados, apacibles y capaces de inspirar piedad. Son adecuados objetos para despertar los instintos maternales. Por lo general, tienen talento para algo encantador, que el mundo grosero es incapaz de apreciar, pero que la persona protectora admira, lo que habla bien de ella (¡ah, sutilísima lisonja ésta!). Jamás ofenden, como hace el bufón; no estorban, pues se limitan a lanzar miradas perrunas y admiradoras; cuando su presencia puede resultar enfadosa saben dejar de existir casi por completo. Al protegerlos, se satisface la apetencia de dominar y el altruista instinto maternal que nos induce a amparar al desvalido. Podría usted escribir largamente sobre el tema —añadió, dirigiéndose a *Miss* Thriplow—. Podría usted llenar un volumen grande y profundo. Yo mismo lo hubiera hecho ya,

de haber sido escritor, lo cual bien hubiera podido ocurrir sin la intervención de la misericordia divina. Le brindo la idea.

Miss Thriplow le dio las gracias en monosílabos. Durante toda la cena se había conducido como un tímido ratoncillo. Después de los riesgos corridos aquella tarde, de las «planchas» que la habían amenazado, le pareció que lo mejor era permanecer todo lo sencilla y germina que le fuera posible. Unas ligeras alteraciones llevadas a cabo antes de cenar en su atavío habían tenido resultado feliz. Empezó por quitarse el collar de perlas y hasta la sortija de esmeralda, no obstante la sencillez de ésta. «Ahora», se dijo al contemplar a la insignificante personilla con aquel sencillo traje negro, sin una joya, de manos frágiles y blancas, de cara tan pálida y tersa, que la miraba de pie desde el espejo. «¡Qué franqueza y qué inocencia hay en esos grandes ojos castaños!», le diría probablemente Calamy a *Mr*. Cardan. Cuál pudiera ser la contestación de *Mr*. Cardan no era fácil de adivinar, pues *Mr*. Cardan era un cínico. Abrió un cajón y sacó de él un chal de seda negra; mas de ningún modo el veneciano de largos flecos, sino el inglés que perteneció a su madre, mucho menos romántico y más burgués. Se lo puso por los hombros, y se lo cruzó con ambas manos por delante. Casi pudiera parecer una monja, se dijo al contemplar la imagen que le ofrecía el gran espejo de pared; no, mejor todavía, una niña, interna en un convento, una de las doscientas que avanzaban en larguísima fila, por parejas, todas de negro uniforme, con largos pantalones adornados de puntillas que caían sobre los tobillos de las educandas; iban formadas de acuerdo con su estatura, desde las que medían cinco pies y ocho pulgadas, en cabeza, hasta las que medían cuatro pies a secas, en la cola. Si se pusiera el chal por la cabeza, pensó, a guisa de capucha, aún resultaría más pronunciada su insignificancia, su pobreza, su honestidad, y se convertiría en una muchacha obrera, de ruidosos zuecos, camino de la fábrica de tejidos. Pero tal vez fuese eso llevar la cosa demasiado lejos. Después de todo, ella no era una moza nacida en zona fabril Culta, sin daño; inteligente, pero sencilla y genuina. Eso era. Acabó por bajar a cenar con el chal por los hombros y bien apretado. Frágil; ratonil. La Banda de Honor del colegio, era muchacha de peregrinas dotes, pero no hablaría más que cuando le dirigieran la palabra. Así, ahora dio modestamente las gracias.

—Mientras tanto —continuó *Mr*. Cardan— persiste el lamentable hecho de que jamás he logrado persuadir a nadie a que acepte por completo la responsabilidad de mi bienestar. Es verdad que he comido toneladas de manjares ajenos, y bebido hectolitros de sus vinos —alzó su copa, y luego de mirar ala señora de la casa por encima del borde, la vacío a su salud—, por

todo lo cual estoy sumamente agradecido. Pero jamás he logrado vivir permanentemente a su costa. Es triste, pero mi personalidad no es adecuada a tales fines. No inspiro piedad. Nunca he dado a las mujeres la impresión de estar necesitado de cuidados maternales. Tanto es así, que si he tenido algunos éxitos con ellas (espero que me sea tolerado decir esto sin vanagloria de fatuo), lo he debido más a mi fuerza que a mi debilidad. Pero a los sesenta y seis años… —movió la cabeza tristemente—. Y, sin embargo, no logra uno, en compensación, el más ligero aumento en su capacidad para inspirar lástima.

Mr. Falx, cuyas ideas morales eran sencillas y ortodoxas, movió la cabeza de un lado a otro. No le gustaba nada todo aquello. Además, *Mr*. Cardan le causaba perplejidad.

—Una cosa puedo decir —dijo *Mr*. Falx—: cuando nosotros hayamos estado durante algún tiempo en el poder, desaparecerán los parásitos descritos por *Mr*. Cardan, por la sencilla razón de que todos los parásitos desaparecerán.

—Felizmente —dijo *Mr*. Cardan, sirviéndose más frito variado—, yo ya habré muerto. Me sería imposible soportar al mundo, una vez tratado por los correligionarios de *Mr*. Falx con insecticidas y vermífugos. ¡Ah! —añadió, volviéndose hacia *Miss* Thriplow—: ¡qué error más terrible han cometido ustedes los jóvenes, naciendo cuando lo han hecho!

—Yo no cambiaría —dijo *Miss* Thriplow.

—Ni yo —confirmó Calamy.

—Ni yo —dijo *Mrs*. Aldwinkle como un eco, asociándose ardorosamente con los jóvenes. Tan joven como ellos se sentía. Más joven, en realidad, pues, por haber pasado su mocedad en un mundo joven, compartía las opiniones y sentimientos de una generación que había alcanzado la edad adulta de manera plácida, en un ambiente protegido o que quizá no había alcanzado jamás la madurez. Las circunstancias que de manera tan violenta y poco natural maduraron a los más jóvenes que ella, la dejaron ya endurecida y moldeada por los años, tal como antes. Espiritualmente, eran los jóvenes más viejos que ella.

—Creo que sería imposible vivir en una época, más emocionante —dijo Calamy—. La sensación de qué todo es completamente provisional e interino, todo, desde las instituciones sociales hasta las que nos parecían las más sagradas verdades científicas; la sensación de que nada, desde el Tratado de

Versalles hasta el universo susceptible de ser explicado racionalmente, está a seguro; la íntima convicción de que puede ocurrir o descubrirse cualquier cosa (otra guerra, la creación artificial de la vida, la demostración de la supervivencia tras la muerte), no puede negarse que todo ello resulta estimulante en grado superlativo.

—¿Y la posibilidad de que todo resulte destruido? —preguntó *Mr*. Cardan.

—También es estimulante —respondió Calamy, sonriendo.

Mr. Cardan sacudió la cabeza lentamente.

—Quizás es que soy tímido —dijo—, pero confieso mi preferencia por una vida más sosegada. Persisto en mi creencia de que han cometido ustedes un error al elegir el momento de venir al mundo, de tal manera, que su juventud coincidiera con la guerra y su temprana madurez con esta paz precaria y ayuna de prosperidad. ¡Cuánto mejor he sabido yo arreglar mi vida! Entré en la vida a finales de la década de 1850, soy casi mellizo en *El Origen de las Especies*. Fui educado en la sencilla fe del siglo XIX, fe ésta no conturbada por dudas y aún no complicada por los intranquilizadores modernismos matemáticos, que están convirtiendo a los más sesudos físicos en místicos. Todos éramos entonces optimistas admirables; creíamos en *Mr*. Gladstone y en la superioridad moral e intelectual de nuestra época sobre todas las demás. Y no es de extrañar, pues aumentaba nuestra riqueza de un día para otro. Las clases bajas, a quienes aún podía llamárseles por ese nombre encantador, conservaban su respeto, y las probabilidades de una revolución eran remotísimas. Es verdad que, al mismo tiempo, comenzábamos por entonces a darnos cuenta, lo que nos desasosegaba, de que esas clases bajas llevaban una vida bastante desagradable, y de que acaso las leyes económicas no eran tan inmutables mediante la intervención humana como *Mr*. Buckle tan agradablemente había supuesto. Y cuando nos pagaban nuestros pingües dividendos, pues por aquel entonces aún cobraba yo dividendos —dijo *Mr*. Cardan en un paréntesis, y suspiró— con la regularidad de los solsticios, casi sentíamos un levísimo remordimiento social. Mas lo acallábamos triunfalmente, contribuyendo cierta cantidad para la construcción de casas habitables en los barrios pobres, o hacíamos levantar, con parte de nuestros ingresos redundantes, un número completamente superfluo de urinarios forrados de mosaicos blancos para nuestros obreros. Estos urinarios eran para nosotros como una especie de fórmula encantada. Con la cuenta de tales urinarios en el bolsillo del chaleco, podíamos cobrar los dividendos

correspondientes al siguiente trimestre con absoluta tranquilidad de conciencia. Justificaba el papelito hasta nuestras modestas orgías. ¡Y cómo nos divertíamos! Con discreción, naturalmente. Pues en aquellos tiempos no podíamos hacer las cosas tan abiertamente como ustedes ahora. Pero lo pasábamos bien, así y todo. Puedo recordar un número bastante fenomenal de cenas de solteros, durante las cuales, criaturas arrebatadoras salían súbitamente de pasteles gigantescos y bailaban *pas seuls*[7] por entre la vajilla y las copas.

Calló *Mr*. Cardan, para sumirse en el éxtasis de sus recuerdos.

—Suena muy idíiiilico —dijo *Miss* Thriplow, lentamente. Solía detenerse amorosamente en cualquier vocablo insólito o jugoso que lograse admisión a una de sus frases.

—Y lo era —afirmó *Mr*. Cardan—. Sobre todo, yo creo, por estar tales cosas tan completamente en contra de las reglas de aquellos buenos tiempos, y porque era necesario tener tanta discreción. Quizás es que ya soy viejo y que mi juicio se ha endurecido a la par que mis arterias; pero a mí me parece que el amor no es ahora tan emocionante como en mi juventud. Cuando las faldas llegan hasta el suelo, la punta de un zapato que asome resulta hechizadora. Y en aquellos tiempos las faldas todo lo recataban… No existía la franqueza, ni la realidad; solamente la imaginación. Éramos verdaderos polvorines de represiones, y la más leve insinuación era chispa detonante. Hoy, cuando las mujeres se exhiben en faldellín escocés y con las espaldas tan desnudas como las de un caballo, no es posible la emoción. Las cartas están sobre la mesa, y nada se deja a la imaginación. Todo está a la vista, no hay engaño; y la cosa resulta aburrida. La hipocresía, además de ser el tributo que el vicio paga a la virtud, es uno de los artificios que el vicio emplea para captar nuestro interés. Y, aquí, entre nosotros —continuó *Mr*. Cardan, dirigiéndose en secreto a toda la mesa—, diré que el vicio no puede prescindir de tales artimañas. Hay un pasaje de lo más interesante acerca de esto en *La cousine Bette*, de Balzac. ¿Se acuerdan ustedes?

—¡Ah! Esa maravillosa… —exclamó *Mrs*. Aldwinkle con el desbordado y confuso entusiasmo que toda obra de arte maestra suscita en ella.

—Es cuando el barón Hulot cae víctima de los hechizos de *Madame* Marnesse; el maduro galán del Imperio y la mujer joven educada en el Renacimiento del Romanticismo y en las virtudes de los primeros tiempos de nuestra reina Victoria. Voy a ver si me acuerdo.

Mr. Cardan frunció el ceño reflexivamente, permaneció en silencio durante unos momentos, y continuó después en francés casi impecable:

—Cet hotnme de l'Empire, habitué au genre empire, devait ignorer absolument les facons de l'amour moderne, les nouveaux scrupules, les differentes conversations investées depuis 1830, et oü la «pauvre faíble femme» finit par se faire considérer comme la victime des désirs de son amant, comme une soeur de chanté qtá pense des blessures, comme un ange qui se dévoue. Ce nouvel art d'aimer consommé énormément des paroles évangéliques á l'oeuvre du diable. La passion est un martyre. On aspire á l'idéal, a Vinfini de part et d'autre; l'on veut devenir meilleur par l'amour. Toutes ees belles phrases sont un pretexte a mettre encore plus d'ardeur dans la pratique, plus de rage dans les chutes[8] —*Mr*. Cardan pronunció estas palabras con especial sonoridad—, *que par le passé. Cette hypocrisie, le caractére de notre temps, a gangrené la galanterie*[9]. ¡Qué agudo es eso! —dijo *Mr*. Cardan—. ¡Qué amplio y qué profundo! Con lo único que no puedo estar conforme es con la opinión expresada en la última frase. Porque si, como él dice, la hipocresía añade ardor al ejercicio del amor y «rabia a las caídas», entonces no puede decirse que haya gangrenado la galantería. La ha mejorado, la ha vivificado, la ha hecho más interesante. La hipocresía del siglo XIX fue concomitante del romanticismo literario del siglo XIX, una reacción inevitable contra el clasicismo excesivo del siglo XVIII. El clasicismo en literatura es intolerable, porque lleva consigo demasiados preceptos restrictivos; y es intolerable en amor porque no lleva anejos los bastantes. Ambos tienen en común, a pesar de su aparente diferencia, que los dos son vulgares y ambos carecen de emoción únicamente inventando preceptos susceptibles de ser quebrantados, revistiéndoles de una importancia casi supernatural, puede resultar interesante el amor. Ángeles, filósofos y diablos deben dejar sentir su presencia en la alcoba, qué de otra forma no es lugar digno de mujeres y hombres inteligentes. En los tiempos clásicos, tales personajes brillaban allí por su ausencia; y más aún en tiempos neoclásicos. La cosa era entonces de gran simplicidad prosaica, cotidiana y todo lo *ierre á ierre* que podía serlo. Verdaderamente, debió de llegar a ser poco menos interesante que el cenar, y no es que pretenda quitar importancia al hecho de cenar, sobre todo en los tiempos que corren; pero en mi juventud —suspiró *Mr*. Cardan— daba yo menos importancia a la buena mesa. Aún hoy me veo precisado a confesar que el hecho de comer no encierra demasiada emoción ni demasiada poesía. Supongo que tan sólo en países en los que existen muy fuertes tabús acerca de la comida es posible rodear el hecho de saciar el

apetito de una aureola de romanticismo. Me puedo imaginar que un judío severamente educado de los tiempos de Samuel, quizá se viera algunas veces poseído de una tentación casi irresistible de comer langosta o algún otro animal similar de patas hendidas, pero que no rumia. Me lo puedo imaginar engañando a su mujer, diciéndole que iba a la sinagoga, pero yendo en realidad a escondidas, por siniestras callejas, a atiborrarse ilícitamente, en alguna casa infame, de cerdo y de langosta con mayonesa. Ahí tiene usted el germen de un conflicto dramático. Le brindo a usted la idea gratis.

—Se lo agradezco —dijo *Miss* Thriplow.

—Y luego, no lo olviden, a la mañana siguiente, tras una noche de los más portentosos sueños, despertaría rebosando rectitud el más fariseo de todos los fariseos, y enviaría un donativo a la «Sociedad protectora de la Moral» y otro a la «liga para la Supresión de la Langosta», Y escribiría a los periódicos diciendo que es una vergüenza que a los novelistas jóvenes se les tolerara publicar libros con repulsivas descripciones de cómo hombres y mujeres mezclados se daban a comer jamón, descripciones de orgías en establecimientos de mariscos y de otras obscenidades culinarias demasiado horribles para ser mencionadas. ¿Verdad que haría todo eso, *Miss* Mary?

—Desde luego. Y ha olvidado usted decir —añadió *Miss* Thriplow, no recordando que era la Primera Banda del Colegio— que insistiría con mayor energía que nunca, en que sus hijas fuesen educadas en la más absoluta ignorancia de la existencia de los embutidos.

—Exacto —dijo *Mr*. Cardan—. Todo lo cual he expuesto únicamente para demostrar lo emocionante que hasta el comer podría resultar si se mezclase en ella la religión, si la cena fuese un misterio y se agitase turbulenta la imaginación cada vez que nos convocaran al comedor. Por el contrario, el amor se convierte en algo en extremo tedioso si lo aceptamos con la naturalidad con que aceptamos la’ cena. Fue esencial para los hombres y mujeres de 1830, bajo pena de morir de aburrimiento, inventar la *pauvre faible femme*, la mártir, el ángel, la hermana de la caridad, y hablar de la Biblia mientras consumaban actos diabólicos. La clase de amor adoptada por sus antepasados del siglo XVIII y del Imperio era demasiado prosaica. Tuvieron que buscar refugio en la hipocresía para salvarse. Pero la actual generación, cansada de jugar a *Madame* Marnesse, ha vuelto a las ideas del Imperio del barón Hulot… No cabe duda que la emancipación es, en cierto modo, excelente. Pero a la larga resulta contraproducente. Pide la gente libertad, y lo que logran, con el tiempo, es puro tedio. Para quienes el amor ha

llegado a ser algo tan evidente como el cenar, para quienes no hay pudorosos misterios, ni modestias, ni recatos generadores de fantasía, sino palabras claras y hechos naturales…, ¡qué falto de interés, qué aburrido se les ha tomado el amor! La imaginación ha menester de amplios miriñaques y dueñas feroces para inflamar el deseo y convertirlo en pasión. Tantas discusiones livianas sobre la psicología amorosa están embotando el filo del amor. No me importa profetizar que dentro de algunos años los jóvenes estarán susurrándose mutuamente sublimes conceptos acerca de ángeles, hermanas de la caridad y el infinito. Irán ellas forradas de ropa Interior de lana y adelgazarán tras celosías. Y, como consecuencia, el amor les parecerá a ustedes algo incomparablemente más romántico y más tentador que hoy, en estos días de emancipación. *Mr*. Cardan escupió el hollejo de su última uva, apartó de sí el plato de postre, se echó hacia atrás en su silla y miró a su alrededor con aire de triunfo.

—¡Qué poco entiendes a las mujeres! —dijo *Mrs*. Aldwinkle, sacudiendo la cabeza—. ¿Verdad, Mary?

—Por lo menos a algunas mujeres —confirmó *Miss* Thriplow—. Olvida usted, *Mr*. Cardan, que Diana es un tipo tan verdadero como Venus.

—Exactamente —dijo *Mrs*. Aldwinkle—. No podrías haberlo, expresado de manera más sucinta.

Dieciocho años antes, *Mrs*. Aldwinkle y *Mr*. Cardan habían sido amantes. Le sucedió Elzébir, el pianista —de efímero reinado—, a quien siguió Lord Trunion —¿o fue el doctor Lecoing?—, ¿o los dos? En este momento *Mrs*. Aldwinkle había olvidado tales hechos. O si los recordaba, no lo hacía exactamente de la misma manera que otras personas —*Mr*. Cardan, por ejemplo— los recordaban. Para ella ahora todo fue siempre maravillosamente romántico. Jamás había ella dejado de ser Diana.

—¡Pero si estoy de absoluto acuerdo con usted! —dijo *Mr*. Cardan—. Yo admiro, sin género de duda alguna, la existencia de Artemisa. Incluso podría demostrarla empíricamente.

—¡Qué amable! —dijo *Mrs*. Aldwinkle con intención de mostrarse sarcástica.

—La única figura del Olimpo que siempre he considerado completamente mística es Atenea. Una diosa de la sabiduría, ¡una «diosa»! —repitió con énfasis—. ¿No es eso realmente demasiado?

Mrs. Aldwinkle se levantó majestuosamente de la mesa.

—Vamos al jardín —dijo.

IV

Mrs. Aldwinkle también había comprado las estrellas.

—¡Qué brillo tienen! —exclamó al salir a la terraza, a la cabeza del pequeño pelotón de invitados—. ¡Y cómo guiñan! ¡Cómo palpitan! Parecen estar vivas. En Inglaterra no hay estrellas así, ¿verdad, Calamy?

Calamy asintió. El asentir, había descubierto, ahorraba mucho trabajo; era un artilugio casi indispensable en este hogar ideal. Siempre procuraba estar de acuerdo con *Mrs*. Aldwinkle.

—¡Y qué bien se ve la Osa Mayor! —continuó *Mrs*. Aldwinkle, hablando hacia arriba, casi perpendicularmente, en dirección a las alturas celestiales. La Osa Mayor y Orión eran las únicas constelaciones que sabía reconocer—. ¡Qué forma más extraña tiene!, ¿verdad? Casi hubiera podido ser diseñada por el arquitecto del palacio de los Malaspina.

—Muy extraña —dijo Calamy.

Mrs. Aldwinkle dejó caer su mirada desde él cénit, se volvió hacia Calamy y le sonrió de manera penetrante, no reparando que en la profunda oscuridad de la noche, sin luna, sus encantos se desperdiciarían sin remedio.

Miss Thriplow habló ahora con una especie de pueril lentitud desde la oscuridad:

—Podrían ser tenores italianos —dijo— lanzando apasionados trémolos en el firmamento. No es de extrañar, con tales estrellas en el cielo, no es de extrañar que la vida en este país tienda algunas veces a remedar escenas de ópera.

Esto indignó a *Mrs*. Aldwinkle.

—¿Cómo puedes blasfemar así de las estrellas? —dijo. Y luego, como recordara que también había comprado la música italiana, amén de los hábitos y costumbres de todos los italianos, continuó—: Además, es ése un chiste mezquino acerca de los tenores. Después de todo, éste es el único país en donde el *bel canto* todavía… —agitó una mano en el aire—. Y recuerda lo mucho que Wagner admiraba a… a… ¿cómo se llamaba?

—Bellini —apuntó su sobrina tan discretamente como pudo, pues no era la primera vez que escuchaba a su tía hablar de la admiración de Wagner.

—Bellini —repitió *Mrs*. Aldwinkle—. La vida no es ópera en Italia. Es auténticamente apasionada.

No supo *Miss* Thriplow encontrar réplica discreta durante unos segundos. Tenía facilidad para improvisar estos pequeños donaires, pero al mismo tiempo la atemorizaba que la gente pudiera considerarla sólo inteligente, desprovista de sentimientos, muchacha dura y brillante. Se le ocurrió, por lo menos, media docena de muy donosas respuestas, naturalmente; pero no tenía que olvidar su fundamental sencillez, su naturaleza Wordsworthiana, su índole de humilde violeta junto a la peña musgosa, sobre todo en aquella noche, con aquel chal.

Por mucho que nos complazca hacerlo, por muy alta que sea la opinión que en nuestro fuero interno tengamos de nuestra capacidad, solemos juzgar indiscreto el vanagloriarnos de nuestra inteligencia. Más no sentimos tal vergüenza en lo referente a nuestras virtudes cordiales; hablamos sin disimulos de nuestra caridad, limítrofe de la debilidad; de nuestra generosidad, que bordea con la locura (atemperando así nuestras jactancias ligeramente, pretendiendo que nuestras buenas cualidades sean tan exageradas que resultan defectos). *Miss* Thriplow, no obstante, era una de esas personas poco corrientes, de inteligencia tan palmaria y evidente, y no podía haber daño en que mencionara el hecho con tanta frecuencia como le viniera en gana; la gente lo hubiera calificado de justificada conciencia de su valer. Pero *Miss* Thriplow, por perversidad, no gustaba oír encomiar su inteligencia, ni ponderarla ella misma. Lo que ella quería era sentirse apreciada por su corazón. Cuando, como en esta ocasión, se dejaba llevar demasiado lejos de su natural facilidad para el donaire, o cuando arrebatada por el deseo de hacerse agradable, estando rodeada de gente brillante, se encontraba pronunciando frases chispeantes que armonizaban mal con la posesión de emociones sencillas y absolutamente naturales, pronto se dominaba y pronto se esforzaba en enmendar la impresión que pudiera haber producido en sus oidores. Ahora, después de una meditación fulminante, logró encontrar una réplica que combinaba admirablemente, en opinión de *Miss* Thriplow, la más sincera apreciación de la Naturaleza con una alusión elegantemente recóndita, dedicada particularmente a *Mr*. Cardan, quien, como hombre de letras a la antigua, era gran catador de cultura.

—Sí, Bellini —dijo con gran entusiasmo, yendo a buscar la referencia a la mitad de la frase de *Mrs*. Aldwinkle—. ¡Qué dotes maravillosas de melodista las suyas! *Casta diva…*, ¿lo recuerdan? —y entonó a media voz la larga frase

inicial—. ¡Qué finura la de la línea trazada por la melodía! Como la de esas montañas contra el fondo del cielo —y señaló.

En el más lejano extremo del valle, a la izquierda del alomado promontorio sobre el que se alzaba el palacio, se proyectaba otro promontorio más excelso y largo. La terraza estaba dominada por su masa ingente y amenazadora. Hacia él señaló *Miss* Thriplow, siguiendo con el dedo el dentado y ondulante perfil de su silueta.

—Hasta la Naturaleza es como una obra de arte en Italia —añadió.

Aplacó a *Mrs*. Aldwinkle la frase.

—Eso es muy verdad —dijo, y poniéndose en movimiento comenzó a dar su diario paseo vespertino por la terraza.

La cola del vestido de terciopelo susurraba en pos de su dueña sobre las polvorientas losas. A *Mrs*. Aldwinkle no le importaba, ni poco ni mucho, que se ensuciara. Lo interesante era el efecto general logrado: manchas, polvo, ramillas adheridas y ciempiés, todos eran detalles baladíes. Trataba sus ropas, por tanto, con un magnífico y aristocrático descuido. El grupo siguió sus pasos.

No había luna; únicamente estrellas en un firmamento azul oscuro. Negros y siluetados contra el cielo, los Hércules, los encorvados Atlas, las Dianas de breves faldas, las Venus que recataban sus encantos con un gesto a dos manos de atractivo pudor, se alzaban como otros tantos petrificados bailarines sobre los pilones de la balaustrada. Las estrellas oteaban entre ellos. Más abajo, en la negrura del llano, ardían Instalaciones de luces amarillentas. Un incesante croar de ranas ascendía, débil, remoto, pero claro, desde aguas invisibles.

—Las noches como ésta —dijo *Mrs*. Aldwinkle, deteniéndose y hablando con gran intensidad a Calamy— nos hacen comprender la pasión meridional.

Mrs. Aldwinkle tenía la alarmante costumbre, cuando hablaba a alguien, íntima o seriamente, de acercar extremadamente su cara a la del interlocutor, abriendo los ojos todo cuanto podía y fijando sobre él la mirada inmóvil o penetrante del oculista que examina a un paciente.

Al detenerse *Mrs*. Aldwinkle sin aviso, sus invitados fueron haciendo alto, chocando con el que iba delante, como vagones de un tren arrastrados por una locomotora que frena de repente.

Calamy asintió.

—Sí. Cierto.

Incluso a la incierta luz de las estrellas pudo ver el alarmante brillo de los ojos de *Mrs*. Aldwinkle al acercarle a él la cara.

—En esta horrible época burguesa —el vocabulario de *Mrs*. Aldwinkle (como el de *Mr*. Falx, aunque por motivos distintos) no contenía dicterio más acervo que la palabra «burgués»— únicamente los meridionales entienden aún, y hasta sienten, creo yo, la pasión.

Mrs. Aldwinkle creía en la pasión apasionadamente.

Mr. Cardan comenzó a hablar desde detrás del ascua rojiza de su cigarro puro. En la oscuridad su voz tenía aún más pronunciados matices de riqueza y pastosidad.

—Tienes mucha, muchísima razón. Se debe al clima, naturalmente. El calor tiene un doble efecto sobre los habitantes: directo e indirecto. El efecto directo no requiere explicación: el calor llama al calor. Es evidente. Pero el efecto indirecto es no menos importante. En un país cálido nadie gusta de trabajar con exceso. Se trabaja en él justo lo bastante para vivir, bajo estas estrellas vivir es de felicidad tolerable, y cultiva uno el ocio. Ahora bien; resulta bastante evidente que, prácticamente, lo único que puede hacer quien no es filósofo durante sus ocios, es amar. No hay ningún hombre serio y trabajador que tenga tiempo, energía o inclinación para abandonarse a la pasión. La pasión únicamente puede florecer entre los ociosos bien alimentados. Por ello, excepto entre los hombres y las mujeres de las clases acomodadas y desocupadas, la pasión, en toda su complejidad exuberante, apenas existe en el norte trabajador. Únicamente entre aquéllos cuyos deseos e ingénita inclinación a la vagancia han sido fomentados por el vivificador sol de mediodía, pudo florecer, y florece, la pasión, como con tanta justeza dices, mi querida Lilian, en esta época municipal.

Apenas había empezado a hablar *Mr*. Cardan cuando *Mrs*. Aldwinkle se puso en movimiento de nuevo. Cardan vilipendiaba todos sus ideales. Sin que Cardan dejase de hablar, pasaron ante las siluetas de la pudorosa Venus, de Diana y su perro, de Hércules apoyado en la maza y de Atlas, humillado el torso por el peso del Globo; de Baco, que alzaba al délo el muñón de un brazo truncado, cuya mano sostuvo antaño la copa. Llegados al final de la terraza dieron la vuelta y volvieron andando por ante idéntica ringlera de símbolos.

—Es fácil hablar así —dijo *Mrs*. Aldwinkle cuando Cardan acabó—. Pero no disminuyes con ello la grandiosidad de la pasión, su pureza, su belleza,

su… —calló sin respiración.

—¿No fue Bossuet —preguntó Irene, con timidez, pero con decisión, pues le pareció que debía intervenir en socorro de su tía, y además le gustaba a ésta que Irene tomara parte en la conversación—, no fue Bossuet quién dijo que en la pasión había algo de infinito?

—¡Magnífico, Irene! —exclamó *Mr*. Cardan, animándola.

Irene escondió su rubor en la oscuridad.

—Y a mí me parece que Bossuet tenía razón —declaró. A pesar de sus rubores, podía convertirse en una leona cuando se trataba de auxiliar a su tía —. Muchísima razón —añadió, tras un momento de contemplar el recuerdo de su propia experiencia.

Había experimentado ella misma sensaciones completamente infinitas, y más de una vez, pues Irene ya había conocido un número realmente sorprendente de pasiones en sus pocos años.

—No comprendo —le decía su tía, cuando Irene iba por las noches a cepillarse el pelo antes de acostarse—, no comprendo cómo no estás locamente enamorada de Peter —o de Jacques, o de Mario, el nombre era susceptible a mutaciones, según *Mrs*. Aldwinkle y su sobrina perseguían a través del mapa de Europa las temporadas de moda—. Si yo tuviera tus años, no hubiera podido resistirme.

E Irene, pensando entonces más seriamente acerca de Peter, o de Jacques, o de Mario, descubría que su tía tenía razón. El muchacho era, en efecto, extraordinario. Y durante el resto de su permanencia en el «Continental», el «Bristol» o el «Savoia», Irene se enamoraba apasionadamente. Lo que en tales ocasiones había experimentado había sido, sin duda alguna, infinito. Bossuet, estaba claro, sabía lo que se decía.

—Claro es, Irene, que si «tú» crees que tiene razón Bossuet —dijo *Mr*. Cardan—, entonces, evidentemente, no tengo más remedio que retirarme de la discusión. He de aceptar una autoridad superior a la mía —y sacándose el puro de la boca, se inclinó ante Irene.

Irene volvió a sonrojarse.

—Ahora me está usted tomando el pelo.

Mrs. Aldwinkle echó un brazo por encima de los hombros de su sobrina.

—Haz el favor de no meterte con ella, Cardan. Es la única de todos vosotros que siente verdaderamente lo que es noble, y magnífico y grandioso.

Apretó contra sí a Irene, en un abrazo oblicuo y peripatético. Irene, feliz, rendida, se abandonó a él. Tía Lilian era maravillosa.

—Lo sé —dijo *Mr*. Cardan excusándose—; sé que no soy más que un caprípedo.

En tanto, Lord Hovenden, tarareando en voz bastante recia y paseando algo apartado de los demás, estaba demostrando claramente o, al menos, así lo esperaba, que se encontraba ocupado en las propias reflexiones y que no había oído una palabra de cuantas habían sido pronunciadas durante los últimos cinco minutos. Pero, no obstante, lo dicho le tenía desasosegado. ¿Cómo sabía Irene tanto acerca de la pasión? ¿Había habido quizás…, había en estos momentos… «otro»? A Lord Hovenden la pregunta se le reiteraba con dolorosa persistencia. Con la idea de desasociarse de los demás más completamente, se dirigió a *Mr*. Falx.

—Dígame, *Mr*. Falx —dijo con voz reflexiva, como si llevara algún tiempo pensando en el asunto antes de hablar—: ¿qué opinión le merecen los Sindicatos Fascistas?

Mr. Falx se lo dijo.

La pasión, estaba pensando Calamy, la pasión… ¡Podía uno experimentarla en demasía! Suspiró. Si uno pudiera decir: «¡Nunca más!», seguro de ser sincero al decirlo, hallaría en ello descanso nada despreciable. Sin embargo, reflexionó, había algo sumamente, perversamente, atractivo en esta Mary Thriplow.

Mientras tanto, a *Miss* Thriplow le hubiera gustado decir algo indicador de que también ella creía en la pasión, pero en una pasión de índole distinta de la de *Mrs*. Aldwinkle; una pasión natural, espontánea; una pasión casi infantil, y no esa planta de estufa que prospera en los salones. Cardan tenía razón al negarse a considerar en serio tal pasión. Pero no podía esperarse de él que supiera gran cosa acerca de los amores sencillos, bañados de rocío, en que ella pensaba. Ni *Mrs*. Aldwinkle, al fin y al cabo. Pero ella los entendía admirablemente. Lo pensó mejor, y decidió que tales amores —tales sutilísimas pasiones— eran de tejido demasiado tenue y delicado para que pudiera hablar de ellos allí, en medio de personas incomprensivas.

Al pasar arrancó una hoja de uno de los árboles que inclinaban sus ramas sobre ellos. Sin Ajarse en lo que hacía, la apretó entre los dedos. La fragancia de la hoja maltrecha subió hasta ella. Alzó la mano a la cara y la olió. Y súbitamente se encontró de nuevo en la peluquería de Weltringham, esperando mientras cortaban el pelo a su primo Jim. *Mr*. Chigwell, el peluquero, acababa de terminar con el cepillo giratorio. El eje de la máquina aún giraba, y la elástica correa de mando daba vueltas con la polea, contorsionándose agitadamente, como una serpiente agonizante suspendida de manera amenazadora encima de la pelada cabeza de Jim.

—¿Un poquito de brillantina, *Mr*. Thriplow? Este j pelo está bastante seco, sabe usted, pero que mucho, me temo. ¿O prefiere usted la loción de laurel de costumbre?

—Loción —respondió Jim en la más bronca, en la más madura voz de persona mayor que pudo hallar.

Mr. Chigwell cogió el vaporizador y espolvoreó el cabello de Jim con levísimas nubes de un líquido color tostado claro. Toda la peluquería se llenó de la fragancia que ahora emanaba de esta hoja, arrancada del árbol de Apolo, que ahora ella conservaba en la mano. Todo ocurrió hacía muchos años. Jim murió. Se habían querido puerilmente, con esa pasión profunda y delicada, acerca de la cual no podía hablar ni en aquel momento, ni en aquella compañía.

Los demás continuaban hablando. *Miss* Thriplow volvió a oler la aplastada hoja de laurel, y pensó en la propia adolescencia y en el primo muerto, «¡Jim, Jim!», dijo para sí, y una y otra vez añadió: «¡Jim, Jim!», sumando al nombre un adjetivo de amor. ¡Cómo le quiso! ¡Qué terriblemente desgraciada fue atando él murió! Y aún sufría, a pesar de los años pasados. *Miss* Thriplow suspiró. La enorgullecía ser capaz de sufrir tanto, fomentaba su sufrimiento. Este inesperado recuerdo de Jim, cuando era muchacho, en la peluquería, esta vivísima representación pictórica de la escena provocada por el perfume de una hoja magullada era muestra de su sensibilidad exquisita. Entremezclada con su pena, descubrió algo de satisfacción. Después de todo esta vez la cosa había sido espontánea. Siempre decía ella a la gente que era extremadamente sensible, que su corazón albergaba profunda y temblorosa emoción. «He aquí la prueba», se dijo. Nadie sabía lo que ella sufría en secreto. ¿Cómo podría adivinar la gente lo que su alegría ocultaba? «Cuanto más sensitiva es una —se decía—, cuanto más tímida y casta en espíritu, más necesario es usar máscara». Su risa, sus donosas pullas, eran la máscara que

recataba del mundo externo lo que llevaba en el alma; eran su armadura contra la curiosidad punzadora e hiriente. ¿Cómo podrían atisbar ellos, por ejemplo, lo mucho que Jim había significado para ella, lo que aún significaba, a pesar de los años pasados? ¿Cómo podían imaginar que allá en él fondo de su corazón, conservaba un *santasantórum*[10], en dónde aún hablaba con él? "¡Jim, adorado; Jim, querido!", se dijo. Acudieron las lágrimas a sus ojos. Con un dedo, que aún olía a hojas de laurel aplastadas, se las enjugó.

Se le ocurrió entonces de inopinada manera que había en todo ello el germen de una magnífica novela breve. Figurarían en ella un muchacho paseando así, bajo las estrellas, las rutilantes estrellas de Italia, como tenores que hiciesen tremolar sus voces (no olvidaría incluir esto en su descripción) en la excelsa bóveda aterciopelada del cielo. Va la conversación acercándose más y más al tema del amor. Él es un muchacho tímido. (Su nombre, *Miss* Thriplow decidió sería Belamy). Uno de esos muchachos encantadores que adoran desde lejos, que creen a la muchacha demasiado buena para ellos, que no osan pensar que pueda ella descender desde su divinidad. A ella, ni que decir tiene, le gusta él mucho y se llama Edna. Una criatura delicada, sensible; lo que más le gusta de él es su mansedumbre y timidez.

La conversación va aproximándose más al tema del amor; las estrellas van palpitando más y más extasiadamente. Edna, al pasar, arranca una hoja de un laurel. «Lo que debe ser maravilloso en el amor —está diciendo él en ese momento (es un discurso que ha compuesto por anticipado y lleva media hora haciendo acopio de valor para soltarlo)—, es el amor verdadero, quiero decir, es la comprensión absoluta, la fusión de los espíritus, el dejar de ser uno mismo y el convertirse en otra persona, el…». Pero entonces ella huele la hoja aplastada y exclama de repente, irremediablemente (pues uno de los encantos de Edna es ser impulsiva); «¡Pero si es la peluquería de Weltringham! Y aquel pobrecillo de *Mr*. Chigwell, con su ojo bizco, y la correa dando vueltas y vueltas con la polea, retorciéndose como una serpiente». Pero el pobre muchacho, el pobre Belamy, se siente ofendido. Si es ésa la manera en que ella responde cuando él habla de amor, más le vale callarse.

Sobreviene una larga pausa; él comienza a hablar de Karl Marx. Y, naturalmente, ella no puede explicarle —sería una imposibilidad psicológica — que la peluquería de Weltringham es un símbolo de su niñez, y que el perfume de la hoja estrujada de laurel le ha traído a la memoria a su hermano, pues en la novelita sería su hermano. Lo resultaba imposible explicar que su cruel interrupción le fue arrancada por una súbita ola de angustia. Quiere

hacerlo, mas no lo consigue. El asunto es demasiado difícil, demasiado sutil, para poder hablar de él, y, cuando una tiene el corazón tan susceptible, ¿cómo mostrarlo desnudo?, ¿cómo hurgar en la herida? Además, él debió adivinarlo, él debió amarla lo bastante para comprender. También ella es orgullosa. Y cada segundo que deja pasar la explicación se hace más imposible. En voz sin inflexiones, desgraciada, él continúa hablando de Karl Marx. Y entonces ella, repentinamente, comienza a reír y a sollozar a la vez.

V

La negra silueta que en la terraza había simbolizado de manera tan *perfunctoria*[11] a *Mr*. Cardan se transformó, al entrar éste en el salón iluminado, en hombre completo y simpático. Le brillaba su cara roja en la luz con alegría, estaba sonriendo.

—Yo conozco a Lilian —estaba diciendo—. Se estará sentada bajo las estrellas, inundada de romanticismo, cada vez con más y más frío, varias horas. Pero les aseguro que no tiene remedio. Mañana tendrá un ataque de reumatismo. No podemos hacer más que resignarnos y aguantar sus sufrimientos con paciencia.

Se sentó en un butacón, delante de la inmensa chimenea vacía.

—¡Ah! Aquí se está mejor —suspiró.

Calamy y *Miss* Thriplow siguieron su ejemplo.

—Pero, ¿no cree usted que debería sacarle un chal? —preguntó *Miss* Thriplow al cabo de unos momentos.

—Sólo lograría usted enojarla —respondió *Mr*. Cardan—. Si Lilian ha decidido que la noche está templada en grado suficiente para sentarse al aire libre, la noche «está» lo bastante templada para hacerlo. Ya hemos demostrado nuestra estupidez al desear entrar en casa; si ahora le llevásemos una prenda de abrigo seríamos algo peor que estúpidos: seríamos groseros e impertinentes al llamarle mentirosa. Sería tanto como decirle: «Mi querida Lilian, no está apacible la noche, y si dices que sí, desbarras. De manera que aquí tienes un chal». No, no, *Miss* Mary. Debe usted comprender que no sería discreto.

Miss Thriplow asintió.

—¡Qué diplomático! Evidentemente, tiene usted razón. Todos somos unos chiquillos comparados con usted. Así de altos —añadió innecesariamente, pero en coherencia con su papel de niña, marcando con la mano una altura de un par de pies. Además, sonrió infantilmente a *Mr*. Cardan.

—«Así» de chiquitines —dijo *Mr*. Cardan, irónicamente; y levantando la mano derecha al nivel de los ojos, marcó con índice y pulgar un espacio como de media pulgada. Y con el ojo del guiño, la miró a través del exiguo espacio

—. He visto niños, comparada con los cuales *Miss* Thriplow sería… —elevó las manos y las dejó caer sonoramente sobre los muslos, dejando a la frase que se acabase por sí sola en el silencio prometedor.

No le agradó a *Miss* Thriplow esta negación de su infantil sencillez. De ellos es el reino de los cielos. Mas las circunstancias le impedían insistir demasiado categóricamente en ello delante de *Mr*. Cardan. La historia de su amistad era algo desagradable. La primera vez que se vieron, *Mr*. Cardan, luego de juzgarla de una sola ojeada (y erróneamente, según *Miss* Thriplow), le concedió una especie de confianza cínica y diabólica, tratándola desde aquel instante como si ella fuera una muchacha absolutamente «moderna» y sin prejuicios, una de tantas mujeres jóvenes que no solamente «hacen» lo que les viene en gana (pues eso no es nada ya que las más pacatas y «anticuadas» pueden hacer, y hacen), sino que, además, hablan abierta y desenfadadamente de sus diversiones. Inspirada por su deseo de agradar, y arrastrada por la facilidad que hallaba en acomodarse a cualquier ambiente, *Miss* Thriplow aceptó alegremente el papel que le fue asignado. ¡Qué chispeante estuvo!, ¡qué encantadora y malvadamente audaz! Hasta que *Mr*. Cardan, sin dejar de sonreír con benevolencia, había llevado la conversación por tan extraños y ofensivos derroteros que *Miss* Thriplow empezó a recelar el haberse colocado en una posición falsa. Por etapas Imperceptibles, *Miss* Thriplow se transformó desde ser una salamandra, que jugase alegremente entre las llamas, hasta adoptar las características de una florecilla cabe un regato. Desde entonces, siempre que hablaba con *Mr*. Cardan, se presentaba ante éste como novelista bien reputada, culta e inteligente, pero recta. *Mr*. Cardan, por su parte, con el tacto que le distinguía en su trato social, aceptó a la novelista sin dar ninguna muestra de asombro ante la peregrina transformación. Lo que más se permitía, de tarde en tarde, era mirarla con el ojo guiñado y sonreír significativamente. En estas ocasiones, *Miss* Thriplow fingía no advertirlo. Dadas las circunstancias, era lo mejor que podía hacer.

—La gente siempre se imagina —dijo *Miss* Thriplow con un suspiro de mártir— que el ser educado quiere decir ser de ideas retorcidas. Y, lo que es más, jamás se les pasa por la imaginación que pueda tenerse buen corazón además de buena cabeza.

Y ella tenía un corazón «excelente». Solía decir que cualquiera puede ser listo; que lo que importa es ser amable y bueno y el tener buenos sentimientos. El incidente de la hoja de laurel le agradaba cada vez más. «Eso» era tener buenos sentimientos.

—Siempre interpretan falsamente lo que escribo —prosiguió—. Gustan mis libros porque son chispeantes, inesperados, algo paradójicos, un tanto cínicos y elegantemente brutales. Pero no ven los lectores lo serios que son. No ven la tragedia y la ternura que tienen. Estoy tratando de hacer una cosa nueva —explicó—, un compuesto químico de todas categorías. Ligereza y tragedia, belleza y comicidad fina, fantasía y realismo e ironía y sentimentalismo, todos combinados. Y la gente lo encuentra divertido, y nada más. —Extendió las manos en un gesto de desesperanza.

—Se lo debió usted suponer —dijo *Mr*. Cardan para consolarla—. Cualquiera que tiene algo interesante que decir es interpretado falsamente, sin remedio. El público únicamente comprende las cosas con las que está familiarizado por completo. Cualquier cosa nueva le desorienta. Y piense usted en las falsas interpretaciones que acaecen entre personas inteligentes y que se conocen. ¿Ha mantenido usted correspondencia alguna vez con un amor lejano?

Miss Thriplow respondió afirmativamente con un ligero movimiento de cabeza. Estaba familiarizada profesionalmente con toda especie de cosas desagradables.

—Entonces sabe usted lo fácilmente que su corresponsal toma cualquier estado de ánimo pasajero, desvanecido mucho antes de que la carta llegue a él, por estado espiritual permanente. ¿No la ha sorprendido a usted nanea recibir una carta, a vuelta de correo, congratulándose de su alegría, cuando de hecho, y por el momento, está usted sumida en la tristeza? ¿O no la ha asombrado, al bajar un día silbando camino del desayuno, encontrar junto a su plato una carta de dieciséis carillas de condolencia y consuelo? ¿Y no ha tenido usted la desgracia de ser amada por alguien que la deja indiferente? Entonces sabrá usted que frases de afecto, a todas luces escritas con los ojos bañados de lágrimas, arrancadas dolorosamente del corazón, pueden parecer no solamente necias e irritantes, sino de malísimo gusto. Francamente groseras, como esas cartas deplorables que se leen durante los juicios de divorcio. No obstante, son esas expresiones idénticas a las que usted escribe habitualmente al dirigirse a una persona amada. Algo semejante ocurre en el caso del lector de un libro que no está afinado de acuerdo con el estado de ánimo del autor. Ese lector sentirá tedio infinito al leer conceptos pergeñados con profundo entusiasmo. O como el lejano corresponsal, quizá se fije en algo, que para usted no tiene gran importancia, para convertirlo en tuétano y medula del libro entero. Además, según su propia confesión, usted no facilita

las cosas a sus lectores. Escribe usted tragedias sentimentales en términos de sátira, y los lectores únicamente advierten la sátira. ¿Le puede extrañar a usted?

—Algo de verdad hay en lo que dice usted —respondió *Miss* Thriplow; pero no toda la verdad, añadió para sí.

—Debería usted recordar, además —prosiguió *Mr*. Cardan—, que la mayor parte de los lectores no leen verdaderamente. Si piensa usted que páginas que le han costado una semana de trabajo incesante y atormentador, son leídas sin darles importancia, o por encima, en unos cuantos minutos, no puede sorprenderle que surjan de vez en cuando entre autor y lector falsas interpretaciones. Leemos demasiado en estos ti lempos para leer como debiéramos. Leemos tan sólo con los ojos y no con la imaginación; no nos toxicamos la molestia de volver a convertir la palabra impresa en la imagen viva. Y hacemos esto, pudiera añadir, en propia defensa. Pues aunque leemos un número inmenso de palabras, novecientas noventa, de cada mil, no son merecedoras de ser leídas más que de manera superficial, con el ojo nada más. Nuestra lectura distraída de sandeces nos acostumbra a leer incluso los libros buenos con descuido y falta de atención. Puede usted, mi querida *Miss* Mary, taimarse infinitas molestias para escribir, pero ¿cuántos; lectores de cada ciento cree usted que se toman la molestia de leer lo que usted escribe? Y cuando digo leer —añadió *Mr*. Cardan— quiero decir «leer». ¿Cuántos?, dígame.

—Quilín sabe —dijo *Miss* Thriplow. Y a sí misma se preguntó si serían capaces los lectores, aunque leyeran con atención, de descubrir el corazón oculto. Ésa era la cuestión vital.

—Lo que ha matado el arte de leer —prosiguió *Mr*. Cardan— es la manía de estar enterados de las últimas novedades. La mayor parte de la gente lee tres o cuatro periódicos diarios, examina del sábado al domingo media docena de semanarios y doce revistas a final de mes. Y durante el tiempo que les queda, según la Biblia diría con justificado vigor, lo dedican a viles idolatrías ante las novelas nuevas, las comedias recién estrenadas y los más recientes versos y biografías. No tienen tiempo más que para leerlo todo muy por encima y sin comprensión alguna. Si usted complica aún más el asunto escribiendo tragedias en términos de farsa, únicamente debe usted esperar la confusión. Los libros, como los hombres, están sujetos al destino. Y este destino, fraguado por varias generaciones de lectores, es muy distinto del pensado por los autores. Los *Viajes de Gulliver*, sometidos a una ligerísima

expurgación, se han convertido en un libro para niños; todas las Navidades se publica una nueva edición ilustrada. Tal es el resultado de decir cosas profundas acerca de la Humanidad con palabras propias para un cuento de hadas. Las publicaciones de la «Liga Defensora de la Pureza» fiaran invariablemente en los catálogos de los libreros bajo la clasificación de «curiosos». Los pasajes teológicos, para el propio Milton la parte fundamental y; esencial de *El paraíso perdido* y nos parecen ahora tan grotescos que no les hacemos caso en absoluto. ¿Qué imagen suscita en nuestra mente quien nos habla de Milton? ¿Un gran poeta, religioso? No. Milton, para nosotros, es una colección de paisajes aislados, bañados de luz brillante, de color y de tonante armonía, colgados como estrellas musicales de la nada. Algunas veces las obras maestras paladeadas por los adultos de una generación se convierten en lectura de los colegiales de la siguiente. ¿Hay alguien de más de dieciséis años que lea en la actualidad los poemas de *Sir* Walter Scott? ¿O hasta sus novelas? ¡Cuántos libros de piedad y, de ética perduran únicamente merced a su prosa exquisita! ¡Y qué profundamente hubiera escandalizado a sus autores nuestra apreciación puramente estética de sus obras! A fin de cuentas, son los lectores quienes forjan la suerte de un libro. El autor propone y el lector dispone. Es inevitable, *Miss* Mary. Tiene usted que aceptar los hechos.

—Supongo que sí —dijo *Miss* Thriplow.

Calamy rompió ahora por primera vez el silencio desde que entraron en el salón.

—No sé por qué se quejan ustedes de no ser comprendidos —dijo sonriendo—. Yo diría que serlo resultaría mucho más desagradable. Concedo que puede uno irritarse contra los imbéciles incapaces, de comprender lo que para nosotros está claro como el agua; puede sentirse herida nuestra vanidad al vernos interpretados falsamente, al vernos rebajados a la vulgaridad de los intérpretes. O pueden ustedes considerarse fracasados como artistas, por no haber sabido expresar su intención con claridad transparente. Pero, ¿qué es todo eso comparado con los horrores de ser comprendido, completamente comprendido? El autor comprendido se ha traicionado, se ha dado a conocer, se ha entregado a la merced de las criaturas a quienes ha dado a guardar su alma. El mero pensamiento de tal cosa resulta aterrador. Yo, en su caso, me congratularía. Tiene usted público, un público a quien gustan sus libros, por razones erradas. Mientras tanto, se debe usted sentir segura fuera del alcance de sus lectores, y capaz de poseerse a sí misma.

—Tal vez tenga usted razón —dijo *Miss* Thiplow.

»*Mr*. Cardan la entendía —pensó *Miss* Thriplow, o al menos la entendía parcialmente. Cierto que lo que él comprendía era su parte falsa y superficial; pero preciso era confesar que esa parte la comprendía. Y esto no resultaba agradable en absoluto».

VI

Es destino ineluctable y doloroso de todo ser humano sufrir simultáneamente fortísima lealtad hacia dos amos distintos y enemigos entre sí. Tira uno de él en una dirección; otro en la opuesta: tira la carne y tira el espíritu; tira el amor, y tira el deber; tira la razón y tira el prejuicio consagrado. Este conflicto en sus varias formas, es el tema de todo drama. Pues, aunque hemos aprendido a sentir repulsión al contemplar una corrida de toros, tina ejecución, una lucha entre gladiadores, aún observamos con gusto las contorsiones de quienes padecen angustia espiritual. En algún lejano futuro, cuando esté la sociedad organizada de tal manera que cada individuo ocupe el puesto y desempeñe las labores adecuadas a su capacidad; cuando la educación haya cesado de sembrar en las mentes jóvenes prejuicios fantásticos en lugar de verdades; cuando las glándulas endocrinas hayan sido enseñadas a funcionar en perfecta armonía y hayan desaparecido las enfermedades; entonces, toda nuestra literatura de conflictos y desventuras resultará extraña e incomprensible y nuestra delicia en el espectáculo de un ser torturado mentalmente, será juzgada como tina perversión obscena de la que los hombres decentes debieran avergonzarse. La alegría ocupará el lugar del sufrimiento como tema principal del arte; quizá durante tal evolución deje el arte de existir. Decimos que un pueblo feliz carece de historia; y pudiéramos añadir que los individuos felices carecen de literatura. El novelista nos relata en un breve párrafo los veinte años felices de su protagonista; pero se detiene durante veinte capítulos para hablarnos de una semana desventurada y de vacilaciones espirituales. Cuando se suprima la desgracia, el novelista no tendrá de qué hablar. Quizá sea, a pesar de todo, lo mejor que pudiera ocurrir.

El conflicto que se había agitado durante los últimos meses en el espíritu de Irene, aunque no tan grave como algunas de las luchas internas que han atormentado a hombres de recio carácter en sus esfuerzos para salvar su integridad, todavía le causaba dolor. Expresado sin ambages y en su más concreto enunciado, la cuestión cuya decisión buscaba era: ¿Se dedicaría a pintar y a escribir? ¿O a hacerse la propia ropa interior?

A no haber sido por tía Lilian, el conflicto no hubiese alcanzado gravedad notoria; no hubiera, muy probablemente, surgido en absoluto. Pues sin la intervención de tía Lilian, la Mujer Natural que Irene llevaba dentro, hubiera quedado señora indiscutible de la palestra, e Irene habría pasado sus días en

plácido contento ocupada en las complicaciones de su ropa interior guarnecida de encajes. Tía Lilian, no obstante, era aliada de la Mujer Artificial. Ella fue, realmente, quien dio el ser a la escritora y a la pintora de cuadros, quien inventó los talentos de Irene para cosas de más altura y quien los formó en orden de batalla frente a instintos más humildes y caseros.

El entusiasmo de *Mrs.* Aldwinkle por las Artes era tan desaforado que deseaba verlas ejercidas por todos. Su pena más grande consistía en no tener ella misma aptitudes para ninguna. La Naturaleza no la dotó con ninguna capacidad para expresarse; incluso durante una conversación corriente, encontraba dificultad para decir lo que deseaba expresar. Sus cartas estaban constituidas por fragmentos de frases. Era algo así como sí sus pensamientos hubieran sido hechos añicos gramaticales por una bomba, y hubiesen quedado desperdigados por las páginas. Cierta torpeza manual, sumada a su natural impaciencia, le impedía dibujar correctamente, o hasta ejecutar humildes labores costureras. Y aunque escuchaba la música cojín expresión de profundo éxtasis, tenía un oído incapaz de distinguir entre una escala mayor en «do», y una escala menor en «la». «Soy —acostumbraba decir— uno de esos seres desgraciados dotados de un temperamento de artista mas no de dotes artísticas». Tenía que contentarse con cultivar su propio temperamento y desarrollar las aptitudes de los demás. Jamás le era presentada una persona joven sin que ella, al punto, no la aconsejase que se hiciera pintor, novelista, poeta o músico. Fue ella quien convenció a Irene de que su modesta habilidad con pinceles de pelo de camello era un talento, y de que en vista de las divertidas cartas que escribía debiera dedicarse a escribir poesía lírica. «¿Cómo puedes pasar el tiempo de manera tan estúpida y frívola?», solía preguntarle, siempre que hallaba a Irene ocupada en su ropa interior. E Irene, que adoraba a su tía con la devoción perruna que únicamente es posible los dieciocho años —si se es joven aún para esa edad—, dejaba sus trapos y dedicaba todo su entusiasmo a hacer retratos en acuarela y a describir rimadamente el paisaje y las flores del jardín. No obstante, la ropa interior siempre persistía como tentación permanente. Se preguntaba a veces si su punto de cadeneta no era superior en calidad a sus cuadros, sus ojales mejores que sus versos. Se preguntaba si los camisones de dormir no serían más útiles que las acuarelas. Más útiles, y además era ella muy exigente acerca de la ropa que había de tocarle directamente el cuerpo; y le encantaban las cosas bonitas.

También gustaba de ellas tía Lilian, quien solía reírse de ella si la veía con ropa fea o poco elegante. Al mismo tiempo, tía Lilian no le daba demasiado

dinero para vestirse, e Irene era capaz de confeccionar por treinta chelines una prenda que costaría cinco o seis guineas en una tienda…

La ropa interior llegó a ser para Irene la Carne, los amores ilícitos, la rebelde razón; la poesía y la pintura en acuarela, convertidas por su amor a tía Lilian en cosas sagradas, eran para ella el Espíritu, el deber y la religión. La lucha entre su gusto y lo que tía Lilian consideraba bueno, fue larga y atormentadora.

En noches como aquélla, empero, la Mujer-Natural se desvanecía por completo. Bajo las estrellas en la solemne oscuridad, ¿cómo era posible pensar en ropa interior? Y tía Lilian estaba mostrándose particularmente afectuosa. No obstante, era inútil negar que «hacía» fresco.

—El Arte es lo que importa —estaba diciendo *Mrs*. Aldwinkle fervorosamente—, lo que hace que valga la pena la vida, lo que justifica nuestra existencia.

Cuando no estaba presente *Mr*. Cardan, hablaba con mayor tranquilidad de sus temas favoritos. E Irene, sentada a los pies de su tía, reclinada contra su rodilla, no podría rehusar su pleno acuerdo. *Mrs*. Aldwinkle acariciaba el suave pelo de la muchacha, o con dedos peinadores alborotaba su relucientes compostura. Irene cerró los ojos, mientras escuchaba feliz y embebecida. *Mrs*. Aldwinkle hablaba en bocanadas; una frase aquí, otra allá.

—Desinteresadamente —decía—; desinteresadamente. —*Mrs*. Aldwinkle tenía la costumbre, cuando deseaba recalcar una idea, de repetir una misma palabra varias veces—. Desinteresadamente… —Esto le ahorraba la molestia de buscar frases, que jamás hubiera encontrado, y de meterse en explicaciones que invariablemente resultaban, aun en el mejor ele los casos, incoherentes—: Hallar placer en el trabajo por el trabajo… Flaubert pasaba días enteros con una frase…, ¡maravilloso!

—¡Maravilloso! —dijo Irene como un eco.

Una ligera brisa se movió entre los laureles. Las recias hojas chocaron unas con otras con ruido áspero, como de escamas metálicas. Irene se estremeció. Hacía más que fresco; ahora era decididamente frío.

—Es la única actividad… —*Mrs*. Aldwinkle no pudo hallar la palabra «creativa» y tuvo que contentarse con un gesto de su mano libre—: Gracias al arte el hombre se aproxima a la naturaleza de un dios…, de un dios…

El viento nocturno gimió más pronunciadamente entre las hojas de los laureles. Irene cruzó los brazos sobre el pecho para abrigarse. Desgraciadamente, este boa de carne y de sangre era también susceptible a la intemperie. Llevaba un vestido sin mangas. El desapacible vientecillo disipó la templanza de los brazos desnudos; la temperatura de la atmósfera circundante se elevó en una cien billonésima de grado.

—Es la vida más alta —dijo *Mrs*. Aldwinkle—. Es la única vida.

Alborotó tiernamente el pelo de su sobrina. Y en este momento, reflexionaba *Mr*. Falx, en este preciso instante, en los tranvías de Argentina, entre los campos de guano en el Perú, en las ululantes centrales eléctricas al pie de africanas cascadas, en las cámaras refrigeradoras de Australia rebosantes de carneros sacrificados, en la atosigante oscuridad de las minas de carbón de Yorkshire, en los bancales plantados de té de las faldas del Himalaya, en las bocas de los pozos petrolíferos de México, en vapores zarandeados por las olas del mar de China, en este preciso instante, hombres y mujeres de todas las razas, de todos los colores, colaboraban en suministrar a *Mrs*. Aldwinkle las rentas de que disfruta. El sol jamás se ponía sobre las doscientas setenta mil libras esterlinas que formaban el capital de *Mrs*. Aldwinkle. Trabajaba la gente; *Mrs*. Aldwinkle vivía excelsamente. Ella dedicada al arte; ellos, aunque ignorantes de su privilegio, dedicados también al arte, a través de *Mrs*. Aldwinkle.

Lord Hovenden suspiró. ¡Ah! ¡Si fueran suyos aquellos dedos que jugaban con las suaves y ricas hebras del pelo de Irene! Parecía singular desperdicio, que quisiera tan rendidamente a su tía Lilian. En cualquier caso, cuanto más de su gusto hallaba a Irene, menos le placía *Mrs*. Aldwinkle.

—¿No te ha apetecido a ti alguna vez ser artista, Hovenden? —le preguntó *Mrs*. Aldwinkle inesperadamente. Y al hacerlo se Inclinó hacia delante, reflejando sus ojos la luz de dos o trescientos millones de soles remotos. Iba a sugerir que ensayase a componer rapsodias poéticas acerca de las injusticias sociales y de la situación de las clases bajas. Algo entre Shelley y Walt Whitman.

—¿Yo? —dijo Hovenden, asombrado. Luego rió fuerte—. ¡Ja, ja, ja!

Desafinó aquello dentro de *Mrs*. Aldwinkle, quien volviendo a su posición vertical, dijo;

—No veo por qué has de considerar la idea tan imposible y cómica.

—Quizá tiene otro trabajo que realizar —dijo *Mr*. Falx en la oscuridad—; trabajo más importaste —y Lord Hovenden, al oír aquella voz armoniosa, profunda, profética, así lo creyó verdaderamente.

—¿Más importante? —preguntó *Mrs*. Aldwinkle—. ¿Cómo puede haber algo más importante? Si pensamos en Flaubert… —Y pensaron en Flaubert trabajando durante una semana de cincuenta y dos horas en una oración adjetiva. Pero el excesivo fervor de *Mrs*. Aldwinkle le impidió expresar lo que ocurría luego de pensar en Flaubert.

—Piense usted, para variar, en los mineros —dijo *Mr*. Falx—. Me permito proponérselo.

—Sí —dijo Lord Hovenden, asintiendo gravemente. Gran parte de su fortuna estaba invertida en valores mineros. Esto le hacía sentir una especial responsabilidad para con los mineros, cuando hallaba tiempo para pensar en ellos.

—Pienso —dijo *Mr*. Falx en su voz de bajo; y volvió a quedar sumido en un silencio más elocuentemente profético que cualquier discurso.

Nadie habló durante largo rato. El viento soplaba en bocanadas a cada momento más heladoras. Irene apretaba los brazos más y más contra el pecho. Tiritaba; bostezaba de frío. *Mrs*. Aldwinkle advertía los estremecimientos del cuerpo joven apoyado contra sus rodillas. También ella tenía frío, pero no le era posible entrar en la casa todavía, después de lo que le había dicho a *Mr*. Cardan y a los demás. En consecuencia, se sintió enojada por los tiritones de su sobrina.

—No tirites más, haz el favor —le dijo—. Es una costumbre tonta, y nada más. Como la de un perrito que tirita delante de la lumbre.

—Sin embargo —dijo Lord Hovenden—, la noche se está poniendo más que fresca.

—Si lo crees —replicó *Mrs*. Aldwinkle con sarcasmo abrumador—, más vale que entres dentro y digas que enciendan el fuego.

Era casi medianoche, cuando *Mrs*. Aldwinkle, al propuso que todos entraran en la casa.

VII

Decir buenas noches de manera definitiva era una de las cosas que más terriblemente difícil encontraba *Mrs*. Aldwinkle. Con esas dos fatales palabras pronunciaba sentencia de muerte contra un día más, de otro día, y los días eran añora tan pocos, tan angustiosamente breves; pronunciaba la sentencia también al menos de manera temporal, contra sí misma. Pues una vez pronunciada la fórmula, nada le quedaba ya sino alejarse contristada, con desgana, de la luz, y enterrarse en el negro limbo del sueño. Seis horas, ocho horas, le serían robadas y jamás podría recuperarlas. ¡Y qué cosas admirables pudieran acontecer mientras ella yacía muerta entre las sábanas! Felicidades extraordinarias podrían presentársele, y hallándola dormida y sorda a sus invitaciones, alejarse de nuevo. O quizás alguien estaría diciendo en aquellos momentos la cosa de importancia suprema, reveladora, apocalíptica, que ella había esperado oír durante toda su vida. «¡Ahí tenéis —se figuraba que alguien decía como colofón a su discurso—: ése es el secreto del Universo! Es lástima que la pobre Lilian se haya ido a acostar, pues le hubiera gustado escucharlo». Buenas noches; era como separarse de un tímido galán que no hubiera encontrado aún dentro de sí el preciso valor para declarar su pasión. Un minuto más, y hablaría, revelándose como el compañero único del alma. Buenas noches, y ya para siempre el galán en potencia no sería más que el apocado *Mr*. Jones. ¿Tendría ella que separarse también de este día, sin aguardar a su transfiguración?

Buenas noches. Todos los días retrasaba el decirlo todo lo que le era posible. Generalmente, daban las dos o la una y media, antes de que *Mrs*. Aldwinkle se decidiera a abandonar el salón. Y ni siquiera entonces pronunciaba las irrevocables palabras, pues en el umbral de la puerta de su alcoba aún se detenía y procuraba desesperadamente reanudar la conversación con el invitado que la acompañara para alumbrarla. ¿Quién sabe? Tal vez en estos cinco minutos postreros, en la intimidad del silencio nocheriego, se pronunciaría la frase importante. Los cinco minutos, con frecuencia, se convertían en cuarenta, y aún *Mrs*. Aldwinkle permanecía allí, retrasando y retrasando el momento en que se vería obligada a pronunciar la sentencia de muerte.

Cuando no tenía a nadie con quien hablar, se veía forzada a contentarse con la compañía de Irene, quien siempre, una vez desnuda, volvía envuelta en

su bata para ayudar a *Mrs*. Aldwinkle —pues hubiera sido cruel tener levantada a una doncella hasta tales horas— a prepararse para el lecho. Y no es que fuera probable que la insignificante Irene pronunciase la palabra clave o diera forma al pensamiento apocalíptico. Aunque nunca se sabía: de las bocas de los inocentes… Y en cualquier caso, hablar con Irene, niña encantadora y tan cariñosa, era, indiscutiblemente, mejor que condenarse irremisiblemente a la cama.

Aquella noche, *Mrs*. Aldwinkle no dio muestra alguna de dirigirse hacia la puerta hasta después de dar la una. *Miss* Thriplow y *Mr*. Falx, luego de decir que también ellos tenían sueño, la acompañaron. Y como una sombra desprovista de existencia personal, Irene se levantó silenciosamente cuando su tía, y silenciosamente siguió sus pasos. Al llegar a la mitad del salón, *Mrs*. Aldwinkle se detuvo y dio media vuelta. Era su aspecto en verdad formidable, como la reina de una tragedia vestida de terciopelo coralino. Su sombra, pequeña, vestida de blanca muselina, se detuvo con ella. *Mr*. Falx y *Miss* Thriplow, menos sumisos, continuaron avanzando silenciosamente hacia la puerta.

—Y vosotros también debierais acostaros temprano —dijo, dirigiéndose a los tres hombres, que permanecían en el otro extremo del cuarto, en tono a la par zalamero e imperioso—. No te permito, Cardan, que me tengas levantados a estos pobres muchachos hasta la madrugada. El pobre Calamy ha estado todo el día de viaje. Y Hovenden, a su edad, necesita dormir todo lo que pueda.

Mrs. Aldwinkle no podía soportar la idea de que sus invitados estuvieran despiertos y charlando mientras ella yacía muerta en la tumba del sueño.

—¡«Pobre». Calamy! —exclamó, como si se tratase de un caso de crueldad para con un animal. Se sentía henchida, repentinamente, de una solicitud enorme y maternal hacia el muchacho.

—Sí; pobre Calamy —repitió *Mr*. Cardan sonriendo—. Tanta lástima me da que iba a proponer que nos bebiéramos una o dos botellas de vino tinto antes de acostarnos. No hay nada que haga dormir mejor.

Mrs. Aldwinkle volvió sus relucientes ojos azules hacia Calamy, con la más subyugadora y dulce de sus sonrisas.

—Ven, Calamy —y al decirlo extendió hacia él una mano, en gesto torpe e inexpresivo—. Y tú, Hovenden —añadió casi angustiada.

Hovenden miró a Calamy y a *Mr*. Cardan sin saber qué hacer, esperando que uno u otro contestaran por él.

—No tardaremos —dijo Calamy—. Lo que nos lleve beber un vaso de vino nada más. No estoy nada cansado, de veras. Y la idea de Cardan, acerca del Chianti, es muy tentadora.

—Claro… —dijo *Mrs*. Aldwinkle—; si prefieres un vaso de vino… —y así diciendo, dio media vuelta, contristada y mohína, y se alejó hacia la puerta, barriendo el mármol del suelo con la cola de su vestido. *Mr*. Falx y *Miss* Thriplow, que habían estado— aguardando impacientemente cerca de la puerta, se hicieron a un lado para que ella pudiese hacer el mutis con toda majestad. Irene siguió tras ella con gesto grave. Se cerró la puerta.

Calamy se volvió hacia *Mr*. Cardan.

—Si prefiere un vaso de vino —repitió en tono interrogativo—. ¿Preferirlo a Qué? Me lo ha preguntado como si tuviera yo que tomar una decisión importantísima, para toda la eternidad, eligiendo entre un vaso de Chianti y ella…, y hubiera elegido el vino. Francamente, no la entiendo.

—¡Ah! Pero es que usted no conoce a Lilian tan bien como yo —dijo *Mr*. Cardan—. Y ahora vamos al comedor a buscar esa botella y unos vasos.

A la mitad de la escalera —era la escalera grandiosa y solemne, subiendo en ángulo suave hacia una bóveda de cañón—, *Mrs*. Aldwinkle se detuvo.

—Siempre pienso —dijo con gran entusiasmo— en ellos, subiendo, bajando. ¡Qué espectáculo!

—¿Quiénes? —preguntó *Mr*. Falx.

—Aquellos grandes hombres.

—¡Ah! ¡Los tiranos! *Mrs*. Aldwinkle sonrió piadosamente.

—Y los poetas, los hombres de letras, los filósofos, los pintores, los músicos, las mujeres bellísimas. Ésos se le olvidan a usted.

Alzó una mano, como si llamara a los espíritus desde profundidades abismales. Ojos dotados de clarividencia hubieran podido ver a un príncipe cubierto de joyas, con nariz de oso hormiguero, descender entre obsequiosos setos humanos. Vendrían en pos de él bufones y enanos contrahechos, bajando cuidadosamente de costado los escalones.

—No me olvido de nada —dijo *Mr*. Falx—. Pero opino que los tiranos son un precio demasiado alto para todo eso.

Suspiró *Mrs*. Aldwinkle y seguidamente reanudó su marcha.

—¡Qué raro es Calamy! —dijo dirigiéndose a *Miss* Thriplow—. ¿No crees?

Mrs. Aldwinkle, que gustaba de discutir el carácter ajeno, y que se preciaba de su perspicacia e intuición psicológica, hallaba «raro» a casi todo el mundo, incluida Irene, cuando le parecía que valía la pena hablar de ella. Le gustaba pensar que todos eran terriblemente complicados, que tenían extraños e improbables motivos para los actos más naturales, que se debatían contra pasiones vastas y oscuras, y cultivaban en secreto lo morboso; en una palabra, que todos eran de dimensiones más vastas que el natural tamaño.

—¿Qué te ha parecido, Mary?

—Muy Inteligente —respondió *Miss* Thriplow.

—Si, sí; desde luego —dijo *Mrs*. Aldwinkle casi impaciente, pues aquello no daba pie para conversar—. Pero oye una extraños rumores acerca de sus gustos en amor. —La pequeña comitiva se detuvo ante la puerta del cuarto de *Mrs*. Aldwinkle—. Quizás —añadió misteriosamente— por eso emprendió esos viajes, alejándose de la civilización.

Sobre tal tema, la conversación podría, sin duda alguna, prolongarse indefinidamente. El momento de pronunciar las irrevocables y definitivas «buenas noches» aún no había llegado.

En el piso bajo, los tres hombres estaban sentados con sus vasos de vino. Dos veces había ya llenado el suyo *Mr*. Cardan. Calamy tenía ya a la vista el fondo del suyo. El de Hovenden estaba aún menos que mediano. No era buen bebedor y temía que le sentara mal beber demasiado aquel caldo joven y generoso.

—Aburrido, no está usted más que sencillamente aburrido —estaba diciendo *Mr*. Cardan. Miró a Calamy por encima del borde de su vaso y bebió, como si lo hiciera a su salud—. No le pasa más que hace algún tiempo que no conoce a ninguna mujer que le excite la imaginación. A no ser, naturalmente, que se trate de un catarro de los conductos biliares.

—Ni lo uno ni lo otro —repuso Calamy sonriendo.

—Entonces quizá se trate de la primera gran crisis climatérica. Supongo que ¿no tendrá usted treinta y cinco años? Cinco por siete; una edad de lo más formidable. Aunque no tan grave como la de sesenta y tres. Ésa es la gran crisis climatérica. —*Mr*. Cardan sacudió la cabeza—. Gracias a Dios que la he pasado sin morirme y sin casarme. ¡Gracias a Dios! Pero ¿y usted?

—Tengo treinta y tres.

—Una edad completamente inofensiva. Entonces se trata simplemente de un ataque de tedio. Conocerá usted un día de éstos a alguna beldad enajenadora, y le volverá el antiguo entusiasmo.

Lord Hovenden rió de manera muy ventrílocua y de hombre de mundo.

Calamy sacudió la cabeza.

—Pero la cosa es que no tengo maldita la gana de que vuelva. No quiero volver a sucumbir a los encantos de ninguna beldad enajenadora. Es una estupidez; es pueril. Hubo un tiempo en que creí ver algo admirable y digno de admiración en un *homnte á bones fortunes*. Don Juan disfruta de un lugar privilegiado en la literatura; parece natural que un Casanova se vanagloriase complacido de sus éxitos. Yo acepté la opinión corriente, y cuando tenía suerte en el amor (y siempre he sido deplorablemente afortunado) mejoraba la opinión que de mí mismo tenía.

—Todos hemos hecho lo mismo —dijo *Mr*. Cardan—. Es una flaqueza perdonable.

Lord Hovenden asintió y bebió un sorbo de vino para indicar su plena conformidad con el último que había hablado.

—Perdonable, sin duda —dijo Calamy—. Pero cuando uno reflexiona acerca de ello, no es muy razonable. Pues, al fin y al cabo, nada halla uno de que enorgullecerse, y muy poco de que vanagloriarse. Consideremos, en primer lugar, todos los otros héroes que han tenido idéntica clase de éxitos, más notables, muy probablemente, y en mayor número que los nuestros. Considerémoslos. ¿Qué descubrimos? Filas y filas de mozos de cuadra y púgiles insolentes; rufianes descarados y sátiros repulsivos; sandios de rizados cabellos y sin seso, y astutos y entecos proxenetas semejantes a sabandijas; relamidos muchachos de equívoco aspecto y de suaves manos, y vellosos gladiadores. Un vasto ejército formado por los más odiosos tipos humanos. ¿Y hemos de sentirnos orgullosos de formar en sus batallones?

—¿Por qué no? —preguntó *Mr*. Cardan—. Debe uno hallar motivos de agradecimiento por la posesión de cualquier habilidad ingénita. Si nuestro talento nos lleva por el camino de las matemáticas superiores, debemos estar agradecidos al hado. Si por el camino de la seducción, agradecidos debemos mostrarnos. Y estar agradecidos a nuestra suerte no es más, al final de cuentas, que vanagloriarnos y estar orgullosos. No veo mal alguno en vanagloriarse de las modestas capacidades casanovescas que pueda uno tener. Ustedes, los jóvenes, siempre son endiabladamente intolerantes. No permiten ustedes a nadie que alcance el cielo, o el infierno, según los casos, más que por el camino que a ustedes les parece bien. Debieron ustedes tomar ejemplo de los indios. Los indios calculan que hay ochenta y cuatro mil tipos humanos distintos, cada uno con una manera distinta de entender la vida. Probablemente, se quedan cortos en el cálculo.

Calamy rió y dijo:

—Hablo por cuenta de mi tipo solamente.

—Y Hovenden y yo por cuenta del nuestro. ¿Verdad, Hovenden?

—Sí, sí, claro, naturalmente —respondió Lord Hovenden y se ruborizó por alguna causa.

—Siga —dijo *Mr*. Cardan, volviendo a llenar su vaso.

—Perteneciendo a la especie a que pertenezco, no hallo gran satisfacción en estos éxitos. Y menos aún cuando considero su naturaleza. Pues, o se está enamorado de la mujer o no se está; o somos arrastrados por nuestra imaginación inflamada (pues, después de todo, las personas de quienes nos enamoramos violentamente son invenciones nuestras y fantasías extremadas), o por nuestros sentidos, o por la curiosidad intelectual. Si no está uno enamorado, entonces todo se reduce a un experimento de fisiología aplicada, con unas cuantas investigaciones psicológicas de propina, para hacer la cosa más interesante. Pero si está uno enamorado, entonces eso significa pasar a ser esclavo, dependiente de otro ser humano en manera vergonzosa; tanto más vergonzosa cuanto más íntima es la servidumbre.

—No opinaba así Browning —dijo *Mr*. Cardan, y recitó dos líneas del poeta:

Ser amado por ella

es el único objeto de mi vida.

—Browning era un necio —dijo Calamy.

Mas Lord Hovenden opinaba, sumido en silencio, que Browning tenía mucha razón. Estaba pensado en Irene, asomando la cara por el marco cobreño de su pelo.

—Browning pertenecía a otra especie —corrigió *Mr*. Cardan.

—Una especie necia, insisto.

—Si he de decir la verdad —confesó *Mr*. Cardan cerrando aún más el ojo guiñado—, estoy de acuerdo en secreto. No soy todo lo tolerante que quisiera.

Calamy, que estaba examinando ceñudamente sus propios asuntos, no se sintió inclinado a discutir la tolerancia de *Mr*. Cardan, sino que prosiguió:

—La cuestión es, en resumen: ¿cuál es la solución? ¿Qué remedio tiene la cosa? Pues resulta evidente que la beldad encantadora surgirá de nuevo. Y el ayuno aguza el apetito. Y la filosofía, que tan admirablemente sabe entendérselas con las tentaciones pasadas y futuras, siempre parece fracasar ante las presentes e inmediatas.

—Felizmente —dijo *Mr*. Cardan—, pues, después de todo, ¿existe mejor deporte bajo techado? Dígamelo francamente: ¿conoce usted alguno?

—Quizá no —dijo Calamy, mientras Lord Hovenden, más joven, sonreía sin entusiasmo, con dolorosa incertidumbre acerca de si debía sentir regocijo u horror por la observación de *Mr*. Cardan—. Pero la cuestión es si no existen para un hombre sensato ocupaciones más dignas que el mejor de los deportes caseros.

—No —dijo *Mr*. Cardan con decisión.

—Para usted, tal vez no. Pero a mí me parece —continuó Calamy— que ya empiezo a cansarme de los deportes, ya sean en casa o al aire libre. Me gustaría encontrar una ocupación más seria.

—Eso es más fácil decirlo que hacerlo —dijo *Mr*. Cardan meneando la cabeza—. A los pertenecientes a nuestra especie les resulta extraordinariamente difícil encontrar una ocupación que sea verdaderamente seria. ¿No?

Calamy se echó a reír lúgubremente.

—Es verdad. Pero, no obstante, los deportes empiezan a parecer ya un vejamen contra la propia dignidad del ser humano. Algo inmoral, diría yo, si la palabra no fuera tan absurda.

—Nada de absurda, se lo aseguro, si es empleada como usted lo ha hecho —dijo *Mr*. Cardan sonriendo más cordialmente que nunca, por encima de su vaso—. Es evidente que no hay, por un lado, costumbres individuales y reacciones morales. Por ejemplo, apenas hay algo que pueda calificarse de inmoral en mí.

Mr. Cardan vació su vaso, y alargó la mano una vez más hacia la botella.

—Tiene usted suerte —dijo Calamy—. No todos tenemos una personalidad dotada de tan fuerte olor de santidad que pueda desinfectar nuestros actos sépticos y convertirlos en inofensivos moralmente. Cuando yo cometo una acción estúpida o ruin, no puedo evitar la conciencia de que es necia y baja. Mi alma carece de la virtud para tornarla sabia o pura. Ni puedo desentenderme de lo que hago. Ojalá pudiera. Hace uno tantísima estupidez. Ah, si uno pudiera ser hedonista y hacer únicamente lo que es grato. Pero para ser hedonista, ha de ser uno completamente racional. El hedonista auténtico no existe ni ha existido jamás. En lugar de hacer lo que uno desea, o lo que le causaría placer, avanza uno por la vida haciendo todo lo contrario la mayor parte del tiempo, haciendo lo que no apetece, obedeciendo a dementes impulsos que le proporcionan, a sabiendas, incomodidades infinitas, desgracias, tedio y aburrimiento. Algunas veces —prosiguió Calamy con un suspiro— le aseguro que añoro el tiempo que permanecí en filas durante la guerra. Al menos entonces no era posible hacer lo que uno quería; ni había libertad ni era factible elegir. Hacía uno lo que le mandaban, y nada más. Ahora soy libre, tengo toda clase de facilidades para hacer lo que deseo, y, con admirable constancia, hago precisamente todo lo que no deseo.

—Pero ¿sabe con exactitud lo que desea? —preguntó *Mr*. Cardan.

Calamy se encogió de hombros.

—Con exactitud, no. Supongo que debiera decir que me gusta leer y satisfacer mi curiosidad acerca de las cosas, y pensar. Pero no tengo completa certidumbre acerca de qué. No me gusta andar detrás de las mujeres, no me gusta perder el tiempo en una fútil vida de sociedad, o en lo que, técnicamente, se llama la persecución del placer. Y, sin embargo, algo me obliga, muy en contra de mi inclinación, a pasarme la mayor parte de mi vida

ocupado precisamente de esa manera. Es una locura de muy extraña naturaleza.

Lord Hovenden, que sabía sin duda alguna que le gustaba bailar y que deseaba a Irene más que ninguna otra cosa en el mundo, hallaba todo esto algo incomprensible.

—No veo qué pueda impedir a un hombre hacer lo que desea. Excepto —prosiguió, recordando las enseñanzas de *Mr*. Falx— las necesidades económicas.

—Y él mismo —añadió *Mr*. Cardan.

—Lo que resulta más deprimente de todo —continuó Calamy sin hacer caso de la interrupción— es la sensación de que continuará uno así siempre, a pesar de todos sus esfuerzos para remediarlo. Hay veces en que preferiría no ser libre externamente. Pues entonces, al menos podría maldecir de algo, por estorbarme, algo distinto de mi propio «yo». Sí; hay veces en que deseo, sin duda, haber sido cavador.

—No diría tal cosa —dijo Lord Hovenden gravemente, y con aire de hablar por propia experiencia— si lo hubiese usted sido alguna vez.

Calamy se echó a reír.

—En eso tiene usted muchísima razón. ¿No es hora ya de pensar en acostarnos?

VIII

Tenía Irene el privilegio de ser ella quien cepillaba el pelo de su tía. Estos momentos nocturnos eran para ella los más preciosos de todo el día. Verdad es que algunas veces le resultaba un tormento permanecer despierta y ahogar los bostezos, pues, tres años de práctica incesante no habían bastado para acostumbrarla al trasnochar de su tía. En algunas ocasiones, tía Lilian le hablaba con zumbona voz de sus costumbres de niña dormilona; otras, acostumbraba a insistir, con gran solicitud, en que Irene descansase después de comer y en que se acostase a las diez. Estas pullas avergonzaban a Irene desde su niñez; la solicitud de su tía le arrancaba protestas en que aseguraba no ser ya una niña, que jamás se cansaba, y que le bastaban cinco o seis horas de sueño diarias. Lo importante, según pudo descubrir, era que tía Lilian no la sorprendiese bostezando, y presentar perpetuamente aspecto descansado y despierto. Si tía Lilian no advertía nada, cesaban sus pullas y su solicitud.

En cualquier caso, todas las molestias quedaban compensadas mil veces por la delicia de aquellas conversaciones íntimas delante del espejo del tocador. Mientras la muchacha cepillaba sin cesar las largas y pálidas trenzas de dorado color castaño.

Mrs. Aldwinkle, entornados los ojos y con expresión de beatitud, pues hallaba en el cepillado de su pelo un placer gatuno, hablaba espasmódicamente, en frases quebradas, de los sucesos del día; de sus invita, dos, de la gente que había conocido; de su propio pasado, de planes para el porvenir. Sobre todos estos temas, *Mrs*. Aldwinkle conversaba confidencialmente en estrecha intimidad, sin reservas. Irene, juzgando que tía Lilian la trataba como a una persona mayor casi su igual, sentía orgullo y agradecimiento. Sin proponerse de manera deliberada subyugar a su sobrina de manera absoluta, *Mrs*. Aldwinkle había descubierto, durante aquellas charlas de medianoche el procedimiento ideal para lograrlo. Si hablaba en esta vena con Irene, era solamente por sentir necesidad de hablar íntimamente con alguien, y porque no tenía a ninguna otra persona con quien poder hacerlo.

Incidentalmente había hallado, al hacerlo, la manera de convertir a la muchacha en su esclava. Convertida en depositaría de las confidencias de su

tía, recipiente, por así decirlo, de este título de nobleza, Irene sentía una gratitud que reforzaba el amor pueril que desde un principio profesó a su tía.

Al mismo tiempo aprendió a hablar con desenfadada naturalidad de muchas cosas que se suponen desconocidas de las muchachas, y acerca de las cuales, por cierto, nada sabía sino teóricamente o por referencias. Había adquirido una mundial sapiencia en el vacío, por decirlo de alguna manera, y sin conocimiento personal del mundo. Con grave expresión y acento ingenuo, decía cosas que únicamente podían tener origen en una profundísima inocencia, desarrollando y expresando con azorante claridad en público, conceptos únicamente esbozados fragmentariamente por *Mrs*. Aldwinkle durante aquellas confidencias de madrugada. Irene se consideraba de una madurez extraordinaria.

Esta noche *Mrs*. Aldwinkle se encontraba de ánimo melancólico y quejicoso.

—Me hago vieja —dijo suspirando, y abriendo momentáneamente los ojos para mirar la imagen que ante sí tenía—. Y, sin embargo, no dejo de sentirme joven.

—Eso es lo que importa —declaró Irene—. Además, no es verdad: ni eres vieja ni lo pareces.

Y era cierto que Irene no la encontraba avejentada.

—Cuando se envejece, se queda uno abandonado —prosiguió *Mrs*. Aldwinkle—. Los amigos son muy infieles. Se van —suspiró—. ¡Cuándo pienso en todos los amigos…! —dejó inacabada la frase.

Mrs. Aldwinkle había tenido durante toda su vida una peregrina y maravillosa habilidad para romper con amantes y amigos. *Mr*. Cardan era casi el único superviviente de toda una anterior generación de amistades. De todos los demás se separó; y se separó sin gran dolor. Siempre le había parecido fácil, cuando era más joven, remplazar los amigos antiguos por otros nuevos. Amigos en potencia, creía, podían encontrarse en todas partes y cualquier día. Mas ahora comenzaba ya a dudar si las reservas eran tan inagotables, después de todo, como ella había calculado. Las gentes de su edad, pudo descubrir, estaban firmemente enraizadas en sociales mundillos que para sí habían creado. Y las de más recientes generaciones parecían encontrar duro de creer que ella, en el fondo de su corazón, se encontrase tan joven como ellas. Por lo general la trataban con la reservada cortesía que uno adopta con extraños y personas de edad.

—La gente es odiosa —dijo Irene, dando un impulso especial al cepillo para prestar énfasis a su indignación.

—¿Tú no me serás falsa? —preguntó *Mrs*. Aldwinkle.

Irene se inclinó por toda contestación y besó en la frente a su tía. *Mrs*. Aldwinkle abrió los ojos, más brillantes que de ordinario, y la miró sonriendo, con aquella sonrisa de sirena que conservaba para Irene toda la fascinación de antaño.

—¡Si todos fueran como tú!

Y sin más, dejó caer de nuevo la cabeza hacia delante y volvió a entornar los ojos. Callaron ambas.

—¿Por qué suspiras de esa manera, que parece que se te parte el corazón? —preguntó repentinamente *Mrs*. Aldwinkle.

Un gran sofoco se apoderó de Irene, subió cosquilleante hasta las sienes y desapareció debajo del flequillo de cobre.

—¿Yo? Por nada —respondió con una inocencia que expresaba la profundidad de su culpado sonrojo.

Aquella honda y lenta aspiración, y la breve y apasionada aspiración que la sucedió no fueron componentes de un suspiro. Irene había bostezado con la boca cerrada.

Pero la inclinación de *Mrs*. Aldwinkle hacia lo romántico no le permitió adivinar la verdad.

—¡Nada! —repitió incrédulamente—. ¡Nada, y ha sonado al ruido que hace el viento al deslizarse por entre los pedazos de un corazón roto! Nunca he escuchado tal suspiro —miró a Irene en el espejo—, te estás ruborizando como una peonía. ¿Qué te asa?

—¿No te digo que nada? —respondió Irene casi con un dejo de irritación. Estaba molesta consigo misma por haber bostezado tan torpemente y por haberse sonrojado de tan innecesaria manera, más que molesta con su tía. Se aplicó con aumentado entusiasmo a cepillar el pelo, esperando y rogando que *Mrs*. Aldwinkle cambiara la conversación.

Pero la falta de tacto de *Mrs*. Aldwinkle era implacable.

—Jamás he oído a nadie lanzar un suspiro de amor semejante —dijo sonriendo en son de chanza.

Los donaires de *Mrs*. Aldwinkle tenían la peculiaridad de caer con violencia abrumadora de mazazos sobre los objetos de su donosura. No sabía uno, al contemplarla ejercitando su ingenio, si sentir más lástima de su víctima o de la propia *Mrs*. Aldwinkle. Pues, aunque la víctima sufriera muy rudos golpes, el espectáculo de *Mrs*. Aldwinkle esforzándose con grandes dificultades para darlos era de melancólica jocosidad. Deseaba el espectador, tanto por ella como en beneficio de todo el género humano, que desistiera del empeño. Pero de desistir era incapaz. Siempre llevaba sus chanzas hasta el fin previsto, y generalmente hasta mucho más allá de lo que pudiera prever cualquier persona de mente menos tórpida que la suya.

—Parecías una ballena suspirando —prosiguió con ingenio abrumador—. Debe ser ese amor tuyo de tamaño inmenso. ¿Quién es?

Alzó las cejas y sonrió, con la que juzgó, al estudiarla en el espejo, sonrisa de agudísima malicia y singular encanto, como una sonrisa en una comedia de Congreve, se le ocurrió pensar.

—Pero tía —protestó Irene casi desesperada y a punto de llorar— si te digo que no fue nada —en momentos como aquéllos casi hallaba dentro de sí voluntad suficiente para odiar a su tía—. La verdad es que no fue más que…

Iba a confesarlo valerosamente; iba a decirle a su tía, a riesgo de provocar mortificantes chanzas o mimos no mucho más tolerables, pues cualquiera de las cosas fuera preferible a aquello, que no había sido el rumor más que un bostezo. Pero *Mrs*. Aldwinkle, prosiguiendo incansable en su chanza, la interrumpió:

—Ya sé quién es —dijo amenazando juguetonamente el espejo con un dedo oscilatorio—. Lo adivino. No creas que soy ni tan tonta ni tan ciega como supones. Te crees que no he notado nada. ¡Qué boba! ¿Crees que no he advertido que no te deja ni a sol ni a sombra, y que te resulta bastante agradable? ¿Crees que tu tía está chocha y ciega?

Volvió Irene a sonrojarse; acudieron las lágrimas a sus ojos.

—Pero ¿de quién estás hablando? —dijo esforzándose para no sollozar.

—¡Miren la muy inocente! —dijo *Mrs*. Aldwinkle, aún «a la Congreve». Y en aquel punto, más rápidamente de lo que en tales ocasiones solía acontecer, tuvo piedad y consintió en suspender el martirio de Irene—. Pues, de Hovenden. ¿De quién va a ser?

—¿Hovenden? —repitió Irene, verdaderamente sorprendida.

—¡Pobre inocente, acusada sin razón! —dijo *Mrs*. Aldwinkle, haciendo uso una vez más de sus donaires abrumadores. Luego añadió, en voz más natural—: Como si no resultara evidente. El pobre chico te sigue como un perro.

—¿A mí?

Irene había estado demasiado preocupada siguiendo a su tía para advertir que también ella era amorosamente perseguida.

—Vamos, no disimules. Es una tontería. Más te vale ser franca y sincera. Confiésamelo: ¿no te gusta?

—Sí, claro que me gusta —confesó Irene—. Pero… no de una manera especial. La verdad es que ni siquiera se me había ocurrido pensar en él de esa manera.

Mrs. Aldwinkle sonrió con bien humorada benevolencia ligerísimamente matizada de desprecio. Olvidó su deprimido ánimo, olvidó su disgusto personal por el orden universal de las cosas. Absorbido ahora por el único tema interesante, por él solo y adecuado estudio de la Humanidad, se sintió feliz una vez más. El amor: era lo único que valía la pena. Incluso el arte, por comparación, apenas existía. *Mrs*. Aldwinkle experimentaba casi tanto interés por el amor ajeno como por el propio. Era su deseo que todos amaran, de manera constante y complicada. Gustaba de emparejar a las gentes, de fomentar en ellas sentimientos tiernos, de observar el desarrollo de la pasión, de asistir (cuando sobrevenía; y *Mrs*. Aldwinkle siempre sufría una gran desilusión si no sobrevenía) a la trágica catástrofe. Y así que el primer amor, al hacerse viejo, moría lentamente o fulminado, se dedicaba a provocar, fomentar y observar el segundo y luego el tercero, y el cuarto… Hay que obedecer siempre los movimientos espontáneos del corazón; es lo que de divino llevamos dentro lo que le hace estremecerse. Y ha de admirarse tan reverentemente a Eros que nunca nos contenten sino las manifestaciones más conmovedoras y apasionadas de su poder. Contentarse con un amor que el tiempo ha convertido en efecto, en cariño y en apacible compenetración es casi tanto como blasfemar contra el nombre de Eros. El amante verdadero, pensaba *Mrs*. Aldwinkle, abandona el amor viejo y paralítico y se vuelve de todo corazón hacia la pasión joven.

—¡Qué boba eres! —dijo—. Hay veces en que me pregunto si serás capaz de amar en absoluto. Eres tan poco comprensiva, tan fría…

Irene protestó con toda la energía que halló dentro de sí. No podía uno vivir tanto tiempo como ella junto a *Mrs*. Aldwinkle sin considerar la imputación de frialdad, de insensibilidad a la pasión, como la más vejatoria de todas las acusaciones. Era preferible ser acusada de asesina, muy particularmente si se trataba de un *crime passionnel*.

—No sé por qué dices eso —replicó, indignada—. Estoy enamorada continuamente.

¿Es que no habían existido Peter y Jacques y Mario?

—Puedes creer haberlo estado —repuso *Mrs*. Aldwinkle desde las alturas, olvidando que ella misma había convencido a Irene de que estaba enamorada —. Pero todo fue más bien imaginación que amor auténtico. Hay mujeres que nacen así —sacudió la cabeza—. Y así mueren.

Pudiera juzgarse por las palabras y el tono de *Mrs*. Aldwinkle que Irene era una soltera cuarentona, mandada retirar, de quien la evidencia acumulada durante veinte años hubiera demostrado palpablemente que era absolutamente incapaz de experimentar nada que se pareciera de manera remota a una pasión amorosa.

Irene no respondió, sino que continuó cepillando el pelo de su tía. Las acusaciones de *Mrs*. Aldwinkle le resultaban siempre en extremo escocedoras. Se encontró deseando poder hacer algo sorprendente para demostrar su total falta de fundamento. Algo verdaderamente espectacular.

—Y siempre me ha parecido Hovenden un chico simpatiquísimo —prosiguió *Mrs*. Aldwinkle, en tono de continuar una discusión. No cesó de hablar. Irene siguió cepillándole el pelo.

IX

En el silencio recogido de su alcoba, *Miss* Thriplow permaneció levantada largo rato, pluma en mano, ante un abierto libro de notas.

«Jim, amor mío —escribió—, queridísimo Jim. Hoy volviste junto a mí de tan repentina e inesperada manera, que estuve a punto de llorar delante de todos. ¿Fue un accidente que yo cogiera aquella inflexible hoja del árbol de Apolo, y al estrujarla la convirtiera en fragancia entre mis dedos? ¿O estabas tú allí? ¿Fuiste tú quién le susurraste en secreto a mi mitad inconsciente que arrancase la hoja? ¡No sé, no sé! Hay veces en que creo que no hay accidentes, que nada hacemos por casualidad. Esta noche me sentí segura de ello.

»Pero no puede dejar de causarme maravilla que buscaras recordarme la tiendecilla de *Mr*. Chigwell en Weltringham. ¿Por qué quisiste que te viera sentado en la silla de barbero, tan erguido, tan hombre, mientras encima la rueda del cepillo mecánico giraba, al tiempo que *Mr*. Chigwell decía: "Tiene usted el pelo muy seco, *Mr*. Thriplow"? Aquella banda del cepillo siempre me hacía pensar…».

Le vino a la memoria a *Miss* Thriplow el símil de la serpiente herida que se le había ocurrido aquella noche por primera vez. No había motivo verdadero para dar a la metáfora fecha anterior la verdadera ni para atribuir su origen a un pensamiento infantil. Se trataba exclusivamente de una cuestión de tacto literario. Sonaba más interesante decir que fue concebida la imagen en la niñez. Eso era todo.

Me pregunto si este recordatorio no tendrá algún significado especial. O quizá no es sino que me hallas olvidadiza y negligente, ¡pobre Jim queridísimo!, y por ello aprovechas todas las oportunidades para recordarme que exististe; que aún existes. Perdóname, Jim. Todos olvidamos. Si no olvidásemos, seríamos siempre amables, buenos y caritativos; lo seríamos si tuviéramos presente que están los demás tan vivos y son tan individuales y complejos como nosotros; si recordásemos que todos pueden ser heridos tan fácilmente, que todos han menester de igual afecto, que la única razón perceptible de nuestra mundana existencia es la de amar y la de ser amados. Más ésa no es excusa para mí. Y no lo es para nadie al decir que los demás no son mejores. Yo debiera recordar más

de continuo. No debiera tolerar que mí mente resulte ahogada por la cizaña. Pues la mala hierba no sólo ahoga tu recuerdo, sino, por añadidura, agosta todo lo que en mí es más noble y mejor. Tal vez me recordaste a Mr. Chigwell y la loción de laurel, para recordarme al mismo tiempo que debo amar más, y admirar más, y sentir más piedad y estar más atenta a todo. ¡Jim de mi alma!

Soltó la pluma, y mirando al estrellado cielo por la ventana abierta, procuró pensar en Jim, en la muerte. Más no halló fácil pensar en la muerte. Encontró difícil conservar la atención concentrada en la idea de la extinción, de la no-vida en lugar de la vida. Lee uno en los librotes acerca de sabios que meditan. Muchas veces había ella ensayado de hacerlo. Pero, por algún motivo, no lo había logrado en proporción estimable. Siempre, toda clase de pensamientos baladíes se le habían entrado de rondón en el magín. Era imposible enfocar la muerte, y conservar inmóvil y fijo su concepto baja el ajo escudriñador de la inteligencia. Al poco rato se sorprendió a sí misma leyendo lo que había escrito, rectificando la puntuación, enmendando deslices del estilo allí donde hallaba formalidad excesiva, demasiada artificialidad, espontaneidad insuficiente y poco idónea a un diario íntimo. Al final del último párrafo añadió otro «¡Queridísimo Jim!», y se repitió en voz alta una y otra vez las palabras. Este ejercicio tuvo el acostumbrado efecto: sintió cómo las lágrimas acudían a sus ojos.

Rezan los cuáqueros según el espíritu los mueve; pero entregarse a los impulsos del espíritu es arduo ejercicio.

«Jim de mi alma, Jim amadísimo». *Miss* Thriplow había encontrado prez para su adoración. «Jim queridísimo». Las lágrimas tenían sobre ella un efecto amable; la hacían sentirse mejor, más buena, más tierna. Y entonces, inopinadamente, le pareció estar se escuchando a sí misma desde fuera. «Queridísimo Jim». ¿Pero le quería verdaderamente? ¿No era todo aquello una comedia?, ¿un fingimiento? Había muerto hacía muchos años. Nada tenía que ver con ella. ¿Por qué había de importarle o acordarse de él? Y estas meditaciones sistemáticas, este escribir acerca de él en un diario secreto dedicado a su recuerdo, ¿no era todo ello una manera de ejercitar sus emociones y conservarlas tensas y adiestradas? ¿Estaría arañándose el corazón hasta hacerlo sangrar para luego escribir narraciones con el rojo líquido?

Miss Thriplow apartó de sí tales pensamientos tai pronto como se le ocurrieron. Los apartó muy indignadamente. Eran monstruosos y falaces.

Volvió a coger la pluma y comenzó a escribir con muy grande prisa, como si estuviera escribiendo uní fórmula de exorcismo, que tan pronto como quedan estampada sobre el papel ahuyentaría los viles pensamientos:

«¿Te acuerdas, Jim, de aquella vez, cuando fuimos embarcados en una canoa, y a poco nos ahogamos?».

SEGUNDA PARTE

FRAGMENTOS DE LA AUTOBIOGRAFÍA DE FRANCIS CHELIFER

I

Ningún plutócrata fue jamás mecido en cuna más suntuosa que la que fue mía en el templado Tirreno. Extendidos los brazos, como una cruz viva, flotaba boca arriba sobre ese mar, cálido y azul. Caía el sol sobre mí, transmutando en polvillo salino las gotas que cubrían mi cara y mi pecho. El agua en calma ofrecía muelle cojín a mi cabeza; mis miembros y mi cuerpo imprimían tenuemente su contorno en la superficie de un colchón transparente, de diez metros de espesor y todo el elástico de muy delicada manera, hasta el arenoso lecho sobre el que estaba extendido. Podría uno permanecer allí acostado durante toda una vida paralítica sin miedo a llagas cameras.

Encima de mí, el cielo aparecía velado por la neblina del tórrido mediodía. Cuando volvía la mirada hacia tierra, en busca de las montañas, las veía casi ocultas detrás de un velo de gasa. Mas el «Grand Hotel», por el contrario, aunque quizá no tan grandioso como en los prospectos ilustrados —pues en ellos la puerta de entrada tenía doce metros de altura, y cuatro altísimos acróbatas, subidos los unos sobre los otros, no alcanzaban los alféizares de piso bajo—, el «Grand Hotel» no buscaba recatarse en absoluto. Las lujosas y blanquísimas casitas fulgían sin pudor rodeadas de pinos. Y delante de ellas, a lo largo de la playa leonada, veía las casetas de baño, las grandes sombrillas a rayas, los niños, artífices de arenosas construcciones; los bañistas, que salpicaban y se zambullían en las templadas aguas de escasa profundidad: hombres medio desnudos, como estatuas de cobre; muchachas con alegres bañadores; diminutas quisquillas, en vez de niños; y relucientes y pingües focas de testa bermeja y negras ropas de baño mojadas. Aquí y allá se deslizaban sobre la superficie del mar los barquichuelos, llamados *patini* por los habitantes de la localidad. Son unas muy frágiles embarcaciones formadas por dos flotadores largos, unidos entre sí por sus extremos, y con un alto asiento para el bogador en medio de ambas. Lentamente, dejando en pos una ruidosa estela de itálicas galanterías, de risas y de coplas, se movían las embarcaciones a través de la llanura celeste. De vez en cuando, a la cabeza de su blanca estela, de su estrépito y de su hedor, pasaba una gasolinera, y, súbitamente, el traslúcido colchón mecía mi cuerpo, y las olas, provocadas por su paso, me columpiaban dulcemente, cada momento con mayor mansedumbre, hasta que prevalecía de nuevo la alterada quietud.

Y basta con eso. La descripción, observo ahora al releerla, no carece de elegancia. Aunque no he jugado al *bridge* desde los ocho años, y a pesar de no haber aprendido jamás el arte de hacerlo al *Mah-Jong*, puedo, al menos, decir que he estudiado las reglas del estilo. He aprendido el arte del bien decir, que no es sino el arte de no decir nada en absoluto, de manera donosa y elegante. He adquirido todas las literarias galanuras. Claro es que, además, si me es dado decirlo sin pecar de fatuo, tengo talento. «Nada tan provechoso como un alto concepto de mí mismo, basado en la justicia y el derecho». Tengo a Milton de mi parte para justificar mi aserto. Cuando yo escribo bien no puede decirse que lo que logro sea simplemente una variedad de lo que consiguen quienes lo hacen mal acerca de nada. En esto, mis efusiones o derrama míen tos difieren ligeramente de la de mis doctos colegas. De vez en cuando tengo alguna cosa que decir, y entonces su expresión, elegante, pero florida, es tan sencilla para mí como el acto de andar. No le doy la importancia más mínima. Pudiera tener tantas cosas que decir como la Rochcfoucauld, y tanta facilidad para expresarlas como Shelley. ¿Y qué? Sería, diréis, un arte excelso. Sin duda alguna, pero ¿y qué otra vez? Extraño prejuicio éste que tenemos acerca del arte. Nos aferramos al arte con tesón que da pena. Y muy razonable es ello; pues tiene el arte menos razones para existir que la mayoría de los objetos de adoración de que nos hemos librado, carece totalmente de sentido en realidad y le falta el apoyo y la justicia de las otras cosas. El arte por el arte; el juego del trompo por el juego del trompo. Hora es ya de que destruyamos a golpes éste, el último y el más necio de todos los ídolos. Amigos míos, yo os conjuro; apartad de vosotros el postrero y el más dulce de los licores embriagadores, y despertad con la cabeza clara… entre las latas de basura que aguardan en el patio la llegada del servicio de limpieza.

Esta leve digresión bastará, así lo espero, para demostrar que no enturbian mi claridad mental cualesquiera ilusiones mientras escribo. Supongo que nada de cuánto hago tiene la más ligera importancia, y si me tomo tantas molestias para dar belleza y donosura a estos fragmentos autobiográficos, hágalo más que nada, por fuerza de la costumbre. Me he ejercitado durante tantos años en el arte literario, que es espontáneo y natural en mí el cuidar con uniforme desvelo lo que escribo. Podríais preguntarme que si tan desprovisto de importancia encuentro el escribir, qué me lleva a hacerlo. La pregunta es pertinente. ¿Por qué esta inconsciencia? Únicamente me cabe aducir, como justificación, mi flaqueza. Condeno el escribir en principio. En principio, gustara de vivir como los brutos, que vale tanto como decir un ser humano

corriente. La carne está pronta, pero el espíritu es flaco. Confieso que el placer me aburre. Arde en mí con fuego no interrumpido el deseo de gozar de diversiones distintas de las que me ofrecen el cinematógrafo o el *Palais de Danse*[12]. Lucho, trato de vencer la tentación, pero al final su cumbo. Leo una página de Wittgenstein; toco algo de Bach; escribo un poema, unos aforismos, una fábula, un fragmento autobiográfico. Y escribo cuidadosamente, con entusiasmo, hasta con pasión, como si lo que estoy haciendo tuviera alguna utilidad, como si fuese importante para el mundo el conocer mis pensamientos, como si al expresarlos fuera a salvar mi alma. Pero, en el fondo, comprendo muy bien qué todas estas hipótesis encantadoras son completamente inadmisibles. La verdad es que escribo como escribo, sencillamente para matar el tiempo y para divertir a una mente que, no obstante todos mis esfuerzos, continúa siendo susceptible a la tentación de regalarse con los placeres del intelecto. Pienso gustoso en alcanzar una plácida edad, en la que, ya vencido definitivamente el Adán que llevo dentro de mí, y apagadas de una vez para siempre estas exacerbadas ansias espirituales, pueda dedicarme sosegadamente a esa vida carnal, esa natural existencia humana que hoy, lo confieso, todavía se me antoja terrible, austera, monótona y tediosa. Aún no he alcanzado ese estado bendecido. Aún no he sobrevivido a mis pasiones mentales. No es otra la fuente de estas divagaciones sobre el arte; os ruego que me concedáis vuestro perdón. Y, sobre todo, permitidme que de nuevo os implore que no imaginéis que doy a estos desahogos míos la más mínima importancia. Grande sería la herida que en mi vanidad sufriera, si creyese que pensáis de manera distinta.

La pobre *Mrs*. Aldwinkle, por ejemplo, jamás pudo creer que yo no fuera partidario del arte por el arte. «Pero, Chelifer —me decía con aquel su tono apasionado, sincero y disneico— ¿cómo puede usted “blasfemar” de esa manera contra su propio talento?». Yo entonces adoptaba la más egipcia de mis aptitudes —siempre me han tildado de parecerme a una escultura egipcia —, la más enigmática de mis expresiones de esfinge y replicaba: «Soy demócrata. ¿Cómo he de tolerar que mi talento blasfeme de la Humanidad?», o alguna otra cosa sibilina de este estilo. ¡Pobre *Mrs*. Aldwinkle! Pero me adelanto; corro con prisa excesiva. He comenzado a hablar de *Mrs*. Aldwinkle, y aún no sabéis quién es. Tampoco lo sabía yo aquella mañana, mientras permanecía reclinado contra la muelle almohada del agua. Lo único que de ella sabía era el nombre. Pues, ¿quién no la conoce de oídas? *Mrs*. Aldwinkle, la *salonnière*[13], la mujer anfitrión, la que organiza fiestas literarias y celebra ágapes para regalo de las celebridades del mundillo de las

letras. ¿No es ya clásico su nombre? ¿No es ya un lugar común? ¿Una cita manida? Naturalmente que lo es. Sin embargo, jamás la había visto hasta entonces. Y no porque ella ahorrase esfuerzo alguno para lograrlo. Unos cuantos meses antes, llegó a casa de mi editor un telegrama, dirigido a mí, que decía:

PRÍNCIPE PAPADIAMANTOPÓPULUS ACABA LLEGAR, ARDE DESEOS CONOCER MÁS SELECTA SOCIEDAD LITERARIA, ARTÍSTICA, INTELECTUAL, LONDRES; PODRÍA USTED CENAR CONOCERLE JUEVES, OCHO Y CUARTO, PLAZA BERKELEY, 11. - LILIAN ALDWINKLE

En esta forma telegráfica, y expresada en tales términos, la invitación me resultó indudablemente tentadora, pero así que llevé a cabo las ligeras investigaciones que la prudencia me aconsejó, descubrí que sus delicias no serían las aparentes. El príncipe Papadiamantopopulos resultó ser, a pesar de las maravillosas promesas latentes en su título y en su apellido, un intelectual tan serio como todos los demás. Y basta más serio, pues descubrí horripilado que era muy docto geólogo y que dominaba el cálculo diferencial. Entre los demás invitados había, por lo menos, tres buenos escritores y un buen pintor. Y, según los rumores, la propia *Mrs*. Aldwinkle era mujer culta y no lerda por completo. Utilicé, pues, el impreso telegráfico de la contestación pagada y lo llevé a la Oficina de Correos más próxima:

LAMÉNTOLO MUCHO, NUNCA CENO FUERA DE CASA, EXCEPTO CUARESMA. - FRANCIS CHELIFER

Supuse que cuando llegara la Cuaresma recibiría otra invitación, mas no volví a saber nada de *Mrs*. Aldwinkle, lo cual tranquilizó mi ánimo; si bien me causó algo de desilusión. Me hubiera gustado verla probar de nuevo, y en vano, de quebrantar mi lealtad para con *Lady* Giblet

¡Ah, esas veladas en casa de *Lady* Giblet! Jamás dejo de asistir a una de ellas por mi gusto. La vulgaridad, la ignorancia y la estupidez de la señora de la casa; la increíble mediocridad de las celebridades que reúne, ¿no son, en verdad, únicas? Y esos seguidores vergonzantes del Arte, esos deliciosos bohemios, que consideran que su capacidad para apreciar las pinturas de los cubistas y la música de Strawinsky son suficiente justificación para hacer el amor, sin mesura, a la mujer del prójimo. En sitio ninguno es posible observar tan admirables ejemplares de su especie como en los salones de *Lady* Giblet. ¿Y las conversaciones que pueden escucharse en aquellas estancias marmóreas? En ningún lugar será posible ver la presunción separada de sus justificantes por tan vasto abismo. En ningún lugar puede escucharse a los ignorantes, a los necios, a los tullidos mentales hablar con tanta ligereza

despreocupada sobre asuntos acerca de los cuales no tienen el más leve entendimiento. Dignos, en verdad, son de ser oídos vanagloriándose en paréntesis, al tiempo que expresan sus incoherentes opiniones de ignorantuelos, de su claridad intelectual, de la novedad de sus puntos de vista, de la rectilínea inteligencia científica que gobierna sus juicios. No hay duda alguna: no es posible encontrar nada más perfecto, en su especie, que los salones de *Lady* Giblet. O, al menos, yo no lo conozco. En casa de *Mrs*. Aldwinkle quizá corre uno el riesgo de verse envuelto en una conversación seria; en casa de *Lady* Giblet no existe tal peligro en absoluto.

Mas aquella mañana, pasada flotando sobre el azulísimo mar Tirreno, había de ser la última que yo pasara sin conocer a *Mrs*. Aldwinkle; también estuvo a punto de ser, todo a lo punto que es posible, la primero de las mañana de vida futura. La fatalidad pareció dudar entre extinguirme completamente y limitarse a darme a conocer a *Mrs*. Aldwinkle. Felizmente, en mi parecer, eligió la segunda alternativa. Pero me adelanto a mi narración.

Cuando vi a *Mrs*. Aldwinkle aquella mañana por primera vez lo hice sin saber de quién se trataba. Según estaba echado sobre mi salobre colchón de agua azul, advertí que se dirigía calmosamente hacia mí un *patino*, más copiosamente cargado de lo que es usual. Sentado en el alto asiento del remero, un muchacho, de prócer estatura, manejaba indolentemente los remos. Apoyaba la espalda contra el asiento, y extendidas las vellosas piernas hasta uno de los flotadores gemelos, vi a un hombre entrado en años, recio, de cara roja y pescuezo robusto. La proa del otro flotador soportaba a dos mujeres. La de más años y carnes iba delante, sumergidas ambas piernas en el agua. Vestía un traje de baño con faldellín, de seda color de fuego, y llevaba el pelo recogido debajo de un gran pañolón rosa. A escasa distancia de ella, estaba sentada la otra mujer, con las piernas dobladas de manera tal que descansaba el mentón sobre las rodillas. Era ésta una muchacha de escasos años y muy graciosa esbeltez, e iba vestida con un ceñido bañador negro de punto. Sujetaba en la mano una sombrilla verde, con la que protegía del sol la cara de su más madura compañera.

Dentro del cilindro de sombra verdosa, aquella mujer, rosa y fuego, que luego supe no era sino *Mrs*. Aldwinkle, asemejábase a un farolillo a la veneciana encendido en una estufa jardinera. Cuando un movimiento casual de la sombrilla permitía que el sol la tocase momentáneamente en el rostro, pudiera parecerle al observador que estaba repitiéndose ante sus ojos el milagro de la resurrección de Lázaro, pues el verdor y el cadavérico matiz

abandonaban súbitamente las facciones, y muy saludables colores, algo aumentados por los reflejos del bañador, los remplazaban de muy admirable y rápida manera. Vivía la muerta. Pero tan sólo durante un instante, pues el solícito cuidado de la muchacha pronto ejecutaba el milagro a la inversa: la sombrilla volvía a su anterior colocación, la penumbra de la estufa de plantas rodeaba de nuevo a la encendida linterna y la cara viva recobraba al punto su lividez, como si perteneciera a quien llevara ya tres días de permanencia en la tumba.

En la popa, que únicamente vi con claridad así que el lento navegar hizo pasar de largo a la embarcación, iba sentada otra mujer, joven, de tez pálida y ojos grandes. Un zarcillo de pelo casi negro escapaba de su gorro de baño, y caía, cual rizada patilla, a lo largo de la cara. En el otro flotador, un hombre joven, tostados por el sol la cara y los musculosos brazos, fumaba un cigarrillo.

Las voces que desde lejos me llegaban al aire aproximando el bote me sonaron, en cierta manera, menos extrañas que las que había escuchado al pasar otros *patino*. De pronto, me di cuenta de que venían hablando en inglés.

—Las nubes —oí que decía el hombre de edad y rostro colorado, el cual acababa de volverse en obediencia a un gesto del farolillo veneciano desde dentro de la estufa, para mirar a las masas amontonadas de nubes que colgaban como una cordillera fantástica encima de las auténticas montañas—, las nubes que tanto admiras únicamente pueden existir gracias al polvo excrementicio de la tierra suspenso en la atmósfera. Cada centímetro cúbico contiene miles de partículas de polvo. El agua se condensa alrededor de ellas en gotitas lo suficientemente grandes para resultar visibles. Y ésas son las nubes, formas celestiales y maravillosas, con un núcleo hecho de polvo. ¡Qué buen símbolo del idealismo humano!

«¡Válgame Dios! —me dije—. ¿He venido yo hasta Marina di Vezza para escuchar tales cosas?».

El farolillo veneciano, en voz aguda, pero poco clara y de muy extraña desafinación, comenzó a citar, infielmente, a Shelley.

—De pico a pico, como puentes de… —comenzó, pana sumirse de nuevo en el silencio, arañando el aine, buscando un sinónimo de «forma» que rimase con *pico*—. Por encima de un… *algo*… *mar* —prosiguió—. Casi el más bello de todos es la *Nube*. Es maravilloso pensar que Shelley navegó por estas aguas. Y que fue *incinerado* a poca distancia, allí —y al así decir, *señaló*

hacia la tierra, hacia donde parcialmente, velada tras *la neblina, se* extendía la costa interminable de Arreglare, durante kilómetros y más kilómetros. Ahora *podía* ya percibirse el fantasma de sus estribaciones más cercanas. Al caer él día surgiría clarísima. Claros y afilados por la luz rasante, como si estuvieran tallados de piedras preciosas, el «Palace», el «Grand Bretagne», el «Europe» (giá «Águila Negra») y el «Savoia» lucirían luego sus iluminaciones, juguetes majestuosos, entre las otras más humildes e innumerables hosterías y pensiones, dotadas por la distancia de una exquisita belleza, y tan pequeñas y delicadas que pudiera uno llorar al contemplarlas. En aquel mismo instante, al otro lado del nuboso velo, cien mil bañistas pululaban apretadamente en las mismas playas en que fue incinerado el cadáver de Shelley. Los pinares par los que, salido de Pisa, persiguió a caballo bellos penitentes a través de la callada y fragante penumbra, ahora hervía de vida tumultuosa. Copuladores rupestres sin número vagaban en aquel momento por las umbrías. Y así sucesivamente. De mi estilográfica mana el estilo. En cada gota de tinta azul — negra *búllanse implícitas* mil *mots justes*, como las futuras idiosincrasias del hombre lo están en una partícula de cromosoma. Pido perdón.

La juventud en la proa y el placer a timón —la carne joven presentaba tan florido aspecto bajo él sol de mediodía, y era su colorido tan portentosamente vivo que me recordó verdaderamente las encantos de Etty— pasó junto a mi, la embarcación lentamente, a pocos metros de distancia. Echado como una cruz viva sobre mi salado y muelle lecho, los miré lánguidamente con los ojos entornados. Hicieron ellos lo mismo conmigo. Sus caras denotaban curiosidad inexpresiva. Me miraron un segundo nada más, y apartaron luego de mí los ojos, como si yo fuera una de esas ranas exhaustas que pueden verse después de la temporada fértil, flotando panza arriba en un estanque. Y, sin embargo, yo era lo que, técnicamente, recibe la denominación de un alma inmortal. Me pareció que hubiera sido más razonable que se hubiesen detenido para gritarme a través del agua: «¡Ah, extranjero! Buenos días. ¿Cómo está tu alma? ¿Y qué haremos para salvarnos?». Pero, por otra parte, nuestra costumbre de considerar a los extraños como si fueran ranas exhaustas, probablemente nos ahorra buena cantidad de molestias.

—De cabo a rabo —corrigió el rubicundo señor la mal recordada cita, según el *patino* se alejaba.

Entonces, con manifiesta timidez y en voz dulce y acariciadora, la solícita muchacha apuntó que el «algo» mar era torrencial mar.

—Si es que tal cosa quiere decir algo —dijo el joven remero, cuyos esfuerzos bajo el ardiente sol le daba derecho a enjuiciar el asunto desde un punto de vista neumático y sensato.

—¡Claro que quiere decir! —dijo *Madame* Farolillo Veneciano con notorio desprecio.

El hombre joven sentada popa arrojó al mar su cigarrillo y comenzó a silbar distraídamente la melodía de *Don Giovanni, Deh, vieni, alla finestra*.

Sobrevino una pausa silenciosa; el bote iba alejándose a golpes de remo. Las últimas palabras que escuché fueron pronunciadas, lentamente y con voz aniñada, por la mujer instalada en la popa:

—Ojalá pudiera una tostarse más de prisa —dijo, sacando un pie del agua y contemplando la blancura de la pierna desnuda—. Parece que he estado viviendo en una cueva. Esta blancura malsana… recuerda la de un espárrago descolorido; o hasta la de las setas —añadió pensativamente.

Entonces el farolillo veneciano dijo algo, pero ya estaba demasiado lejos para que pudiera yo entender sus palabras. Al cabo de unos segundos, renació el silencio. Se hablan alejado, pero no sin dejar conmigo el nombre de Shelley. Éstas fueron las aguas que surcó la endeble embarcación velera del poeta. Solía llevar en una mano su Sófocles, mientras con la otra gobernaba el timón. Sus ojos miraban unas veces los pequeños caracteres helenos del libro, otras hacia el horizonte, y aun otras en dirección de las montañas y las nubes. «¡Vira a babor, Shelley!», gritaba Williams en su papel de patrón. Y Shelley, abstraído, viraba violentamente a estribor. El barquichuelo vacilaba y se estremecía y poco faltaba para que zozobrase. Un día la centella hendió de un tajo fulminante el cielo opaco; rugió en la altura el trueno horrendo, con espantable rumor de rocas que rodasen sobre las nubes de metal; el eco retumbó en los cielos y entre las montañas «de pico a pico», se me ocurrió adoptando la variante de *Madame* Farolillo Veneciano, «de pico a pico, con zumbar de mico». (¡Qué infamia!). Y entonces, con silbante ulular, el vendaval se arrojó sobre ellos. Todo acabó.

Probablemente, aunque no me lo hubiera recordado el veneciano farolillo, habría yo acabado por pensar en Shelley, pues vivir en esta costa, entre el mar y la cordillera, en bruscas alternativas de calmas totales y tormentas estruendosas y súbitas, es como vivir dentro de un poema de Shelley. Camina, uno a través de bellezas transparentes y fantasmagóricas. Si no fuera por los cien mil bañistas por la música sincopada del «Grand Hotel», por los

ininterrumpidos baluartes que la civilización nos presenta formados de casas de huéspedes durante kilómetros y más kilómetros, si no fuera por *todo esto*, podría uno perder allí sin duda alguna el sentido de lo real e imaginar que la fantasía ha logrado transformarse en hecho. En tiempos de Shelley, cuando la costa estaba casi desierta, pudiera excusarse la verdadera naturaleza de las cosas. Viviendo en un mundo auténtico prácticamente imposible de distinguir de otro *imaginado*, casi pudiera estar justificado que un hombre se *entregase* a su fantasía en la desmedida manera en la cual Shelley se permitía hacerlo.

Pero un hombre de esta generación, educado en un típico ambiente contemporáneo, no tiene justificaciones de esa índole. Un poeta moderno no puede permitirse los lujos mentales con los que quienes le precedieron solían regalarse de tan desenfrenada manera. Allí, acostado sobre el agua, estuve rememorando ciertos abstrusos versos, inspirados en parecidas reflexiones, escritos por mí algunos meses antes:

The Holy Ghost comes sliding dow

On Ilford, Golders Green and Penge.

His hosts infect him as they rot;

The victims táke their just revenge

For if of old the sons of squires

And livery stabíe keepers turned

To flówers and hope, to Greece and God,

We iriour tater age have learned.

That we are native where we walk

Through the dim streets of Camden Towru

But hopeful still through twice-breathed air

The Holy Ghost comes shining down[14].

Recuerdo que los escribí cierta tarde sin sol, en mi despacho de Gog’s Court, Fetter Lañe. En ese despacho, y en una tarde parecida, estoy escribiendo en este momento. Entra por mi ventana una luz débil y cenagosa que precisa del suplemento de la electricidad interior. Un olor añejo a tinta de imprenta impregna el ambiente. Desde la planta baja me llega el martilleo sordo y el golpeteo metálico de las máquinas de imprimir: están tirando los doscientos mil ejemplares semanales de *Para la mujer*. Nos encontramos aquí

en él corazón del universo humano. Confesemos francamente que somos ciudadanos de esta urbe vil, aceptemos con resuelto valor y no tratemos de escapar.

Para escapar, ya sea espacial o temporal la huida, es preciso hoy recorrer distancias muy superiores a las que era necesario cubrir hace cien años, cuando la barca de Shelley hendía las aguas del Tirreno y él evocaba visiones milenarias. Es menester ir más lejos en el espacio, porque en estos tiempos son más abigarradas las multitudes y más veloces nuestros vehículos. El «Grand Hotel», los cien mil bañistas, la música negra han ganado entrada en ese poma *shelleyano* que es el panorama de Versilia. Y la era de sin par ventura que en tiempos de Godwin no parecía estar muy remota, se ha ido alejando de nosotros según cada reforma social, y cada victoria sobre el atrincherado capitalismo, ha arrojado al suelo en añicos una ilusión más. Para escapar hoy, necesita uno alejarse hasta el Tíbet, o ha de fijar la mirada en el año 3000. Y ¿quién sabe? Bien puede acontecer que en el palacio del Dalai Lama estén escuchando la radio; y puede ocurrir muy probablemente que ese venturoso año 3000 lo sea únicamente gracias a que entonces se consiga, por primera vez, organizar la esclavitud de manera científica y competente.

Un escape especial, aún si consigue uno realizarlo con éxito no es escape valedero. Puede un hombre vivir en las cimas del Tíbet o en los valles andinos; mas no podrá negar por eso la existencia de Londres y de París, no podrá olvidar que hay lugares como Nueva York y Berlín. Para la mayoría de los seres humanos contemporáneos Londres y Manchester representan la normalidad. Podéis volar hasta la eterna primavera de Arequipa, mas no estaréis viviendo allí lo que es la realidad para la conciencia de la masa humana.

La huida a través del tiempo no brinda mayor satisfacción. Vive uno en un refulgente futuro, para lo por venir. Se consuela del espectáculo de las cosas tal como son con el pensamiento de lo que serán. Y acaso trabaja para lograr que sean lo que uno juzga que debieran ser. Todo esto lo conozco perfectamente, pues yo mismo lo he hecho, y he vivido en un perpetuo estado de embriaguez pensando en lo venidero, trabajando feliz para instaurar una admirable dicha ideal. Pero unos instantes de reflexión nos muestran lo absurdo de este oteo escudriñador del futuro y lo inútil de estos esfuerzos denodados. Pues en primer lugar carecemos de motivos para suponer que vaya a haber un futuro en absoluto, al menos para el género humano. En segundo lugar, desconocemos si esa felicidad ideal que nos esforzamos en

alcanzar no será totalmente imposible, o si en caso de lograrla no resultaría profundamente repulsiva para la Humanidad. ¿Quiere el hombre ser feliz? Si existiera una auténtica probabilidad de alcanzar una felicidad permanente e invariable, ¿no se echarían los hombres atrás, horrorizados por su tedio infinito? Y, finalmente, la contemplación de lo futuro, el laborioso empeño en alcanzarlo, no evita la existencia de lo presente, únicamente logra ocultarlo de manera parcial.

Idénticas objeciones pudieran hacerse con idéntica fuerza a las huidas que no nos lanzan a través del espacio, o del tiempo, sino que nos conducen a una eternidad platónica: a lo ideal. Al huir a los dominios de la imaginación, no evitamos que persistan los hechos en consumarse; no logramos más que negarles nuestra atención.

Y para terminar, existen gentes, más valerosas que quienes huyen, las cuales se arrojan con gentil denuedo a la vida contemporánea que los rodea, y hallan consuelo al descubrir que en medio de la miseria, de la vileza repulsiva y de la necedad, existen indicios de bondad general, de caridad, piedad y cosas parecidas. Es muy cierto que existen estas virtudes, y el contemplarlas resulta espectáculo muy confortador: a pesar de la civilización. El hombre no ha caído por debajo del nivel de las bestias. Los padres, aun entre los hombres, aman a los hijos: incluso en la sociedad humana, los febles y los desvalidos reciben asistencia algunas veces. Sería sorprendente, si se tienen en cuenta el origen y las afinidades humanas, que esto ocurriese de manera distinta. ¿Habéis leído alguna vez una necrología que no descubra en el finado, escondido bajo un rudo exterior y un talante formidable, un corazón de oro? Y tienen mucha razón los redactores de tales funéreas noticias. Todos poseemos corazones de oro, aunque algunas veces, verdad es, andamos excesivamente preocupados con los propios asuntos para recordarlo. El hombre realmente cruel, el de maldad fundamental, es tan insólito como el hombre genial o como el idiota puro. Jamás he conocido un hombre verdaderamente malvado. Y el hecho no debe causar sorpresa, pues un hombre verdaderamente de mal corazón es uno con ciertos instintos desarrollados de manera anormal y con otros atrofiados más o menos completamente. Tampoco he conocido nunca un hombre como Mozart, si a eso vamos.

Carlos Dickens, no lo negaré, supo sentir exaltación, y gimoteante ternura crónica ante la presencia de la virtud en medio de la miseria. «Nos muestra —según lo expresa muy elocuentemente uno de sus admiradores

norteamericanos— que la vida, aun en sus más groseras formas, puede presentar trágica grandeza; que ni siquiera en medio de las locuras y los excesos mueren por completo los sentimientos morales, y que basta las guaridas de los más vitandos criminales se ven algunas veces iluminadas por la presencia de nobilísimas almas». Muy agradable, cierto es, resulta todo eso. Pero, ¿es que existe motivo legítimo de exaltación, ante la emergencia de virtudes del seno de la sociedad humana? No experimentamos ningún especial júbilo al considerar el hecho de que los hombres tengan hígado y páncreas. Las virtudes son tan naturales en el hombre como los órganos digestivos, y cualquier biólogo que considere serenamente el fenómeno, no se extrañará de su existencia.

Si esto es así, nada tienen estas virtudes a lo Dickens que merezca ser propalado con entusiasmo a bombo y platillo, como solíamos decir en tiempos durante los cuales poseíamos rica abundancia de esas virtudes. No tenemos motivo alguno para enorgullecemos especialmente de poseer cualidades que hemos heredado de nuestros antepasados y que compartimos con los animales domésticos. Lo que resultaría halagador sería descubrir en la sociedad contemporánea indicios de virtudes exclusivamente humanas, de esas virtudes conscientes y racionales que debieran pertenecer, por definición, al ser llamado Homo *Sapiens*. Por ejemplo, la comprensión, la ausencia de prejuicios irrazonables, la tolerancia absoluta, la persecución perpetua y razonable del bien. Mas, ¡ay!, que son precisamente éstas las virtudes que no podemos descubrir. Pues, después de todo, ¿a qué se deben todas las miserias, las confusiones y las fealdades sino a la ausencia de virtudes humanas? El hedió es que, excepto en raros caprichos de la Naturaleza, nosotros, hombres sapientes, carecemos prácticamente de virtudes humanas. Basta vivir una semana en cualquier gran ciudad para que el hecho resulte patente. Tan completa es la ausencia de virtudes verdaderamente humanas, que no nos queda otro recurso, si es que estamos dispuestos ja condescender con él, y si es que deseamos mirar a las cosas tal como son, que el de conducirnos como Carlos Dickens y congratular a la raza por sus virtudes meramente animales. Esas gentes joviales y optimistas que nos aseguran que la Humanidad es admirable porque las madres aman a sus hijos, los pobres se socorren mutuamente, y los soldados mueren por su bandera, no hacen sino consolarnos con argumentos que serían adecuados para consolar a las ballenas, a los elefantes y a las abejas. Más, cuando les pedimos pruebas de la sapiencia humana, o que nos muestren algunos ejemplos de rectitud consciente y razonable, nos reconvienen por nuestra frigidez intelectual y

nuestra inhumanidad, sencillamente porque rechazamos el contentarnos con las buenas cualidades de los animales. Por muy agradecidos que nos mostremos al ver florecer en la sociedad civilizada estas humildes virtudes de la selva, no podemos pretender que sean compensación satisfactoria de los horrores y las miserias de la vida civilizada. Estos horrores y estas miserias nacen de la carencia de razón en el hombre, del fracaso humano para conducirse de una manera completa y sabiamente humana. Las virtudes selváticas son simplemente el anverso de este animalismo, cuya cara es la bondad instintiva y cuya cruz es la estupidez y la crueldad instintiva.

Esto es cuanto nos resta de todo consuelo filosófico. Quedamos cara a cara con la realidad. Ya digo que mi despacho del Gog’s Court está situado en el mismísimo centro de la realidad, en su centro palpitante.

II

Gog’s Court. ¡El ombligo de la realidad! Volví a repetir aquellos mis versos acerca de este tema, y percibí íntimamente su profunda perspicacia. Retumbó mi voz como la de un oráculo sobre la superficie del mar. No hay nada que aumente de tan generosa manera la importancia de un aserto como el oírlo pronunciado por nuestra propia voz en cualquier lugar solitario.’«¡Jamás volveré a probar una gota de alcohol!». Estas solemnes palabras, pronunciadas con aliento hediondo de *whisky*, ¡cuántas y cuántas heladas mañanas o noches oscuras habrán Sido pronunciadas! La prosopopéyica imprecación parece pedir la ayuda del universo entero y rogarle que acuda en socorro del débil ser humano que las pronuncia durante la descomunal batalla para la que se presta y apercibe en contra del vicio que le domina. ¡Momento impresionante y espantoso! Aunque no fuera más que por el gusto de vivirlo de nuevo, por el inmenso placer de romper el silencio vacío que tal reverberante y estigio juramento, bien vale la pena olvidar el buen propósito que anuncia. Nada digo de los placeres de la embriaguez.

Aquel breve recital mío sirvió para confirmarme lo muy acertadas que eran mis especulaciones. Pues no estaba simplemente pronunciando en voz alta la esencia de mis pensamientos, sino que estaba enunciando los contenidos en los términos de una formula que poseía algo de mágica. ¿Cuál es el secreto de estas felices expresiones verbales? ¿Cómo puede ocurrir que un pensamiento vulgar, por el mero hecho de ser engastado por un poeta en alguna fórmula abracadabrante parece adquirir profundidad ilimitada, mientras que un enunciado inane y de positiva falacidad puede parecer verdadero por obra y gracia de la forma en que es expresado? Francamente, no lo sé. Y lo que es más, jamás he topado con quien haya sabido darme la respuesta del acertijo. ¿Qué es lo que puede prestar a dos vocablos, «funérea música», calidades emotivas tan reales como las de la marcha fúnebre de la *Heroica o* las del final de *Coriotan*? ¿Por qué resulta de más profunda comicidad llamar «marmosita al mico de Tullía» que escribir una comedia entera de Congrave? Y el verso «Pensamientos hay que yacen harto profundos para ser llorados», ¿por qué radica todo su efecto en dónde radica? Misterio. Este arte de la lengua se asemeja extrañamente al del prestidigitador. La rapidez de la lengua mixtifica al cerebro. Muchas veces ha ocurrido, después de todo. Tomemos, por ejemplo, al buen Shakespeare. ¡A cuántos

cerebros críticos no habrá engañado la velocidad de su lengua! Porque sabe decir «*shaughs, water-rugs and demi-wolves*» y «*defunctive music*» y «*the expense of spirit in a waste of shame*[15]» y todo lo demás, le juzgamos filósofo, profundo moralista y muy sagaz psicólogo. Cuando la verdad es que era su mente confusa de manera increíble, no tenía más propósito que el de divertir, y no logró crear más que tres personajes. Uno, Cleopatra, excelente copia del natural, como un personaje sacado de una buena novela, digamos de una novela de Tolstoi. Los otros dos —Macbeth y Falstaff— son figuras imaginarias y fabulosas, consistentes consigo mismo, pero que carecen de realidad en el sentido en que Cleopatra es auténtica.

Mi pobre amigo Calamy los calificarla de más verdaderos, y aduciría que pertenecen al Arte Absoluto. Y cosas así. No puedo detenerme a considerar las opiniones del pobre Calamy, al menos en este punto; quizá más tarde. En cualquier caso, para mí Macbeth y Falstaff son personajes perfectamente genuinos y completamente mitológicos, como Júpiter, Gargantúa, Medea o *Mr*. Winkle. Son los únicos monstruos mitológicos bien pergeñados que hallaremos en la colección entera de Shakespeare; igual que Cleopatra es la única realidad bien copiada. Su ilimitada capacidad para la magia ha engañado a innumerables personas hasta el punto de convencerlas de que todos sus demás tipos son de igual mérito.

Pero el Bardo no es, de ninguna manera, mi tema. Volvamos a mí recital mientras flotaba sobre las aguas. Como he apuntado, mi convicción de que «somos nativas del suelo que pisamos», uno de los versos de mi composición, resultó fortalecida por el sonido de mi voz que pronunciaba la fórmula elegante en la que está embalsamada la idea. Al repetir las palabras, vínome a las mientes Gog’s Court; y tu pequeño despacho por cuya ventana apenas entra la luz; la lámpara, encendida en invierno, incluso a mediodía; el olor a tinta de imprenta; el ruido de las máquinas de la planta baja. Me encontré tina vez más en mi despacho, arrancado de aquel poema sin propósito de vistas caldeadas por el sol, y llevado hasta el palpitante centro del mundo. Tenía en la mesa ante mí un rimero de largas galeradas: era miércoles; debiera haber estado corrigiendo las pruebas, pero la pereza me dominaba aquella tarde. En seis pulgadas sin imprimir de una las galeradas fue donde compuse los versos. Pensativo, como un jugador de damas que reflexiona sobre su próxima jugada, los contemplé. ¿Qué posibles y nuevas mejoras había?

Alguien llamó a la puerta con los nudillos. Cubrí con una hoja de papel secante la parte inferior de la galerada, dije «Pase», y continué la

interrumpida lectura de las pruebas «… puesto que los Himalayas fueron seleccionados para obtener en la descendencia un color uniforme, ningún suceso ha despertado mayor entusiasmo entre los aficionados que la fijación del nuevo tipo Angora Flamenco. El éxito de *Mr*. Spargle es de hecho uno que hace época…». Devolví la e de hecho a la d viuda, y alcé la vista, *Mr*. Bosk, el subdirector, me miraba desde la altura.

—Pruebas del fondo, *Mr*. Chelifer —dijo inclinándose con aquella exquisita y despreciativa cortesía que caracterizaba todas sus relaciones conmigo,

—Gracias, *Mr*. Bosk.

Pero *Mr*. Bosk no se retiró. De pie en su actitud acostumbrada y preferida, la adoptada por nuestros antepasados (de los cuales, por cierto, *Mr*. Bosk era uno) delante de la columna de mármol a medio revestir que empleaba el fotógrafo, me miraba sonriendo ligeramente a través de su barbita blanca. Tenía desabrochado el tercer botón del chaleco, y la mano derecha metida, como una carta medio echada al buzón, en el espacio libre. Descansaba todo su peso sobre la pierna derecha, que conservaba en absoluta rigidez. La otra pierna la tenía ligeramente doblada y el talón de un pie tocaba los dedos del otro, mientras que ambos pies, considerados en conjunto, formaban un ángulo recto. Comprendí que iba a reconvenirme.

—¿Qué ocurre, *Mr*. Bosk? —pregunté.

La sonrisa de *Mr*. Bosk, escondida entre los hirsutos pelillos, adquirió muy penetrante dulzura. Ladeó jocosamente la cabeza. Al hablar, su voz se hizo meliflua. En tales ocasiones, cuando iba yo a recibir sus admoniciones, su cortesía degeneraba hasta convertirse en una especie de pueril y afectada coquetería femenina.

—Si usted me permite que se lo diga, *Mr*. Chelifer —dijo melindrosamente—, creo que podrá usted comprobar que la palabra española *rabear* no significa «menear el rabo», como usted dice en el artículo de fondo acerca de la etimología de la palabra *conejo*[16], sino más bien «menear los cuartos traseros».

—¿Menear los cuartos traseros, *Mr*. Bosk? Pero ese roe parece un movimiento extremadamente difícil… —argumenté.

—Por lo visto en España, no —dijo *Mr*. Bosk casi tiendo como una muchacha estúpida.

—Pero estamos en Inglaterra, *Mr*. Bosk.

—Sin embargo, lo digo apoyado en la autoridad del propio Skeat.

Y con aire triunfal, con la expresión de quien en el momento crítico de una partida de naipes echa inesperadamente un quinto as, *Mr*. Bosk adelantó ahora su mano izquierda, que había mantenido oculta misteriosamente detrás de la espalda. Sujetaba con ella un diccionario. Una tira de papel marcaba la página. *Mr*. Bosk lo depositó y lo abrió sobre la mesa, delante de mí. Su gruesa uña señaló: «… o posiblemente —leí yo en voz alta— de *rabear* (español), menear los cuartos traseros».

—Tiene usted razón, como de costumbre, *Mr*. Bosk. Lo corregiré en la galerada.

—Muchas gracias, *Mr*. Chelifer —dijo él con falsa humildad. Interiormente le retozaba el júbilo que de su triunfo sacaba. Recogió su diccionario, repitió la inclinación cortés, pero despectiva, y se alejó hacia la puerta, deslizándose silenciosamente. Se detuvo en el umbral—. Recuerdo que ya en otra ocasión surgió aquí esa duda —dijo con voz cuya ponzoña quedaba oculta por su melosidad—. Fue en tiempos de *Mr*. Parfitt —y salió, cerrando silenciosamente la puerta.

De igual manera arrojaban los partos sus venablos al retirarse. El nombre de *Mr*. Parfitt me lo arrojó con intención aviesa, con el propósito de herirme, de inducir avergonzado rubor en mis mejillas. Pues ¿acaso no fue *Mr*. Parfitt director perfecto, complejo e infalible? Mientras que yo… *Mr*. Bosk se alejó, dejándome en soledad para que yo mismo decidiera mi valor.

Y es la verdad que tenía yo plena conciencia de mis defectos. *La Gaceta del Cunicultor*, que, como cualquier niño de escuela sabe; se publica conjuntamente con *El Criador de Ratones*, difícilmente hubiera podido dar con director menos adecuado que yo. Aún hoy, confieso mi ignorancia de la disciplina cunicultora. *Mr*. Bosk, era un superviviente de la edad de oro de *Mr*. Parfitt, el fundador y director durante treinta años de la *Gaceta*.

—¡Ah! ¡*Mr*. Parfitt era un «verdadero» aficionado! —solía decirme, en cuya frase iba implícito el juicio de que su sucesor no lo era.

Ocurrió la cosa al acabar la guerra. Yo andaba buscando empleo, un empleo que me acercase a la Realidad. Se me ofreció empleo académico en mi antiguo colegio universitario, pero la naturaleza ilusoria de tal ocupación me llevó a rechazar el ofrecimiento.

Buscaba yo…, ¿cómo decirlo?, algo más… palpitante. Entonces encontré en *The Times* lo que deseaba. «Necesitase director de demostrada competencia literaria para revista comercial ganadera. Escribid al Apartado 92». Escribí, hablé y vencí. El Consejo de Administración no pudo resistirse al leer las referencias que les presenté del obispo de Bosham. «He conocido durante toda la vida a *Mr*. Chelifer y a su familia, lo que me permite asegurar que se trata de un hombre de gran capacidad y de muy altas ideas morales (firmado). Hartley Bosh». Me nombraron director a prueba, para un período de seis meses.

El ya anciano *Mr*. Parfitt, director dimisionario, permaneció en su puesto durante algunos días para iniciarme en los misterios de su trabajo. Era un viejo benévolo, bajito, gordinflón y de cabeza muy grande. La cara cuadrada parecía aún más ancha, gracias a unas patillas grises que descendían por sus mejillas hasta fundirse disimuladamente con las puntas del bigote. Sabía más acerca de conejos y ratones domesticados que cualquier otra persona del país; pero la causa de su orgullo eran sus dotes literarias. Me explicó las normas que gobernaban la composición de sus artículos de fondo semanales.

—En la fábula —me dijo, sonriendo ya por anticipado, pensando en el final de su chiste, el cual venía perfeccionando y puliendo desde el año 1892 —, en la fábula es el monte el que tras largos y, por así decirlo, geológicos dolores, alumbra un ratón. Mi norma, por el contrario, ha sido siempre, dentro de lo posible, hacer que los ratones sean los paridores de montañas. —Calló y quedó a la espera; así que hubo acabado de reír, prosiguió—: Resulta asombroso las conclusiones que pueden deducirse acerca de la vida, del arte, de la política, de la filosofía y qué sé yo, de un ratón o de un conejo. ¡Asombroso!

Lo más notable de las montañas de *Mr*. Parfitt aún cuelga bajo cristal, y en un sobrio marco, encima de la mesa del director. Apareció en la *Gaceta del Cunicultor el* 8 de agosto de 1914.

«No han sido los lectores de *La Gaceta del Cunicultor* —escribía *Mr*. Parfitt en esa fecha cardinal— quienes han provocado esta guerra. Ningún criador de ratones, lo proclamo enfáticamente, la ha deseado. ¡No! Absortos en sus inofensivas y estimables ocupaciones, no han tenido ni deseos ni tiempo de perturbar la paz del mundo. Si todos los hombres se dedicaran de todo corazón a aficiones como las nuestras, no habría guerras. Estaría el mundo poblado por fomentadores y creadores inocentes de la vida, y no, como hoy ocurre, por tigres destructores. Si el Kaiser Guillermo II hubiera

criado conejos o ratones no nos encontraríamos hoy en un mundo cuya existencia se ve amenazada por los inimaginables horrores de la guerra moderna».

¡Nobles palabras! La virtuosa indignación de *Mr*. Parfitt resultó aumentada por la preocupación que le causaba la suerte de su periódico. La guerra, se decía apesadumbrado, significaría la muerte para la cría del conejo. Pero se equivocó. Los ratones, verdad es, pasaron de moda entre 1914 y 1918. Pero en aquellos años flacos de racionamiento, los conejos adquirieron nueva importancia. En 1917 había diez admiradores de los Flamencos Gigantes por cada mío de los existentes antes de la Guerra. Aumentaron los suscriptores y se multiplicaban los anuncios.

—Los conejos —me aseguró *Mr*. Parfitt nos ayudaron mucho a ganar la guerra.

Y paralelamente, la Guerra fomentó de tal manera la cría del conejo, que *Mr*. Parfitt pudo retirarse en 1919 con una fortunita modesta, pero suficiente. Fue entonces cuando pasó el timón a mis manos, y a pesar del desprecio que *Mr*. Bosk experimentaba por mi ignorancia e incompetencia, puedo congratularme justamente acerca de la manera en que piloté el periódico durante los difíciles tiempos que siguieron. La Paz encontró a los ingleses menos prósperos, y al mismo tiempo menos hambrientos, que durante la Guerra. Pasaron los tiempos durante los cuales les fue preciso criar conejos; y no podían permitirse el lujo de criarlos por capricho. Disminuyeron los suscriptores y los anunciantes. Fui yo quien evitó la catástrofe que se avecinaba, creando en el periódico una nueva sección dedicada a las cabras. Indudablemente, desde el punto de vista biológico, como les dije a los señores del Consejo de Administración de mi propuesta escrita, esta mezcolanza de rumiantes y roedores era un patente error. Pero desde el punto de vista comercial, me sentía seguro de que la innovación resultaría justificada. Y lo resultó. Las cabras consiguieron media docena de páginas de anuncios, y poco después varios centenares de suscriptores nuevos. La irritación de *Mr*. Bosk ante mi éxito fue muy violenta; pero los Consejeros quedaron convencidos de mí gran competencia.

Es verdad que no siempre admiraban mis artículos de fondo

—¿No podría usted —me dijo el presidente de la Compañía— hacerlos algo más populares? Y un poco más prácticos, *Mr*. Chelifer, un poco más prácticos. Por ejemplo —y aclarándose la voz sacó la hoja mecanografiada de

quejas que había traído al Consejo—, por ejemplo, ¿qué valor práctico tiene todo esto acerca del uso de la palabra *cony*[17] por los dramaturgos elizabetianos como expresión afectuosa de cariño? Y este artículo acerca de la etimología de *rabbit*[18] —volvió a consultar sus notas y tosió—, ¿a quién puede interesarle que exista en valón la palabra *robett*? ¿O que esa palabra quizás esté relacionada con la española *rabear*, o menear los cuartos traseros? Y por cierto, ¿quién —añadió, mirándome por encima de los lentes con aire de triunfo, demasiado prematuro—, quién ha oído jamás de animal alguno que menee los cuartos traseros?

—Sin embargo —dije en tono respetuoso, pero firme, de hombre que está seguro de lo que dice—, el aserto lo confirma nada menos que Skeat.

El presidente, que había alimentado la esperanza de apuntarse un tanto seguro, pasó, derrotado, a la acusación siguiente.

—Y, además, *Mr*. Chelifer, no nos gusta demasiado, a mis compañeros de Consejo y a mí, no nos gusta demasiado lo que dice usted en su artículo acerca de «La cría del conejo y una lección para la Humanidad». Puede ser exacto que los cunicultores hayan logrado criar un conejo doméstico que pesa cuatro veces más que el de monte y que posee un cerebro la mitad del conejo montés, puede ser exacto. Es exacto. Y hemos de considerar el hecho como un gran logro, *Mr*. Chelifer, verdaderamente admirable. Pero eso no justifica el sostener, como lo hace usted, *Mr*. Chelifer, que el obrero ideal, cuyo tipo deben procurar producir los eugenistas, sería un hombre ocho veces más fuerte que el actual y con dieciséis veces menos capacidad mental. Y no es que mis compañeros de Consejo y yo estemos en completo desacuerdo con usted, *Mr*. Chelifer; ni mucho menos. Todo hombre sensato está de acuerdo con que el obrero moderno está demasiado instruido. Pero no hemos de olvidar, *Mr*. Chelifer, que buen número de nuestros lectores pertenecen a la clase obrera.

—Es cierto —dije reconociendo la justicia de la observación.

—Y para terminar, este artículo suyo la «simbología de la Cabra». Es nuestra opinión que los datos que ha reunido usted en él, por muy interesantes que puedan resultar para el antropólogo o para el estudiante del folklore, no son precisamente los más oportunos para publicarlos en una revista leída por personas de ambos sexos.

Los demás Consejeros expresaron su asentimiento con un murmullo.

Luego sobrevino un largo silencio.

III

Recuerdo un anuncio, creo que de pastillas para la tos, que solía ocupar muy frecuentemente durante mi niñez la última página de los semanarios ilustrados. Encima del epígrafe «Un pinar en cada hogar» se veían tres o cuatro espléndidos abetos del Norte creciendo en medio de la alfombra de una habitación, mientras la señora de la casa, sus hijos y sus invitados tomaban el té bajo la saludable y aromática sombra de los árboles, con un notable aire de desinterés, como si fuese muy natural que brotasen pinos y abetos en la alfombrilla de la chimenea. Un pinar en cada hogar… Pero a mí se me ha ocurrido algo aún mejor. Un Luna Park en cada oficina. Una Feria de Atracciones de la Exposición del Imperio Británico en todos los establecimientos bancarios. Una Verbena de Earl's Court en cada fábrica. Es cierto que no podría llevar yo todas las atracciones de una feria al lugar en que trabaje usted: sosamente el tobogán corriente, el acuático y la montaña rusa. Los tiovivos colgantes o no, y los columpios, esos están más allá de los limites de mi taumaturgia. No puedo pretender reproducir ni él movimiento horizontal ni el mareo rotatorio; mi especialidad son los descensos velocísimos, la respiración que falla, y esa deliciosa sensación angustiosa de haberse quedado las entrañas en un piso de arriba. Quienes protestan de la sosegada monotonía de la vida del oficinista, quienes ansían cierta medida de emoción que diversifique la cotidiana rutina, deben probar esta receta mía y llevar el tobogán acuático a las oficinas. Es muy sencillo. Lo único que es necesario hacer es dejar de trabajar durante un momento y preguntarse: ¿Por qué estoy haciendo esto? ¿A santo de qué? ¿Es que he venido al mundo provisto de un alma inmortal, con el solo propósito de sentarme diariamente ante una mesa de escribir? Haceos, amigos míos, estas preguntas reflexiva y seriamente. Pensad siquiera durante un instante en su significado, y, puedo garantizarlo, por muy firmemente asentados que os encontréis en vuestra silla, dura o blanda, experimentaréis la sensación inmediata de que caéis al vacío, de que estáis cayendo de cabeza, cada vez más rápidamente, en la nada.

Para quienes no pueden prescindir de fórmulas, recomiendo este pequeño cuestionario el cual debe ser leído durante las horas de oficina, siempre que se haga larga la jornada.

Pregunta. —¿Para qué estoy trabajando aquí?

Respuesta. —Para que unos agentes de bolsa judíos cambien sus automóviles pequeños por otros grandes, compren los últimos discos de gramófono con música de baile, y se vayan de vacaciones a la playa.

P. —¿Para qué continuó trabajando aquí?

R. —Con la esperanza de poder ir algún día de vacaciones a la paya.

P. —¿Qué es el Progreso?

R. —El Progreso está formado por agentes de bolsa, más agentes de bolsa, y todavía más agentes de bolsa.

P. —¿Cuál es la meta de los reformadores sociales?

R. —La meta de los reformadores sociales es crear un estado en el cual todo individuo goce de la mayor cantidad posible de libertad y descanso.

P. —¿Qué harían los ciudadanos de ese estado reformado con su libertad y su tiempo para descansar?

R. —Muy probablemente lo que hoy hacen los agentes de bolsa, es decir: pasar los fines de semana en la playa, conducir velozmente un automóvil e ir al teatro.

P. —¿Qué condición es precisa para estar contento con la vida que lleva uno?

R. —No pensar.

P. —¿Cuál es el cometido de los periódicos, los cines, la radio, las motocicletas y las orquestas de baile?

R. —La función de todas esas cosas es evitar que se piense y matar el tiempo. Son los más poderosos instrumentos de la felicidad humana.

P. —¿Cuál era, en opinión de Buda, el más mortal de los pecados?

R. —El de no darse cuenta de las cosas: la estupidez.

P. —¿Y qué ocurrirá si comienzo a darme cuenta de las cosas y a pensar?

R. —Tu silla se convertirá en un vagón de montaña rusa; el suelo de la oficina se abrirá graciosamente bajo tus pies, y te encontrarás lanzado al abismo.

¡Caer, caer, caer! La sensación, aunque angustiosa, está rodeada de delicias. La mayor parte de los hombres, lo confieso, hallan la sensación demasiado fuerte, y pronto dejan de pensar, en cuyo momento el vagón de

montaña rusa recobra su naturaleza de silla, el suelo se cierra, y las horas pasadas ante la mesa de escribir se nos antojan de nuevo horas pasadas de manera muy razonable. O, de lo contrarío, pero esto es más raro, huyen espantados de la oficina y esconden la cabeza como avestruces en la filosofía o en qué se yo. Para personas de reciedumbre mental y dotadas de inteligencia, ambos caminos son imposibles; el primero por necio, el segundo por cobarde. Ningún hombre que se respete puede aceptar irreflexivamente la realidad de la vida humana, ni puede, luego de reflexionar, huir de ella irresponsablemente. El buen camino, creo, es el que yo he tomado. Luego de haber profundizado hasta el corazón de la realidad (es decir, Góg's Court, para ser explícito) me he instalado en él. Y, aunque sabedor de la verdadera naturaleza de la realidad que me rodea, y aunque no olvido recordarme continuamente la absoluta imbecilidad de lo que estoy ejecutando, permanezco heroicamente en mi puesto. Me paso la vida en el tobogán; toda ella consiste en un perpetuo y velocísimos descenso a través de la nada.

Toda ella, insisto. Pues no solamente Góg's Court llevo mágicamente las atracciones de feria. He arreglado mi vida de manera tal, que no dejo de deslizarme velocisimamente ni siquiera fuera de las horas de oficina. Mi corazón, diré parafraseando las palabras de la poetisa, es un ave canora cuyo nido está permanentemente en el tobogán. La casa de huéspedes de *Miss* Carruthers, podéis creerlo, es tan buen lugar para ejercitarse en vertiginosos descensos como cualquier otro que pueda hallarse al este de Temple Bar. En ella vivo hace ya cuatro años. Soy una de las columnas sustentadoras del establecimiento, y todas las noches, cuando me siento a cenar entre mis compañeros de hospedaje, me parece hacerlo en un vagón de inusitada amplitud en marcha. Y con velocidad uniformemente acelerada perteneciente a una montaña rusa. ¿Todos listos? Pues el vagón se arroja al vacío.

Séame permitido describir una velada de este tobogán doméstico. La propia *Miss* Carruthers ocupa la cabecera de la mesa: treinta y siete años, rolliza aunque soltera; con una cara que va ensanchándose hacia su parte inferior y de carrillos y barbilla fofa, en una palabra: buldoguesca. La remangada nariz os contempla fijamente con sus agujeros; los ojos, castaños y pequeños, no desmerecen de la metáfora canina. ¡Qué actividad la suya! Nunca anda, sino que corre de un lado a otro de su establecimiento como una posesa; jamás habla, sino que chilla con agudos gritos; corta la carne con furia científica, y ríe como un gigantesco pico carpintero. Pertenece a una distinguida familia, que jamás consintiera en sus días de gloria que una de sus hijas se rebajara a ser lo que *Miss* Carruthers llama, aplicándose el más

humillante de cuántos títulos hay, y riendo al hacerlo para subrayar el contraste pintoresco entre lo que es por su cuna y lo que es por mandato de las circunstancias, «una vulgar patrona de casa de huéspedes». Cree firmemente en su casta, y cuando habla con sus huéspedes más distinguidos deplora la necesidad en que se halla de tolerar la presencia en su casa de personas que no son, que verdaderamente no son… Pone gran cuidado en no mezclar gentes de distintas clases. Sus huéspedes más distinguidos se sientan cerca de ella. Implica esto que en la vecindad de *Miss* Carruthers se encuentran a gusto. Ya hace años que me cabe el honor de sentarme a su izquierda.

Pues aunque menos próspero que *Mrs*. Cloudesley Shovfe, viuda de un agente de bolsa (que ocupa el lugar de máximo honor), al menos yo, en mi juventud, estudié en una Universidad venerable.

Retumba el batintín convocándonos: acudo presuroso y puntual al comedor. *Miss* Carruthers está trinchando la carne con exactitud y gran energía, como un director de orquesta que dirige absorto una obertura de Wagner.

—Buenas noches, *Mr*. Chelifer —dice en muy sonora voz, sin interrumpir su trabajo—. ¿Qué noticias nos trae usted hoy de la City?

Sonrío afable, profesionalmente, restregándome las manos.

—Pues no sé que me haya enterado de nada de particular.

—*Ba's noches, Mrs. Fox, B'noches, Mr. Fox*. —Los dos viejos toman asiento a los pies de la mesa. No son…, la verdad, no son…—. Noches, *Miss* Monad. —*Miss* Monad trabaja como secretaria y se sienta junto a los Fox—. Noches, *Mr*. Quinn. Noches, *Miss* Webber. Noches, *Mrs*. Crotch. —Pero el tono en que responde al gentil saludo de *Mr*. Dutt es mucho menos afable. *Mr*. Dutt es indio. Negro, le llama *Miss* Carruthers. Su «Noches, *Mr*. Dutt», indica que *Miss* Carruthers sabe perfectamente cuál es su lugar y que espera que el hombre de raza inferior se dé cuenta del suyo. Entra la criada con una fuente humeante de verdura. *Crambe repetita*[19]. ¡Perfume inspirador! Rompió a cantar mentalmente.

Estos viejos recuerdos que remuerden,

si son de col, también son profecía

de futuros festines en los cuales

Mrs. Cloudesley Shove

aún recordará al llorado cónyuge

a la luz de la luna, entre los cedros.

Filomena retrae a su memoria

una vez y otra vez la antigua pena,

En el aire, poblado de fantasmas,

se confunden recuerdos y vaticinio:

Rojas eran las rosas

y rojas volverán a ser mañana.

Mas en vano sus quejas en la noche

desgrana Filomena,

porque Cloudesley Shove ya está muerto.

Y *Mrs*. Cloudesley Shove, en persona, como obedeciendo al conjuro de mi salmodia, oscurece la puerta con su viudedad.

—No ha sido demasiado bueno el día —diera *Mrs*. Cloudesley al sentarse.

—Ni pizca —asiente *Miss* Carruthers con entusiasmo. Y luego, sin olvidar la carne, sin disminuir en un ápice de celeridad de su trinchado, dice—: ¡Fluffy! —gritando para dominar el creciente bullicio—. ¡No se ría como una tonta!

Cortésmente, *Mr*. Chelifer medio se levanta de su silla en el momento en que *Miss* Fluffy llega arrastrando la leve cola de su risa y se deja caer en la silla contigua. Siempre bien educado.

—No me reía como una tonta, *Miss* Carruthers —protesta Fluffy. Su sonrisa exhibe por encima de las raíces de sus dientes una línea de encías exangües.

—Cierto —dijo el joven *Mr*. Brinstone, que entra tras ella menos tumultuosamente, y se sienta enfrente, junto a *Mrs*. Cloudesley—. Estaba sencillamente carcajeándose.

Todos ríen estruendosamente, hasta *Miss* Carruthers, aunque no por eso deja de trinchar. *Mr*. Brinstone conserva su gravedad. Su expresión apenas

chispea, detrás de sus lentes de cristales sin aro. En cuanto a *Miss* Fluffy casi se despedaza de risa.

—¡Malísimo! —grita entre carcajada y carcajada así que recobra el suficiente resuello para hablar. Luego coge el pan y amaga con él, como si fuera a arrojarlo a la cara de *Mr*. Brinstone.

Mr. Brinstone alza un dedo.

—Cuidadito, ¿eh? Si no se porta usted como es debido, la mandaremos a un rincón y a la cama sin cenar.

Nuevas risas. Interviene *Miss* Carruthers:

—Vamos, *Mr*. Brinstone, déjela tranquila.

—¿Tranquila? —replica *Mr*. Brinstone en el tono de quien ha sido injuriosamente juzgado—. Me limitaba a hacer uso de la persuasión moral.

¡Inimitable Brinstone! Es el alma del establecímiento de *Miss* Carruthers. Tan inteligente, tan serio, tan despierto como hombre de negocios, y al mismo tiempo tan exquisitamente gracioso y galante. Verle con Fluffy es casi tanto como ir al teatro.

—Bueno está —dice *Miss* Carruthers soltando sus herramientas de trinchar ruidosamente. E inmediatamente, con sonora y enérgica voz presta su atención a sus deberes anfitriónicos—. Esta tarde he estado en casa de Buzzard —dice no exenta de orgullo—. Nosotros, la nobleza campesina, siempre hemos comprado el chocolate en las mejores tiendas. Pero ya no es aquello lo de antes. —Sacude la cabeza—. Los buenos tiempos feudales, ¡ay!, ya pasaron. Ya no es lo mismo desde que lo traspasaron a la «Compañía Panifícadora A. B. C.».

—¿Se han enterado ustedes —dice *Mr*. Brinstone, recobrando su gravedad — que la nueva sucursal de Lyon, en Piccadilly, podrá servir catorce millones de comidas al año? —Y es que *Mr*. Brinstone siempre está enterado de estadísticas interesantes.

—¿De veras? —pregunta *Mrs*. Cloudesley asombrada.

Pero *Mr*. Fox, que lee el mismo periódico de la noche que *Mr*. Brinstone, le roba a *Mr*. Brinstone el premio que su erudición se merece, al añadir antes de que el otro pueda decirlo:

—Sí; y eso es el doble de lo que puede servir cualquier restaurante en América.

—¡Bien por Inglaterra! —exclama *Miss* Carruthers patrióticamente—. Aún no nos han vencido esos yanquis.

—Esos restaurantes de Lyon’s son muy simpáticos —dice *Mrs*. Cloudesley—, y la música que tocan es «bastante» clásica algunas veces.

—Bastante —dice *Mr*. Chelifer saboreando voluptuosamente el placer de dejarse caer desde el borde de la mesa redonda al espacio interestelar.

—¡Y tan bien decorados! —añade *Mrs*. Cloudesley.

Pero *Mrs*. Brinstone está en el secreto, y hace saber que el mármol de las paredes no tiene más de seis milímetros de espesor.

Y continúa la conversación.

—Los alemanes —dice *Miss* Carruthers— están fingiéndose muertos.

Mr. Fox se pronuncia a favor de un gobierno formado por hombres de negocios. A *Mr*. Brinstone le gustarla ver fusilados a unos cuantos huelguistas, para animan a los demás. *Miss* Carruthers está con *Miss* Monad desde detrás del salero dice unas palabras en defensa de las clases trabajadoras, pero sus comentarios son acogidos con el desprecio que merecen. A *Mrs*. Cloudesley, Charlie Chaplin le parece bastante ordinario, pero le gusta Mary Pickford. *Miss* Fluffy opina que el príncipe de Gales debe casarse con una muchacha inglesa sencilla. *Mr*. Brinstone hace algunos comentarios ácidos acerca de *Mrs*. Asquith y *Lady* Diana Manners. *Mrs*. Cloudesley, que posee profundos conocimientos acerca de la familia real, menciona a la princesa Alice. Como contrapunto de esto, *Miss* Webber y *Mr*. Quinn han estado discutiendo los últimos estrenos teatrales, y *Mr*. Chelifer ha estado conversando con *Miss* Fluffy acerca de algo que pronto ocupa a todos los ocupantes de la cabecera de la mesa: la muchacha moderna. *Mrs*. Cloudesley, *Miss* Carruthers y *Mr*. Brinstone están conformes en que la muchacha moderna es educada con demasiada libertad. *Miss* Fluffy, con voz aguda, sostiene el punto de vista contrario. *Mr*. Brinstone hace unos chistes magníficos a costa de la educación mixta, y todos acaban por deplorar en coro los desaforados modernismos de toda índole. *Miss* Carruthers, que sabe mostrarse enérgica y tajante, con los heterodoxos, dice que a los abogados de toda doctrina extravagante le gustaría verlos emplumados; a todos, menos a los pacifistas y a los huelguistas, pues a éstos unos tiros no les vendrían nada mal. La apacible y linfática *Mrs*. Cloudesley, con ferocidad súbita y sorprendente, quisiera ver aplicadas iguales medidas a los irlandeses. (El llorado Cloudesley tuvo relaciones con Belfast). Pero en este momento ocurre

un incidente deplorable. *Mr*. Dutt, el indio, quien jamás debiera desde su humilde esfera ni escuchar la conversación que se desarrolla en las cumbres, se inclina hacia delante y con voz sonora que atraviesa el abismo defiende calurosamente la causa irlandesa. Su elocuencia avanza hacia la cabecera de la mesa entre dos diques de espantado silencio. Durante unos momentos nada se oye sino ardientes párrafos nacionalistas y bien educado escupir de los huesos de las ciruelas en compota. Enfrentados con este fenómeno desconocido nadie sabe que hacer. Pero *Miss* Carruthers, tras los primeros momentos de sorpresa, encuentra el modo de hacer frente a la situación.

—Pero, *Mr*. Dutt —dice interrumpiendo su ardorosa oración acerca de las naciones oprimidas— no se olvide usted de que *Mrs*. Cloudesley es inglesa. Usted no puede esperar comprender sus sentimientos, «¿verdad?».

Todos se sienten inclinados a aplaudir. Sin embargo la respuesta de *Mr*. Dutt, y abandonado su plato tres ciruelas intactas, *Miss* Carruthers se levanta y se dirige, envuelta en un aura de dignidad, hacia la puerta. Ya en el pasillo comenta en alta voz la insolencia de los negros. ¡Y qué ingratitud!

—¡Después de haber hecho yo en su favor una excepción acerca de mi norma con la gente de color!

Todos la consolamos. La conversación prosigue en el salón. El vagón de montaña rusa prosigue su vertiginoso descenso.

Un hogar lejos de su hogar. Así describía *Miss* Carruthers su establecimiento en el prospecto. Fue esta lejanía la que al principio me atrajo. La vasta distancia que separaba aquello de lo que hasta entonces yo había llamado «mi casa»; eso fue lo que me llevó a instalarme en la de *Miss* Carruthers. Pues la casa en que nací dijérase estar tan lejana de la de *Miss* Carruthers como cualquiera otra que pudiera hallarse fácilmente.

Recuerdo, recuerdo… Esta de recordar es una ocupación sin sentido e inane, pero que encierra, sin embargo, no pocas dificultades. Recuerdo. Nuestra casa de Oxford era alta, oscura y picuda. Las ventanas de la fachada daban a Bambury Road. Los días lluviosos, cuando yo era niño, solía pasarme la mañana entera contemplando la calle. Cada veinte minutos pasaba un tranvía arrastrado por dos caballos viejos, que trotaban medio dormidos, y se alejaba con un curioso balanceo, más lentamente de lo que un hombre pudiera andar. El jardincillo de detrás de la casa me pareció en otros tiempos inmenso y romántico; el caballo mecedora del cuarto de jugar, una bestia elefantina. La casa se vendió, y me alegro. Son peligrosos estos lugares habitados por

nuestros recuerdos. Ocurre que gracias a un extraño proceso de metempsicosis el ama de los sucesos muertos se traslada a una casa, a una flor, a un paisaje, a un grupo de árboles visto desde el tren, recortado contra el cielo, una instantánea, una navaja rota, un libro, un perfume. En estos lugares rebosantes de recuerdos, entre tales objetos conturbados por la presencia de días idos y trocados en duendes tenebrosos, siéntese uno tentado a pensar con amor excesivo en los tiempos pasados, a vivirlos de nuevo y de manera más compleja, más consciente, más bella y armoniosa, casi como si se tratase de una vida futura columbrada por nuestra fantasía. Rodeado de esos espectros, resulta fácil llegar a descuidar el presente, en el que vivimos corporalmente. Celebro que se vendiese la casa. Era peligrosa. ¡*Evviva*[20] *Miss* Carruthers!

No obstante, según me decía aquella mañana sobre el agua, mis pensamientos volaron desde el Hogar Distante al pretérito. Recordé la última visita que hice a mi antigua casa, uno o dos meses antes. Poco después mi madre decidió mudarse ella misma. Según subía los escalones que llevaban a la puerta ojival experimenté sensaciones parecidas a las de un arqueólogo ante el umbral de una tumba milenaria. Tiré de la argolla de hierro repujado que hacía sonar la campanilla; rechinaron las articulaciones, retemblaron los cables y, en la lejanía, como por accidente, como un pensamiento de última hora, tintineó la campanilla cascada. Pasados unos instantes se abriría la puerta, entraría yo, y allí, en la aún intacta cámara funeraria, vería la real momia, la mía propia.

Jamás cambiaba nada dentro de aquellos muros góticos. Los muebles se hacían más viejos de manera imperceptible; el papel de las paredes y el tapizado de las butacas recordaban con sus apagados tonos rojizos y sus pálidos colores verdes el refinamiento de otra época. Y mi misma madre, pálida y de cabellos grises, vestida con uno de sus trajes gris perla de imprecisa fecha con que siempre la había conocido, tampoco cambiaba. Era su sonrisa la misma de siempre, velada y amable, y tampoco advertí mudanza en su voz, que como una música trabajada y culta, avanzaba suavemente de nota en nota. No hallé su pelo mucho más gris, pues conoció las canas aún joven y yo vine tarde a este mundo, no vi su semblante más profundamente surcado de arrugas. Andaba erguida, parecía tan activa como de costumbre, y no estaba ni más gruesa ni más delgada.

Continuaba rodeada de numerosos canes recogidos de la calle, que con muy profusas muestras, ¡pobres animales!, le daban a conocer su olorosa gratitud. Allí vi los mismos apolillados gatos de siempre, bailados famélicos

en alguna esquina y que conocían en lo sucesivo la molicie, aunque sometidos a una severa dieta vegetariana, en las mejores habitaciones de la casa. Seguían acudiendo a la casa buen número de niños pobres, a comer bollos y a jugar en el jardín a juegos tan tradicionales que con frecuencia nadie sino mi madre tenía noticias de ellos. En invierno, los chiquillos recibían guantes y calcetines de lana, y los juegos tradicionales se desarrollaban dentro de la casa. En la salita, vi sobre la mesa de escribir, como siempre, rimeros de tarjetas solicitando limosnas para tal o cual admirable obra de caridad. Mi madre continuaba escribiendo, con su bella caligrafía, los sobres que habrían de contener las tarjetas, cada uno de ellos una pequeña obra de arte, como una página de un misal venerable, y cada uno de ellos destinado, sin posible indulto, a morir en el cesto de los papeles.

Todo seguía lo mismo que siempre. Pero, no; no todo continuaba exactamente igual, pues aunque el curso de verano estaba en su apogeo y era fulgente la tarde, halló el jardinillo trasero desierto y ayunó de melodía. ¿En dónde estaban los bailarines de danzas populares? ¿Qué se hizo de las helenas armonías *mixolidianas*? Casi hubiera podido llorar, recordando aquellas danzas, aquellas lejanas tardes de antaño.

Mi madre acostumbraba sentarse en un rincón de la alfombra de césped, ante su pequeño armonio, y yo junto a ella, para ir volviendo las páginas de la música. Los bailarines se agrupaban en el ángulo de enfrente. Miraba mi madre por encima de su instrumento, y preguntaba melodiosamente:

—¿Qué bailamos ahora, *Mr*. Toft? ¿*Trenchmore?*, ¿*Omnium Gatherum?*, ¿*John come kiss me now?*, ¿o qué le parece *Up tails all* o *Rub her down with straw*? o ¿*An old man a bed full of bones*? ¡Qué *embarras de richesse*[21]!, ¿verdad?

Mr. Toft se apartaba de los danzantes y venía hacia nosotros enjugándose el rostro de sudor, pues se acababa de bailar muy enérgica y furiosamente *Hoitecum-Toite*. Tenía una cara gris, de facciones vagas e indefinidas, en medio de la cual brillaba una sonrisa bondadosa. Cuando hablaba lo hacia con muy rico timbre de voz.

—¿Qué le parece, *Mrs*. Chelifer, que probemos Fading? —decía—. «Fading, magnífico baile», ¿se acuerda de las palabras inmortales de la Esposa del Ciudadano, en *El caballero del ardiente Almirez*? —celebraba con un conato de risa el propio donaire.

Pues para *Mr*. Toft toda alusión literaria era un chiste, y cuanto más oscura e incomprensible la referencia, más exquisita su gracia. Muy raras veces encontraba el pobre quien compartiera con él el paladeo de sus donosuras eruditas. Mi madre era una de las pocas personas que tenía la costumbre de sonreír siempre que *Mr*. Toft reía. Sonreía incluso cuando fracasaba en descubrir la fuente de que manó la alusión. Algunas veces, incluso reía. Pero mi madre no tenía fácil la risa; era por naturaleza mujer de graves y dulces sonrisas.

Bailaban *Fading*. Oprimía mi madre las teclas y Ja tonada, alegre, melancólica, griega, salía roncando del armonio, como un himno religioso de extraña ligereza. Uno, dos, tres…, medía la rica voz de *Mr*. Toft. Y los cinco bailarines —un *don*[22], dos estudiantes y dos muchachas de la ciudad de Oxford— golpeaban el suelo al unísono con sus pies, brincaban y triscaban, hasta que los cascabeles sujetos con ligas de goma por encima de los varoniles pantalones de franela —no es preciso decir que las damas, por algún motivo, no debían usar cascabeles— tintineaban furiosamente, como la collera de un caballo de coche de alquiler desbocado. Uno, dos tres… La Esposa del Ciudadano (¡ja, ja!) tenía razón. *Fading* es una danza espléndida. Todo el mundo la baila[23]. El pobre *Mr*. Toft había desaparecido de Oxford, había hecho mutis de la vida con un paso de baile, como Lycidas (¡je, je!), antes de alcanzar su apogeo. La gripe le hizo desaparecer. Y de los estudiantes que habían bailado allí con *Mr*. Toft, ¿cuántos habían desaparecido al ensayar el cruce de la cortina alemana de artillería? Flint, aquel muchacho que solía dirigirse a su director de estudios diciendo: «*Mr*. Toft…, digo Clárente (pues *Mr*. Toft era uno de esos *dons* sencillos y cordiales que insisten en que los estudiantes a su cargo los llamen por su nombre de pila), Flint sé que murió. Y Ramsden; también creo que a Ramsden le mataron».

¿Y las muchachas? ¿Qué ocurrió, por ejemplo, con las mejillas de *Miss* Dewball? ¿Qué hizo el fluir del tiempo con aquellos pétalos de rosa? En cuanto a *Miss* Higlett, naturalmente, no podía acentuarse aun más su marchitamiento, ni aumentar su disección. Ya era entonces una campanilla silvestre recubierta de arena. ¡Inmarcesible Higlett! ¡Lozanísima Dewball!

Y yo…, yo también me había marchitado. Aquel Francis Chelifer que solía permanecer en pie junto al armonio de inesperada jocunda, volviendo las hojas de la música, muerto es, de tan absoluta manera como *Mr*. Toft. Allí, en la tumba gótica, reposa su momia. Mis visitas de final de semana a aquella casa eran otras tantas experiencias arqueológicas.

—¿Es que, muerto *Mr*. Toft —le pregunté aquella tarde a su madre, según paseábamos por él jardinillo trasero—, no queda aquí ya nadie interesado en las danzas tradicionales?

¿Habría ya pasado para siempre, me pregunté a mí mismo, los días de lo tradicional? Mi madre sacudió la cabeza lentamente:

—Pasó la afición —respondió tristemente—. Esta generación de estudiantes no siente interés por esas cosas. Realmente, no «sé qué» es lo que les interesa.

¡Ah!, reflexioné. ¿«Qué» les interesa? En mis tiempos fueron las reformas sociales y el socialismo evolucionario; los largos y entusiastas paseos por el campo, a siete kilómetros por hora, con el colofón de copiosas libaciones de cerveza fuerte, cantos rabelesianos y conversaciones con rústicos patanes en pequeñas posadas rurales increíblemente pintorescas; las excursiones literarias a la región de los lagos escoceses y la peligrosa ascensión de las montañas del Jura; el cantar en un orfeón las piezas de Bach; y hasta las populares danzas bajo la dirección de Sr. Toft, aunque a esto último yo jamás pude llegar. No obstante, el *Fading* es un baile admirable, y todas esas ocupaciones se me antojan hoy algo extrañas. Sin embargo, me encontré envidiando a aquella persona que antaño vivió dentro de mí y que participó en semejantes actividades.

—¡Pobre Toft! —reflexioné—. ¿Te acuerdas de su costumbre de referirse a los grandes hombres usando apodos cariñosos inventados por él? Digo yo que lo haría para demostrar su intimidad con ellos. Siempre aludía a Shakespeare llamándolo Shake-bake, a su vez abreviación de Shake-Bacon[24]. Y Oven, así *tout court*[25], en Beethoven.

—Y Bach, J. S. B. —continuó mi madre, con una sonrisa elegiaca.

—Sí. Y Efe Eme era Felipe Manuel Bach. Y *Madame* Dudevant en lugar de George Sand, a quien también llamaba *La niñera de la reina*, porque Dickens, la única vez que la vio, la encontró muy parecida al ama de la rema.

Recordé las encantadas y prolongadas risas que solían provocar está alusión.

—Tú nunca bailaste, hijo —me dijo mi madre sacudiendo la cabeza, añorando con una sonrisa los tiempos pasados.

—Pero al menos fui fabiano. Y paseé por el campo con energía. Y bebí cerveza en «El León Rojo».

—Hubiera preferido que no bebieras cerveza.

Siempre lamentó que yo no abrazara la disciplina de los abstemios. Además, siempre tuve parcialidad por el solomillo.

—Para mí la cerveza era un sucedáneo de las danzas populares, si comprendes lo que quiero decir —le expliqué.

Pero creo que no lo comprendió. Dimos dos o tres vueltas al jardín en silencio.

—¿Qué tal va tu periódico? —preguntó, por fin.

Le hablé con gran entusiasmo fingido acerca del cruce entre Angoras e Himalayas que acabábamos de anunciar.

—Pienso a menudo —dijo— que preferiría que hubieras aceptado la oferta de la Universidad. Me hubiera gustado tenerte aquí, ocupando él puesto de tu padre.

Me miró tristemente. Yo la sonreí, como a través de un abismo. «El niño crece —pensé—, y olvida que es carne de la carne de sus padres; pero ellos no lo olvidan». Me hubiera gustado, por ella, tener cinco años nada más.

IV

A los cinco años, entre otras cosas, acostumbraba yo escribir poemas con los que mi madre gozaba profunda y cordialmente. Compuse uno acerca de la alondra, que aún conserva ella junto con mechones descoloridos de pelos míos, fotografías borrosas, dibujos precoces de trenes y todas las demás reliquias de aquel período:

¡Oh, alondra, cómo vuelas

y al cielo te levantas!

¡Qué fuerte es tu gorjeo

y él batir de tus alas!

Hace un tiempo muy bueno,

la luz del sol es clara,

y Papá dice: «Escucha

la alondra, como canta».

Creo yo que mi madre prefiere ese poema a todo lo demás que he escrito. Y es posible que si mi padre viviese, compartiría su opinión. Mi padre era un ardiente partidario de Wordsworth. Se sabía de memoria casi todo el *Preludio*. Algunas veces, rompiendo el profundo silencio sobrehumano en que solía envolverse, citaba un par de líneas. El efecto era siempre portentoso; daba la sensación de haber hablado un oráculo.

Recuerdo con particular claridad cierta ocasión en la que Wordsworth hizo a mi padre romper su silencio. Fue un día de Pascua, cuando contaba yo doce años. Habíamos ido al norte de Gales para las vacaciones. A mi padre le gustaba pasear por las montañas, y en algunas ocasiones llegaba a trepar por rocas que no ofrecieran demasiadas dificultades. Cayó la Pascua temprano aquel año, y la estación, más atrasada de lo habitual, se mostraba inclemente. Aún había nieve en todas las montañas. El domingo de Pascua, mi padre, que consideraba un paseo por los montes como algo sagrado, me propuso que subiéramos al Snowdon. Salimos temprano. Hacía frío. Celajes blanquecinos ocultaban el panorama distante. Fuimos subiendo en silencio por las nevadas laderas. Como el paje del rey Wenceslao[26], fue yo siguiendo los pasos de mi padre, pisando en los agujeros dejados por sus grandes pies. De trecho en

trecho, se detenía y miraba hacia atrás, para ver qué tal iba yo. Le colgaban de la barba castaña heladas gotas de rocío. Según subí yo trabajosamente, ajustando los pasos de mis pequeños pies a las hondas huellas dejadas por los suyos, me sonrió gravemente. Era un hombre inmenso, alto y ancho de espaldas, con una cara que bien pudo ser, con su rizada barba, la de uno de aquellos estadistas o filósofos maduros que en forma de bustos nos han legado los escultores griegos. Cuando estaba a su lado, me encontraba singularmente diminuto e insignificante. Me aguardaba, y cuando yo llegaba junto a él, me daba una cariñosa palmada en el hombro con su gran manaza, y encarándose entonces con las alturas reanudaba la ascensión. No cambiábamos ni una palabra.

Según iba subiendo el sol desaparecían las nubes.

Vimos el cielo a través de los rasgados celajes. Grandes haces de luz amarilla reptaban cautelosos por las laderas nevadas. Cuando alcanzamos la cima, el cielo estaba ya completamente despejado; el panorama se abría en toda su amplitud a nuestros pies. Brillaba el sol con fuerza, pero sin ardor; el firmamento presentaba un aspecto descolorido, remoto y helado. Todas las laderas orientadas al norte de las refulgentes montañas aparecían cubiertas de sombras transparentes, azules y violáceas. Se veía a lo lejos, hacia poniente, la costa, dentada e irregular, y el mar, fingiendo en la distancia inmóvil calma, de gris tonalidad, ascendía hacia el horizonte. Allí permanecimos largo rato, en silencio, contemplando el asombroso paisaje. Recuerdo que, de cuando en cuando, yo alzaba mis ojos conturbados hacia mi padre. ¿En qué estaría pensando? Permanecía ingente y formidable, apoyado en su bastón montañero, volviendo lenta y pensativamente sus brillantísimos ojos castaños de uno a otro lado. Nada decía. No osaba yo romper el silencio. Pasado un buen rato, irguió su corpachón, alzó el bastón, hundió con gesto enfático la acerada contera en la nieve, y expresó sus sentimientos con un terno, rotundo y plebeyo, pronunciado con aquella su voz profunda y cavernosa. Nada más añadió. Nos dirigimos en silencio por el camino traído hacia el «Hotel Pen-y-pass».

Mas mi padre no había acabado de hablar, como yo supuse. Como a mitad de camino, me sorprendió, y hasta en cierta medida me alarmó, oírle comenzar a hablar inesperadamente.

—Pues he aprendido —dijo hablando más bien para sí que dirigiéndose a mí— a mirar a la Naturaleza, no a la manera de la juventud alocada, sino escuchando a menudo en ella la apagada música de lo humano, música ni

agria ni dura, pero sí de fuerza bastante para subyugar y humillar convenientemente. Y he advertido una presencia que me conturba con el gozo de muy elevados pensamientos; un sentido sublime de algo mucho más hondamente entremezclado, cuyo obstáculo es la luz de soles en ocaso, y el océano rotundo, el aire vivificante, el azul del cielo y las mentes de los hombres.

Le escuché aterrado. Aquellas extrañas frases (cuyo origen desconocía yo en absoluto por entonces) resonaron misteriosamente dentro de mí. Me pareció oracular, me pareció una revelación divina. Mi padre cesó de hablar tan bruscamente como comenzara a hacerlo. Allí quedaron las palabras, colgadas, aisladas, en medio de su portentoso silencio. Continuamos bajando. No volvió a hablar mi padre hasta que llegados a la puerta de la posada, olfateó el aire helado y dijo con profunda satisfacción.

—¡Cebollas!

Volvió nuevamente a aspirar el aire oloroso y añadió.

—¡Fritas!

«Un sentido sublime de algo mucho más hondamente entremezclado». Desde aquel día, esas palabras, pronunciadas por la cavernosa voz paterna, me estuvieron resonando sin cesar dentro del cráneo. Tardé mucho tiempo en descubrir que carecen de significado en igual proporción que otros tantos hipos flatulentos. Tal es la nefasta influencia de las enseñanzas tempranas.

Mi padre, que nunca logró desembarazarse de los prejuicios que le fueron imbuidos durante su niñez, continuó creyendo en sus fórmulas *wordsworthianas*[27], hasta el final de sus días. Sí; mucho me temo que él también hubiera preferido mis precoces versos a la alondra sobre todas mis más maduras elucubraciones. Y, sin embargo, ¡con qué competencia he llegado a escribir! He de hacerme justicia insistiendo en ello. Y no es que ello importe en absoluto, naturalmente. *La Alondra* pudiera haber sido mi obra maestra. Y la cosa no tendría importancia. No obstante, insisto, insisto…

V

«Todo un pequeño poeta». ¡Cuán profundamente hirió al pobre Keats este comentario! Quizá porque, en secreto, lo tenía por justo. Pues Keats, al fin y al cabo, fue una extraña quimera: un pequeño artista y un gran hombre. El abismo que separa al escritor de las *Odas* del escritor de las *Cartas* es el mismo que separa a un jugador de dominó de un héroe.

Personalmente, no pretendo alcanzar la heroicidad literaria. Me contento con ser un jugador competente, de segunda categoría, de dominó. Pero mucho más competente, insisto en ello (aunque, claro es, la cosa no tiene importancia) que cuando escribía acerca de la alondra. «Todo un pequeño poeta». ¡Ay!, eso, eso es lo que soy siempre y de manera recalcitrante.

Séame permitido ofrecer una muestra de mi competencia madura. La elijo al azar, como dicen los críticos en la Prensa, entre mi serie de poemas dedicados a los primeros seis Césares, preparada durante tantos años y que jamás será acabada. Mi padre, quisiera creer, hallaría de su gusto el título. Ése, al menos, es completamente *wordsworthiano*; se conforma exactamente con la agregia tradición que inspira. “Un alfiletero en forma de Arpa”: «Calígula cruzando el puente de barcas entre Baial y Puteoli», por Pedro Rubens (n. 1557, m. 1600). El poema en sí, no obstante, mal pudiera decirse que recuerde el distrito lacustre de Escocia.

Proa tras proa, tos flotantes barcos
en el abismo azul abren camino.
Arrogante, en cabeza del cortejo,
cabalga al César su caballo pío.
Van borrachos. La sangre arde en sus venas.
Son como ojos los líquidos reflejos.
En la escarpada orilla corren sombras
y se llena el vacío firmamento
con dioses y virtudes que, danzando,
a los vientos del mar lanzan sus gritos

y hacen que el templo consagrado a Vesta
gire cual refulgente tiovivo.
Con áureas alas en lugar de espuelas
y en la mano el trenzado caduceo,
el joven César, como un dios, contempla
y anima a sus joviales marineros.
Con vivas, los bañistas, desde el puente
son echados al agua a viva fuerza,
y hay risas al golpear a los que surgen
hasta hacer que se hundan y que mueran.
Cual centella consciente, la Belleza
desciende en espiral del firmamento:
de Jove cruza el torso costilludo,
toca el muslo de Juno, blanco y terso:
roza el flanco de Marte, y en las nalgas
de una virtud sigue mareante curso:
lame él contorno de una nube, y, rápida,
baja al cesáreo levantado puño.
Un burgués desde el puente se zambulle
y la Belleza, rápida, se escapa
a través de las piernas en huida
hacia el azul del mar, entre las barcas.

Leo esto, y me congratulo Juzgándolo casi a la altura de cualquier jugador internacional de dominó. Un paso más, y me encontraré jugando un match de importancia con *Monsieur* Cocteau y *Miss* Amy Bowell. ¡Inmenso honor! Su proximidad en potencia me hace encogerme.

Pero, ¡ah!, ¡esos Césares! Hace años que me persiguen. ¡Qué planes he trazado para encerrar medio universo en dos o tres poemas acerca de tales monstruos! Para empezar, todos los pecados, y su complemento, todas las

virtudes. Arte, Ciencia, Historia, Religión, todo tendría cabida en ellos. Y Dios sabe qué más. Pero nunca resultó gran cosa de estos Césares. Pronto descubrí que la idea era demasiado vasta y ambiciosa para llevarla a cabo. Comencé (lo profundo llama a lo profundo) con Nerón. «Nerón y Sporus paseando en los jardines de la Casa Dorada».

Temblor oscuro de aire perfumado

toca tu rostro y riza tus cabellos.

Aún más suaves, mis manos acarician

Sporus, tu belleza toda entera.

Va la luna redonda entre celajes,

hay gusanos de luz entre las viñas

que brillan y se apagan como estrellas de un cielo delirante.

Corren las fuentes, cantan los ruiseñores…

mas fluye el tiempo y él amor ya es nada.

Rojas ascuas cristianas aún chispean,

última luz de llamas crepitantes.

También tú, y yo también, oh dulce Sporus,

tenemos que morir, morir habernos…

El soliloquio que a esto seguía estaba compuesto en tono más filosófico. Daba yo allí todas las razones para la existencia del dominó, razones en las que aún creía cuando compuse los versos, y en las que casi sigo creyendo. Vivir para aprender. Vedlo aquí:

Los cristianos, a cuya luz borrosa

vaga, muy vagamente, yo adivino

tus ojos y tu pálida belleza

veo en la noche como flor humilde.

Incoloros de noche, ellos adoran

a un Dios que halló la muerte, para que ello

sufrieran menos; que sufrió la pena

de todo el tiempo en sólo un breve día,

los dolores de todos en un solo
cuerpo llagado y corazón opreso.
Pálido mármol, liso, como el agua,
me edifica áurea Casa; y allí dentro
dioses de mármol en su fuerza duermen
entre las rubias vírgenes de Paros.
Rosas y adelfas, uvas y duraznos,
todo lo bello pruebo, veo y toco.
Se hundió la nave, mas nadó mi madre.
Yo me casé y al tiempo fui casado.
Claudio murió de la imperial ponzoña.
Séneca fue sangrando lentamente.
La bestia fiera junto con su victima,
el violador y la espantada novia.
Rey del mundo y esclavo de un esclavo.
Temblando de terror, deificado.
Artista, dulce Sporus, un artista
es lo que soy y lo que he de ser por fuerza,
¿Es lidia musical? A ti te he amado,
fuiste tú quien oyó mi sinfonía
de voces tristes, de metal que hiere,
finos sones de flautos que suspenden
el dolor sobre un piélago de espantos,
y alegrías sin calma, que laceran y
en agonía acaban. ¿Es que pudo
ser mi canto de Furias el veneno
que se esconde en los tallos de cicuta?
¿Es que pude al acero ensangrentado

su brillo virginal darle de nuevo?
Toma un amor de niño: en él es todo
reverencia, ternura confiada,
cual finísima tela de Oriente,
si lo profanas con violencia torpe
oirás quebrarse la mudez en gritos,
ásperos sones, voces de vergüenza,
remordimiento del pecado infame.
Los dioses mueren, el artista vive.
Él vive y ama por nosotros todos
y sus desnudos mármoles se alzan
puros como columnas hasta el délo.
Sus labios y las formas de sus cuerpos
no nos humillan ni causarnos pueden
temblores de vergüenza al contemplarlos.
De la agonía que el artista sufre
los hombres nada ven: sólo conocen
las obras bellas del dolor nacidas.
Mueren los dioses. Mas Nerón, viviente,
vuelve tu muda comenzón en canto;
él da al ciego destino ojos de amante.
Cuando canta Nerón, los dioses viven.

¡Románticos y nobles sentimientos! Creo, he de decir, que ellos me ensalzan.

Y ved aquí los fragmentos de Tiberio. Tiberio, quizá deba añadir, el representante del amor en mi esquema simbólico: Veamos uno: «En los jardines de Capri». (Observo que todas mis escenas están situadas en jardines y a la luz de la luna, por la noche. Quizás el hecho es significativo. ¿Quién sabe?).

Hora tras hora, las estrellas giran;
vuelve la luna él rostro hacia el ocaso;
ciegos ahora, estos jardines guardan
el recuerdo de pétalos purpúreos
que brillaban cual luces charoladas,
y en su memoria este rosado aroma.
Avanzan los luceros lentamente,
y año tras año, misteriosas flores
de igual color vuelven a abrir sus cálices,
Indiferente al curso de los astros,
respiro el inmortal nuevo perfume
y me reclino en el revuelto lecho
donde duermen, borrachas, dos mujeres,
Sus blandos cuerpos arden todavía.
Su aliento hiede a vino…

Digno de alabanza, diría yo, este fijar la atención en lo significativo, en la realidad humana centrada en el paisaje sin sentido. Cuando escribí este trozo estaba aprendiendo el difícil arte de concentrarme exclusivamente en lo importante. Fueron lecciones dolorosas. La Guerra me preparó para recibirlas; el Amor fue mi maestro.

Se llamaba Bárbara Waters. La vi por primera vez cuando tenía yo unos catorce años. Ella era uno o dos meses mayor que yo. Fue durante una de esas enormes meriendas en el río que de vez en cuando organizaban durante las vacaciones de verano ciertas esposas de los *dons* dotadas de ardor y energía singulares. Salíamos a eso de las siete, en media docena de barcas, desde las casas flotantes más al norte de Oxford, y avanzábamos contra la corriente durante una hora, poco más o menos, hasta que cerraba la noche por completo. Desembarcábamos entonces en algún prado solitario, tendíamos manteles, sacábamos viandas, y comíamos entre bromas y risas. Y eran tantos los diminutos y voraces mosquitos, que hasta a los colegiales se les permitía fumar para ahuyentarlos; hasta a los colegiales. ¡Con qué sabiduría y deleite fumábamos los muchachos, echando el humo por la nariz, abriendo la boca al

estilo de las ranas para formar elegantes aros de humo! Las muchachas, por el contrario, siempre lograban deshacer sus cigarrillos, la boca se les llenaba de amargas briznas de tabaco que se sacaban entre grandes aspavientos y muecas de asco. Siempre terminaban por arrojar lejos de sí con grandes risas los cigarrillos a medio fumar, lo que provocaba en nosotros risas orgullosas y protectoras. Al fin, volvíamos a las barcas y regresábamos cantando a casa. Nuestras voces, botando sobre las aguas, adquirían una dulzura sobrenatural. Sobre nosotros brillaba una luna amarilla, tamaña como una calabaza; en las crestas y surcos de las diminutas olas dejadas en pos por las barcas, fulgían fugaces destellos en medio de sombras de casi absoluta negrura. Las hojas de los sauces brillaban como si fueran de metal. Una levísima neblina blancuzca reposaba sobre los prados. Los *Crex pratensis*[28] pasaban incesantemente un pulgar por encima de las púas de un peine. Ascendía desde el río un ligero olorcillo a algas, a través del cual soplaba de vez en cuando en pungentes oleadas el aroma del tabaco; algunas veces, el olor dulzón y animal de las vacas se insinuaba en el ambiente acuoso, y mirando por entre los juncos descubríamos un grupo de estas bestias grandes y plácidas, echadas sobre el césped, con las cabezas y los lomos sobresaliendo como cumbres montañosas por encima de la niebla, aún asiduamente trabajando, aunque el día de duro laboreo ya cesó horas antes, rumiando y rumiando un verdísimo desayuno que se fundió en almuerzo, una merienda que se trocó en prolongada cena vegetariana. Masticantes, chupetosas, movían incansables las quijadas. Su rumor nos llegaba apagado a través del silencio. De repente, una voz suave y atiplada empezaba a cantar. *Bríndame tan sólo con tus ojos* o *Greensleeves*.

Algunas veces, por divertirnos únicamente, pues era innecesario, y si el tiempo era templado, resultaba francamente desagradable, encendíamos fuego, para poder disfrutar acompañando el pollo frío o la langosta con mayonesa; de patatas asadas, sin pelar, entre las rojas ascuas —por lo general o medio crudas o quemadas—. A la luz de una de estas fogatas vi a Bárbara por primera vez. La barca en que yo me fui salió algo después que las demás, pues tuvimos que esperar a un rezagado. Cuando llegamos al lugar convenido para cenar, los demás habían desembarcado y hecho los preparativos para la comida. Los más jóvenes habían reunido leña para una hoguera y estaban encendiéndola en el momento en que nosotros nos acercamos. Un grupo de figuras, pálidas e incoloras a la luz de la luna estaban de pie o sentadas alrededor del mantel blanco. Más allá, en la negra sombra de un olmo inmenso, se movían otras siluetas carentes de facciones. De pronto, una llamita brotó de una cerilla, y al ampararla dos manos que la rodearon, se

convirtieron en manos de coral transparente. Las siluetas comenzaron a tener una especie de vida fragmentaria. Las manos portadoras del fuego se movieron alrededor de la pira, y nacieron dos o tres, llamitas más. Luego, entre entusiastas vítores, la hoguera prendió. En el corazón de la negra sombra del olmo, un nuevo universo, más vívido que el mundo fantasmal que iluminado por la luna se percibía más allá, fue creado de súbito. A la luz de las alegres llamas vi media docena de caras conocidas, pertenecientes a muchachos y muchachas. Pero apenas reparé en ellas; únicamente advertí un único rostro, una cara que me era desconocida. La llama saltarina me la mostró con luz apocalíptica. Roja, luminosa, y con aspecto de poseer vida sobrenatural en aquella luz mudadiza de la hoguera, se destacaba con increíble precisión y nitidez del fondo oscuro, que la luz del fuego hizo aun más negro. Era la cara de una muchacha. Tenía el pelo oscuro, con reflejos rojos y dorados. La nariz era ligeramente aquilina. Las aberturas de los ojos eran estrechas, largas y rasgadas, y las oscuras pupilas miraban por estas hendiduras como si fuesen agujeros hechos para espiar, brillando entre los párpados adornados de pestañas, con una felicidad íntima e imposible de definir.

La boca parecía compartir el inefable secreto. No era carnosa, y tenía muy delicada conformación. Los labios, aunque cerrados, se curvaban en una sonrisa que dijérase expresar una delicia más punzante que cualquiera risa, y que ninguna ruidosa carcajada pudiera manifestar. Las esquinas de la boca, tensadas hacia arriba, hacían que la línea de unión de ambos lados quedase paralela a la de los ojos. Y esta sonrisa oblicua de la boca cerrada parecía como suspendida de dos levísimas arrugas que se veían en las tersas mejillas junto a ambos extremos de la boca. Era la cara más bien ancha de pómulo a pómulo, afinándose luego suavemente hasta llegar a la barbilla, menuda y firme. Tenía el cuello redondo y flexible; y los brazos, que el vestido de muselina dejaba desnudos, muy delgados.

Nuestra barca avanzaba lentamente contra la comente. Contemplaba yo fijamente aquella cara que me mostraba la luz inquieta de la hoguera. Me dije que jamás vi nada de semejante belleza ni de comparable maravilla. ¿Qué secreto gozo caldeaba aquella alegría indecible? ¿Qué felicidad indescriptible alentaba detrás de aquellos ojos sombreados de oscuras pestañas, de aquella sonrisa callada, enfática y cerrada de labios? La miré sin respirar. Sentí que acudían las lágrimas a mis ojos: tan bella era. Y sentí espanto, sentí algo parecido al miedo, como si me encontrara en presencia de algo superior a un simple ser mortal, en presencia de la propia Vida. Saltaban las llamas. Los

encendidos reflejos jugaban con la cara sonriente e indescifrable, como si la sangre, escapada a todo gobierno, fluyese en oleadas dementes debajo de la piel. Los demás gritaban, reían, agitaban los brazos. Ella permanecía inmóvil, con los labios cerrados, entornados los ojos, sonriendo. Si; era la vida misma que se me revelaba allí de pie. La barca chocó con la orilla.

Alguien gritó:

—¡Sujétala, sujétala, Francis!

Hice a disgusto lo que se me pedía; sentí como si el mandato hubiera dado muerte dentro de mí a algo inestimable.

En los años que siguieron, la vi una o dos veces. Supe que era huérfana, y que tenía parientes en Oxford, con los que algunas veces venía a pasar una temporada. Siempre que procuré hablar con ella, me encontré tartamudeando o diciendo algo trivial o necio. Ella, mirándome serenamente por entre los párpados, me respondía. No recuerdo tan bien sus palabras como el timbre de su voz: fresco, tranquilo, seguro, como correspondía a la Vida.

—¿Juegas al tenis? —le preguntaba yo, desesperado, y casi hubiera podido llorar mi propia estupidez y falta de valor.

¿Por qué eres tan maravillosa? ¿Qué pensamientos se ocultan detrás de esos ojos indescifrables? ¿Por qué te sientes tan inexplicablemente feliz? Ésas eran las preguntas que quería hacer.

—Sí, me encanta el tenis —respondía gravemente.

Una vez, me acuerdo, logré progresar lo bastante a lo largo del camino de una conversación coherente e inteligente para preguntarles cuáles eran sus libros preferidos. Me miraba fijamente mientras yo hablaba. Fui yo el que enrojecí y volví la cara. Tenía sobre mí una ventaja injusta: la de mirarme por entre los párpados, emboscados los ojos allí Yo estaba al descubierto, sin protección de ninguna clase.

—No leo mucho —respondió cuando yo callé—. La verdad es que no soy muy aficionada a la lectura.

Mi ensayo de acercarme, de establecer contacto, falló. Al mismo tiempo, me dije que debí suponer que no le gustaría leer. Después de todo, ¿qué necesidad tenía ella de leer? Cuando es uno la vida misma, de nada le sirven los fútiles libros. Años más tarde me confesó que había hecho una excepción

con las novelas de Gene Straffon-Porter. Cuando tenía yo dieciséis años, se fue a vivir a África del Sur con otros parientes.

Pasó el tiempo. Pensaba yo en ella continuamente. Cuánto leía acerca del amor en los poetas lo imaginaba significativamente agrupado en torno al recuerdo de aquella cara maravillosa y de sonrisa indescifrable. Cuando se vanagloriaban mis amigos de sus pequeñas aventuras, yo sonreía sin envidia, pues no sólo teóricamente, sino por experiencia, sabía que tales cosas no eran Amor. Una vez, durante mi primer año en la Universidad, yo mismo, al final de una velada de excesivas libaciones en un *cabaret*, perdí la pureza en que hasta entonces había vivido. Luego se apoderó de mí una vergüenza atormentadora. Me pareció haberme hecho indigno del amor. De resultas de esto —hoy el eslabón entre causa y efecto me resulta difícil de descubrir, pero sé que entonces mi conducta me pareció de lógica impecable—, de resultas de esto me dediqué a estudiar con exagerado ahínco, gané dos galardones universitarios, me convertí en ardoroso revolucionario y dediqué muchas horas de descanso a «servicios sociales» en la Misión de mi colegio. No era yo buen trabajador social, y no logró congeniar con los fieros adolescentes de los barrios bajos. Todo el tiempo que pasé en la Misión no me produjo más que desagrado profundo. Más eso fue precisamente el motivo que me empujó a perseverar en mi propósito. Hasta me dejé convencer una o dos veces y tomé parte en las danzas populares organizadas por mi madre. Estaba purificándome, haciéndome merecedor de… ¿qué? Apenas lo sé. La posibilidad de casarse era remotísima, y realmente no lo deseaba. No estaba más que adiestrándome para amar y amar, e incidentalmente para realizar grandes empresas.

Vino la Guerra. Escribí a Bárbara una carta desde Francia, en la cual le decía todo lo que mi ánimo endeble no me permitió expresar verbalmente. Envié la carta a la única dirección que me era conocida —la cual ella dejó hacía ya varios años—, sin grandes esperanzas, sin grandes deseos realmente, de que la carta llegase a su poder. La escribí para mi propia satisfacción, para dar salida de manera explícita a todo lo sentido. No tenía yo duda alguna de que moriría en breve. Aquella carta no fue escrita en verdad a una mujer; era una carta explicativa, pidiendo perdón, y mandada por correo al Universo.

Me hirieron durante el invierno de 1916. Al final de una temporada en el hospital, me declararon inútil para servicio activo y fui destinado al departamento de Contratas en la Dirección General del Aire. Pusieron a mi cargo lo referente a la adquisición de productos químicos, celuloide, tubos de

goma, aceite ricino y telas de lino y tejidos para globos. Pasaba la mayor parte del tiempo regateando con judíos alemanes el precio de productos químicos y celuloide, con comisionistas griegos sobre el aceite de ricino, y sobre el lino con irlandeses. Me visitaban japoneses con gafas, provistos de muestras de *chepe de Cine*, quienes trataban de convencerme —regalaban habanos exquisitos— que sería material más adecuado y barato que él algodón para fabricar globos. De todas cuantas cartas dictaba, se hacían al principio once copias, luego diecisiete, y así que la sección alcanzó su apogeo, veintidós, las cuales debían ser anotadas y archivadas por las varias subdivisiones departamentales de los Ministerios a que atañía cada operación. El «Hotel Cecil» estaba repleto de escribientes. En los sótanos, dos pisos por debajo del nivel de la calle, en los sotabancos que dominaban las más encumbradas chimeneas vecinas, centenares de mujeres jóvenes martilleaban las máquinas de escribir. En un salón de baile subterráneo, que parecía la escena del festín de Baltasar, se consumían diariamente mil almuerzos económicos. En los mejores cuartos del hotel, los que daban al Támesis, se sentaban funcionarios profesionales de gran antigüedad, y nombres seguidos de letras, importantes hombres de negocios que estaban ayudando a ganar la guerra, y jefes del Estado Mayor. Gran número de poderosos automóviles los aguardaban en el patio. Algunas veces, al ir a la oficina por las mañanas se apoderaba de mí la sensación que acababa de llegar de Marte.

Una mañana, cuando llevaba varios meses destinada allí, me encontré ante un problema que únicamente podía ser resuelto consultando a un perito del Departamento de Marina. Los marinos estaban instalados en las naves al otro lado del patio. Hube de perderme durante diez minutos en un laberinto de despachos y pasillos antes de dar con la persona a la cual buscaba. Recuerdo que era un hombre alegre. Me preguntó qué tal me iba en «Casa *Bolo*», remoquete por el cual era conocida en las altas esferas nuestra inefable Dirección general, me dio un puro de las Indias Orientales y hasta me ofreció un *whisky*. Y entonces nos sentamos para charlar agradablemente acerca del celuloide no inflamable. Me separé de él admirablemente informado.

—Hasta la vista —me dijo—, y si algún día quiere saber cualquier cosa acerca de la acetona, o acerca de cualquier porquería semejante, venga a mi y se la diré.

—Gracias —le dije—. Y si por casualidad siente usted deseos de saber algo sobre, digamos Apolonio, Sodio, o sobre Chaucer, o sobre la historia del tenedor tridente, no dude en acudir a mí. Se echó a reír estruendosamente.

—Así lo haré —me dijo.

Aún riendo, salí al corredor y cerré la puerta. Pasaba en aquel momento una muchacha con un gran montón de papelotes, canturreando suavemente según avanzaba a buen paso. Sorprendida por mi súbita aparición, volvió la cabeza y me miró. Mi corazón, como aterrado, me dio un vuelco, y luego pareció dejar de palpitar por completo.

—¡Bárbara!

Al oír el nombre, se detuvo y me miró con aquella mirada fija e inmóvil que tan conocida me era, que salía por entre los párpados oblicuos. Frunció ligeramente el ceño, y, desorientado, hizo otro tanto con sus labios. Entonces, de repente, se iluminó su rostro, *rió*, y la luz de sus bellos ojos tembló y bailó alegremente.

—¡Pero si es Francis Chelifer! No te conocí al principio. Has cambiado.

—Tú, no —le dije—. Estás igual. No respondió, pero sonrió con los labios cerrados y me miró a través de las pestañas, emboscados en su espesura los ojos. La encontré más admirable que nunca en su juvenil madurez. No sabría decir si me alegré o si sentí volverla a ver. Mas sí sé que me emocioné hondamente; estaba agitado y voló toda mi ecuanimidad. El recuerdo de aquella especie de belleza simbólica para la cual y por la cual había vivido durante todos aquellos años estaba ahora encantado delante de mí, y ya no era un símbolo sino un ser humano. Bastaba esto para desasosegarme.

—Creí que estabas en Sudáfrica —continué—. Lo cual es casi tanto como decir que no existías. —Volví hace un año.

—¿Y has trabajado aquí desde entonces? Asintió con un gesto.

—Y tú, ¿también has estado trabajando en la «Casa *Bolo*»? —me preguntó.

—Hace seis meses.

—¡Qué casualidad! Y pensar que no nos hemos encontrado hasta ahora… Pero qué pequeño es el mundo, qué ridículamente pequeño.

Comimos juntos.

—¿Recibiste mi carta? —le dije cuando nos sirvieron el café, haciendo acopio de valor.

Dijo que sí con la cabeza.

—Tardó no sé cuántos meses —dijo.

Y no supe si lo hizo para retrasar la inevitable discusión de mi carta, o si lo dijo espontáneamente, sin ninguna intención, simplemente por encontrar curioso que una carta tardara tanto tiempo en llegar.

—Fue a África y volvió —me explicó.

—¿La leíste?

—Claro.

—¿Comprendiste lo que significaba? —le pregunté, y al punto hubiera preferido no haberlo hecho. Temí la respuesta.

Afirmó con la cabeza, pero no dijo nada, mirándome misteriosamente como si lo comprendiera todo de manera misteriosa y total.

—Era algo casi imposible de expresar —le dije, y su expresión me animó a proseguir—. Algo tan hondo, algo tan vasto que no había palabras para describirlo. ¿Lo comprendiste? ¿Lo comprendiste de veras?

Calló durante algún tiempo. Luego, precediendo a las palabras un pequeño suspiro, dijo:

—Los hombres siempre pierden el sentido común conmigo. La verdad, no sé por qué.

La miré. ¿Era posible que hubiese pronunciado tales palabras? Aún sonreía, como la Vida pudiera hacerlo. En aquel instante tuve una visión profética y horrible de todo lo que iba a sufrir. Sin embargo, le pregunté que cuándo podría verla de nuevo… ¿Aquella noche? ¿Podría cenar conmigo aquella noche? Respondió con la cabeza que no; aquella noche tenía un compromiso. ¿Y comer mañana?

—Déjame que haga memoria.

Y frunció el ceño y los labios. Acabó por recordar que tampoco podría al día siguiente. Su primer momento libre sería la cena de dos días después.

Volví a mi trabajo aquella tarde con la acentuada impresión de ser un habitante de Marte. Ocho voluminosos expedientes me aguardaban sobre la mesa de mi despacho, todos referentes a la «Compañía Imperial de Celulosa». Mi secretaria me mostró al informe pericial sobre las distintas marcas comerciales de aceite de ricino, que acababa de llegar. Un vendedor de tubos de goma tenía particular interés en que le recibiera.

—¿Y deseaba todavía —me preguntó— celebrar una conferencia telefónica con Belfast acerca del asunto del Uno?

La escuché pensativamente. ¿Qué objeto tenía todo aquello?

—*Miss* Masón, ¿suelen los hombres perder el sentido común con usted? —se me ocurrió de pronto preguntarle. Y al hacerlo miré a mi secretaria, que aguardaba mis instrucciones…

Se sonrojó violentamente, y se echó a reír de manera embarazada y poco natural.

—Pues…, no —respondió—. Supongo que soy un patito feo. —Luego añadió—: Es un descanso, después de todo. Pero, ¿por qué me lo pregunta?

Tenía el pelo rojizo, corto y rizado, blanquísima la tez, ojos castaños, y supuse que irnos veintitrés años. Y no era un «patito feo» en absoluto. Nunca había hablado con ella más que de asuntos de nuestro trabajo, y rara vez la había mirado con atención, contentándome con advertir que estaba allí: una secretaria competente.

—¿Por qué me lo pregunta? —y vi en sus ojos una expresión que dijérase de terror.

—Pues, no sé. Supongo que por pura curiosidad. A ver si puede usted conseguirme la comunicación con Belfast esta tarde. Y dígale al de los tubos de goma que me es absolutamente imposible verle.

Cambió su expresión. Me sonrió alerta, la perfecta secretaria. Sus ojos se tornaron completamente impasibles.

—No puede usted verle —repitió.

Tenía la costumbre de repetir lo dicho por otras personas un segundo antes, llegando a reproducir como un eco opiniones y ocurrencias dichas un momento antes por los demás, como si acabaran de ocurrírsele a ella. Dio media vuelta y se alejó hacia la puerta. Quedé a solas con el secreto historial de la «Compañía Imperial de Celulosa», con el informe pericial sobre los aceites de ricino y con mis propios pensamientos.

Dos días más tarde, Bárbara y yo cenábamos en un restaurante caro, en el cual los comensales podían olvidar con éxito la guerra submarina y el racionamiento.

—Está esto muy bonito —dijo, examinando la decoración del lugar—. Y la música. —Exactamente igual pensaba *Mrs*. Cloudesley Shove del «Café

Lyon».

Mientras ella contemplaba la arquitectura, yo la miraba a ella. Llevaba un vestido de noche color rosa, escotado y sin mangas. En el pecho, donde comenzaba el escote, lucía una rosa granate. Los brazos, sin ser huesudos, continuaban siendo muy finos, como los de una niña; todo su cuerpo era cenceño y de adolescente.

—¿Por qué me miras así? —me preguntó cuando quedó exhausta su admiración por la arquitectura. El arte cosmético había acentuado el color de su boca y sus mejillas. Los ojos me miraban con aumentado brillo bajo sus párpados oscurecidos,

—Estaba preguntándome por qué estás tan contenta, porqué dentro de ti se alberga secretamente tanta felicidad. ¿Cuál es tu secreto? Eso es lo que me estaba preguntando.

—Y ¿por qué no voy a sentirme contenta? Pero, la verdad es que no soy feliz. ¿Cómo puede uno sentirse feliz y alegre cuando están cayendo a diario miles de soldados y millones de seres humanos están sufriendo?

Procuró adoptar una expresión grave, como si se encontrara en la iglesia. Mas su secreta alegría persistía en lanzar destellos de luz por las rendijas oblicuas de sus ojos. Semiocultos, emboscados, trascendías de ellos la fiesta incesante de su alma.

No pude evitar la risa.

—Afortunadamente —dije—, nuestra capacidad para la piedad por los sufrimientos ajenos rara vez es suficiente para impedirnos cenar. ¿Prefieres langosta o salmón?

—Langosta. ¡Pero qué cinismo más bobo tienes! No me crees, pero te aseguro que no dejo de pensar ni un momento en todos esos muertos y heridos. Ni en los pobres; en la vida terrible que llevan en sus casuchas. No es posible sentirse feliz. No, no lo es —y sacudió lentamente la cabeza.

Comprendí que si insistía en el tema, con lo que la obligaría a persistir en su actitud de estar en la iglesia, iba a estropearme la noche y a conseguir que me tomara antipatía. El camarero vino oportunamente.

—¿Qué te parecería un *cup* de champaña?

—Delicioso —respondió, y quedó callada, mirándome con una expresión vacilante, de interrogación, como si no supiera si conservar la gravedad o

entregarse a una alegría más natural.

Puse fin a su indecisión señalándole un comensal cercano y susurrando:

—¿Has visto nada más parecido a un tapir? Se echó a reír encantada, no porque mis palabras fueran particularmente graciosas, sino porque le desahogó poder reír de nuevo sin remordimiento.

—¿Y no dirás aún mejor que se parece a un oso hormiguero? —dijo, mirando en la dirección que yo le indicara, inclinándose hacia mí para susurrarme al oído las palabras, dulces e íntimamente.

Se me acercó su cara de belleza cegadora. Hubiera yo podido llorar. La secreta felicidad de su mirada era la Juventud, la Salud, la Vida sin ataduras. Los labios cerrados sonreían con una jubilosa sensación de poder. Toda ella estaba envuelta en un aroma rosáceo. La flor de su pecho mostraba su profundo colorido contra la piel blanca. Advertí inesperadamente que bajo la seda reluciente de su vestido había un cuerpo joven. ¿Fue acaso este descubrimiento para lo que había venido yo preparándome durante tantos años?

Después de cenar fuimos a un teatro de variedades, y, terminada la función, a un *cabaret*, en donde estuvimos bailando. Me dijo que bailaba casi todas las noches. No le pregunté que con quién. Miraba ella con ojos críticos a las mujeres que entraban, y me preguntaba si no encontraba bonita a una, y muy atractiva a otra. Cuando yo, por el contrario, las hallaba repulsivas, mostró su enojo conmigo, pero no advertí en mí una suficiente atracción hacia su sexo. Me indicó una mujer de pelo rojo sentada a otra mesa y me preguntó si me gustaban las mujeres de pelo rojo. Cuando respondí que prefería la *Historia de la Civilización Inglesa*, de Henry Thomas Buckle, se echó a reír, como si acabara de pronunciar una deliciosa paradoja. La prefería callada, y afortunadamente tenía una gran capacidad para el silencio, y hasta podía utilizarlo como arma defensiva. Si le hacía alguna pregunta a la que no deseaba o no sabía responder, callaba, aunque la pregunta le fuese reiterada una y otra vez, sonriendo misteriosamente sin cesar, como si se encontrara en un mundo distinto.

Llevábamos una hora en el *cabaret*, cuando un muchacho, gordo y mantecoso, de pelo muy negro, tez profundamente cetrina y con una nariz grande y carnosa, que se curvaba en opulenta voluntad oriental, entró contoneándose con señorial talante de propietario. Gastaba en su ojo izquierdo monóculo de plateado arillo, y entre las invencibles cerdas negras

de su barbilla blanqueaban cual diminutos copos de nieve partículas de *poudre de riz*[29]. Vio a Bárbara, sonrió efusivamente, se acercó a nuestra mesa y cambió unas palabras con ella. A Bárbara pareció causarle placer el encuentro.

—Es muy listo —me explicó, cuando él se hubo ido, para sentarse con la pelirroja pospuesta por mí a la *Historia de la Civilización*—. Es sirio. Debieras conocerle. También él hace versos, ¿sabes?

Fui desgraciado toda la noche, pero al mismo tiempo hubiera querido que no acabara jamás. Hubiera deseado permanecer sempiternamente sentado en aquel sótano mal ventilado, en donde la música retumbaba de tal manera que pudiera parecer que tocaba la orquesta dentro del propio cráneo de los presentes. Hubiera respirado con gusto el viciado aire y bailando con descanso por los siglos de los siglos; y hasta hubiera escuchado la conversación de Bárbara durante toda la eternidad, para gozar de su cercanía, para mirarla, para procurar adivinar —hasta que ella volvía a hablar— los misterios profundos y amabilísimos que se ocultaban detrás de sus ojos, los inefables hontanares del gozo secreto responsable de aquella sonrisa suya, apenas esbozada, y, sin embargo, de tan prodigiosa intensidad y éxtasis encendido.

Pasaron varias semanas. La vi casi a diario, y según pasaban los días iba haciéndose mi amor más violento y doloroso, y adquiriendo características que lo alejaban gradualmente de aquella pasión mística de mi adolescencia. No obstante, era el recuerdo persistente de esa pasión juvenil lo que daba a mi deseo presente características tan ardorosas y atormentadoras, y lo que me llenaba de una sed que ninguna posesión podría aplacar. Ninguna, pues, lo que pudiera llegar a hacer mío, y esto lo compren, día con mayor claridad cada vez que veía a Bárbara, sería en absoluto distinto de lo que durante tantos años había ansiado poseer. Había yo deseado toda la belleza, todo cuanto existe bueno y verdadero, lo que simbolicé y encarné en su rostro. Ahora," ese rostro se me acercaba, sus labios tocaban los míos, y todo cuanto ante mí tenía no era sino una mujer joven, «de temperamento», como los eufemistas que deploran el verdadero término dicen con admiración amante de la lascivia. Y a pesar de todo, en abierta contradicción con mi sensatez, no obstante todas las evidentes señales, no me era dado el dejar de creer que Bárbara era, de alguna manera, en secreto, todo lo que yo había imaginado. El amor que le profesaba como símbolo, enardecía él deseo que como mujer individual me inspiraba.

Todo esto, si me ocurriera hoy, lo encontraría completamente natural y normal. Si yo me decidiera a hacerle el amor a una mujer joven, sabría perfectamente a qué hacía el amor, mas en aquellos tiempos aún tenía que aprenderlo. En compañía de Bárbara estaba aprendiéndolo con creces. Estaba aprendiendo que es posible sentir un amor hondísimo, que nos esclaviza, por una mujer que no merece nuestra estima, que no nos agrada, a quien consideramos indeseable moralmente, y que no solamente nos causa desgracia, sino que acaba por aburrirnos. ¿Y por qué no?, podría preguntar. Probablemente, que ocurran así las cosas es lo más natural del mundo. Pero por aquel entonces, imaginaba yo que el amor debe mezclarse siempre con sentimientos de admiración y de afecto, con adoración y éxtasis intelectual, tan constantes como el que puede experimentarse escuchando una sinfonía. A veces, sin duda, el amor se encuentra mezclado con alguna o todas estas cosas; a veces, estas cosas existen por sí solas, aparte del amor. Pero uno debe estar dispuesto a beber puro el amor, sin aditamentos ni disimulos de su sabor. Es una pócima ardiente, elemental, y en algunas ocasiones ligeramente ponzoñosa.

Cada una de las horas que pasaba junto a Bárbara me suministraba pruebas nuevas de su incapacidad para encarnar el papel ideal que mi imaginación le había adjudicado durante tantos años. Era egoísta, sentía sed de los más ruines placeres, gustaba de sentirse rodeada de una atmósfera de admiración erótica, le divertía coleccionar adoradores y tratarlos mal, era estúpida y mentirosa; en otras palabras, era tusa mujer sana, joven y normal. Estos descubrimientos me hubieran conturbado menos al haber sido su cara diferente. Por desgracia, la muchacha sana y normal que me había sido revelada tenía las mismas facciones que aquella niña simbólica con cuyo recuerdo había yo sustentado las fantasías de mi ardiente adolescencia. Y el contraste entre lo que Bárbara era y lo que, con aquella cara fascinadora y misteriosamente enajenadora, debió ser, lo que fue en mi imaginación, era fuente de constantes sorpresas y tribulaciones. Al mismo tiempo, la naturaleza de mi apasionamiento por ella se mudó, cambió inevitablemente y de muy profunda manera, en el momento en que dejó de ser un símbolo para convertirse en un ser individual. Ahora la deseaba; antes la amé casi como si fuera divina su naturaleza, y al comparar este amor nuevo con el que anteriormente me embargó, experimenté vergonzoso bochorno. Me juzgué indigno, rebajado, bestial, y aun quise convencerme de que si la hallaba diferente, el motivo era que los sentimientos que me llenaban eran distintos y menos nobles, por culpa mía. Algunas veces, cuando permanecíamos

sentados en prolongado silencio a la media luz del largo crepúsculo estival, bajo los árboles del parque, o en mis habitaciones del barrio de Chelsea contemplando el río, casi llegué a convencerme, durante unos precarios instantes, de que Bárbara era todo lo que yo imaginé, y que provocaba en mí sentimiento idénticos a los que su recuerdo me inspiró. Pero, al final, Bárbara terminaba por romper el silencio y, simultáneamente, mi ilusión.

—Es una lástima —decía pensativamente— que julio no tenga erre. Porque podríamos ir a cenar en un bar de mariscos.

O, cuando recordaba que yo era literato, contemplaba los chillones restos del crepúsculo y suspiraba:

—Ojalá fuera yo poetisa.

Estas frases me volvían a la realidad y me dejaban frente a frente con una mujer tangible, que me aburría, aunque deseaba, ¡con qué infinito y localizado ardor!, besarla, abrazarla y acariciarla.

Esta desmedida ansía la mantuve disciplinada rigurosamente durante algún tiempo, reprimiéndola. Luché contra ella como si se tratara de algo vitando, demasiado espontáneamente distinto de mi prístino amor, demasiado inconcebiblemente incompatible con el concepto que de la superior naturaleza de Bárbara tenía. Aún no había aprendido a conciliar; me con el hecho de que la sublime naturaleza de Bárbara la había inventado yo y no era más que mía creación arbitraria de mi imaginación.

Una muy calurosa noche de julio la acompañé en coche hasta la puerta de su casa, en la Regent Square del barrio de Bloomsbury, en la cual tenía ella un piso. Habíamos estado bailando y era ya tarde. Una luna jorobada, como a un tercio de su carrera ascendente, brillaba en el cielo y miraba la plaza por encima de la iglesia que ocupa uno de sus costados. Pagué el coche y quedamos solos en la acera. Me había sentido irritado y aburrido durante toda la noche, pero el pensamiento de que tendría que decirle buenas noches y alejarme solo, me llenó de tal congoja que acudieron las lágrimas a mis ojos. Permanecí junto a ella irresoluto y silencioso, mirándola a la cara. Sonreía apacible y misteriosamente, como para sí, a causa de alguna razón secreta, y sus ojos brillaban de manera inusitada. También ella callaba, pero no con mi silencio irresoluto y desasosegado, sino con simplicidad majestuosa. Sabía

ella vivir en el silencio, cuando lo deseaba, como si el callar fuera su propio elemento.

—Bueno —logré decir al fin—, tengo que irme.

—¿Por qué no subes a tomar una taza de té antes de acostarte? —me propuso.

Impulsado por ese espíritu avieso que nos lleva a hacer lo que no deseamos, lo que sabemos que nos hará padecer todo lo que en unas determinadas circunstancias es posible padecer, rechacé la oferta con la cabeza y diciendo:

—No; tengo que irme.

Jamás había deseado cosa alguna con parecida ansia a la que sentía por aceptar la invitación de Bárbara. Ella insistió:

—Anda, sube. No tardaré ni un minuto en hacer un poco de té en el gas.

De nuevo sacudí la cabeza, aunque esta vez fue tan intensa mi turbación que no pude hablar. Temí que me traicionara mí voz temblorosa. Sabía instintivamente que si entraba en la casa con ella nos convertiríamos en amantes, y mi antigua determinación para resistir a lo que había tenido por pasiones deleznables acero mi propósito de no cruzar el umbral.

—Bueno, pues si no quieres… —dijo, encogiéndose de hombros—, buenas noches.

Le di la mano y me alejé calladamente. A los ocho metros, la firmeza de mi propósito se quebró miserablemente. Di media vuelta. Bárbara estaba en el escalón de entrada, procurando meter la llave en la cerradura.

—¡Bárbara! —casi grité, con una voz que me sonó espantosamente desfigurada.

Volví hacia ella apresuradamente. Ella me miró.

—¿Te importa que cambie de manera de pensar y que acepte tu invitación? Ahora me doy cuenta de que tengo mucha sed.

«¡Qué humillación!», pensé.

Ella se echó a reír.

—¡Qué bobo eres, Francis! —Y luego añadió en tono de zumba—: Si no fueran tan buen chico, te merecerías que te contestase que te fueras a beber al

abrevadero más cercano.

—Perdóname —respondí.

Allí, a su lado de nuevo, respirando una vez más su perfume de rosas, experimenté la misma sensación que una vez que, aún muy niño, bajé desolado desde mi aterrador cuarto de jugar hasta el comedor, en donde hallé a mi madre sentada. Confortado, descargado de un peso horrible, increíblemente feliz, y a la par embargado por un incoercible remordimiento, por la profunda convicción de que estaba haciendo algo contrario a lo mandado por un código no escrito, un pecado de cuya enormidad me era dado juzgar por la pesarosa tristeza de los ojos de mi madre y el silencio atemorizador y severo con que mi barbudo padre me contemplaba como desde el seno de su nube tormentosa cual un dios ofendido. Me encontraba feliz, por hallarme junto a Bárbara; y me causaba pesar intolerable no estar con ella, por decirlo de alguna manera, como fuera debido: yo no era yo; ella, a pesar de ser las facciones las mismas, no era ella. Me llenaba de gozo el pensamiento de que pasados unos minutos la besaría; y me infundía dolor esto mismo, pues no era ésa la manera en que yo soñé amar a la imaginaria Bárbara. Añadía dolor a mi pesar el reconocer en mi fuero interno la existencia de la auténtica Bárbara, pues consideraba vil el ser esclavo de semejante señora.

—Bueno, claro que si quieres que me vaya —dije, reaccionando débilmente una vez más, procurando rebelarme—, me iré. —Y luego añadí, con un desesperado esfuerzo para echar la cosa a broma—: No *estoy* nada seguro de que sea mala tu idea, y más vale que me ahogue en ese abrevadero.

—Como quieras —dijo ella con ligereza.

Estaba ya abierta la puerta, y entró ella en la oscuridad a que daba acceso. La seguí, y cerré la puerta cuidadosamente. Subimos la escalera a tientas. Abrió ella otra puerta y encendió la luz, que me cegó por su aparición repentina.

—Bien está lo que bien acaba —me dijo sonriendo, y se quitó la capa que llevaba sobre los hombros desnudos.

Yo pensé que más bien era aquello una comedia de errores[30]. Di unos pasos hacia ella, y alargando las manos la agarré de sus finos brazos, un poco por debajo de los hombros. Me incliné para besar una mejilla que huía, pero ella volvió la cara y encontré su boca.

No hay futuro, ni existe ya el presente.
Ni raíz ni fruto: sólo flor de un día.
Yace en paz, no te muevas:
negra y callada, durará la noche;
no ya unas horas breves y fugaces
sino para siempre. Déjame olvidarlo
todo, salvo el aroma que trasciendes;
borrar todas las noches, menos ésta,
la vergüenza, las lágrimas inútiles
y hasta el dolor. Mas yace en paz: él goce
e este contento pasajero y mudo
ha de crecer, y a orillas de mi sueño
florecerá, hasta que nada quede:
sólo tú y yo, abrazados
en un silencio eterno.
Mas, como aquel que, condenado a muerte,
sabe que será muerto en la mañana,
yo sé que, aunque la noche se eternice,
antes que salga el sol, luces de aurora
invadirán el ámbito celeste.

Fue entonces cuando aprendí a vivir solamente en el momento presente; y a no hacer caso de causas, motivos y antecedentes, a rechazar la responsabilidad de las consecuencias. Fue entonces cuando aprendí que, puesto que el futuro está forzado a una tediosa repetición del pasado, no es preciso otear el porvenir en busca de consuelo o justificación, y que es discreto vivir en el corazón de la realidad humana, en el centro de la colmena oscura y cálida. Pero existe una ligereza espontánea que ninguna minuciosa labor puede igualar. Siendo lo que soy, nunca buscaré emular a los niños que arrojan a sus hermanitas desde lo alto de un acantilado para ver si salpican mucho al caer en el agua; jamás apoyaré una pistola contra mi sien y apretaré

el gatillo por el mero gusto de hacerlo; nunca, contemplando desde el anfiteatro de «Covent Garden» el patio de butacas atestado de partidarios de Wagner y de Saint-Saens arrojaré juguetonamente una granada de mano (por deliciosa que pueda ser una broma) que aún conservo, cargada con una libra de tremendos explosivos, en mi sombrero, lista para cualquier eventualidad Tan exagerado descuido de todo en absoluto, excepto la sensación inmediata, únicamente puedo imitarlo de manera muy remota. Pero hago lo que puedo, y siempre lo hice, a conciencia, con Bárbara. No obstante, las noches siempre acababan por terminar. Y hasta mientras duraban, ni anegado por el temperamento pude nunca, ni por un instante, olvidar totalmente quién era ella, quién era yo, lo que fui y lo que sería mañana. El recuerdo de estas cosas impedía que el éxtasis de mi pasión fuese completo, y hacía que bajo la superficie de todo deliquio sosegado fluyese una turbulenta corriente de profunda intranquilidad. Siempre que la besaba, me encontraba deseando no besarla, y cuando la tenía en mis brazos, pensaba que preferiría que fuese otra mujer. Algunas veces, en medio de un silencio oscuro y tranquilo, la idea de la muerte me resultaba amable.

¿Me amaba ella a mí? Al menos lo aseguraba con frecuencia, hasta por escrito. Aún conservo todas sus cartas, una veintena de notas garrapateadas presurosamente y llevadas por un ordenanza desde un ala del «Hotel Cecil» a la contigua, y unas cuantas cartas, más largas, escritas durante unas vacaciones o cuando se iba a pasar el final de semana a algún sitio sin mí. Helas aquí; las tengo extendidas ante mis ojos. Veo una letra competente y educada. La pluma rara vez abandona el papel, yendo de letra en letra, uniendo palabras distintas. Es una letra rápida, fluida, clara y legible. Solamente hacia el final de sus breves notas pierde la escritura algo de su caridad. En esos finales veo garrapatos constituidos por letras de forma imprecisa, los estudio para descifrarlos: «Te adoro, amor mío… miles y miles de besos…, me duelen mis deseos de que llegue la noche…, te quiero locamente…». Estos fragmentos son todo lo que puedo arrancar a las frases ilegibles. Solemos escribir tales cosas con letra confusa por el mismo motivo que vestimos nuestros cuerpos. No nos permite nuestro pudor andar desnudos, y la expresión de nuestros pensamientos íntimos, de nuestras ansias más inaplazables, de nuestros recuerdos secretos, no deben, ni cuando nos hacemos la violencia de estamparlos en el *papel*, ser leídos ni entendidos con demasiada facilidad. Samuel Pepys, al relatar los detalles más escabrosos de sus amores, no se contenta con escribir en clave, sino que lo hace, además, en francés macarrónico. Y ahora recuerdo, al hablar de Pepys, que yo hice algo

semejante en mis cartas a Bárbara, algunas de las cuales terminaba con un *Bellissima, ti voglio un bene enorme*[31] o con *Je t'embrasse un peu partout*[32].

Pero, ¿me amaba? Creo que sí, de cierta manera. Yo lisonjeaba su vanidad. Hasta la fecha, la mayoría de sus éxitos fue con oficiales bisoños y jóvenes. Contaba pocos literarios entre sus siervos, e infeccionada con ese peregrino esnobismo de quienes consideran a un artista, o a quien se llama por ese nombre, superior no se sabe por qué a los demás, daba más importancia a cualquier haragán contertulio del «Café Royal» que a un buen oficial del Ejército, y consideraba que es más absurdo y tiene mayor mérito el saber pintar, o hasta apreciar, un cuadro cubista o componer una pieza para piano de Bartok, que regir un negocio o informar ante un tribunal. Convencida, por tanto, de mi misteriosa importancia y categoría, sentíase halagada al verme rebajado ante ella. Existe un grabado alemán del siglo XVI, de la época de reacción en contra del escolasticismo, que representa a una bella teutona desnuda montada encima de un hombre calvo y barbudo, a quien gobierna con riendas y hostiga con una vara flexible. El viejo presenta a Aristóteles. Después de dos mil años de esclavitud bajo el sabio inefable el grabado es una buena venganza. Supongo que para Bárbara yo era una especie de Aristóteles de bolsillo, pero lo que hace la comparación menos agradable para mi es que ella hallaba igual placer en verse galanteada por otro hombre de letras, el siríaco moreno de barbilla azulada y monóculo de plata. Y hasta mayor placer, me parece; pues él escribía poemas que aparecían frecuentemente en las revistas mensuales (los míos, ¡ay!, no), y, además, jamás dejaba escapar ninguna ocasión de explicar que él era poeta y siempre estaba discutiendo las ventajas y los inconvenientes de estar dotado de temperamento artístico. El hecho de que, al menos durante algún tiempo, me prefiriera al sirio se debió principalmente a que yo campaba absolutamente por mis respetos y estaba mucho más profundamente enamorado de ella que mi rival. Aquella pelirroja, en mi opinión inferior sucedáneo de la *Historia*, de Buckle, acaparaba gran parte del corazón y del tiempo del sirio. Por si esto fuera poco, se trataba de un hombre tranquilo y ducho en asuntos de amor, incapaz de perder la cabeza por causas insignificantes. Bárbara tallaba en mí una pasión que fuera inútil buscar en el sirio, una pasión que a pesar de mi disgusto y de mis esfuerzos para vencerla, me reducía a un estado de abyección a los pies de la amada. Es agradable sentirse adorado, y capaz de mandar y de causar dolor; y Bárbara gozaba con ello tanto como cualquier otra persona.

Al final, fue el siríaco quien me desbancó. Ya en octubre advertí que la cantidad de amigos sudafricanos con quienes Bárbara no tenía más remedio que comer o cenar llegaban a Londres con frecuencia siempre en aumento. Y si no se trataba de amigos de Sudáfrica, la inoportuna era tía Phoebe. O *Mr*. Sobe, que había conocido íntimamente al abuelo de Bárbara.

Cuando le pedía que me describiese estas comidas, o me decía que se había aburrido mucho y que habían hablado solamente de la familia, o sonreía, encogía los hombros y se acogía al refugio de su silenció impenetrable.

—¿Por qué me mientes? —le pregunté.

Continuó callada, sin dejar de sonreír.

Algunas noches, cuando yo insistía en que se olvidase de su cita con los sudafricanos y cenase conmigo, consentía en ello a disgusto, pero en estas ocasiones se vengaba habiéndome de todos los hombres encantadores que había conocido.

Una noche en que a pesar de todas mis súplicas, de mis amenazas y órdenes, fue a cenar con su tía Phoebe en Golden Green, donde pasaría la noche, decidí vigilar su casa. Hacía una noche fría y húmeda. Permanecí en mí puesto desde las nueve hasta más de medianoche, paseando de arriba abajo en frente de su casa. Según paseaba hacía sonar mi bastón contra la verja que rodeaba el jardincillo que ocupaba el centro de la plaza. Ese ruido de carraca acompañaba a mis pensamientos. De tarde en tarde caía una gruesa gota desde las copas oscuras y empapadas de los árboles. Aquella noche anduve probablemente más de dieciocho kilómetros.

Durante aquellas tres horas pensé en muchas cosas. Pensé en la llama de la hoguera brotando súbitamente en la oscuridad y en la cara juvenil que apareció rutilante en la noche. Pensé en mi amor de muchacho, y cómo pasado el tiempo volví a encontrarme con aquella cara, y en la muy distinta índole de amor que había inspirado en el hombre maduro. Pensé en besos, caricias y susurros en la oscuridad. Pensé en el siríaco, con sus negras cejas y su monóculo de plata, en su tez oscura y mantecosa que brillaba húmeda a través de los polvos, y del polvillo blanco como la nieve entre los negros cañones de la barbilla. Probablemente, Bárbara estaba con él en aquellos momentos, Monna Vanna, Monna Bice. «No es el amor tan puro y abstracto cual decían, quienes sólo a su musa tenían por amante». La Realidad deja por mentirosa a la Imaginación. Bárbara es la verdad, pensé, y que le gusta un

hombre con monóculo de plata es la verdad, y que yo he compartido sus noches es la verdad, y que él también lo ha hecho es probablemente la verdad también.

Y verdad es que los hombres son crueles y necios, y que permiten que pastores tan necios como ellos los conduzcan a la muerte. Pensé en mi pasión por la justicia universal, en mi deseo de que todos los hombres fueran libres y cultos, y que gozaran de ocio, en mis sueños de un mundo futuro poblado por seres humanos que vivirían de acuerdo con la razón. Pero ¿de qué utilidad puede ser el ocio cuando el ocio se emplea en escuchar la radio, y en ir a partidos de fútbol? ¡Libertad, cuando los hombres se esclavizan voluntariamente ante políticos como los que hoy gobiernan el mundo! ¡Cultura, cuando aquellos que no son analfabetos emplean su habilidad en leer los periódicos de la noche y las revistas de novelas cortas! Y el porvenir, el refulgente futuro, suponiendo que fuera distinto del pasado en algo más que en la propagación de comodidades materiales y de la uniformidad espiritual, aun suponiendo fantásticamente que llegase a ser superior al pasado, ¿qué me importa a mí? Nada. Nada en absoluto. Nada, nada, nada.

Interrumpió mis meditaciones un guardia, quien, así que se hubo llegado a mí, se tocó cortésmente la visera del casco y me preguntó con amabilidad qué estaba haciendo.

—Le he visto pasear arriba y abajo hace media hora.

Le di media corona y le dije que aguardaba a una señora. El guardia rió discretamente. Yo también reí. Verdaderamente, el chiste era magnífico. Cuando se alejó continué paseando.

Y esta guerra, pensé. ¿Ha existido nunca la ligera probabilidad de que salga alguna cosa buena de ella? ¿La guerra para acabar con las guerras? El razonamiento esta vez fue en verdad poderoso. Y apoyado con un enérgico puntapié en los pantalones, el más terrible puntapié que jamás fue dado. Pero ¿convencería, por eso, a la Humanidad de la necesidad de acabar con las guerras?

No puede negarse, pensé, que los hombres son valientes, pacientes, buenos y dados a sacrificarse. Pero también adolecen de todos los defectos correspondientes, y son buenos a la par que malos, y no lo pueden remediar. Perdónalos, pues no saben lo que hacen. Todo dio tiene por causa una estupidez inmensa y primordial. Ésa es la más profunda de las realidades: la estupidez, el no comprender las cosas.

Y los avisados, los no necios, ésos son excepciones extrañas, no cuentan para la gran realidad, son falsedades, como el amor ideal, como las utopías, como el creer en la Justicia. Vivir entre sus obras es como vivir en un mundo de rutilantes falsedades, aparte del mundo auténtico; no es sino huir. Escapar es cosa de cobardes; reconfortarse con falsedades, o con lo que carece de importancia en el mundo en que vivimos, es necio.

Y mis propios talentos, en lo que valen, tampoco significan nada. Y el arte en cuyo servicio los empleo, no es más que un consuelo falaz. Un habitante de Marte juzgaría la ocupación de escribir frases que contienen palabras de sonido similar a intervalos repetidos, tan extraordinaria como la de comprar aceite de ricino para lubricar máquinas destructoras. Me vinieron a la memoria unas líneas qué escribí para Bárbara, líneas alegres, cómico-amorosas, durante la última epidemia de bombardeos aéreos. Resonaba su cadencia en mi cráneo:

Cuando la luna venidera invite

nuevo tremar y renovar estruendo,

busquemos en compañía un sitio oscuro,

guarida sin memoria del dios ciego.

Provistos de viandas y buen vino

a la imbécil que brille retaremos.

Estaba repitiéndomelos cuando dobló la esquina de la plaza un taxi, que rodando silenciosamente junto a la acera fue a parar delante de la puerta de la casa de Bárbara. A la luz Incierta de un farol, vi salir a dos personas, un hombre y una mujer. La silueta masculina se adelantó unos pasos, e inclinándose empezó a contar unas monedas a la luz del aparato marcador. La escasa luz de la pequeña bombilla se reflejó en el cristal de un monóculo. Hubo un tintineo de dinero y el taxi se alejó. Las dos personas subieron los escalones de la entrada; se abrió la puerta, y ambos entraron.

Me alejé, repitiéndome todas las palabras injuriosas e infamantes que pueden ser aplicadas a una mujer. Si alguna sensación experimentaba era de desahogo. Me complacía pensar que todo había acabado, que todo quedaba definitivamente solucionado.

—Buenas noches.

Era el amable guardia. Me pareció advertir en su voz un ligerísimo matiz de sorna guasona.

Durante los próximos cuatro días no di señal alguna de vida. Esperaba que ella me telefonearía o me escribiría preguntándome qué me ocurría. Pero no lo hizo. Aquella sensación de desahogo que experimenté iba trocándose en otra de desgracia. Al quinto día, cuando me dirigía a comer, me encontré con ella en el patio. No hizo alusión ninguna a mi silencio sin precedentes. No le hice yo ninguna de las amargas quejas que tenía pensadas para el momento de un encuentro fortuito como el que acababa de tener lugar. En vez de hacerlo, le rogué, le imploré, que viniera a comer conmigo. Bárbara declinó la invitación. Tenía una cita con un amigo de Sudáfrica.

—Ven a cenar entonces —le rogué, humillándome. Era difícil rebajarse más. En aquel momento hubiera yo dado cualquier cosa por recobrar a Bárbara.

Bárbara sacudió la cabeza:

—Iría encantada —dijo—, pero ese latoso de *Mr*. Goble…

VI

Tales fueron los fantasmas conjurados por mis versos, dichos mientras flotaba sobre el mar Tirreno. Me recordaron saludablemente que me encontraba de vacaciones, que el panorama en cuyo centro estaba yo flotando era casi una mera ilusión y que la vida solamente se hacia real y auténtica durante los once meses que anualmente pasaba entre Góg's Court y la pensión de *Miss* Carruthers. Yo era un inglés demócrata, y londinense por añadidura, viviendo en una época en la que el *Daily Mail* vendía dos millones de ejemplares todas las mañanas; no tenía derecho a tanto sol, a un mar tan templado y claro, a aquellas picudas montañas, a tales nubes ni a un cielo vasto de tan profundo color azul; no tenía derecho a Shelley; y si fuera verdadero demócrata, no tendría derecho ni siquiera a pensar. Más de nuevo podría disculparme con mi debilidad ingénita.

Encamado sobre él agua, soñaba con el estado democrático ideal, en donde ninguna inspirada excepción perturbaría la llana serenidad de la regla, la regla de Carruthers, Cloudesley y de Fluffy y del alerta e inimitable Brinstone, cuando me di cuenta repentinamente de que una barca de vela avanzaba hacia mí por detrás; estaba, realmente, encima de mí ya. La vela blanca se alzaba sobre mí; con un ruidito de freiduría en la proa, con un chapoteo de olas diminutas contra sus flancos, la lancha de barnizado casco castaño, avanzaba veloz contra mí. Es horrible sentir miedo, ser sacudido por el súbito espasmo del terror que no puede ser dominado, pues surge tan rápidamente que las fuerzas gobernadoras de la mente son sorprendidas descansando. Dijérase que, entonces, cada una, de las células corporales experimentaba el terror. Deja la víctima de ser hombre durante unos momentos, para trocarse en una masa de amigos que se encogen. Desciende uno la escala de las especies, rueda por los escalones evolutivos hasta convertirse durante un segundo en una bestia sorprendida y aterrada. Un segundo antes soñaba sobre un translúcido colchón, como un filósofo; al siguiente, me encontré aullando gritos y no vocablos, agitando con vesania todos los miembros, procurando escapar al amenazador, y ya inevitable, peligro.

—¡Eh! —gritaba.

Entonces algo me golpeó bestialmente la cabeza y me sumergió en el agua. Tuve conciencia de que estaba tragando gran cantidad de agua salada, de que ésta se me metía en los pulmones, y de que tosía violentamente. Durante algún tiempo, nada más supe; el golpe debió de aturdirme momentáneamente. Recobré el sentido hasta cierto punto, y advertí que volvía a la superficie, con la cara medio sumergida. Estaba tosiendo y procurando resistir, tosiendo para librarme del agua que anegaba mis pulmones, procurando respirar para llenarlos de aire. Ambos esfuerzos, ahora lo percibo, lograron exactamente lo contrario de lo que pretendía. Al toser, expulsaba el poco aire agarrado a mis pulmones, y como tenía la boca bajo el agua, más y más agua entraba en mi cuerpo. En tanto, mi sangre, cargada de ácido carbónico, acudía torrencialmente a mis pulmones en la esperanza de cambiar el gas mortífero por oxígeno. Todo en vano: allí no había oxígeno por el cual cambiarlo.

Sentía un dolor extraordinario en la nuca, más bien sordo que violento; sordo y profundo, y al mismo tiempo extrañamente conturbador: un dolor repulsivo, de mareo. Los nervios encargados de la vigilancia de mis pulmones ya estaban a punto de entregarse; aquel dolor nauseabundo de mi nuca era su adiós, su último espasmo agónico. Fui perdiendo el sentido paulatinamente. Fui desvaneciéndome de la vida como el Gato de Cheshire, de *Alicia en el País de las Maravillas*. Lo último que quedó en mi conciencia, cuando ya todo lo demás se había esfumado, fue el dolor.

En tales circunstancias, no lo ignoro, mandan los cánones clásicos que toda mi vida pasada debió desarrollarse fugazmente ante los ojos de mi mente. ¡Zas!, un tedioso drama en treinta y dos partes debió proyectarse ante mí y debí recordarlo todo, desde el sabor de mis biberones hasta el marsala bebido la víspera en el «Gran Hotel», desdé mis primeros azotes punitivos hasta el beso más reciente. La verdad es que nada de esto ocurrió. Mis postreros pensamientos en el momento en que me hundía en mi desmayo fueron para *La Gaceta del Cunicultor* y para mi madre. En un último debatirse de mi rectitud, que me ha mortificado y que tanta desventaja me ha supuesto en mi vida, pensé en mi obligación de tener terminado un artículo de fondo para el próximo viernes. Y me atribuló considerablemente el pensar que sería muy desagradable para mi madre, cuando llegara pasados unos días, encontrarse que yo no estaba en condiciones de atenderla durante su viaje a Roma.

Cuando recobré el conocimiento estaba boca abajo sobre la playa, con alguien sobre mi espalda, como si estuviéramos jugando a los caballos, que ponía en práctica el método de respiración artificial preconizado por el profesor Schaefer. *Uno, due, tre, quattro,* y a cada *quattro,* el hombre apoyaba todo su peso sobre las manos que descansaban a ambos lados de mi espinazo, a la altura de las costillas falsas. Iba venciendo violentamente mis pulmones. Se enderezaba entonces mi salvador, disminuía la presión y mis pulmones admitían cierta cantidad de aire. *Uno, due, tre, quattro,* y se repetía la operación.

—¡Está respirando! ¡Está salvado! ¡Abre los ojos!

Cuidadosamente, como si fuera yo un cajón lleno de muy costosa porcelana, me volvieron hacia arriba. Me di cuenta del sol cegador, de un dolor de cabeza palpitante, localizado aproximadamente en el parietal izquierdo, y de un grupo de personas de pie en torno mío. Respiré calmosamente, dándome cuenta de ello; varias voces dieron instrucciones. Dos personas comenzaron a darme friegas en las plantas de los pies. Una tercera se aproximó con un cubo de juguete lleno de arena caldeada por el sol y me lo derramó sobre el estómago. Esta feliz ocurrencia tuvo un éxito inmenso e inmediato. Todos los curiosos y campesinos espectadores que habían formado círculo alrededor de mi cuerpo inerte, contemplando la aplicación de las teorías de Schaefer, deseosos de poder ayudar de alguna manera, ahora descubrieron que podían colaborar en mi salvación de manera activa: podían ayudarme a restablecer mi circulación regándome con arena caliente. Al punto, una docena de caritativas personas comenzó muy activamente a espumar la hirviente playa con cubos de juguete, con palas, con las manos, y a derramar la ardiente arena sobre mí. Pronto me encontré medio enterrado bajo un montón de abrasadora arena gris. Advertí en las caras de mis buenos samaritanos una expresión de pueril sinceridad dinámica. Iban rápidamente de aquí para allá, con sus cubitos de juguete, como si no fuera posible encontrar empleo más grave en esta vida que el construir castillos de arena sobre el vientre de un ahogado. Y los niños se unieron a ellos. Horrorizados en un principio por el espectáculo de mi cadáver, desmadejado y lívido, habían permanecido agarrados a las manos paternas, se habían ocultado detrás de faldas protectoras, mirando, mientras el método del profesor Schaefer me era practicado, con una especie de curiosidad dolorosa y espantada. Más así que volvía a la vida, cuando vieron a sus mayores irme sepultando con arena, comprendieron que se trataba de un juego admirable. ¡Y qué violentamente reaccionaron! Riendo atipladamente, aullando de

delicia y alegría, se arrojaron sobre mí con sus herramientas de juguete. No fue fácil evitar que me echaran la arena a puñados en la cara, que la arrojaran sobre mis orejas, que me la hicieron comer. Un chiquillo, como ambicionara llevar a cabo algo distinto que todos los demás, llenó su cubo de agua y espuma rancia, volvió corriendo y, con un magnífico grito de triunfo, lo vació todo desde gran altura sobre mi plexo solar.

Fue esto demasiado para mi seriedad. Rompí a reír. Pero no duró mi risa mucho tiempo, pues así que acabó la primera carcajada, cuando quise respirar para dar suelta a la segunda, descubrí que había olvidado el arte de respirar, y únicamente después de una lucha angustiosa logré recordar su técnica.

Asustó esto a la gente menuda: aquello no podía ser parte del juego delectable. Los mayores cesaron en sus esfuerzos y consintieron en alejarse de mi cadáver a petición de la autoridad competente. Hincaron una gran sombrilla en la arena junto a mí. Dentro de su rosada sombra, se me permitió que reforzase en paz y sosiego mi precaria sujeción a esta vida. Permanecí largo rato inerte y con los ojos cerrados. Lejos, lejísimos, alguien parecía continuar restregándome los pies. Con regular periodicidad, alguien me metía en la boca una cucharada de coñac y leche. Me encontraba muy cansado, pero maravillosamente cómodo. Y me parecía en aquellos momentos que no podía existir más alto deleite que el muy sencillo de respirar.

Pasado algún tiempo, me encontré lo bastante fuerte, y lo suficientemente animado, por mi vigor, para abrir los ojos y mirar a mí alrededor. ¡Qué nuevo, qué portentosamente delicioso me pareció todo! Lo primero que vi fue a un joven gigante semidesnudo, arrodillado obsequiosamente a mis pies, que me frotaba los tobillos y las plantas exangües. Vi bullir los músculos bajo su piel brillante y cobreña. Era su rostro romano, y su pelo negro como el azabache y rizado. Cuando advirtió que yo había abierto los ojos y que le miraba, sonrió. Tenía blanquísimos los dientes, y sus ojos castaños brillaban engastados en un esmalte fulgente y azulado.

Me preguntó una voz en italiano cómo me encontraba. Volví la vista. Un hombre grueso, con cara grande, bermeja y elástica y de bigote negro, estaba sentado junto a mí. Sostenía con una mano una taza, y con la otra una cucharilla. Llevaba pantalones blancos de hilo. El sudor le corría por el rostro, tenía aspecto de haber sido untado con mantequilla. De todo alrededor de sus ojos brillantísimos y negros salían numerosas arruguitas, como rayos de una aureola. Adelantó la cucharilla. Tragué. El dorso de sus manos morenas y grandes estaba cubierto de finos vellos.

—Soy médico —me explicó, sonriendo.

Asentí con la cabeza y le devolví la sonrisa. Me pareció no haber visto jamás un médico más encantador.

Cuando alcé la vista, vi el cielo azul, bellísimamente recortado por el borde de la sombrilla rosada.

—*Belli sono*[33]! —le dije al médico; y volví a cerrar los ojos.

Y tantos hombres, tan bellos… En la oscuridad teñida de sangre por mis párpados, escuché sus voces. Respiré lenta y voluptuosamente el aire salino. El juvenil gigante continuaba dándome friegas en las extremidades. Hice un esfuerzo, y alzando una mano la descansé sobre mi pecho. Levemente, como un ciego que busca con los dedos el sentido de una página de Braille, dejé resbalar los dedos por la piel tersa. Palpé las costillas, y las ligeras depresiones que las separaban. Y de súbito, sentí en los pulpejos el latir de un pulso apenas perceptible, pulso, pulso, pulso. Eso era lo que había querido buscar. Los dedos ciegos recorriendo cautelosamente el ámbito de la página habían interpretado letra a letra una extraña palabra. No procuré interpretarla. Bastaba a mi alegría saber que la palabra estaba allí. Permanecí largo rato inmóvil, sintiendo el pulsar de mi corazón.

—*Si sente meglio?* —me preguntó, solícito, el médico.

Abrí los ojos.

—Mi sentó felice.

Sonrió. Los rayos de las aureolas gemelas de sus ojos se mostraron con énfasis. Fue como si un símbolo sagrado hubiera aumentado repentinamente la importancia de su significado.

—Es bueno no estar muerto —dijo él.

—Es muy bueno.

Torné a mirar hacia el cielo y la sombrilla. Contemplé al joven gigante, tan fuerte y, sin embargo, tan sumiso a mis pies. Volví los ojos a derecha e izquierda. El grupo de curiosos se había disuelto. Ya fuera de peligro, había cesado de merecer su fisgoneo y su piedad. Los veraneantes se dedicaban de nuevo a sus acostumbradas ocupaciones. Los observé feliz.

Una pareja joven, en traje de baño, pasó lentamente junto a mí en dirección a la orilla. Sus caras, cuellos y hombros, sus brazos y piernas desnudos estaban tostados por el sol y tenían un suave color castaño y

transparente. Iban andando despacio, cogidos de la mano, y con tal gracia y fácil majestad, que sentía ganas de Morar. Eran muy jóvenes, altos, delgados y fuertes. Eran tan hermosos como una pareja de potros de pura raza. Parecían caminar —graciosos, al azar, majestuosamente— en un mundo más allá del bien y del mal. Poco importaba lo que pudieran hacer o decir; les bastaba para justificarse con existir. Se detuvieron, me miraron un momento, uno con ojos castaños, otro con ojos grises, me regalaran con el brillo de sus dientes, inquirieron cómo me encontraba, y al decirle yo que mejor, volvieron a sonreír y continuaron su camino.

Una niña, vestida con un trajecito del color de no sé que flores silvestres, más pálido que su cara y sus brazos, llegó corriendo, se detuvo como a tres metros de mi y comenzó a mirarme con gran interés. Tenía los ojos muy grandes, y sombreados por pestañas negras y verdaderamente de absurda hermosura. Por encima de ellas se abombaba una inmensa frente que hubiera dado gran personalidad a un filósofo. La nariz era chata y de tan exiguo tamaño que no se reparaba en ella. El pelo, negro, rizado y tieso, simulaba una explosión permanente alrededor de su cabeza. Estuvo mirándome largo rato. Yo le devolví sus miradas.

—¿Qué quieres? —le pregunté por fin.

Y de repente, al escuchar mi voz, se apoderó de ella la timidez. Se cubrió la cara con el antebrazo, como para escudarla contra un golpe. Pasados unos segundos, osó espiarme mirando por debajo del codo. Estaba su cara roja de rubor. Volví a hablar. Eso fue ya demasiado. Giró sobre los talones, y corrió hacia su familia que estaba sentada quince metros más allá a la precaria y tornadiza sombra que daba una gran sombrilla a rayas. La vi arrojarse en brazos de su madre, mujer grande, plácida, vestida de muselina blanca. Luego, borraba mi existencia al hundir ella la cabeza en el seno acogedor y amplio, se dejó escurrir hasta el suelo desde las rodillas de su madre y continuó jugando con su hermana pequeña, serenamente, como si él incidente jamás hubiera ocurrido.

Tristemente, desde la lejanía, llegó el pregón largo y sostenido de un vendedor de golosinas:

—Bomboloni!

Dos jóvenes *marchesas* de origen norteamericano, con bañadores morados, pasaron hablando juntas en tono invariable, con voces incansablemente monótonas:

—… y tiene una mentalidad encantadora —oí decir a una.

—Pero lo que más me gusta de él —dijo la otra, que al parecer había asimilado más completamente el punto de vista latino— son los dientes.

Un hombre de cierta edad, con el vientre excesivo que es la consecuencia de abusar de la *pasta*, y un niño delgadísimo, como de doce años, entraron ahora en mi campo visual, mojados, relucientes, recién salidos del mar. La arena ardiente les quemaba los pies, y avanzaban saltando sobre la playa abrasadora con una agilidad que daba gusto ver. Las plantas de los pies de *Concetta la Loca* eran de material más resistente. Bajaba a diario de la montaña, descalza, con un cesto de fruta al brazo y una larga cayada en la otra mano. Vendía su mercancía en la playa, y por las puertas de las casas, hasta vaciar su cesto. Entonces regresaba a las alturas a través del llano. Al apartar la vista del hombre gordo y del niño flaco, la vi ante mí. Estaba vestida con un traje viejo, manchado y harapiento. Su pelo gris escapaba en abundantes mechones del gran sombrero de paja. Su cara de vieja era vivaz, afilada y avizora; la piel arrugada parecía oscuro pergamino estirado sobre los huesos. Estuvo mirándome buen rato, descansando el peso sobre su cayada.

—Entonces… ¿es usted el extranjero que se ahogó? —acabó por decir.

—Si se hubiera ahogado, ¿cómo podría estar vivo? —preguntó el médico.

El joven gigante encontró esto de exquisita comicidad y rió profundamente, desde las profundidades de su pecho inmenso.

—Déjanos, Concetta —prosiguió el médico—. Este señor necesita tranquilidad. No vayas a endilgarle uno de tus discursos. No puede ser.

Concetta no le hizo caso. Estaba acostumbrada a tales cosas.

—¿Qué sería de nosotros sin la gracia de Dios? —comenzó, sacudiendo la cabeza—. Eres joven, *signorino*, Dios te ha salvado. Yo soy vieja. Pero…

La interrumpió una niñera joven que llegó corriendo para comprar medio kilo de uvas. Quedó para más tarde el discurso. Los negocios son los negocios.

Concetta apercibió su romana de acero, puso un racimo de uvas en el platillo y fue moviendo el peso de un lado a otro a lo largo de la barra en busca del equilibrio. La niñera observaba la operación. Tenía la cara redonda, rojas las mejillas, hoyuelos en ellas, pelo negro y ojos como botones negros. Era rotunda como una fruta. El gigante la miró con franca admiración. Volvió

ella los botones hacia él durante un segundo, le despreció canturreando para sí con aire de indiferencia, como si se encontrará sola en una isla desierta y quisiese animarse, fijó la miradas pensativa en las bellezas pintorescas de la Naturaleza.

—Seiscientos gramos —dijo Concetta.

Pagó la niñera, y aún canturreando, aún en la isla desierta, se alejó con breves pasitos, contoneándose rotundamente, como una luna por entre nubes hostigadas por el viento. El joven gigante dejó de restregarme los tobillos y la miró. Con la belleza de la luna y con su suave paso, la niñera se alejaba, contoneándose inseguramente sobre los altos tacones, playa arriba.

«Rabear», pensé. Skeat tenía sobrada razón para traducir la palabra como lo hacía.

—*Bella grassa* —dijo el médico, expresando los sentimientos que indudablemente experimentaba el muchacho.

Y los míos. Pues, después de todo, estaba viva, obedecía las leyes de la Naturaleza, andaba al sol, comía uvas y «rabeaba». Volví a cerrar los ojos. Pulso, pulso, pulso; el corazón latía con regularidad bajo mis dedos. Me sentía como Adán, recién creado y no más fuerte que una mariposa recién salida de su crisálida, aún demasiado húmeda y blanda la arcilla rojiza para permitir el ponerme de pie. Mas pronto, cuando se endurece al secarse, me levantaría y retozaría jubiloso en este mundo novísimo, y yo mismo sería un gigante mozo, un ejemplar de pura raza, grácil y majestuoso, un niño, un nómada loco.

Hay gentes que logran pasarse la vida en un estado de convalecencia perpetua. Se conducen en todo momento como si acabaran de escapar milagrosamente de la muerte un segundo antes; viven felices por el puro gusto de vivir y les emborracha la felicidad simplemente porque no están muertos. Para quienes nacieron convalecientes, quizás el secreto de la dicha sea el medio ahogarse con regularidad tres veces antes de cada comida. Puedo recomendarlo como alternativa de mi «tobogán acuático para hogar y oficina», como remedio más enérgico contra el tedio.

—¿Está usted solo aquí? —me preguntó el médico.

Asentí.

—¿No tiene parientes?

—En este momento, no.

—¿Ni amigos?

Denegué con la cabeza.

—¡Vaya!

Tenía una verruga incipiente en un lado de la nariz, allí donde ésta se junta con la mejilla. Me descubrí estudiándola atentamente. Era una verruga interesante en alto grado: blancuzca, aunque ligerísimamente adornada por un pálido rubor en su parte más alta. Parecía una cereza a medio madurar.

—¿Le gustan las cerezas? —le pregunté. El médico pareció sorprendido.

—Sí —respondió pasados unos instantes, sopesando su respuesta, como si la hubiera considerado cuidadosamente.

—A mí también —y rompí a reír. Esta vez mi sistema respiratorio aguantó el esfuerzo—. Y a mí también. Pero las verdes, no —añadí medio ahogado de risa. Me pareció que jamás se dijo cosa más jocosa.

Fue entonces cuando *Mrs*. Aldwinkle surgió en mi vida definitivamente, pues, al volver Ja cabeza, aún suspirando anhelosamente de resultas de mi paroxismo de risa, vi ante mí al farolillo a la veneciana del *patino. Su* bañador color de fuego, algo menos radiante ahora que estaba mojado, aún fulgía entre las sombras de acuario de su sombrilla verde, y por su cara pudiera juzgarse que ella, y no yo, fue la que se ahogó.

—Me han dicho que es usted inglés —me dijo en la misma voz desgobernada, antimusical, que aún no hacía gran rato había oído yo citando a Shelley.

Aún mareado, todavía borracho de convalecencia, *confesé* ser inglés con una risa.

—Ha estado usted a punto de ahogarse. —Exacto— dije riendo de nuevo; era un magnífico chiste.

—Siento verdaderamente que… Tenía la costumbre de dejar las frases sin acabar. Las palabras que debían formar el final de la cláusula se derretían, se fundían las unas con las otras para formar una masa amorfa de sonido.

—No se preocupe —le supliqué—. No es desagradable en absoluto. Al menos, cuando todo ha pasado.

La miré cariñosamente, y con mi infinita curiosidad de convaleciente. También ella me miró a mí. «Sus ojos —pensé—, deben de tener la misma curvatura que esas lentes que atornillamos a la horquilla trasera de las bicicletas; recogen toda la luz que existe difusa a su alrededor y la reflejan con brillo concentrado».

—He venido para preguntarle si puedo hacer algo por usted —me dijo el farolillo a la veneciana.

—Muy amable.

—¿Está usted solo aquí?

—Por ahora, completamente.

—Entonces quizá le apetezca pasar unos días en mi casa, hasta que esté usted completamente… —Farfulló algo, hizo un gesto que implicaba el vocablo perdido, y prosiguió—: Tengo una casa, allí, en… —y señaló con la mano en dirección al terreno montañoso de paisaje *shelleyano*.

Acepté la invitación alegremente, impulsado por mi borrachera de vida.

—Deliciosa idea —dije; todo era delicioso aquella mañana. Hubiera aceptado gozosamente una invitación para pasar unos días con *Miss* Carruthers o con *Mr*. Brinstone.

—Y ¿su nombre? —me preguntó—. Aún no lo sé.

—Chelifer.

—¿Chelifer? Pero… ¿no será Francis Chelifer?

—¡Francis Chelifer! —afirmé.

—¡Francis Chelifer! —Puso su alma entera en la repetición de mi nombre —. ¡Pero qué maravilloso! Hace años que estoy deseando conocerle.

Por primera vez desde que me levanté chispo de entre los muertos, tuve un aterrador presentimiento de la sobriedad del mañana. Recordé entonces por primera vez que al revolver de la esquina, justo al doblarla, me encontraría con el mundo verdadero.

—¿Y su nombre? —pregunté, receloso.

—Lilian Aldwinkle —dijo el farolillo a la veneciana; y al decirlo dio a sus labios una conformación de positiva dulzura. Las lámparas azules que eran sus ojos brillaron con tal intensidad de enfocado perfecto, que incluso los

chóferes daltonianos que ven autobuses grises en Piccadilly y césped color de sangre y *árboles* color bermellón en el parque hubieran comprendido que aquellas luces eran señales de inminente peligro.

Una hora más tarde estaba reclinado sobre el mullido asiento del «Rolls Royce» de *Mrs*. Aldwinkle. No había escape.

VII

No había escape… Más me duraban aún lo suficiente los efectos de la borrachera de vida para desear escapar. Mi sobria visión del futuro no fue más que un fulgor momentáneo. La tuve y pasó, casi inmediatamente, y de nuevo me sentí embebecido en lo que se me antojaba una comedia sin fin y deliciosa que se representaba en torno mío. Me bastaba con existir, y con que me «ocurrieran» cosas. Dos o tres gigantes jóvenes me llevaron al hotel, y el equipaje fue hecho sin mi intervención. Mientras aguardaba en el vestíbulo a que *Mrs*. Aldwinkle viniera a buscarme, ensayé dos o tres veces andar. La debilidad de mis piernas me pareció de comicidad hilarante.

Al fin apareció *Mrs*. Aldwinkle, vestida de amarillo claro con un gran sombrero de paja. Sus invitados, me explicó, se habían ido en otro coche, y yo podría ir tumbado, o casi tumbado, en su gran automóvil vacío. Y en caso de que me encontrase enfermo…, me mostró un frasco de plata con coñac. ¿Escapar? Ni se me ocurrió; me hallaba feliz.

Me recliné muellemente entre almohadones. *Mrs*. Aldwinkle dio unos golpecitos en el cristal de la ventanilla anterior. El mecánico movió una mano indolentemente y el coche echó a andar abriéndose paso por entre el grupo de aficionados al automovilismo que en Italia se congrega casi mágicamente en torno a cualquier automóvil parado. Y el de *Mrs*. Aldwinkle era un ejemplar peregrino por su hermosura.

Los muchachos llamaron a sus amigos:

—*Venite. E* una *Ró-Ró*.

Los niños susurraban, impresionados:

—*Una Ró-Ró!*

El grupo se disolvió de mala gana ante nosotros. Avanzamos, deslizándonos, dejando atrás el «Grand Hotel», torcimos por la calle principal, cruzamos la *piazza*, en medio de la cual, abandonado, dejado en seco por el mar en retirada, se alzaba el rosado fortín construido por los príncipes de Massa Carrara para vigilar el Mediterráneo, peligroso a causa de los piratas berberiscos, y salimos del pueblo por la carretera que conduce a las altas montañas atravesando el llano.

Unos bueyes blancos de pasos meticulosos, dentro de una nube de polvo de lentos movimientos, avanzaron tropezando los irnos con los otros, desviándose en repentinos zigzag. Eran ocho yuntas las que venían unidas en larga procesión, con media docena de aulladores boyeros que tiraban sin cesar de las cuerdas que servían de rienda y restallaban continuamente sus látigos. Tiraban los bueyes de un carro bajo, atado al cual vimos un inmenso monolito de mármol blanquísimo. Cuando pasamos junto a los bueyes, los animales, sacudieron la cabeza, volviéndose hacia uno y otro lado, como buscando con ansia la manera de huir. Sus largos cuernos corvos chocaron unos contra otros; sus blandas papadas blancas se estremecieron; y en los ojos castaños e inexpresivos brotó una chispa de espanto, un ruego de que nos apiadáramos de su invencible estupidez y recordásemos que por mucho que se esforzaban les era completamente imposible habituarse a los automóviles.

Mrs. Aldwinkle señaló hacia el monolito.

—Imagínese lo que Miguel Ángel hubiera podido hacer con eso —dijo; y como advirtiera que la mano con que señaló aún sostenía el frasco de plata, adoptó inmediatamente un aire de gran solicitud—: ¿Está usted seguro de que no quiere beber un poquito de esto?

Las dos señales de peligro azules y gemelas brillaron cerca de mi cara. Su ropa despedía un perfume en cuya composición entraba el ámbar gris. Su aliento estaba aromatizado con pastillas de heliotropo. Pero ni siquiera entonces me alarmé. No hice esfuerzo alguno para huir. Guiados por su estupidez invencible, los bueyes blancos se habían conducido con más sensatez que yo.

Continuamos rodando. Fueron acercándose las montañas. Los lejanos picachos desnudos y calcáreos quedaron ocultos por la vital masa vegetal de las laderas labradas y boscosas. Miré a aquellas vastas montañas.

—¡Qué maravilla! —dije.

Mrs. Aldwinkle pareció tomar mi comentario como si se tratase de un piropo dedicado a ella.

—¡Cómo me alegro de que le guste! —dijo en el tono de un autor a quien acaba de decírsele que su último libro nos ha gustado mucho.

Fuimos acercándonos. Alzáronse los montes ante nosotros, hostiles como murallas inmensas. Mas la barrera se abrió súbitamente y penetramos por el portillo de un valle que se enroscaba en la montaña. Ahora nuestra carretera

avanzaba paralela al lecho de un torrente. En las laderas de la montaña que quedaba a nuestra derecha, veíase la inmensa y desnuda cicatriz, varios centenares de pies de longitud, de una cantera de mármol. La cresta del monte estaba adornada por una franja de pinos de ancha copa. Los troncos esbeltos y rectilíneos ascendían hasta una altura de diez metros sin una rama; sus anchas cúpulas planas formaban una silueta fina e interrumpida, y por entre ella y la masa sombría de la montaña se veía una banda de cielo, graciosamente enrejada por los troncos desnudos. Era como si un pintor, para hacer más enfática la silueta de la montaña, hubiera trazado una pincelada de gran soltura paralela al contorno montañoso, pero algo apartada de él.

Continuamos nuestro camino. La carretera encogió su anchura y se convirtió en escuálida calleja villana. El automóvil continuó lentamente, gañendo sin cesar.

—Vezza —me explicó *Mrs*. Aldwinkle—. Miguel Ángel venía aquí a buscar sus mármoles.

—¿De verás? —dije, encantado.

Encima del escaparate de un comercio, lleno de cruces blancas, columnas y estatuas, leí un rótulo que decía: «Compañía Anglo-Americana de Monumento Fúnebres». Salimos de la angosta calle a un camino paralelo a un ría A partir de la orilla opuesta el terreno ganaba altura bruscamente.

—¡Mire! —dijo *Mrs*. Aldwinkle en tono exultante cuando cruzamos el puente—. Aquélla es mi casa —y me la señaló. Una larga fachada oteada desde la altura con sus veinte ventanas. Una erguida torre punzaba el firmamento—. El palacio fue construido en 1630 —comenzó.

Hasta aquella lección de historia me pareció agradable.

Luego de pasado el puente, comenzamos a subir un camino pendiente y tortuoso a través de un olivar que casi mereciera ser llamado bosque. El abrupto declive de la ladera tapizada de hierba había sido convertido en innumerables y pequeños bancales en los cuales los árboles estaban plantados. Aquí y allá, a la sombra gris y luminosa de los olivos, pastaban pequeños grupos de un rebaño de ovejas. Los chiquillos descalzos que las apacentaban vinieron corriendo a la cuneta para vernos pasar.

—Me gusta pensar en estos antiguos patios principescos —estaba diciendo *Mrs*. Aldwinkle—. Como abadías de…, abadías de… —agitó impacientemente el frasco de coñac—. De…, ya sabe usted; abadías de…

—Abadías de Thelema.

—Eso es —dijo *Mrs*. Aldwinkle—. Lugares de retiro, en los que podían los hombres llevar una vida intelectual. Eso es lo que quiero hacer con mi casa. Me he llevado una gran alegría al conocerle de manera tan inesperada. Usted es exactamente la clase de persona que necesito —y al decirlo se inclinó hacia mí sonriendo y refulgente.

Pero ni siquiera ante su proyecto de hacerme profesar en la Abadía de Thelema me asusté.

En aquel momento pasamos por una inmensa puerta a través de la verja. Vi una gran escalinata bordeada de cipreses, que ascendía formando una serie de terrazas hasta una puerta tallada en el centro de la fachada. La carretera daba la vuelta, el coche tomó la curva y dejé de verlo todo. Seguimos ahora subiendo más suavemente por una avenida de acebos hacia la casa, a uno de cuyos costados nos íbamos aproximando. Acabó por conducirnos la carretera hasta un gran patio cuadrado, al que daba una fachada similar a la principal, pero más pequeña. Al final de una doble escalinata que subía en forma de herradura hasta el descansillo de entrada, una gran puerta de presuntuoso trazado, encima de la cual se veía un escudo de armas, invitaba cavernosamente. Se detuvo, el automóvil.

Y ya era hora, pienso al releer lo que llevo escrito. Hay pocas cosas más profundamente aburridas e inútiles que las descripciones literarias. Verdad es que el escritor halla cierto placer en la rebusca de palabras adecuadas y expresivas. Dominado por la emoción de la caza de vocablos, se lanza alocadamente, olvidando a sus desdichados lectores, que le siguen penosamente a través de sus páginas inflexibles y arcillosas, como quienes siguen corriendo a los jinetes que cabalgan tras la jauría, sin ver nada de lo que ocurre.

Todos los autores, sin duda, son a la par lectores y debieran por tanto saber lo tediosas que resultan las descripciones. Más eso no les impide infligir a otros los tormentos que ellos han sufrido. Antes al contrario, yo creo que algunos autores escriben de la manera en que lo hacen, animados exclusivamente por los deseos de vengarse.

Los demás invitados de *Mrs*. Aldwinkle ya habían llegado y estaban aguardándonos. Fui presentado a ellos y los encontré a todos igualmente encantadores. La sobrina acudió presurosa para ayudar a *Mrs*. Aldwinkle; el muchacho que empuñaba los remos en el *patino* corrió a su vez en ayuda de la

sobrina, e insistió en llevar él todas las cosas de que ella acababa de aliviar a su tía. El hombre de edad y rostro rubicundo, a quien oí hablar de las nubes, contemplaba con benevolencia esta escena. Pero otro hombre entrado en años, de barba blanca, a quien no había visto hasta entonces, parecía juzgarla con severidad. La mujer joven que habló acerca de la blancura de sus piernas, y que resultó ser mi distinguida colega *Miss* Thripiow, llevaba ahora un trajecillo verde con blanco cuello vuelto, blancos puños y blancos botones, que la asemejaban a una colegiala de una ópera cómica de Offenbach. El hombre joven y atezado estaba junto a ella.

Bajé del coche, rehusé las ayudas que se me brindaron.

Atravesamos la casa para salir a un gran patio rectangular rodeado en tres de sus lados por edificaciones y formando el cuarto, el que daba hacia la montaña, por un gran arco. Sobre un pedestal, en el centro del patio, se erguía una estatua de mármol, algo mayor que de tamaño natural, representando, según mi protectora me dijo, el penúltimo príncipe de Massa Carrara, con una gran peluca, faldellines romanos, borceguíes y una de esas bellas y clásicas corazas que exhiben esculpida en el centro del pecho la cabeza de una gorgona, y más abajo un como hoyuelo para indicar la situación del ombligo en medio de la rotunda y pulida barriga. *Mrs*. Aldwinkle, con la expresión de quien va a revelar un secreto delicioso y apenas es capaz de retener su regocijo hasta el momento de descubrirlo. *Mrs*. Aldwinkle, con una sonrisa que no acababa de salir a la superficie de su rostro, me llevó hasta el pie de la estatua y dijo casi en un susurro:

—¡Mire!

Era el espectáculo uno de esos lindos cuadritos en los que, para conseguir cinco minutos de diversión y de cosquilleo visual, los grandes monarcas de otros tiempos se gastaban el valor de una provincia rica. Desde el arco central de la columnata arrancaba una escalinata de mármol hasta la cúspide del monte, en donde parcialmente abrazado por un semicírculo de cipreses, un templete redondo jugaba muy gentilmente al paganismo, así como la efigie del patio, acorazada y calzada de borceguíes jugaba heroicamente a Plutarco.

—¡Y mire esto! —dijo *Mrs*. Aldwinkle; y conduciéndome al otro lado de la estatua, me llevó hacia el portón centrado en el edificio frontero al arco Estaba abierto. Un corredor abovedado, como un túnel, atravesaba de parte a parte la casa. Mirando por él pude ver el cielo azul y el remoto horizonte del

mar. Entramos. Al llegar a su final me encontré en lo alto de la escalinata divisada desde las verjas de la finca.

Tenía todos los visos de una decoración teatral, pero era una decoración de mármol sólido y de árboles vivos.

—¿Qué le parece? —dijo *Mrs*. Aldwinkle, de nuevo con expresión reveladora.

—Magnífico —respondí con un entusiasmo que disminuía a causa de mi agotamiento físico.

—Esta vista… —dijo *Mrs*. Aldwinkle punzándola con la contera de su sombrilla—. El contraste entre los cipreses y los olivos…

—Pero la vista es todavía mejor desde el templete —dijo la sobrina, evidentemente deseosa de que yo me percatara de la calidad inapreciable que tenían las propiedades de su tía Lilian.

—¡Qué poco piensas! —dijo su tía revolviéndose contra ella—. ¿Es que no te das cuenta de que el' pobre *Mr*. Chelifer aún está sufriendo los efectos de su accidente? ¡Y le propones que suba nada menos que al templete!

La sobrina se sonrojó y humilló la cabeza ante el reproche. Nos sentamos.

—¿Qué tal se encuentra? —me preguntó *Mrs*. Aldwinkle, recordando de nuevo su interés—. Es demasiado espantoso pensar lo poco que ha faltado… Siempre he admirado profundamente sus obras.

—Y yo —declaró mi colega del vestido verde—. Muchísimo. Aunque confieso que encuentro algunas de sus cosas algo alambicadas. Me gusta la poesía más sencilla.

—Gusto de gran refinamiento —dijo el señor de la cara rojiza—. Las gentes verdaderamente sencillas y primitivas gustan de una poesía todo lo complicada, conceptuosa y artificial, y lo más distinta del lenguaje ordinario que sea posible. Acusamos al siglo XVIII de artificial, pero el hecho es que *Beowulf* está compuesto en un lenguaje cincuenta veces más conceptuoso y menos natural que el *Ensayo sobre el Hombre*. Y si comparamos las sagas islándicas con el doctor Johnson, hallamos que es él doctor quien usa los giros coloquiales y las construcciones caseras. Únicamente gente de destilado refinamiento, que vive rodeada de artificialidad, busca versos sencillos y de intención evidente.

Cerré los ojos y dejé que las olas de conversación pasaran por encima de mí. ¡Y qué magnífica conversación! No hubiera podido el príncipe Papadiamantopoulus elevarse a mayores alturas. El cansancio iba disipando mi embriaguez. La fatiga, el cansancio corporal. Algún industrioso científico hormiguita debiera catalogar y medir sus diversos efectos. Todos ellos; pues no basta mostrar que cuando los esclavos de un jornal han trabajado con exceso, desarrollan la tendencia a caer dentro de las máquinas para ser triturados y convertidos en pulpa. Este hecho es sin duda interesante; mas existen otros no menos significativos. Por ejemplo, el hecho de que una ligera fatiga aumenta nuestra capacidad, emotiva. Las cartas amorosas comprometedoras se escriben siempre de madrugada. Hablamos del amor ideal y expresamos nuestras tribulaciones de noche, y no cuando nos hallamos frescos y reposados. Bajo la influencia de un ligero cansancio, nos encontramos más propicios a discutir los problemas del Universo, a hacer confidencias, a dogmatizar sobre muy abstrusos asuntos metafísicos, y a trazar planes para el porvenir. También se acentúa nuestra inclinación hacia los placeres voluptuosos.

Ahora bien, si el cansancio sobrepasa cierto límite, entonces cesamos por completo de sentirnos sentimentales, voluptuosos, metafísicos o confidenciales. Se suspende toda sensación, excepto la de la decrepitud de nuestro ser. Dejamos de experimentar interés por el mundo externo, a no ser que insista en perturbarnos, y entonces lo odiamos con una animosidad honda, pero ineficaz, entreverada de asco por cuanto nos rodea.

Mi cansancio había traspasado, casi de manera repentina, el punto crítico. Mi delicia de convaleciente en el mundo se había evaporado. Mis prójimos ya no me parecían bellos, excepcionales y amables. Los esfuerzos de *Mrs*. Aldwinkle para hacerme tomar parte en la conversación me exasperaban, y cuando la miraba me parecía un monstruo. Comprendí demasiado tarde (lo que hacía la cosa doblemente molesta) mi imprudencia al aceptar su invitación. Un lugar fantástico, arte, conversaciones abstractas acerca del cosmos, de los intelectuales, del amor… Era demasiado hasta para unas vacaciones.

Cerré los ojos. Algunas veces *Mrs*. Aldwinkle me interpelaba, y yo contestaba si o no sin prestar gran atención al sentido de su pregunta. La discusión rugía en torno mío. Desde la discusión de mis versos alambicados habían pasado a hablar del arte en general.

¡Caray!, me dije, ¡caray…! Hice todo lo que pude para taponar los oídos de mi mente, y durante algún tiempo logré no comprender nada de cuánto decían.

Pensé en *Miss* Carruthers, en Fluffy, en Brinstone, en Gog's Court y en *Mr*. Bosk.

La voz de *Mrs*. Aldwinkle, elevada por la irritación a una potencia extraña se hizo oíble a mi mente acolchonada.

—¿Cuántas veces te he dicho, Cardan, que no entiendes una palabra de arte moderno? —preguntó *Mrs*. Aldwinkle.

—Por lo menos, mil —respondió *Mr*. Gardan, alegremente—. Pero no te importe, mujer. No te hago ningún caso.

Abrí los ojos a tiempo para ver la benevolente sonrisa de *Mr*. Cardan. Ésta sonrisa, al parecer, colmó la paciencia de su interlocutora. Con un gesto de reina que implica que la audiencia ha terminado, se puso de pie.

—Tenemos el tiempo justo —dijo—. Quiero que *Mr*. Chelifer se forme una buena idea del interior de la casa antes de comer. ¿Quiere usted acompañarme? —me dijo con una sonrisa de sirena.

Cortés en demasía para recordarle la manera en que un rato antes reconvino a su sobrina, me mostré encantado con la idea. La seguí vacilante al interior de la casa. Oí que el remero, a mi espalda, decía con acento de pasmo mezclado con indignación:

—Pero si hace un momento ha dicho que *Mr*. Chelifer está demasiado agotado para…

—¡Ah! —dijo la voz del caballero rubicundo—. Pero eso era muy distinto.

—¿En qué era distinto?

—En que mi querido y joven amigo, los demás son siempre la regla; pero yo soy, invariablemente, la excepción. ¿Los acompañaremos?

Mrs. Aldwinkle me hizo mirar a los techos pintados hasta que casi caí en el suelo, mareado. Me arrastró de salón barroco en salón barroco; luego me obligó a subir lóbregas escaleras que conducían a la Edad Media. Para cuando llegamos al *trecento* me hallaba tan exhausto que a duras penas me tenía en pie. Me temblaban las rodillas, y sentía unas terribles náuseas.

—Ésta es la antigua Armería —dijo *Mrs*. Aldwinkle con entusiasmo creciente—, y ésta es la escalera que sube a la torre.

Señaló a un arco bajo, a través del cual, en una penumbra polvorienta, se veía el primer escalón de una empinada escalera que ascendía en sacacorchos a desconocidas alturas.

—Tiene doscientos treinta y dos escalones —añadió.

En aquel instante, el batintín anunciando la comida retumbó sordamente en la lejanía, al otro extremo de la casa inmensa y vacía.

—Alabado, alabado sea Dios —dijo el caballero rubicundo.

Mas la señora de la casa, evidentemente, no daba gran importancia a la puntualidad.

—¡Qué lata! —exclamó—. Pero no importa. Puede esperar un poco. Quería subir a la torre antes de comer. Se disfruta de una vista de pájaro…

Mrs. Aldwinkle nos miró a todos interrogativamente.

—¿Qué les parece? ¿No creen que debemos subir en un momento? No tardaríamos ni un minuto. Anden, vamos —insistió, repitiendo su sonrisa de simia.

Y sin aguardar el resultado del plebiscito, echó a andar rápidamente hada la escalera. La seguí. Más antes de haber dado cinco pasos, el suelo y las paredes parecieron esfumarse en la lejanía. Algo bramó en mis oídos. Todo se oscureció. Me sentí caer. Y, por segunda vez desde el desayuno, perdí él sentido.

Cuando volví en mí estaba echado en el suelo, con la cabeza sobre las rodillas de *Mrs*. Aldwinkle, que me pasaba por la frente una esponja mojada. Lo primero que vi fueron sus ojos azules y fulgentes, colados encima de mí, muy cerca, muy brillantes y atemorizadores.

—¡Pobrecillo! —estaba diciendo—. ¡Pobrecillo! Entonces, alzando la vista, gritó a los diversos propietarios de las piernas y las faldas que vagamente veía yo a mi derecha e izquierda:

—¡Más atrás! ¡Más atrás! ¿Es que queréis asfixiarle al pobre?

TERCERA PARTE

EL AMOR DE LOS PARALELOS

I

Atraque hizo todo lo que en su mano estuvo, Lord Hovenden había encontrado imposible durante los últimos días ver a Irene a solas. El fenómeno se había manifestado de manera casi repentina, al poco tiempo de aparecer en escena Chelifer. Antes de su llegada, conoció una temporada de extática dicha, que, extrañamente, comenzó tan repentinamente como acabó. Mientras duró, siempre que se presentaba una oportunidad para celebrar un *téte-á-téte*, Irene no andaba lejos, y lo que es más, siempre se mostró encantada de aprovechar la ocasión. Habían dado largos paseos juntos, habían nadado en compañía alejándose considerablemente de la playa, se sentaron a solas en el jardín durante largos ratos, hablando unas veces, cañando, otras, pero muy felices siempre, ya parlanchines o silenciosos. Él habló de automóviles, bailes y cacerías, y algunas veces, aunque algo avergonzado y cohibido por la seriedad del asunto, acerca de las clases trabajadoras. E Irene había escuchado con gran placer todo, hablando también ella. Descubrieron que tenían muchos gustos en común. Mientras duró la cosa, lo pasaron admirablemente. Y entonces, con la llegada de aquel sujeto Chelifer, todo había cambiado. Era imposible encontrar a Irene cuando se ofrecía una oportunidad de baldar, y no volvió a proponerle, como hizo una o dos veces durante la dichosa temporada, que fueran ambos a dar un paseo. Ya no encontraba tiempo para hablar él. Estaban sus pensamientos, al parecer, ocupaos en otras cosas según se movía misteriosa y rápidamente por los sajones y jardines del palacio. Y Lord Hovenden con angustia que los apresurados de Irene la conducían invariablemente Chelifer. Si Chelifer salía después de comer al jardín, no tardaba Irene en salir disimuladamente al jardín. Si Chelifer proponía a Cardan o a Salamy dar un paseo, Irene rogaba al punto, tímidamente, pero *con la* determinación y la palidez de quién se sobreponer a una debilidad para alcanzar una finalidad importante, que la permitieran acompañarlos. Y si por casualidad Chelifer y Mary Thriplow se apartaban para hablar, Irene se acercaba calladamente a ellos antes de que pasara mucho tiempo.

Lord Hovenden únicamente podía encontrar una explicación a todo esto: Irene se había enamorado de Chelifer. Es verdad que nunca se esforzaba en trabar conversación con él cuando le tenía a su lado, y hasta parecía intimidarla sus prolongados silencios, y sus fórmulas de cortesía y galantería,

evidente, claramente, faltas de sinceridad. En cuanto a Chelifer, por lo que su rival podía juzgar, se comportaba con absoluta corrección. Con «excesiva» corrección, pensaba Hovenden, que no podía soportar la sarcástica suavidad de aquel tipo, y que opinaba que debiera mostrarse más humano con Irene. Lord Hovenden hubiera experimentado gran placer retorciéndole el pescuezo, retorciéndoselo por dos crímenes recíprocamente contradictorios: enamorar a la muchacha y conducirse con ella con insoportable arrogancia. E Irene parecía desgraciada. Su cara, rodeada del marco del pelo cobreño, tan infantil con sus ojos grandes y transparentes, con su breve labio superior, era la de una niña desgraciada en lugar de contenta, únicamente podía explicarlo Lord Hovenden suponiendo que era desgraciada a causa del amor que a Chelifer le tenía, aunque qué diablos pudiera ver nadie en él, Lord Hovenden no podía imaginar. Por si fuera poco, resultaba evidente que la madura Lilian se había prendado de Chelifer también, y andaba haciendo el ridículo como consecuencia de ello. Si *Mrs.* Aldwinkle llegaba a percatarse de que Irene estaba tratando de desbancarla, no iba a ser menuda la tremolina. Cuanto más pensaba en el desgraciado asunto, más desgraciado se le antojaba. Lord Hovenden estaba compungido y mustio.

Y otro tanto le acontecía a Irene, aunque no por los motivos que Lord Hovenden suponía. Era verdad que desde la llegada de Chelifer había dedicado sus días a perseguir al nuevo invitado como una sombra melancólica. Más no hizo tal por propio interés ni por impulso soberano. Chelifer, en efecto, la intimidaba, y hasta aquí las adivinaciones de Lord Hovenden eran exactas. En lo que erró fundamentalmente fue en suponer que Irene adoraba a aquel hombre a pesar del respeto que le imponía. Si le seguía a todas partes era por habérselo pedido *Mrs.* Aldwinkle. Y si su expresión era afligida, debíase a que su tía Lilian se sentía desgraciada y también, en no escasa medida, porque el encargo recibido le era desagradable. No solamente ingrato en sí, sino por impedirle aquellos muy agradables coloquios con Lord Hovenden. Desde la noche en que tía Lilian le había echado en cara su frialdad y su ceguera. Irene se había esforzado en ser acompañada por Lord Hovenden todo el tiempo posible. Quería demostrar a tía Lilian su error. Ni era fría ni estaba ciega, sino que podía advertir tanto como cualquiera la atracción que ejercía sobre otras personas y expresar su placer cálidamente. Y, en realidad, después de los episodios de Jacques, Mario y Peter, no tenía derecho tía Lilian a zaherirla de aquel modo. En absoluto. Impulsada por su indignación y su deseo de confundir a tía Lilian lo antes posible, había llegado a insinuarse osadamente con Lord Hovenden, pues era tan grande la

timidez de éste, que de no haberlo hecho hubieran pasado varios meses hasta poder demostrar convincentemente a tía Lilian la falsedad de sus imputaciones. Había hablado y paseado con él, decidida a sentir en el primer momento propicio la infinidad de una gran pasión. Mas el desarrollo del episodio fue muy distinto del que los anteriores tuvieron. Comenzó, en efecto, a sentir algo, pero en nada parecido a lo experimentado con Peter y Jacques. En el caso de éstos había experimentado una sensación burbujeante, emocionante, de inquieta excitación, íntimamente relacionada con grandes hoteles, orquestas de baile, luces de colores y el infatigable deseo de tía Lilian de sacar a la vida todo lo posible, su recelo de que estaba perdiéndose algo, incluso al encontrarse en el vértice de la diversión.

—Diviértete, no te contengas —le decía tía Lilian continuamente; y añadía al pasar uno de los admiradores de Irene—: ¡Qué guapo! ¡Qué buen tipo!

Irene había hecho todo lo posible por seguir los consejos de su tía. Y algunas veces, cuando bailaba, y luces, música y público bullicioso se fundían en un todo palpitante, le pareció haber alcanzado en efecto el pináculo de la dicha. Y el muchacho, el Peter, o el Jacques, que hipnotizada por tía Lilian, Irene había llegado a considerar como maravilla singular entre todos los hombres, era tenido por ella en tales instantes como Ja fuente de toda felicidad. Entre baile y baile, hasta habíale permitido bajo las palmeras del jardín que la besara, y esta experiencia había tenido bastante importancia. No obstante, llegado el momento de partir, Irene se había separado de él sin gran esfuerzo. Aquella sensación achampañada se había disipado. Con Hovenden la cosa era distinta. Le gustaba apaciblemente, pero cada vez más. Era tan sencillo, tan honrado tan joven… Tan joven: esto le gustaba particularmente. Irene, a pesar de las respectivas edades, le tenía por más joven que ella. Todos los demás habían tenido más años, más sabiduría y más desparpajo; todos fueron bastante audaces y no poco insolentes. Hovenden no era así en absoluto. Se sentía una segura con él, pensaba Irene, y no pensaba una en el amor cuando se estaba junto a él; al menos, no de manera turgente e inaplazable. Tía Lilian le solía preguntar por las noches cómo iban las cosas, y si comenzaban a tomar un cariz emocionante, e Irene no sabía nunca qué contestar. Pronto descubrió que no le gustaba hablar de Hovenden; era muy distinto de los demás, y la amistad que los unía no tenía nada de «infinita». Temía la muchacha los interrogatorios de tía Lilian, y cuando insistía en ellos con sus acostumbradas bromas, Irene casi llegaba a odiarla. En cierta manera, la llegada de Chelifer fue un descanso, pues tía Lilian se reconcentró tan

profundamente en sus propios sentimientos, que no tuvo ni tiempo ni gusto para pensar en los ajenos. Sí; fue un gran descanso. Pero por otra parte, el trabajo de vigilancia y espionaje a que tía Lilian la dedicó, llegó a hacer casi imposible para Irene él hablar con Hovenden. Igual pudiera no haber estado allí, pensó melancólicamente. No obstante, se sentía tía Lilian tan desgraciada. Era necesario hacer todo lo posible por la pobrecilla.

—Quiero saber lo que piensa de mi —le había dicho tía Lilian durante sus confidencias nocturnas—. ¿Qué les dice a los demás de mi?

Irene le respondió que nunca le había oído hablar de ella.

—Pues tienes que conservar afinado el oído.

Pero escuchara como escuchara, Irene nunca tenía nada que decir a su tía. Chelifer nunca la mencionaba. Para *Mrs*. Aldwinkle esto era casi peor que si Chelifer hablara mal de ella. El ser olvidada era terrible.

—Quizá le guste Mary —dijo—. Hoy me ha parecido verle mirándola de una manera rara e intensa.

E Irene recibió orden de vigilarlos. Pero por lo que pudo juzgar, las sospechas de su tía eran completamente infundadas. No pudo sorprender entre Chelifer y Mary ni una palabra, ni una mirada que la imaginación más suspicaz pudiera interpretar como señal de intimidad amorosa.

—Es un hombre raro; es un ser poco corriente —era la cantilena de *Mrs*. Aldwinkle al hablar de él—. Todo parece dejarle indiferente. Tiene una máscara tan inmóvil, tan fría… Y, sin embargo, basta mirarle, ver sus ojos, su boca, para ver que en el fondo…

Y *Mrs*. Aldwinkle sacudía la cabeza y suspiraba. Sus reflexiones proseguían por apartados derroteros para volver por fin a lo mismo, recorriendo el mismo camino una y otra vez, y no llegando jamás a ningún lado. ¡Pobre tía Lilian! ¡Qué desgraciada era!

En su fuero interno, *Mrs*. Aldwinkle había empezado por salvarle la vida a Chelifer. Se veía de pie en la playa, entre el mar y él cielo, con las montañas en segundo término, con él aspecto de una de esas figuras exquisitamente románticas de los cuadros, de Augustas John, que aparecen de pie, en éxtasis mental y apasionado sobre un fondo cósmico. Se veía a sí mismo, una figura de John, de pies a cabeza, incluso en los detalles de su flamígera túnica y su sombrilla verde esmeralda. Y a sus pies, como Shelley, como Leandro arrojado a las arenas de Abaydos, yacía un poeta joven, pálido, desnudo y

exánime. Ella se inclinaba sobre él, le volvía a la vida, le alzaba del suelo y le transportaba —metafóricamente— en sus brazos maternales a un apacible refugio donde pudiera cobrar nuevas fuerzas, y, para su poesía nuera, inspiración renovada.

De esta manera veía *Mrs*. Aldwinkle los hechos, luego de pasados por el denso agente refractario de su imaginación. Dados estos hechos, la situación resultante, y el carácter de ella, era necesario e inevitable que *Mrs*. Aldwinkle pensara románticamente acerca de su último invitado. El mero hecho de su reciente llegada y de ser desconocido hasta la fecha, y poeta por añadidura, hubiera sido causa sobrada para que ella sintiera apasionado interés por el hombre aún joven. Pero si a esto se añade el haberlo ella salvado de una tumba marina, y el estar ahora dedicada a suministrarle inspiración poética, es comprensible que fuera algo más que interés lo que por él sentía. Fuera manifiesta desobediencia a las leyes que la gobernaban que no se enamorara de él. Esto resultó aún más fácil para ella a ser Chelifer de apostura morena y poética. Otro sí, Chelifer era extraño, con una extrañeza que lindaba con lo misterioso. Hasta su misma frigidez la atraía y desesperaba.

—No es posible que sienta tanta indiferencia por todo y por todos como hace ver —insistía con Irene continuamente.

El deseo de vencer sus defensas, de penetrar en su intimidad y conquistar su secreto avivaba el amor de la cuitada.

Desde el mismo instante en que le descubrió, en aquellas romancescas circunstancias que su imaginación había logrado tomar doblemente interesantes, *Mrs*. Aldwinkle había procurado conquistar a Chelifer, y hacerle tan suyo como el panorama o el arte italiano. Se convirtió para ella en el más notable poeta contemporáneo, pero a esto sería menester añadir un corolario: únicamente ella podría entenderle. Ya había telegrafiado apresuradamente a Londres pidiendo que le mandaran todos sus libros.

—Cuando pienso —decía acercándose a él con demasía conturbadora y contemplándole con sus ojos relucientes y peligrosos— lo poco que faltó para que muriera ahogado…, como Shelley… Es espantoso.

Chelifer enarcaba sus labios egipcios en una sonrisa.

—El personal de la *Gaceta del Cunicultor* hubiera quedado Inconsolable.

O alguna frase semejante. Francamente, Chelifer era raro, raro, raro.

«Se me escapa», decía Irene, quejándose a las altas de la noche.

Ensayaba tomar las murallas por asalto, trataba de acercarse por el flanco a ellas, arrastrándose calladamente, por así decirlo, pero nunca logró sorprender a Chelifer desapercibido. Le huía… No había manera de conquistarle. De nada servía a *Mrs*. Aldwinkle que él fuese el más genial poeta contemporáneo, y ella su profetisa.

Escapaba. Escapaba de ella no solamente mental y espiritualmente, sino de manera corporal, pues así que llevaba dos días en el Palacio, Chelifer desarrolló facultades casi taumatúrgicas para desaparecer. Le veía, paseando en el jardín o sentado en un salón; algo distraía momentáneamente a *Mrs*. Aldwinkle, y cuando casi al instante volvía a buscarlo con la mirada, ya no estaba allí; había desaparecido. Le buscaba ella, pero nunca le hallaba. A la hora de la próxima comida, aparecía puntualmente, preguntaba cortésmente a la señora de la casa si había pasado agradablemente la mañana, o la tarde, según los casos, y si ella le preguntaba lo que él había hecho respondía vagamente que fue a dar un paseo, o que había estado escribiendo unas cartas.

Luego de una de estas súbitas desapariciones, Irene, encargada por su tía de descubrir su escondrijo, logró al fin dar con él en lo alto de la torre. Había subido sus doscientos treinta y dos escalones para utilizar la torre como atalaya. Si Chelifer no estaba enterrado en alguna cueva, se dijo la muchacha, debería verle desde lo alto de la torre, que dominaba los jardines y las laderas vecinas. Pero cuando al fin, con entrecortada respiración, alcanzó la pequeña plataforma cuadrada desde la cual los antiguos marqueses acostumbraban arrojar rocas de adecuado tamaño y plomo derretido sobre sus enemigos congregados en el patio, se llevó un susto que casi le hizo caer de espaldas escalera abajo. Pues en el momento de salir de la trampa a la luz del sol, vio lo que contemplado desde el nivel del suelo tenía visos de una figura gigantesca, que avanzaba imponente hacia ella.

Irene sofocó un grito. Su corazón saltó violentamente y luego pareció quedar parado.

—Permítame —dijo con voz amable; y el gigante se inclinó y la tomó de una mano. Era Chelifer, que continuó así:

—También usted, por lo que veo, ha subido hasta aquí para gozar a vista de pájaro de las bellezas de la Naturaleza.

La ayudó a salir por la trampa, y agregó:

—También yo siento una extraña afición por las vistas de pájaro.

—Me ha dado usted un susto… —fue todo lo que Irene pudo decir. Estaba pálida.

—Lo siento verdaderamente.

Sobrevino un largo silencio, muy violento, al menos para Irene. Pasado un minuto, abandonó la torre.

—¿Has dado con él, Irene? —le preguntó *Mrs*. Aldwinkle cuando su sobrina salió a la terraza pasado algún tiempo.

Irene respondió que no con la cabeza. Le faltó valor para narrar su aventura a tía Lilian. Sería un rudo golpe para ella pensar que Chelifer estaba dispuesto a subir doscientos treinta y dos escalones para librarse de su persecución.

Mrs. Aldwinkle procuró inutilizar la insólita habilidad de Chelifer para desaparecer, no quitándole la vista de encima, dentro de lo posible. Le sentó a su lado, durante las comidas. Le llevó a dar paseos, ora a pie, ora en automóvil. Le obligaba a sentarse con ella en el jardín, únicamente con gran dificultad, y recurriendo a variadas estratagemas, pudo Chelifer lograr desde entonces algunos momentos de paz y libertad. Durante los primeros días, halló que «Tengo que escribir» era una buena excusa para escapar. *Mrs*. Aldwinkle profesaba tal admiración por sus dotes poéticas que no podía, decentemente, rehusarle el permiso para ausentarse. Más pronto halló la manera de vigilar la libertad lograda por este procedimiento, y fue al insistir en que escribiera bajo los acebos, o en unas mohosas grutas socavadas en los muros de la terraza inferior. En vano protestaba Chelifer que odiaba escribir o leer al aire libre.

—Estos maravillosos alrededores le inspirarán —persistía ella.

—Es que el único ambiente que me inspira —decía él— son los barrios londinenses de la clase media baja; la Harrow Road, por ejemplo.

—¿Cómo puede usted decir esas cosas?

—Le aseguro que son verdad.

Pero se veía forzado, no obstante, a escribir bajo los acebos o en la gruta. *Mrs*. Aldwinkle, a discreta distancia, le vigilaba. Cada diez minutos, se acercaba de puntillas al refugio de Chelifer, sonriendo como ella juzgaba que debió de sonreír la sibila, con un dedo sobre los labios, para depositar junto a las cuartillas, permanentemente vírgenes, unas flores, o unas cuantas rosadas

bayas de bonetero. Chelifer agradecía el obsequio con una fórmula amable de patente insinceridad, y *Mrs*. Aldwinkle tornaba a alejarse de puntillas con una postrera sonrisa, menos sibilina, más dulce, más tierna, como pudiera despedirse la ninfa Egeria del rey Numa para que le sirviera de provecho en su trabajo la inspiración de ella obtenida. No obstante, la inspiración de *Mrs*. Aldwinkle no parecía tener gran eficacia, pues siempre que le preguntaba a Chelifer cuánto había escrito, él respondía que nada, sonriendo en tanto con aquella sonrisa cortés y de esfinge, que *Mrs*. Aldwinkle encontraba tan desconcertante y «rara», de tan preeminente manera.

A menudo *Mrs*. Aldwinkle trataba de llevar la conversación por esos encumbrados derroteros espirituales, a lo largo de los cuales es posible acercarse al amor de manera muy satisfactoria y romántica. Dos almas que se han aclimatado al sutil aire del arte, la ética o la metafísica, no encuentran dificultad en respirar la parecida atmósfera del amor ideal, cuyos territorios colindan con los de los demás habitantes de las elevadas alturas mentales. *Mrs*. Aldwinkle gustaba de aproximarse al amor desde las alturas. Aterrizaba una, por así expresarlo, en las nevadas alturas del Popocatpetl, para ir luego bajando paulatinamente hasta la *tierra caliente*[34] de las llanuras. Pero con Chelifer era imposible asentar la planta sobre ninguna cumbre. Cuando, por ejemplo, *Mrs*. Aldwinkle se lanzaba a hablar con acentos extáticos acerca del arte, o de las delicias de ser artista, Chelifer aseguraba modestamente que él no era más que un jugador de dominó de segunda categoría.

—¿Pero, cómo puedo usted hablar así? —exclamaba ella—. ¿Cómo puede blasfemar del arte y de su talento? ¿De qué le sirve su talento?

—Para dirigir la *Gaceta del Cunicultor*, por lo visto —respondía Chelifer, sonriendo cortésmente.

Algunas veces, ella comenzaba a hablar del amor, pero no tenía mucho más éxito. Chelifer se limitaba a asentir amablemente a todo lo que ella decía, pero cuando *Mrs*. Aldwinkle le pedía una opinión concreta él respondía:

—No lo sé.

—Pero, ¡tiene que saberlo! Tiene usted que tener a opinión. No puede carecer de experiencia.

Chelifer sacudía la cabeza.

—¡Ay! Por completo. Era desesperante.

—¿Qué puedo hacer? —preguntaba *Mrs*. Aldwinkle de madrugada.

Irene, con la experiencia de sus dieciocho años, le aconsejó que lo mejor que podía hacer era no volver a pensar en él.

Mrs. Aldwinkle suspiró y sacudió la cabeza. Las causas originarias de su enamoramiento fueron el creer ella en el amor, el desear enamorarse, y el habérsele presentado una oportunidad romántica. Había salvado a un poeta de la muerte. ¿Cómo no amarle? Las circunstancias, la persona, eran de su invención; se había prendado, casi inconscientemente de criaturas de su propia imaginación. Pero no podía desenamorarse a cosa hecha. Sus ansias románticas habían despertado esos instintos más hondos de los cuales eran emanaciones civilizadas y literarias. El hombre era joven y apuesto: esto no era una imaginación, sino un hecho concreto. Una vez despertados estos hondos deseos por la mente consciente, una vez advertida su presa, ¿cómo atraillarlos de nuevo? Era un poeta. Por el amor que a la Poesía profesaba ella, por el amor a la Pasión, porque le había salvado de la muerte, le amaba. Si esto fuera todo, quizá pudiera haber seguido los consejos de su sobrina; pero en las lóbregas cavernas de su ser hablaba otra voz: «Es joven, es bello; los días son escasos y fugaces; me hago vieja; tengo sed de amor». ¿Cómo podía dejar de pensar en él?

—Y supongamos —proseguía *Mrs*. Aldwinkle hallando gusto en atormentarse de todas las maneras concebibles—, supongamos que él llegara a amarme un poco, por lo que soy, por lo que pienso, por lo que hago, que llegara a amarme, para empezar, porque yo le amo y admiro sus versos, y porque entiendo lo que siente un artista y puedo comprenderle, supongamos todo esto, ¿no se sentiría repelido al mismo tiempo por el hecho de que soy vieja? —Se contempló en el espejo—. Tengo la cara tan vieja… —dijo.

—No, no —protestó Irene, para consolarla.

—Le daría asco. Sería lo bastante para alejarle de mí aunque se sintiera atraído por otros motivos. -Suspiró profundamente y las lágrimas resbalaron lentamente por sus fláccidas mejillas.

—No hables así —imploró Irene—. No digas esas cosas.

Notó que también a sus ojos acudían las lágrimas. En aquel momento hubiera hecho y dado cualquier cosa para hacer feliz a su tía. Le rodeó el cuello con los brazos y la besó.

—No estés triste —le dijo en voz baja—. No pienses más en ello. ¿Qué te importa ese hombre? ¿Qué importa todo? Piensa en todos los que si te quieren. Yo te quiero, tía Lilian. Te quiero mucho.

Toleró *Mrs*. Aldwinkle sentirse algo consolada. Se secó los ojos.

—Si sigo llorando —dijo— me voy a poner todavía más fea.

Callaron ambas. Irene continuó cepillándole el pelo. Tuvo la esperanza de que su tía estuviese pensando en otra cosa.

—Al menos —acabó por decir *Mrs*. Aldwinkle, terminando un largo silencio— aún conservo el cuerpo joven.

Irene se sintió decepcionada y afligida. ¿Por qué no podía tía Lilian apartar sus pensamientos del asunto? Y su aflicción se tornó en embarazo y violencia cuando *Mrs*. Aldwinkle procedió a desarrollar el tema anunciado por sus últimas palabras añadiendo detalles más y más íntimos. A pesar de sus cinco años al lado de *Mrs*. Aldwinkle, Irene se sintió profundamente escandalizada.

II

—Nosotros dos —dijo *Mr*. Cardan cierta tarde, unas dos semanas después de llegar Chelifer— parece como si quedáramos al margen de todo ello.

—¿Al margen? ¿Al margen de que? —preguntó *Mr*. Falx.

—Al margen del amor.

Se asomó a la balaustrada. En la terraza inmediata, Chelifer y *Mrs*. Aldwinkle paseaban lentamente. En la terraza siguiente paseaban, disminuidos y escorzados por la distancia, Calamy y Mary Thriplow.

—Y los otros dos —dijo *Mr*. Cardan, como terminando la enumeración que él y su acompañante habían llevado a cabo de manera puramente visual —, su joven discípulo y la sobrinita se han ido de paseo al monte. ¿Puedo preguntarle por qué prescinden de nosotros?

—Si quiere que la diga la verdad —repuso *Mr*. Falx inclinando la cabeza — no me gusta demasiado la atmósfera de esta casa. *Mrs*. Aldwinkle es, naturalmente, una mujer excelente en muchos aspectos. Pero… —vaciló.

—Sí; pero… —asintió *Mr*. Cardan—. Comprendo.

—Me alegraré cuando haya conseguido llevarme Hovenden de aquí.

—Me sorprenderá que se lo lleve usted a él solo.

Mr. Falx prosiguió sacudiendo la cabeza.

—Existe aquí una cierta relajación moral, una cierta indulgencia… Confieso que no me agrada esta manera de vivir. Quizá sean prejuicios, pero no me gusta.

—Cada uno tiene su vicio favorito —dijo *Mr*. Cardan— y Olvida usted, *Mr*. Falx, que a nosotros probablemente no nos gustaría su manera de vivir.

—Protesto —dijo *Mr*. Falx con calor—. ¿Es posible comparar mi manera de vivir con la de esta casa? Yo trabajo incesantemente por una causa noble; me dedico al bien público…

—Sin embargo, dicen que no hay nada más embriagador que el hablar a una multitud y moverla en la dirección que uno desea. Dicen también que los aplausos producen una delicia profunda. Y gentes que han saboreado ambos

me dicen que los placeres de gobernar son muy preferibles, aunque no sea más que porque son bastante más duraderos, a los que pueden derivarse del amor y del vino. No, no, *Mr*. Falx. Si quisiéramos juzgar nos encontraríamos tan justificados en condenar su relajación y su vida de placer como usted al desaprobar la nuestra. Yo siempre he observado que las más adustas y feroces denuncias de la obscenidad literaria se encuentran en los periódicos, cuyos directores son notorios dipsomaniacos. Y los políticos y reformadores más vanos son los que denuncian más fieramente la corrupción de la época. Uno de los más grandes triunfos del siglo XIX fue el limitar el significado de la palabra inmoral de tal manera que únicamente quienes beben demasiado o aman con excesiva copiosidad son ya inmorales. Todos los que cometen el resto de los pecados capitales pueden mirar desde las alturas, y con escandalizada indignación, a los lascivos y a los glotones. Esta exaltación de dos pecados capitales me parece notoriamente injusta. En nombre de todos los rijosos y bebedores, protesto solemnemente contra esta distinción arbitraria que nos perjudica. Créame, *Mr*. Falx, no merecemos que se nos condene más duramente que a los demás. Y le aseguro que si me comparo con alguno de sus amigos políticos, realmente encuentro sobrados motivos para juzgarme un pobrecillo bonachón.

—Aún así —replicó *Mr*. Falx, cuya cara, allí en donde no estaba cubierta por su blanca barba de profeta, había enrojecido profundamente a causa de la indignación— no tratará usted de convencerme de que esta atmósfera no es perjudicial para un muchacho como Hovenden, que está en el período más impresionable de su vida. Muéstrese usted tan paradójico e ingenioso como desee, pero no me convencerá, se lo repito.

—No es menester la repetición —dijo *Mr*. Cardan sacudiendo la cabeza —. ¿Cree usted que me he considerado, ni por un instante, capaz de convencerle? ¿Se imagina usted que voy a perder el tiempo tratando de convencer a un hombre adulto y de opiniones fijas de la verdad de algo en que él no cree? Si usted tuviera doce años, hasta si tuviera veinte, podría ensayarlo. Pero ¿a su edad? No, no.

—¿Por qué discute, entonces, sino busca convencer?

—Por el gusto de discutir —repuso *Mr*. Cardan— y porque de alguna manera hay que «asesinar» el tiempo:

Come ingannar questi noioti e lenti

giorni di vita cui si lungo tedio

e fastidio insoffribile accompagna

or io t’insegnero[35].

Sería capaz de escribir un libro sobre el arte mejor que el viejo Parini.

—Lo siento, pero no sé italiano —dijo *Mr*. Falx.

—Ni yo lo sabría si tuviera sus ilimitados recursos para matar el tiempo. Desgraciadamente nací sin demasiado celo para el bienestar de las clases trabajadoras.

—Las clases trabajadoras —empezó *Mr*. Falx, atrojándose sobre las palabras vorazmente.

Y comenzó a hablar apasionadamente. ¿Qué cita era aquélla de que el que a hierro mata…? ¡Qué espantosamente adecuada era a la ocasión! Había él estado aburriendo al pobre *Mr*. Falx durante los últimos diez minutos. Y ahora *Mr*. Falx se revolvía contra él para ganarle en la misma moneda, y en medida rebosante. Se asomó a la balaustrada. En las terrazas, las dos parejas continuaban paseando. Se preguntó qué estarían diciéndose. En tanto, *Mr*. Falx cumplía concienzudamente su cometido de profeta.

III

Era una lástima que *Mr*. Cardan no pudiera escuchar lo que la señora de la casa estaba diciendo. Le hubiera encantado. Estaba hablando de si misma. Había pocas personas, solía decir *Mr*. Cardan, cuyas Versiones Oficiales de sí mismas difirieran tan extremadamente de las que otras personas tenían por más verdaderas. Pero no le daba *Mrs*. Aldwinkle muchas ocasiones de cotejarlas. Delante de *Mr*. Cardan sentía cierta timidez; hacía ya mudaos años que se conocían los dos.

—Hay veces —estaba diciendo *Mrs*. Aldwinkle, según paseaba por la segunda de las tres terrazas— en que quisiera ser menos impresionable. Lo siento todo tan terriblemente, hasta las cosas más insignificantes… Es como si…, es como si…

Arañó el aire, buscando la palabra precisa, y al fin acabó triunfalmente y mirando a su acompañante:

—Es como si me desollaran. Chelifer asintió comprensiva

—¡Me doy cuenta de las cosas de una manera tan terrible! —prosiguió ella—. De los pensamientos y sensaciones de los demás. No hace falta que me digan lo que piensan. Lo sé, lo noto nada más que mirándolos.

Chelifer pensó si notaría lo que él estaba pensando. Le pareció poco probable.

—Es un don admirable — dijo. —Pero tiene sus desventajas— insistió *Mrs*. Aldwinkle—. Por ejemplo, no puede usted figurarse lo que sufro cuando los que me rodeaban padecen, sobre todo si es mía la culpa. Cuando estoy enferma, me hace sufrir el pensar en los criados, en las enfermeras, en que hay personas que no pueden acostarse por mi culpa, en los criados subiendo y bajando escaleras. Y todo por culpa mía. Ya sé que es una tontería, pero me dan una lástima tan…, tan profunda, y mi…, por ello es… que tardo más tiempo en ponerme buena.

—Terrible —dijo Chelifer con su voz cortés y precisa.

—No tiene usted idea de cómo me afectan los sufrimientos. —Le miró tiernamente—. Aquel día, aquel «primer» día, cuando se desmayó usted…, no puede figurarse.

—Siento que le produjera un efecto tan desagradable.

—A usted le hubiera pasado otro tanto en circunstancia parecidas —dijo *Mrs*. Aldwinkle, pronunciando las últimas palabras en un tono significativo. Chelifer denegó modestamente.

—Mucho me temo —dijo— que soy de gran estoicismo cuando se trata de sufrimientos ajenos.

—¿Por qué se denigra siempre? —preguntó *Mrs*. Aldwinkle con efusión —. ¿Por qué se injuria? Demasiado sabe que no es como dice. Le gusta hacer creer que es más duro de lo que es. ¿Por qué? Chelifer sonrió.

—Quizá es para restablecer la medida universal. Son tantos los que se dicen ser más tiernos y cordiales de lo que son… ¿Comprende? ¿No cree usted? No hizo ella caso de la pregunta.

—Pero hablemos de usted. ¿No me quiere hablar de usted? —preguntó mirándole a la cara. Chelifer sonrió y no dio respuesta.

—¿No quiere? Pero es igual. Ya lo sé todo. Tengo intuición para juzgar a la gente, gracias a mi sensibilidad. Noto su carácter. Y jamás me equivoco.

—Es usted digna de envidia.

—Es inútil pretender engañarme. No puede. Yo le entiendo.

Chelifer suspiró para sí. Ya le había dicho esto antes, y más de una vez.

—¿Quiere que le diga cómo es usted?

—Sí.

—Bueno. Para empezar, es usted impresionable, tanto como yo. Lo noto en su cara, en sus actos. Lo oigo cuando habla. Puede usted simular dureza… y que está acorazado…, pero… yo…

Chelifer la escuchaba aburrido, pero con paciencia. La voz vacilante de *Mrs*. Aldwinkle, yendo de una nota a otra desacorde, zumbaba en sus oídos. Las palabras se volvieron confusas y vagas para él. Perdieron sus aristas y su sentido. Ya no eran más que algo como el rumor del viento, un ruido que acompañaba sus pensamientos sin estorbarlos. Estaba ocupado en dar los toques finales a un pequeño «Incidente Mitológico», cuyo argumento se le había ocurrido recientemente, y al cual había estado dando forma definida los dos últimos días. Ya lo tenía terminado. Ahora únicamente tendría que limarlo:

Por el blanco esqueleto de la selva
camina Orión. Descansa el viento norte,
de soplar en las dobles y aceradas
flautas que son sus armas y juguetes.
Hundido hasta la corva, va allí donde,
más astuto que avaros y ladrones,
un gnomo de los bosques ha escondido
su tesoro del cobre, año tras año.
La Diosa del Amor y la Belleza
cerca ha tendido sus arteros cepos
con pan y granos de maíz dorado.
Aguarda con paciencia. Y cuando llega
el incauto faisán con su pintado
buche, dispuesto a henchirse de comida,
ella dispara: el ave cae muerta.
Seguro, Orión prosigue su camino.
La Diosa carga, apunta y le dispara.
Cae Orión. Es Venus toda entera:
amante de la presa así cazada.

Chelifer se repitió los versos y no quedó disgustado. La segunda cuarteta era quizá un poco extraña, un poco ¿cómo lo diría?, un poco demasiado libro de estampas. Quizá pudiera suprimirse. O remplazaría, si pudiera lograrse, con algo de armonía más perfecta, con la elegancia de la edad de plata y alusivo del resto. En cuanto al último verso, era magistral. Daba a Racine su *raison d'être*[36]. Si Racine no hubiera existido, fuera preciso inventarle, gracias a estas últimas líneas:

Cae Orión. Es Venus toda entera:
amante de la presa así cazada.

Chelifer las paladeó con deleite. Pero se dio cuenta de que *Mrs.* Aldwinkle le estaba hablando más directamente. Su voz, antes mero rumor

inarmónico de Eolo, volvió a resultar comprensible.

—Así es usted —decía—. Dígame si he acertado. Dígame que le comprendo.

—Tal vez —replicó él, sonriendo.

En tanto, allá abajo, en la siguiente terraza, Calamy y Mary Thriplow paseaban sin apresurarse. Estaban hablando de algo acerca de lo cual Mary Thriplow tenía una gran competencia. Era, por decirlo en el lenguaje de las aulas, su Especialidad. Hablaban de la Vida.

—La vida es maravillosa —decía Mary—. Sin excepción. Tan rica, tan alegre. Esta mañana, por ejemplo, me desperté y lo primero que vi fue una paloma posada en el alféizar, una paloma gorda, gris, con un arco iris cautivo prendido en el buche. —Esta frase, de singular encanto y donosura, le parecía a Mary, ya estaba anotada en sus librillos de apuntes para ser usada oportunamente—. Y en lo alto de la pared, encima del lavabo, había un pequeño alacrán, erguida la cola, con aspecto de lo menos natural, como si se hubiera escapado del Zodíaco. Entró luego Eugenia para llamarme. ¡Figúrese usted! ¡Que le traiga a una el agua caliente por la mañana una muchacha llamada Eugenia! Estuvo un cuarto de hora contándome cosas de su novio. Parece ser que es muy celoso. También yo lo sería, si mi novia tuviese un par de ojos así. Pero piense en todo lo ocurrido aun antes del desayuno. ¡Qué prodigalidad! ¡Qué generosa, qué copiosa es la Vida!

Volvió hacia su acompañante la cara alegre. Calamy la miró con los ojos entornados, medio sonriendo, con aire de soñolienta insolencia, de poder indolente que le caracterizaba, particularmente cuando hablaba con una mujer.

—¡Generosa! —repitió—. ¡Ya lo creo! Antes del desayuno, palomas; en el desayuno…, usted.

—Como si fuera un arenque asado —dijo Mary riendo.

Más no conturbó a Calamy la risa. Siguió mirándola con los párpados fruncidos, con idéntica insolencia, con igual confianza en su poder; una confianza tan grande que no toleraba excepciones: plácida, soñadoramente, podía aguardar el triunfo indiscutible. Él sí conturbaba a Mary. Por eso le gustaba Calamy.

Continuaron paseando. Quince días antes no hubieran podido pasear emparejados, hablando tranquilamente, acerca de la Especialidad de Mary Thriplow. La señora de la casa hubiera sofocado rápidamente y de manera

enérgica, semejante rebelión incipiente, semejante ensayo para libertarse. Más desde la llegada de Chelifer, *Mrs*. Aldwinkle había estado demasiado preocupada con los asuntos de su propio corazón para tomarse el más mínimo interés en los hechos, los dichos, las idas y las venidas de sus huéspedes. Su vigilancia de carcelera se relajó. Ahora sus invitados podían hablar entre sí, podían desaparecer solos o en parejas, y podían decir buenas noches cuando querían; a *Mrs*. Aldwinkle le era lo mismo. Mientras no interfirieran con Chelifer, podían hacer lo que consideraran oportuno, *Fais le que voudras*[37] venía siendo el lema que regía la vida en el palacio de los Malaspina.

—Nunca he podido comprender —prosiguió Mary, continuando con la exposición de su tema predilecto— cómo todos los hombres no son felices. Quiero decir, fundamentalmente felices, en el fondo, pues, claro es que existen los sufrimientos, el dolor y mil razones más que nos impiden ser felices continuamente de una manera consciente, «por encima», si comprende usted lo que quiero decir. Pero felices fundamentalmente, en lo hondo, ¿cómo es posible que haya quienes no lo sean? La vida es tan extraordinaria, tan rica, tan hermosa, que no hay posible disculpa para no amarla constantemente, incluso cuando las circunstancias contingentes nos hacen conscientemente desgraciados. ¿No le parece a usted?

El amor que profesaba a la Vida la había arrastrado. Era joven y apasionada; se veía como una niña que da, movida por la dicha, zapatetas y tumbos sobre perfumados almiares. Podía una ser todo lo inteligente que quisiera, pero si profesaba verdadero amor a la vida, no importaba; estaba salvada.

—Estoy de acuerdo —dijo Calamy—. Siempre vale la pena la Vida, incluso en los peores momentos. Y si está uno enamorado…, ¡ahí, entonces es verdaderamente embriagadora.

Mary le miró. Calamy caminaba con la cabeza sumida en el pecho, y fija la mirada en el suelo. Una levísima sonrisa jugaba en sus labios. Estaban casi cerrados sus ojos, como si el sueño le impidiera abrirlos. Mary se sintió irritada. Le molestó que Calamy hiciera un comentario de esa índole y ni siquiera se molestase en mirarla.

—No creo que haya estado usted enamorado nunca —le dijo.

—Yo no recuerdo haber estado sin enamorar —repuso él.

—Lo que equivale a decir que nunca lo ha estado de veras.

Ella sabía lo que era el amor auténtico.

—¿Y usted?

Mary no respondió. Dieron dos o tres vueltas en silencio. Aquello era una locura, iba pensando Calamy. No estaba realmente enamorado de ella. Estaba, sencillamente, perdiendo el tiempo, y tenía mil cosas que hacer y en qué pensar. Otras cosas. Su masa ingente se alzaba detrás del bullicio perturbador de la vida, callada, allende el ruido y la charla. Pero, ¿qué cosas eran éstas? ¿Qué forma, qué nombre, qué significado poseían? A través del velo temblón del movimiento, únicamente era posible adivinarlo. Tanto valiera procurar la contemplación de las estrellas a través del humo de Londres. Si pudiera uno detener el movimiento o alejarse de él, entonces podría uno sin duda ver claramente las vastas y silenciosas cosas recatadas «al otro lado». Pero ni era posible aquietar el movimiento ni escapar de él. Pararlo, era imposible; y hasta un iniciado gesto de huida resultaría cómico. Lo único sensato que podía hacerse era continuar como de costumbre, y olvidar las cosas situadas fuera del mundo ruidoso. Eso era lo que él procuraba. Pero, no obstante, seguía presintiendo la existencia de otras cosas. Allí estaban, tranquilas, inmutablemente presentes, por mucho que él se agitara y que procurase angustiosamente olvidarlas. Reclamaban su atención sin voz. Y últimamente, con insistencia desesperante. En respuesta, Calamy cortejó a Mary Thriplow. Esto podía calcularse que le proporcionaría sobrada ocupación. Y, hasta cierto punto, así fue. Hasta cierto punto. Cardan había dicho que era el mejor deporte de cuantos se practican bajo el techado; pero uno exigía algo mejor. ¿Podría continuar así? Y si no podía, ¿qué hacer? Las preguntas le exasperaban. Eran aquellas cosas que existían allende los confines del estruendo las que provocaban las preguntas. Le obligaban a hacerlas. Pero era intolerable este brutal torcer de su voluntad. Se negó a ceder. Haría exactamente lo que le diera la gana. Pero ¿hallaba verdadero placer en sus galanteos con Mary? En cierta manera, hasta cierto punto, sí. Pero la auténtica respuesta era que no; francamente, no. Mas otro sector de su mente clamaba: «Sí, sí». Sí le gustaba. Y aunque ello no le supusiera deleite, estaba decidido a decir lo contrario, porque le daba la gana. Haría lo que le disgustaba, porque quería. Poco a poco fue montando en cólera con estas reflexiones.

—¿En qué piensa? —preguntó ella de pronto.

—En ti —respondió él.

Su voz sonó con acentos de exasperación salvaje, como si le irritara profundamente el estar pensando en Mary Thriplow.

—*Tiens!* —dijo ella con acento de cortés curiosidad.

—¿Qué dirías si te dijese que estoy enamorado de ti?

—Que no lo creo.

—¿Quieres que te obligue a creerme?

—Me interesaría profundamente, por lo menos, saber cómo te propones conseguirlo.

Calamy se detuvo, puso una mano en el hombro de Mary y la obligó a volverse hacia él.

—Si es necesario, a la fuerza —dijo mirándola a la cara.

Mary le devolvió la mirada. Aún persistía en la cara de Calamy la expresión insolente, y era palmaria la arrogancia que le daba la seguridad en su poder; pero aquella insolente soñolencia que antes velara su expresión había desaparecido, dejándole el rostro desnudo y ardiendo en una belleza formidable y satánica. Al contemplar esta súbita transfiguración, Mary sintió súbitamente gran alegría y miedo. Jamás vio nunca en cara de un hombre una expresión semejante. Había ella en el pasado despertado pasión, pero nunca una pasión tan violenta y peligrosa como ésta parecía ser.

—¿A la fuerza? —dijo en un tono y con una sonrisa burlona estudiados para exasperarle aún más y aumentar la fiereza de su pasión.

Calamy apretó la mano sobre el hombro. Los huesos que tocaba le parecieron pequeños y frágiles. Cuando comenzó a hablar advirtió que había estado apretando los dientes.

—A la fuerza, así:

Y tomándole la cabeza entre las manos se inclinó sobre ella y la besó airadamente, una y otra vez.

¿Por qué hago esto?, estaba pensado. Es una locura. Hay otras cosas, hay cosas más importantes.

—¿Me crees ahora? —preguntó. El rostro de Mary estaba encendido.

—Eres insufrible —dijo.

Pero en el fondo no estaba verdaderamente enfadada.

IV

Lord Hovenden se decidió, al fin, a hacer la pregunta que durante tanto tiempo había pensado:

—¿Por qué has estado tan rara todos estos días?

—¿Rara? —dijo Irene, como un eco de distinto diapasón, como si no entendiera. Pero, claro está que le comprendía perfectamente.

Estaban sentados a la fina y luminosa sombra de los olivos. El cielo, rutilante, los miraba a través de las hojas poco densas y bicolores. Sobre la yerba agostada y seca que rodeaba los troncos, la luz del sol derramaba innumerables y áureas numismas. Estaban sentados en el borde de uno de los bancales de la muy inclinada ladera, con los pies colgados, y reclinadas las espaldas contra el nudoso tronco de un árbol.

—Ya sabes lo que quiero decir. ¿Por qué me huiste de repente?

—¿Te huí?

—Demasiado lo sabes.

Calló Irene durante unos segundos, y luego confesó:

—Sí; tal vez sí.

—¿Pero, por qué? —insistió él—, ¿por qué?

—No lo sé —respondió ella en tono afligido.

No podía explicarle lo de tía Lilian. Su tono animó a Lord Hovenden a mostrarse más audaz.

—¡No lo sabes! —repitió sarcásticamente, como si fuera un fiscal interrogando a un testigo—. ¡Tal vez estabas sonámbula!

—No seas estúpido —le dijo ella con voz cansada y débil.

—Por lo menos no soy tan estúpido que no te baya visto correr detrás de ese tipo, Chelifer.

Enrojeció al hablar. Irene calló, inmóvil, doblada la cabeza, contemplando el olivar. Su expresión, rodeada de cabellos de cobre, era triste.

—Si tanto te interesa él, ¿por qué me has propuesto que viniéramos a dar un paseo? ¿Me tomaste por Chelifer?

Le poseía un deseo acuciador de decir cosas desagradables y mortificantes. Y al mismo tiempo se daba cuenta de que estaba conduciéndose como un necio y siendo injusto con Irene. Pero el deseo era incoercible

—¿Por qué estás tratando de echarlo todo a perder? —preguntó Irene con tristeza y paciencia exasperantes.

—No estoy tratando de echar a perder nada —respondió él con tono irritado—. Lo único que he hecho ha sido una pregunta.

—Demasiado sabes que no me interesa Chelifer en absoluto.

—¿Entonces por qué le sigues a todas partes continuamente, como un perro?

La estupidez y la insistencia del muchacho comenzaron a irritarla.

—¡No es verdad! Y en cualquier caso a ti no tiene por qué importarte.

—¡Ah! ¡No tiene por qué importarme! —dijo Lord Hovenden en son de reto—. Muchas gracias por la noticia. —Y calló con un intencionado silencio.

Ninguno de los dos habló durante un buen rato. Unas ovejas de oscura lana, con esquilas al cuello, aparecieron ramoneando por entre los olivos debajo de la pareja. Los dos muchachos, cuajadas las expresiones por la tristeza, las contemplaron. Tintineaban las esquilas al moverse los animales, y aquel ruidillo dulce sonaba en sus oídos, por algún extraño motivo, de manera infinitamente triste. Triste también se les antojaba el cielo azul que entreveían por los claros de los olivos; profundamente melancólica la roja y muy caliente luminosidad del sol poniente, que coloreaba las hojas de plata, los troncos grises, la yerba agostada y rala. Fue Hovenden quien, al fin, rompió el silencio. Su furia, su deseo de pronunciar palabras que hirieran, de decir cosas desagradables, se había evaporado por completo; ya nada quedaba dentro, salvo la convicción de su necedad y su injusticia; solamente eso, y el profundo y doliente amor que había prestado tanta fuerza a su ira y a su insensato deseo de hacer daño. «Demasiado sabes que no me interesa Chelifer en absoluto». No lo sabía él, pero ahora que lo había escuchado de labios de Irene, en aquel tono, ahora sí lo sabía. No era posible dudar ya; y aunque lo fuera no valía la pena.

—He dicho muchas tonterías —dijo con voz apenada—. Lo siento, Irene. ¿Quieres perdonarme?

Irene volvió hacia él la ventana cuadrada de pelo a que se asomaba su cara. No sonreía. Le dio la mano y dijo:

—Algún día te lo diré.

Permanecieron allí sentados, cogidos de la mano durante lo que les pareció a la vez muy largo tiempo y un instante fugaz. Nada se dijeron, pero se sentían hondamente dichosos. Se ocultó el sol. La noche, disfrazada de crepúsculo, se acercó arrastrándose por debajo de los árboles. Por entre las hojas siluetadas en negro, el cielo presentaba un aspecto de palidez excesiva.

—Creo que debemos volver —dijo después de un suspiro Irene.

Hovenden fue el primero que se puso en pie Ofreció la mano a Irene. La tomó ella, y se levantó con ligera gracia, acercándola su ímpetu a él. Permanecieron inmóviles y muy juntos durante un segundo. Entonces, Lord Hovenden la tomó inesperadamente en sus brazos y la besó repetidamente. Irene dejó escapar un grito sofocado. Se debatió luchando, empujándole.

—No, no —le rogó, apartando la cara, echándose hacia atrás, huyendo de los besos—. Por favor.

Cuando él la dejó apartarse, Irene se cubrió la cara con las manos y rompió a llorar.

—¿Por qué lo has estropeado todo otra vez? —preguntó entre sollozo y sollozo.

El remordimiento abrumó a Lord Hovenden. Continuó ella:

—Éramos tan felices, tan buenos amigos…

Se enjugó las lágrimas, los sollozos entrecortaban su voz.

— Soy un animal —dijo Hovenden, y habló con tanta pasión y con acento tan reprobatorio de sí mismo que Irene no pudo contener la risa. Aquel súbito y sincero arrepentimiento tenía en efecto algo de cómico.

—No; no eres un animal —dijo, y risa y sollozos se mezclaron curiosamente—. Eres simpático, y me gustas. Me gustas mucho. Pero no debes hacer esas cosas, no sé por qué. Lo echa a perder todo. He sido una boba por haberme echado a llorar. Pero no sé, el caso es que… —Sacudió la cabeza—. Me gustas, ¿sabes? Pero así no. Por ahora…, no. Algún día…,

quizá…, pero ahora, no. ¿Verdad que no lo vas a hacer más? ¿Me lo prometes?

Lord Hovenden lo prometió de todo corazón. Emprendieron el regreso al palacio cruzando el olivar.

Aquella noche, durante a cena, se habló del feminismo. Acuciada por *Mr*. Cardan, *Mrs*. Aldwinkle reconoció que «existía» una diferencia considerable entre Maud Valerie White y Beethoven, y que Angélica Kauffmann dejaba bastante que desear al ser comparada con Giotto. Pero adujo en son de protesta que en cuestiones de amor las mujeres recibían de manifiesta manera un trato injusto.

—Exigimos toda vuestra libertad —exclamó teatralmente.

Esto encauzó la conversación por derroteros que escandalizaron profundamente a *Mr*. Falx. Se alegró, pensando en Hovenden, que le quedaba poco tiempo de estancia en aquel palacio corrupto. Si no se lo impidiera la buena educación se hubiera marchado en aquel mismo instante. Como Lot, hubiera abandonado el inicuo lugar.

V

Mary Thriplow y *Mr*. Cardan iban subiendo lentamente el recuesto plantado de olivos, cuando él le preguntó pensativamente:

—Cuando el chico del carnicero nos dice en secreto, y pensando en la propina, que el hermano del dueño de la tienda de ultramarinos tiene una estatua antigua magnífica, de la que está dispuesto a separarse por una cantidad razonable, ¿qué cree usted que quiere decir?

—Supongo que lo que dice.

—Indudablemente —dijo *Mr*. Cardan, deteniéndose un momento para enjugarse el sudor de la caca, que brillaba acalorada, aunque sólo unos rayos de sol oblicuos atravesaban el follaje de los olivos.

Miss Thriplow, vestida con un trajecito verde y juvenil, presentaba un aspecto fresco y cuidado junto a su desabotonado acompañante, que continuó diciendo:

—Pero la cuestión es qué es lo que dice. ¿Qué quiere decir el chico de un carnicero cuando opina que una estatua es muy antigua y bellísima?

Echaron a andar de nuevo. Abajo, por entre las ramas de los olivos, vieron los tejados y la esbelta torre del palacio, y aún más lejos la aldea de juguete de Vezza, la llanura con aspecto de mapa, el mar.

—Si lo quiere saber, pregúnteselo —dijo Mary.

Y lo dijo con alguna acritud. No había aceptado la invitación de *Mr*. Cardan de dar un paseo para hablar de repartidores de carne. Lo que quería era escuchar las opiniones de *Mr*. Cardan acerca de la Vida, de la literatura y de ella misma. Acerca de las tres cosas, le parecía a Mary, *Mr*. Cardan sabía algo. Y aún demasiado; y por eso le gustaba hablar con él. Lo horrible siempre resultaba fascinador. Y ahora, después de un largo silencio, ¡salía hablando del chico del carnicero!

—Ya le he preguntado —dijo *Mr*. Cardan—. ¿Pero cree usted que es posible sacar algo en limpio del muchacho? Todo lo que he podido averiguar es que la estatua es de un hombre, no de un hombre entero, sino de parte de él, y que es de mármol. Aparte de eso, nada he podido descubrir.

—Y ¿por qué le interesa?

—Por motivos sórdidos e interesados, mucho me temo. ¿Recuerda usted lo que dijo el poeta?

En estos largos años, ¡ay, qué largos!

amor y vino y deudas hice míos.

Juzgara yo excesivos los tres males

para un solo mortal. Más fue el primero,

el amor, el causante de los otros.

Aquel mi debatir, todas mis luchas

salvarme no pudieron.

Sólo él dinero puede darme alivio,

pagar mis deudas y sanar mis males.

Y mí adorada, esquiva a mi pobreza,

su amor me brindará, dulce y rendida,

su amor me ofrecerá, dulce y rendida.

Ahí tiene usted el resumen de toda una vida. No me arrepiento, naturalmente. Pero uno necesita dinero, lo necesita más cuando más viejo se hace y menos capital le resta. ¿Qué otro motivo cree usted que me animaría a trepar sudando esta cuesta para hablar con el abacero de la localidad acerca de las estatuas de su hermano?

—¿Quiere decir que la compraría si fuera una cosa de valor?

—Al precio más barato posible, para venderla al más alto que pudiera. Si hubiera decidido abrazar alguna profesión creo que habría elegido la de anticuario. Posee el encanto de ser la menos honrada de cuantas formas legales de robar existen. Y no solamente es la menos honrada, sino que además lo es p de manera divertida. En verdad que los financieros pueden estafar en escala muy superior; pero sus estafas son impersonales, por lo general. Es posible arruinar de un golpe a mil confiados suscriptores de capital, pero no se tiene el placer de conocer a las víctimas. Mientras que si es uno anticuario o vende obras de arte, las estafas que comete, aunque de menos escala, son encantadoramente personales. Se enfrenta uno cara a cara con las víctimas y las tima. Se aprovecha de la ignorancia, o las necesidades urgentes del vendedor para luego explotar el esnobismo y la ignorancia no menor del

comprador adinerado consiguiendo que pague precios fantásticos. ¡Qué placer inmenso debe de experimentarse después de dar un buen golpe! Se compra una tabla oscurecida a un caballero que necesita un traje nuevo, se la limpia y se la vende a algún necio opulento que cree que el tener una colección de obras de arte y el echar fama de mecenas le va a ayudar a subir socialmente. ¡Qué risa rebelesiana! Decididamente, si yo no fuera Diógenes y perezoso, sería Alejandro, crítico de arte y vendedor de antigüedades. Es una profesión digna de un caballero.

—¿Es que le es imposible hablar en serio alguna vez? —preguntó Mary, que hubiera preferido como tema de conversación algo más relacionado con sus propios problemas.

Mr. Cardan sonrió a su vez:

—¿Es que es posible para alguien no hablar seriamente, cuando se trata de ganar dinero?

—Le dejo por imposible.

—Lo siento. Pero quizá es mejor. Y mientras tanto, ¿qué pensar de ese chico repartidor de carne? ¿Qué quiere decir al hablar de una estatua *muy antigua*? ¿Se trata de la cabeza de algún comerciante de queso etrusco que han desenterrado en Lunae? ¿De algún primitivo oriental de larga nariz y una sonrisa de estúpido éxtasis? ¿O quizás un fragmento de un descendiente heleno suyo reclinado en la tapa de su sarcófago como si estuviera ante la mesa de un festín, con expresión vacua y una cabeza que pudiera ser apolínea si la hubiese esculpido Praxíteles, pero que el artesano etrusco creó con una opulencia excesivamente humana? ¿O tai vez se trata de un busto romano, tan absolutamente fiel a la realidad, tan exactamente copiado de la vida, y tan moderno, que si no fuera por la toga pudiéramos tornarlo por el busto de cualquier digno director general de uno de nuestros ministerios? O acaso, y esto sería lo que más placer me diera, acaso sea una obra de aquel extraño grisáceo amanecer que vino tras la noche bárbara en que se sumió el Imperio. Me imagino un fragmento de Módena, o de Toscanella, maravillosamente expresivo y simbólico; físicamente, un monstruo, un barbarismo, un ídolo ridículo, pero fulgiendo apasionadamente, gracias a su vida interna. Bello o de maligna fealdad, no será posible contemplarlo con indiferencia o desde el punto meramente plástico de su fealdad o de su perfección. Sí, me gustaría extraordinariamente que se tratase de una talla romántica. Le daría cinco francos más de propina al chico del carnicero. Pero si se tratase de una de esas

esculturas góticas e italianas, elegantemente togadas y ligeramente inclinadas hacia un lado, entonces deduciría cinco francos de la propina. Y no es que no fuera posible conseguir un buen precio por ella en el mercado americano, pero ¡Dios mío, cómo me aburren esas perfecciones góticas!

Habían llegado a la cumbre del cerro. La carretera, al salir del olivar en cuesta, corría ahora por la cima, casi llana y desnuda de vegetación. Un poco más allá, en donde el terreno comenzaba a subir de nuevo, se veía un grupo de casas y la torre de una iglesia. *Mr*. Cardan señaló hacia allí.

—Allí encontraremos lo que el chico del carnicero quiso describir. Pero mientras tanto, es divertido continuar imaginándolo. Digamos, por ejemplo, que se trata de un trozo de un bajorrelieve diseñado por Giotto, ¿eh? Una cosa grandiosa, tan bella material y espiritualmente, que dieran ganas de caer ante ella de hinojos y adorarla. Pero le aseguro que me consideraría satisfecho con que fuese un pedazo de sarcófago de los albores del Renacimiento. Una figura maravillosamente luminosa, etérea y pura, como un ángel, pero no como un ángel celestial; como un ángel de algún espléndido y, ¡ay!, imaginario reino terrenal. En un reino así —prosiguió meneando la cabeza— le gustaría a uno vivir; el reino de la Grecia antigua purgado de cuántos griegos históricos existieron jamás, y colonizado por las imaginaciones de los artistas, los estudiosos y los filósofos modernos. En un mundo semejante, sería posible vivir de manera positiva, por expresarlo de alguna manera, vivir con la corriente, a favor de la dirección general del río, y no de una manera negativa, como es preciso hacerlo hoy, en constante reacción contraria a las tendencias generales.

Vivir positiva y negativamente, *Miss* Thriplow tomó nota mental del concepto. Quizá fuera posible escribir un artículo alrededor de la idea. Tal vez le sirviera hasta de luz para examinar sus propios problemas. Acaso muchos sufrimientos se debían a una idea negativa, de oposición. Era necesario más positivismo. La conversación parecía ganar altura, pensó. Cardan volvió a hablar.

—O, ¿será posible que el hermano del abacero haya descubierto una escultura sin acabar de Miguel Ángel, empezada apasionadamente mientras vivió en estas montañas y abandonada cuando se alejó de ellas? Un esclavo atormentado, debatiéndose para librarse más bien de sus cadenas internas que de las externas; esforzándose con violencia sobrehumana, pero al mismo tiempo reflexivamente, con una pasión reconcentrada sobre sí misma, en vez de disiparse explosivamente, como ocurre con el barroco que fatalmente, y

con demasiada facilidad, vino tras él. Y después de todas nuestras esperanzas y especulaciones, eso acabará por ser la escultura, un trozo barroco del diecisiete. Me imagino el torso de un ser alado y valsador, de vestiduras cumplidas y revoloteadoras, que vuelve hacia el cielo la mirada, con la expresión de un cura protestante en un melodrama con un Baco, bailando merced a un milagro de virtuosismo sobre una pierna de mármol, entreabierta la boca por una risa embriagada, y con los dedos de ambas manos completamente extendidos, para demostrar lo que un escultor competente puede llegar a hacer; o con el busto de un príncipe, maravillosamente vivo y característico, adornado con una gorguera de encaje de Malinas, prodigiosamente copiado en piedra sin olvidar una sola hebra. El chico del carnicero insistió mucho en que era muy antigua y bellísima. Y es evidente, ahora que lo pienso, que a él únicamente le gustaría sincera y verdaderamente lo barroco, por estar acostumbrado a ello y por haberle sido enseñado que ésa es la belleza. Pues debido a no sé que aviesa fatalidad, una vez que los italianos alcanzaron el barroco allí se quedaron atascados. Todavía están hundidos en él hasta los ojos. Piense usted en su literatura, en su pintura moderna, en su arquitectura, en su música…, todo es barroco. Todo gesticula retóricamente, todo se pasea pomposo a través del escenario, solloza, y grita para demostrar la profunda pasión que lo anima. En medio de todo ello, como un monumento dorado al fuego, se alza D’Annunzio.

—Yo hubiera creído —dijo Mary Thriplow, con ingenuidad punzante— que a usted le gustaría esa clase de complejidad y de virtuosismo. Resulta… divertido. ¿No es ésa la palabra?

—Cierto. Me gusta que me diviertan. Pero yo exijo al arte el lujo suplementario de que me conmueva. Y, por algún motivo, no pudo sentir emoción ante una cosa tan desaforadamente, tan conscientemente emotiva como lo barroco. El artista no despierta emoción en el espectador con desatentados y apasionados gestos. No es el procedimiento. Los italianos del siglo diecisiete trataron de expresar la pasión mediante gestos apasionados. Lo único que lograron fue crear cosas que o nos dejan fríos, aunque puedan divertirnos, como usted dice, o nos causan francamente risa. Para que el arte mueva al espectador no debe moverse él. Esto es casi una ley estética. No debe nunca la pasión disiparse en alocadas salpicaduras y borbotones hirvientes. Debe estar encerrada, por así decirlo, y comprimida dentro del intelecto y moldeada por él. Concentrada en una forma apacible y serena, su fuerza puede llegar a ser irresistible. Aquellos estilos que claman excesivamente no sirven para ser empleados con finalidades trágicas de

alguna seriedad. Son más adecuados para la comedia, cuya esencia es la exageración. Por eso es tan frecuente el buen arte romántico. El Romanticismo, del cual el barroco del siglo XVII es una extraña subespecie, hace gestos desmedidos; emplea, para conseguir sus efectos, contrastes violentos de luz y sombra, con técnica de escenógrafo; trata ambiciosamente de mostrarnos lo emotivo al natural y palpitando. Es decir, el estilo romántico es, esencialmente, un estilo cómico. Y excepto en manos de unos pocos genios colosales, el arte romántico es, casi siempre, cómico, lo cual no es una opinión, sino un hecho histórico. Piense usted en todos los romances horripilantes que se han escrito a fines del siglo XVIII y principios del XIX; hoy, ya desgastada su novedad, nos damos cuenta de que son verdaderamente: comedias bufas. Incluso los escritores de talento más grande y verdadero, se sienten traicionados por la naturaleza esencialmente cómica del estilo y escribieron meras farsas cuando buscaban efectos de trágico romanticismo. Por ejemplo, Balzac, en centenares de pasajes serios; George Sand, en todas sus primeras novelas; Beddoes, cuando busca lograr en su Libro de Chistes de la Muerte efectos escalofriantes; Byron, en *Caín*, De Musset, en *Rolla*, Y lo que impide que el *Moby Dick*, de Hermann Melville, sea un libro verdaderamente grande es precisamente su fraseología pseudoshakespeariana, que emplea en todos los momentos más trágicos, fraseología especialmente idónea para la comedia, aunque el éxito excepcional del mismo Shakespeare, de Marlowe y de otros, haya engañado desgraciadamente a sus imitadores. Pero hay más. Si es cierto que el estilo romántico es esencialmente adecuado a la comedia, también es verdad, paralelamente, que las más grandes obras cómicas fueron escritas en estilo romántico. *Pantagruel* y los *Condes Drolatiques*; las conversaciones de Falstaff, las de Wilkins Micawber; *Las Ranas*, de Aristófanes; *Tristan Shandy*. Y ¿quién negará que los mejores trozos de sonora prosa de Milton los encontramos cuando escribe cómica o satíricamente? El escritor cómico es un hombre grande y gordo, que tiene gran amor a todo lo terreno, que se desabrocha la ropa y se entrega sin mesura, yendo allí donde su espíritu infatigable le conduce. El estilo romántico, desmedido, exagerado, de gestos de mentes, satisface exactamente sus necesidades.

Miss Thriplow escuchaba con creciente atención. Esto era serio, y relacionado con sus propios problemas. En su nueva novela se había esforzado en descartar los ropajes satíricos que anteriormente habían recatado su ternura; esta vez había decidido ofrecer al público su corazón desnudo. *Mr*.

Cardan estaba haciendo que se preguntara si no lo exhibiría de manera excesivamente palpitante.

—Cuando llegamos al arte pictórico —prosiguió *Mr*. Cardan— encontramos que la seriedad y el romanticismo aparecen combinados aun con menos frecuencia que en las letras. Los más grandes triunfos del estilo romántico del siglo diecinueve fueron alcanzados precisamente entre los cómicos y los artistas de lo grotesco. Daumier, por ejemplo, pintó los cuadros más cómicos y al mismo tiempo más violentamente románticos de cuantos se han creado. Y Doré, cuando abandonó sus ensayos de pintar en serio y en estilo romántico (con resultados risibles que dejo que usted evoque con su memoria) y se dedicó a ilustrar *Don Quijote* y *Les Contes Drolatiques*, también en estilo romántico. Doré entonces produjo obras maestras. Tanto, que el caso de Doré es colofón final y demostrativo de mi punto de vista. Pues he aquí un hombre que hizo exactamente las mismas cosas románticas en sus obras serias y en sus obras cómicas, y que logró con lo que quiso hacer sublime, resultados ridículos, y con lo ridículo obtuvo resultados sublimes, por su naturaleza grotesca, exuberante y romántica.

Ya habían dejado atrás las primeras casas del pueblo, y ahora subían lentamente su única calle, en pronunciada cuesta.

—Tiene usted mucha razón —dijo Mary reflexivamente.

Estaba pensando si no debiera morigerar la descripción que en su novela hacía de los sufrimientos de la joven esposa al descubrir la infidelidad de su marido. Era un momento hondamente dramático. La esposa, aún muy joven, acababa de dar a luz a su primer hijo, con infinitos sufrimientos, y está en cama, aún muy débil, convaleciente, pero maravillosamente feliz. Entra el marido con el correo de la tarde, joven, apuesto, adorado, que ella cree la adora recíprocamente. Se sienta en la cama, y dejando sobre la colcha un montón de cartas, las comienza a abrir. Ella hace otro tanto con las suyas. Dos aburridas notas. Las echa a un lado. Abre otro sobre sin mirar la dirección, desdobla el papel y lee: «Amor mío: Mañana por la tarde te estaré esperando en nuestro nido…». Lee ahora el sobre. Es para su marido. Sus sentimientos… *Miss* Thriplow dudó. Sí; quizá vistos a la luz de lo que había estado diciendo *Mr*. Cardan, aquellos párrafos resultaran un poco… excesivamente palpitantes. Sobre todo, el momento en que traen al para mamar. *Miss* Thriplow suspiró. Tendría que leer aquel capítulo al llegar a casa con ojos críticos y severos.

—Bueno —dijo *Mr*. Cardan interrumpiendo los pensamientos de la novelista—, ya hemos llegado. Ya no tenemos más que averiguar en dónde vive el abacero, y averiguar por él en dónde vive su hermano, de qué clase de tesoro es poseedor, y cuánto quiere por él. Hecho esto, no tendremos más que encontrar quien pague cincuenta mil libras por él… y colorín colorado…

Se detuvo e hizo una pregunta a un muchacho. Éste señaló calle arriba. Continuaron.

Hallaron al hombre sentado a la puerta de su tienda, vacía en aquel momento, tomando el sol y contemplando las raras gotas de vida que escurrían de tarde en tarde por la calle aldeana. Era un hombre grueso, de cara grande y carnosa, que parecía haber sido sometida a una fuerte presión perpendicular; tan ancha era su parte inferior, tan cercanas entre sí se hallaban las líneas horizontales de ojos, nariz y boca. Tenía la cara oscurecida por una barba de cinco días, pues era jueves y se afeitaba los sábados. Unos ojillos astutos y negros miraban engastados en párpados colgantes. Tenía gruesos los labios, y al sonreír mostraba dientes amarillos. Un gran delantal blanco, de inesperada limpieza, atado al cuello y a la cintura, le caía hasta más abajo de las rodillas. Fue el delantal lo que encendió la imaginación de *Miss* Thriplow; el delantal, y el hecho de que lo vistiese aquel hombre, a guisa de «efod», mientras cortaba jamón y salchichas, mientras servía azúcar con la ayuda de una pequeña palita.

—¡Qué aspecto más agradable y extraordinariamente simpático tiene! —dijo con entusiasmo al acercarse al hombre.

—¿Usted cree? —dijo *Mr*. Cardan sorprendido, pues a él le pareció el hombre un rufián apenas disimulado.

—¡Tan feliz, sencillo y contento! —prosiguió *Miss* Thriplow—. Es imposible no sentir envidia de la vida de estas gentes —casi hubiera podido llorar, pensando en la palita para el azúcar—. Nosotros nos complicamos la existencia en todo de manera tan innecesaria… ¿verdad?

—¿Usted cree?

—Esa gente no conoce la duda, ni piensa en lo pasado, ni, lo que es mucho peor, piensa simultáneamente en lo pasado y en el futuro. Saben lo que quieren y lo que está bien. Sienten exactamente lo que deben sentir, naturalmente, como los personajes de la *Iliada* y ajustan a ello su conducta. Y el resultado es, creo yo, que son mucho mejores que nosotros, más mejores,

como salíamos decir cuando éramos niños, con frase mucho más expresiva que la actual. Sí, son más mejores. ¡Vaya! ¡Se está usted riendo de mí!

Mr. Cardan la miró con ojos guasones y benevolente ironía.

—Le aseguro que no.

—No me importaría. Pues, después de todo, por mucho que digan o piensen ustedes, al final de cuentas, lo único que verdaderamente importa es el ser bueno.

—Estoy de completo acuerdo con usted —dijo *Mr*. Cardan.

—Y es más fácil cuando se es así —añadió *Miss* Thriplow, señalando con la cabeza hacia el delantal blanco.

Mr. Cardan asintió, con alguna duda.

—Algunas veces —prosiguió ella con un pronto de intimidad que hacía más rápidas sus palabras—, cuando subo a un autobús y el cobrador me da el billete, siento que las lágrimas acuden a mis ojos de repente, al pensar en su vida, tan sencilla, tan franca, tan fácil de ser bien vivida, aunque sea dura, o quizá porque es dura. Nuestras vidas son tan difíciles… —acabó, meneando la cabeza.

Para entonces ya estaban a pocos pasos del tendero, quien como viera que se proponían entrar en su establecimiento, se levantó de la silla, y fue velozmente a ocupar su puesto profesional detrás del mostrador.

Le siguieron al interior. Estaba la tienda oscura y llena de un violento olor a queso de cabra, bonito escabechado, conserva de tomate y salchichones fuertemente sazonados.

—¡Qué barbaridad! —dijo *Miss* Thriplow; y sacando su pañuelo diminuto, se refugió en el aroma fantasmal de violeta de Parma. Era una pena que aquellas vidas sencillas tuvieran que desarrollarse en semejante atmósfera.

—Es… «ensordecedor», ¿eh? —dijo *Mr*. Cardan en broma; y luego, volviéndose al tendero—. Huele mal.

El hombre miró a *Miss* Thriplow, que permanecía con la nariz en el oasis de su pañuelo, y sonrió indulgentemente.

—*I forestieri sonó troppo delicati. Troppo delicati* —repitió.

—Tiene razón —dijo *Mr*. Cardan—; lo somos. Creo que acabaremos por sacrificarlo todo a la comodidad y la limpieza. Personalmente, siempre tengo las más vehementes sospechas de todas las utopías perfectamente higiénicas y muelles. En cuanto a este olor particular —dijo olfateando el aire con deleite — no comprendo verdaderamente por qué protesta usted. Es sano, carece de artificio y es tremendamente tradicional. Puede usted estar segura de que las abacerías etruscas olían exactamente igual que ésta. Nada, nada; yo estoy completamente de acuerdo con este amigo.

—No obstante —respondió *Miss* Thriplow con una voz apagada por el pañuelo—, prefiero mis violetas, por sintéticas que sean.

Luego de pedir dos vasos de vino, uno para el tendero, *Mr*. Cardan se lanzó a las complicaciones de una conversación diplomática acerca del objeto de su visita. Tan pronto como el tendero oyó mencionar a su hermano y la estatua, su cara adquirió una expresión de amabilidad verdaderamente excesiva. Sus gruesos labios se curvaron en sonrisas, y hondas arrugas de forma arqueada y circular aparecieron en los abultados carrillos. Hacía repetidas reverencias. De vez en cuando reía gozosamente, emitiendo una corriente de hálito ajoso, con un olor tan potente y tan semejante al del acetileno, que se sentían fuertes tentaciones de acercarle una cerilla a la boca, en la esperanza de que inmediatamente surgiese una iluminadora y blanquísima llama. Confirmó todo cuanto había dicho el chico del carnicero. Todo era verdad: tenía un hermano, y éste una estatua de mármol, bella y antigua. Muy antigua; antiquísima. Desgraciadamente, su hermano se había ido del pueblo para vivir en la llanura, cerca del lago de Massaciuccoli, llevándose consigo la estatua. *Mr*. Cardan procuró averiguar el aspecto de la estatua, mas no consiguió sacar nada en limpio, salvo que era bella, antigua y representaba a un hombre.

—¿No será algo así? —preguntó *Mr*. Cardan, doblando su cuerpo para hacerle tomar la actitud de un demonio románico, al tiempo que bacía un gesto diabólico.

El tendero creía que no. Dos labriegas que entraban a comprar queso y aceite miraron con disimulado pasmo. ¡Estos extranjeros, estos extranjeros!

—¿O así? —y apoyando el codo en el mostrador, reclinándose, *Mr*. Cardan evocó con su postura y la fija sonrisa de un éxtasis imbécil, visiones de un festín etrusco.

El tendero sacudió nuevamente la cabeza.

—¿Y así? —insistió *Mr*. Cardan, elevando místicamente los ojos al cielo, como una imagen barroca.

Pero ni siquiera esto satisfizo las dudas del tendero. *Mr*. Cardan se enjugó el sudor.

—Si pudiera tomar el aspecto de un busto romano —le dijo a *Miss* Thriplow— o de un bajorrelieve de Giotto, o de un sarcófago del Renacimiento, o de un grupo inacabado de Miguel Ángel, lo haría. Pero cae todo ello fuera de mis capacidades. —Sacudió la cabeza, y añadió—: Por el momento, me doy por vencido.

Sacó la cartera y pidió la dirección del hermano. El tendero le dio los detalles, que *Mr*. Cardan apuntó cuidadosamente. El comerciante los acompañó luego entre reverencias y sonrisas hasta la calle. *Miss* Thriplow arrió el pañuelo y aspiró una bocanada de aire, que aún allí traía a la memoria, por la ruta de la pituitaria, la existencia de la química orgánica.

—Paciencia —dijo *Mr*. Cardan—; paciencia y tenacidad de propósito. Ambas cosas son muy necesarias aquí.

Echaron a andar lentamente calle abajo. Pocos metros habían andado, cuando el ruido de un violento altercado los hizo volverse. A la puerta de la tienda, *el* abacero y las dos compradoras disputaban furiosamente. Alzáronse las voces, bronca y desabrida la del hombre, agudas las femeninas; las manos se movían trazando gestos violentos y amenazadores, pero no por ello exentos de gracia, como correspondía a las manos de aquéllos cuyos antepasados enseñaron a los grandes pintores de la antigüedad todo cuanto éstos supieron acerca del movimiento armónico y expresivo.

—¿Qué ocurre? —preguntó *Miss* Thriplow—. Suena a preliminares de asesinato.

Mr. Cardan sonrió y se encogió de hombros.

—No es nada. Le están llamando ladrón nada más. Escuchó durante unos segundos, y añadió:

—Parece que se trata de una cuestión de algo corto de peso. —Sonrió y dijo—: ¿Seguimos?

Echaron a andar. El ruido de la disputa los acompañó calle abajo. *Miss* Thriplow no supo si debía estar agradecida a *Mr*. Cardan por no añadir más acerca de su amigo, el del delantal blanco. Esta gente sencilla…, la palita para

el azúcar… Acabó por decidir que prefería que *Mr*. Cardan dijese algo. Su silencio resultaba más irónico que cualesquiera palabra.

VI

El sol se había puesto. Las montañas azules y purpúreas alzaban su ariscada silueta contra su cielo verde pálido. *Mr*. Cardan se encontraba solo en medio de la llanura que se extendía dominada por ellas. Estaba a la orilla de una ancha acequia, rebosante de agua brilladora, que se alejaba en línea recta, al parecer, durante kilómetros y kilómetros, hasta perderse en la vaga distancia crepuscular. Aquí y allá, una línea de altos y enjutos álamos marcaba la situación de otros parecidos canalillos, que cruzaban el llano en todas direcciones. Ni una casa se veía, ni un ser humano, ni siquiera una vaca o un pollino pastando. A lo lejos, en las laderas de las montañas, cuyas tonalidades azules y purpúreas iban trocándose rápidamente en uniforme color añil, comenzaban a aparecer lucecillas amarillentas, ora solitarias, ora arracimadas, anunciando la existencia de una alquería aislada o de un poblado. *Mr*. Cardan las contemplaba irritado; muy bonito, sin duda, pero había el visto mejor logrado el mismo efecto en muchos escenarios de zarzuela. Y en cualquier caso, ¿qué utilidad podían tener unas luces a ocho o diez kilómetros de distancia, cuando se encontraba uno en la mitad de la planicie, sin nadie a la vista, con la noche en puertas, y estos horrendos canalillos que le impedían enderezar sus pasos en la evidente dirección que, sin ellos, te devolverían a la civilización?

Había sido un necio, pensó, por tres o cuatro razones: fue necio en no aceptar la oferta que Lilian le hizo de su coche, por preferir él ir andando. ¡Este fetiche del ejercicio físico! Aunque era verdad que si no lo hacía se vería obligado a beber ¡menos! Necio por haber salido una tarde después de comer; necio por haber aceptado como buenos los cálculos italianos acerca de las distancias; necio por haberse fiado de las direcciones dadas por gentes que confundían la izquierda con la derecha, y que al ser preguntadas acerca de su dirección exacta respondían que tanto por uno como por otro camino llegarían al lugar buscado. El sendero que hasta allí le había llevado parecía morir repentinamente en las aguas del canal. Tai vez se trataba de un sendero para suicidas. El lago de Massaciuccoli debía de estar algo más allá del canal. Pero ¿dónde? Y ¿cómo cruzar a la otra orilla? La luz del crepúsculo iba apagándose. Dentro de unos minutos el sol se habría ya hundido en el horizonte dieciocho grados cumplidos, y la oscuridad seria absoluta. *Mr*. Cardan maldijo, sin que ello solucionara nada. Al fin decidió que lo mejor

seria seguir cautelosamente el curso del canal, en la esperanza de que antes o después llegaría a algún lado. Mientras tanto, juzgó prudente fortalecerse con un trago y un bocado. Se sentó sobre la hierba, y hundiendo las manos en el muy capaz bolsillo de cazador furtivo excavado en su forro, sacó primero un pan. Juego unas cuantas pulgadas de un alargado salchichón, y por fin una botella de vino tinto. *Mr*. Cardan siempre iba preparado para las eventualidades.

El pan estaba correoso, el salchichón resultó caballuno y sazonado con ajo, pero *Mr*. Cardan, que no había merendado, comió con gusto. Y aún fue mayor su placer al beber. Pasado un rato, se encontró de mejor ánimo. Éstas son, se dijo, las penalidades que han de sufrir quienes buscan ganar dinero. Si acababa la aventura sin caer en algún canal, consideraría que había pagado muy moderado precio por su tesoro. La peor incomodidad eran los mosquitos. Encendió un cigarro puro y procuró mantenerlos a respetuosa distancia por un procedimiento de fumigación. Sin gran éxito, desgraciadamente. Tal vez los bichos fuesen además palúdicos. En tales pantanos, no era difícil que quedase aún algo de la enfermedad. Sería tedioso acabar la vida con fiebres intermitentes y abultamiento del bazo. Sería tedioso, en cualquier caso, acabar la vida en la cama o fuera de ella, natural o violentamente, por accidente o de resultas de la conducta de los enemigos de Su Majestad. Los pensamientos de *Mr*. Cardan adoptaron un talante melancólico. Vejez, enfermedades, decrepitud; sillas de ruedas, médicos, enfermeras alegres y competentes; la larga agonía, la lucha. ¿Cómo era aquella alegre cancioncilla?

Al enterrador del pueblo

ya no le falta trabajo;

el carpintero de cajas

ha recibido otro encargo.

Del pueblo en él camposanto

cavando están otra fosa;

en el invierno que viene,

no tendrá frío en la hoya.

Mr. Cardan canturreó las coplas con buen humor suficiente, mas su rostro, correoso y enjuto, tomó un aspecto tan duro, tan extrañamente inmóvil, y una expresión de amargura y melancolía tan profundas apareció en sus ojos

guiñadores y altaneros, que hubiera sorprendido y asustado a quien lo contemplara. Mas nadie había cercano en la luz agonizante del crepúsculo. Estaba solo.

Del pueblo en él camposanto

cavando están otra fosa;

Continuó canturreando. Y, en tanto, sus pensamientos discurrían así:

«Si cayese enfermo, ¿quién me cuidaría? Supongamos que me da un ataque. Hemorragia cerebral; hemiplejía; articulación confusa; la lengua incapaz de expresar lo que el cerebro piensa; alimentado como un niño; clisteres; un médico jovial, frotándose las manos, oliendo a desinfectante y agua de colonia; no vería a nadie más que a la enfermera; sin amigos; o quizás una hora a la semana, por caridad: "Pobre Cardan, no tiene remedio, tengo que mandarle cinco libras. ¿No sabes? No tiene un céntimo; deberíamos organizar una suscripción… ¡Qué lata! ¡Parece mentira lo que está durando!"».

en el invierno que viene

no tendrá frío en la olla!

La musiquilla terminaba con una especie de trompetazo, pasando de la dominante a la tónica; una dominante, tres tónicas repetidas, vuelta a descender a la tónica, y entonces, al llegar la segunda sílaba de hoya, la tónica final. Finis, y nada da capo, nada de segundo movimiento.

Mr. Cardan volvió a beber un trago de la botella. Ya estaba casi vacía.

Quizá debió casarse. Con Kitty, por ejemplo. Ahora estaría vieja y gorda; o vieja y huesuda; como un esqueleto mal disfrazado. No obstante, había estado profundamente enamorado de Kitty. Tal vez hubiera sido una buena idea casarse con ella. ¡Bah! Soltó una carcajada de risa burlona, salvaje. ¡Casarse! Cierto que su aspecto era de una muchacha modosa pero en el fondo, en el fondo, seguro que era una cualquiera, coqueta, infiel… La recordaba con odio y desprecio.

Ahora pensó en el artritismo, en la gota, en las cataratas y en la sordera… Y en cualquier caso, ¿cuántos años le quedaban? Diez, quince, veinte si era excepcional, y ¡qué años!

Acabó de vaciar la botella, la tapó con el corcho y 3a arrojó al agua negruzca que tenía a sus pies. El vino no había mejorado su humor. Deseó

fervientemente encontrarse en el palacio, rodeado de gente con quien hablar. Solo, se sentía inerme. Procuró pensar en algo alegre y divertido, en los deportes caseros, por ejemplo, pero en vez de considerar tales juegos se encontró contemplando visiones de enfermedades, decrepitud y muerte. Otro tanto le ocurrió al tratar de reflexionar sobre temas serios. ¿Qué es el Arte, por ejemplo? ¿O qué valor de supervivencia tenían para una especie ojos, o alas, o colores de protección, en su estado rudimentario, es decir, cuando aún no estaba lo bastante desarrollado para ver, volar o proteger? ¿Por qué los seres Individuales en quiénes tuvieron lugar las mutaciones primeras e inútiles, pero con tendencia hacia la eficacia, sobrevivieron con éxito mayor que los que no conocieron, la desventaja de una característica excéntrica? ¡Absorbentes temas! Pero no pudo fijar en ellos la atención. Afortunadamente, pensó, en su vida pasada no se había capacitado como candidato a la parálisis general progresiva. ¿Afortunadamente…? ¡Casi milagrosamente! Pero los cálculos renales, la neuritis, la degeneración adiposa, la diabetes… ¡Santo Dios! ¡Cómo le gustaría tener a alguien con quién hablar!

Y de súbito, como en respuesta a su prez, oyó voces que se aproximaban a través de la oscuridad.

—¡Alabado sea Dios! —dijo poniéndose en pie apresuradamente y echando a andar hacia el lugar de donde venían las voces.

Dos bultos negros, alto y masculino el uno, muy bajo y femenino el otro, surgieron de la oscuridad. *Mr*. Cardan se sacó el cigarro de la boca, se quitó el sombrero, hizo una inclinación de cabeza y dijo:

Nel mezzo del cammin di nostra vita

mi ritrovai per una selva oscura

ché la diritta via era smarrita.[38]

¡Qué suerte que seiscientos veinticuatro años antes también Dante perdiera su camino!

—En una palabra —prosiguió diciendo—, *ho perso la mia strada*[39], aunque tengo dudas sobre si esa expresión es coloquial y acostumbrada. *Forse potrebbe darmi qualche indicazione*[40].

En presencia de los desconocidos, y al escuchar la propia voz, se disipó su depresión. Se sentía encantado por el giro fantástico que había dado a la conversación desde su principio. Quizá lograra encontrar ocasiones para

regalarlos con unas escogidas estrofas de Leopardi. Era delicioso poder asombrar a los indígenas.

En tanto, los dos bultos se habían detenido a alguna distancia. Cuando *Mr*. Cardan acabó con su macarrónica presentación, el más alto de los dos respondió en una voz áspera y atiplada para ser masculina:

—No hace falta que hable usted italiano. Somos ingleses.

—Encantado de saberlo —les aseguró.

Y procedió a explicar detalladamente, y en su lengua madre, lo que le había ocurrido. Mientras lo hacía, pensó que era aquél muy extraño lugar para encontrarse con dos turistas ingleses. Habló de nuevo la voz áspera:

—Hay un sendero que lleva a Massarosa a través de los campos. Y hay otro, en sentido contrario, que va a parar a la carretera de Viareggio. Pero no son fáciles de encontrar en esta oscuridad, y hay muchos canalillos.

—No hay sino que atacar la aventura con ánimo esforzado —dijo *Mr*. Cardan.

Ahora fue la mujer quien habló:

—Creo que sería mejor que pasara usted la noche en nuestra casa. No es posible que encuentre su camino. Yo misma, a poco si me caigo al agua hace unos momentos —y de nuevo se echó a reír, más aguda y fuertemente, le pareció a *Mr*. Cardan, y durante más tiempo de lo que pudiera juzgarse necesario.

—Pero, ¿tenemos sitio? —preguntó el hombre en un tono que indicaba el poco agrado que tenía en recibir un huésped.

—¡Pues claro que tenemos sitio! —replicó la voz femenina en un tono de infantil asombro—. Lo que no tenemos son muchas comodidades.

—Eso no importa en absoluto —aseguró *Mr*. Cardan—. Le agradezco muy sinceramente su invitación —añadió rápidamente, antes de que el hombre pudiera objetar.

No tenía ningún deseo de pasar la noche vagando por entre los canalillos. Además, la promesa de verse acompañado, aunque adivinó que la compañía no iba a ser corriente, le atraía sobremanera.

—Muy agradecido —repitió.

—Si tú crees que hay sitio… —dijo el hombre de mala gana.

—Pero ¿no lo va a haber? —replicó riendo la voz de mujer—. ¿Son seis o son siete las habitaciones que tenemos desocupadas? Venga, *Mr*…, *Mr*…

—Cardan.

—*Mr*. Cardan. Vamos a Gasa derechos. ¡Qué divertido! —y se reprodujo la risa exagerada.

Mr. Cardan los acompañó, hablando tan agradablemente como supo. El hombre le escuchaba taciturno, pero su hermana (pues *Mr*. Cardan ya había descubierto que eran hermanos y que se llamaban Elver) reía entusiasmada cada frase de *Mr*. Cardan, como si todo lo que éste decía fuera un chiste maravilloso. Reía desaforadamente y luego hacía algún comentario por el que se veía que no tenía ni idea de lo que estaba escuchando. *Mr*. Cardan fue haciendo paulatinamente más sencilla su conversación, hasta que al llegar a casa, sus frases estaban a la altura de una niña de diez años.

—Ya hemos llegado —dijo ella, cuando salieron de la noche más oscura de un bosquecillo de chopos.

Ante ellos se alzaba la masa cuadrada de una casa, completamente a oscuras, excepto por una única ventana iluminada.

Les abrió la puerta, así que llamaron, una vieja con una vela. A esta luz vio *Mr*. Cardan por primera vez a la pareja.

Que el hombre era alto y flaco pudo apreciarlo a oscuras. Ahora le vio encorvado, hundido de pecho; tenía unos cuarenta años, largos brazos y piernas de arácnido, y una cara alargada y macilenta, de larga nariz, mentón poco pronunciado e iluminado el rostro por ojos pequeños, recelosos y grises, generalmente clavados en el suelo, como si temieran cruzar su mirada con otra. *Mr*. Cardan halló un matiz clerical en el aspecto del hombre. Bien podía tratarse, pensó, de un pastor enfermo; enfermo y hasta desposeído de las órdenes. Iba vestido con un traje negro, bien cortado y nada viejo, pero con rodilleras y bolsillos dados de sí. Llevaba bastante sucias las uñas de los largos y huesudos dedos, y el pelo, castaño oscuro, demasiado largo en la nuca y por encima de las orejas.

Miss Elver era treinta centímetros cumplidos más baja que su hermano, pero dijérase por su aspecto que el primitivo plan de la Naturaleza fue hacerla casi tan alta como él, pues tenía la cabeza demasiado grande para el cuerpo, y las piernas excesivamente cortas. Un hombro le quedaba más alto que el otro. Sus facciones recordaban las de su hermano en cierta medida. Tenía la misma

larga nariz, aunque mejor formada, y la barbilla era tan débil como la de él. Quedaba compensada ésta por una boca amable y de perpetua sonrisa, y irnos ojos grandes, castaños y claros, en los que ningún recelo se veía, sino que antes al contrario, miraban con confianza absoluta, aunque con toda su brillantez no eran menos los e inexpresivos que los de una niña de muy años. Su edad, pensó *Mr*. Cardan, sería de unos veintiocho o treinta años. Llevaba un extraño vestidillo sin forma concreta, como un saco provisto de agujeros para brazos y cabeza, hecho de una tela blanca estampada en rojo vivo, con un dibujo que parecía mal imitado del de una vajilla china. Varias sartas de abalorios de colorines le rodeaban el cuello. Llevaba varias pulseras y un portamonedas de malla dorada.

Mr. Elver dio órdenes a la vieja, suplementando sus parcas palabras con gestos abundantes. Dejó ella la vela y salió. Elver cogió la vela y, atravesando el vestíbulo, condujo a su hermana y a Cardan a una gran estancia. Los tres se sentaron en sillas duras e incómodas, alrededor de la chimenea apagada.

—¡Es una casa tan incómoda! —dijo *Miss* Elver—. ¿Sabe usted una cosa? No me gusta Italia.

—¡Vaya, vaya! —dijo *Mr*. Cardan—. Eso no está bien. ¿Ni siquiera Venecia le gusta? ¿Con todas aquellas barcas y góndolas?

Y como sus ojos se encontraran con los de ella, vacuos e infantiles, *Mr*. Cardan pensó que casi podría aventurarse a decir que en Venecia no había «arre-arres».

—¿Venecia? —dijo *Miss* Elver—. No he estado allí.

—Florencia, entonces. ¿No le gusta Florencia?

—Tampoco he estado allí.

—¿Roma? ¿Nápoles? *Miss* Elver denegó con la cabeza.

—Sólo hemos estado aquí. Todo el tiempo. El hermano, que había permanecido sentado, echado hacia delante, con los codos sobre las rodillas, juntas las manos y fija la mirada en el suelo, habló ahora:

—Es que mi hermana tiene que hacer una vida tranquila. Ha venido al campo a descansar y a reponerse.

—¿Aquí? —preguntó *Mr*. Cardan—. ¿No encuentra esto demasiado caluroso y algo deprimente?

—¿Verdad que hace mucho calor? —dijo *Miss* Elver—. Eso es lo que yo le digo a Philip.

—Yo hubiera pensado que se encontraría usted más a gustó junto al mar, o en la montaña. Elver rechazó la idea con un gesto:

—Los médicos —dijo misteriosamente, sin añadir otra cosa.

—¿Y el peligro del paludismo?

—Ésas son tonterías —repuso Elver; y fue tanta la violencia de su acento, tanta su indignación, que *Mr*. Cardan únicamente pudo imaginar que era propietario de tierras en aquella vecindad, y que tenía el proyecto de ponerlas en explotación como lugar saludable para veraneantes.

—Bueno, claro es que ya ha desaparecido casi totalmente —dijo, como disculpándose—. La *Maremma* ya no es lo que era.

Mr. Elver no replicó. Siguió mirando al suelo con expresión taciturna.

VII

También el comedor era vasto y desnudo. Cuatro velas ardían sobre la mesa, larga y estrecha; su dorada luminosidad apenas era claridad crepuscular en los rincones lejanos; las sombras resultaban negras e inmensas. Al entrar *Mr*. Cardan se imaginó ser Don Juan Tenorio, camino de una cena en él panteón del Comendador.

La cena resultó, a la vez, melancólica y de extraordinaria animación. Mientras su hermana parloteaba y reía incesantemente con el invitado, *Mr*. Elver guardó durante toda la comida un absoluto silencio. Fue comiendo con expresión adusta, a todo lo largo, de la compleja y fragmentaria minuta, que la vieja iba sirviendo, un plato inesperado tras otro, en pequeñas fuentes que traía de la cocina. Con no menor melancolía y con él aire de un hombre que bebe para cobrar ánimos y adquirir fuerza ilusoria, fue consumiendo vaso tras vaso de fuerte vino tinto. Por lo general, mantenía la mirada sobre el mantel, delante de su plato, mas de vez en cuando la lanzaba rápidamente sobre los otros dos, y luego, como si temiera que se cruzara con las de otros ojos, volvía a clavarla sobre el mantel.

Mr. Cardan disfrutó con la cena. No es que las viandas fuesen de particular excelencia, pues no lo fueron. La vieja era una de esas practiconas ineptas de la cocina italiana que disimulaban sus yerros bajo una inundación de salsa de tomate, sazonada con ajo para hacer el disfraz verdaderamente eficaz. Fue en la compañía en lo que *Mr*. Cardan halló su deleité. Ya hacía mucho tiempo que no se había sentado con ejemplares tan interesantes. Abarca uno poco, pensó. No conoces a bastantes personas. Nuestras relaciones no poseen la deseable diversidad. Por ejemplo, nuestros conocimientos acerca de gentes tan profundamente interesantes, como los ladrones, los millonarios, los imbéciles, los hotentotes, los capitanes de la marina mercante…, son ridículamente reducidos.

Aquella noche, por lo visto, estaba ampliando el círculo de sus conocimientos.

—Me alegro mucho de que le encontrásemos —estaba diciendo *Miss* Elver—. Allí, en la oscuridad. ¡Y qué susto me dio! —Se echó a reír estrepitosamente—. Estábamos tan aburridos…, ¿verdad, Philip?

Mr. Elver no se dignó responder, y ni siquiera alzó los ojos.

—¡Tan aburridos! Me alegro horrores de que le encontráramos.

—No tanto como yo, se lo aseguro —dijo *Mr*. Cardan galantemente.

Miss Elver le miró durante un segundo, entre coqueta y confidencialmente; luego, llevándose una mano a la cara, como para esconderse de la mirada de *Mr*. Cardan, rió con una risita extraña, al tiempo que se ruborizaba profundamente. Le miró por entre los dedos, y volvió a reír.

Se le ocurrió a *Mr*. Cardan que si no se andaba con tiento, pronto se encontraría envuelto en un proceso por quebrantamiento de promesa matrimonial. Cambió diplomáticamente la conversación, preguntando a *Miss* Elver qué cosas de comer eran sus preferidas. Supo que eran éstas los fresones, el mantecado los bombones.

Ya Sabían comido el postre. *Mr*. Elver alzó los ojos de repente y dijo:

—Grace, creo que deberías acostarte ya. La cara de Grace, un momento antes reluciente de alegría, quedó velada por una profunda tristeza. Una película de lágrimas acudió a sus ojos, aumentando su brillo. Miró a su hermano suplicante.

—¿Ya? Déjame hoy. Esta vez nada más.

Pero *Mr*. Elver no cedió:

—No, no —dijo severamente—. Tienes que irte.

Suspiró su hermana y dejó oír un ruidillo como un gemido, mas acabó por levantarse y por dirigirse a la puerta obedientemente. Ya estaba casi en el umbral cuando se detuvo, dio la vuelta y volvió corriendo para dar las buenas noches a *Mr*. Cardan.

—Me alegro mucho de que le hayamos encontrado. ¡Qué divertido! Buenas noches. Pero… no debe usted mirarme así. —Se tapó la cara con la mano—. ¡Oh! No, no… Así… ¡No! —Y salió del cuarto riendo chillonamente.

Ambos hombres callaron durante bastante tiempo. Al fin, Elver empujó la botella de vino hacia *Mr*. Cardan y le dijo:

—¿Un vaso de vino?

Mr. Cardan llenó su vaso y luego, cortésmente, hizo otro tanto con el de su anfitrión. Vino: el único método, probablemente, de hacer hablar a aquel melancólico sujeto. El ojo experimentado y profesional de *Mr*. Cardan había

advertido en la expresión de su huésped síntomas apenas perceptibles de borrachera incipiente. No era de esperar, pensó *Mr*. Cardan despectivamente, que un hombre tan notablemente parecido a un arácnido supiera beber. Durante toda la cena le había visto empinar con gran perseverancia. Unos vasos más y *Mr*. Cardan confiaba en que se tornaría en cera virgen en las manos de un interrogador sobrio (y *Mr*. Cardan podía conservar la cabeza despejada durante tres botellas más que aquél ser desmedrado y enteco). Hablaría, ya lo creo; probablemente, la dificultad consistiría en lograr que callara.

—Gracias —dijo Elver, y se echó el vaso al coleto de un trago, con expresión afligida.

Buen camino, pensó *Mr*. Cardan. Y con el mayor gracejo y la más cumplida donosura que pudo, comenzó a relatar la historia de la estatua en poder del hermano del tendero de comestibles, y de su excursión en su busca, acabando por narrar, en una versión ya más pintoresca que la primera, la manera cómo se extravió.

—Me consuelo supersticiosamente —concluyó— pensando que la fatalidad no me sometería a estas pequeñas pruebas y molestias si no tuviera él propósito de recompensarme con largueza al final. Estoy pagando por adelantado; pero no con la esperanza de conseguir algo que valga la pena. Sin embargo, ¡qué maldición este correr tras el dinero!

—Es el origen de todos los males —dijo *Mr*. Elver vaciando su vaso. *Mr*. Cardan se lo volvió a llenar disimuladamente

—Es verdad. Y es maldito doblemente, si me permite usted usurpar el papel de Porcia durante un momento. Maldito para quien lo tiene, pues ¿puede usted pensar en alguna persona rica conocida suya, que no fuera menos avara, tiránica, relajada y, en general, porcuna, sino pagase tributo sobre rentas excesivas? Y maldito para quien carece de él, pues su falta le obliga a hacer toda suerte de cosas absurdas, humillantes e indignas, que jamás hiciera si creciesen en los setos pan, plátanos y uvas en cuantía bastante para proveer a su sustento y apagar su sed.

—Es peor para quien no lo tiene —dijo *Mr*. Elver con súbita violencia. Evidentemente era un asunto acerca del cual tenía arraigadas opiniones. Miró luego los ojos, para esconder una vez más su larga nariz en el vaso.

—Quizá —dijo *Mr*. Cardan juiciosamente—. En cualquier caso, son más frecuentes las quejas de los que carecen de dinero que las de aquéllos que

están sobrados de él. Éstos no acostumbran lamentarse de su suerte. Quienes denuncian el dinero y los males que acarrea son quienes están en contacto con los adinerados, y como los adinerados no abundan, quienes están en contacto con ellos escasean también. Yo he pertenecido a ambas categorías. Fui rico, y comprendo ahora que en aquella época debí de resultar intolerable a mis prójimos. Hoy… —y *Mr*. Cardan sopló fuertemente con los labios fruncidos, para indicar lo que con su fortuna había acontecido—, hoy soy pobre. La maldición del avaro y del indolente ya no pesa sobre mí. Pero, ¡ay!, ¡a qué viles cosas, a qué abyectos empleos me ha reducido, por compensación, este no tener! Por ejemplo, ahora ando buscando a un labriego para desposeerle de su propiedad artística.

—¡Ah!, pero eso no es nada —exclamó Elver apasionadamente— comparado con las cosas que yo he tenido que hacer. Eso no es nada en absoluto. Usted no ha sido agente de publicidad.

—No; es verdad. No he sido nunca agente de publicidad.

—Entonces, no conoce usted lo que verdaderamente es la maldición de no tener dinero. No tiene usted derecho a hablar. No lo tiene.

La voz áspera y trémula subía y bajaba apasionadamente.

—Quizá no —dijo *Mr*. Cardan en tono conciliador.

Y aprovechó la oportunidad para escanciar más vino en el vaso de su anfitrión. Nadie, pensó, tiene derecho a ser más desgraciado que nosotros mismos. Cada uno de nosotros se encuentra en las más infelices circunstancias del mundo. Por eso merecemos alabanza, si se tienen en cuenta nuestra paciencia y fortaleza de ánimo.

—Déjeme, déjeme que le cuente —prosiguió Elver, y trató de mirar francamente a *Mr*. Cardan; pero el esfuerzo fue demasiado grande y pronto rehuyó el choque de las miradas. Se inclinó hacia delante y dio un sonoro golpe en la mesa con la mano abierta, tanto para subrayar la importancia de sus palabras como para atraer hacia ellas la atención de su interlocutor.

—Mi padre era un cura rural —comenzó a decir rápida y excitadamente —. Éramos pobres, horriblemente pobres. Y no es que a él le importase demasiado. Se pasaba el día leyendo a Dante, lo que irritaba sobremanera a mi madre, no sé por qué. ¿Conoce usted el olor de la cocina barata? Hasta su recuerdo me levanta el estómago. Éramos cuatro, pero mi hermano cayó en la guerra y mi hermana mayor murió de la gripe. Sólo quedo yo y la que ha visto

usted esta noche. —Se tocó la frente—. No creció. Es una retrasada mental. —Rió compasivamente—. Aunque no sé por qué se lo digo. Bien a las claras está.

Mr. Cardan no replicó. Su huésped rehuyó la mirada medio picaresca, medio despectiva de Cardan, y buscó ánimos en el vaso, cuyo déficit *Mr*. Cardan compensó calladamente de la gran frasca.

—Cuatro hermanos —replicó Elver—. Puede usted calcular que la cosa no fue demasiado sencilla para mi padre. Además, mi madre murió cuando éramos aún niños. Pero él se las arregló para mandarnos a uno de los colegios aceptados, aunque pobretón, y también hubiéramos ido a la Universidad, si hubiéramos logrado becas para ello. Pero no las ganamos.

Al decir esto, *Mr*. Elver, a quien él vino parecía estar haciendo efecto rápidamente, se echó a reír fuerte, como si acabara de decir una cosa de ingenio agudísimo.

—Me hermano entró a estudiar en una sociedad de ingeniería, y estaban arreglándose las cosas, Dios sabe a costa de qué sacrificios, para que yo estudiase la carrera de abogado, cuando, ¡cataplún!, mi padre se cayó muerto de un ataque de corazón. Supongo que a él no le fue demasiado mal. Se iría a pasear por el *Paradiso*. ¡Pero yo! Tuve que aceptar el primer empleo que encontré. Y así fue como me convertí en agente de publicidad. ¡Santo Dios!

Se cubrió los ojos con una mano, como si no quisiera ver alguna visión espantosa.

—¡Y habla usted de la maldición de los que no tienen dinero! Trabajaba para una revista mensual, de ésas que publican centenares de anuncios pequeños: curas contra la *Mperdorhidria*, cinturones eléctricos para fortalecerse, arte por correspondencia, «¿por qué usa usted braguero?», depiladores patentados, píldoras para hermosear bustos femeninos, máquinas de lavar ropa que ahorran trabajo, a plazos; y «aprenda a tocar el piano sin practicar», y treinta y seis reproducciones de desnudos del Salón de París por cinco chelines, y curas para dipsomaníacos enviadas discretamente en un sobre sin membrete… y todo lo demás. Había centenares de pequeños anunciantes. Me pasaba el día recorriendo tiendas y oficinas, adulando a los antiguos anunciantes para que volvieran a anunciar y buscando nuevos clientes. ¡Qué espanto! Tenía que llegar, usando viles argucias, hasta la presencia de gentes que no querían recibirme, y para quienes era sencillamente una molestia, como una especie de mendigo a la caza de unas

monedas. ¡Qué amable tenía que mostrarme con los insolentes subordinados, atrincherados detrás desús empleos, encantados de poder ellos ser alguna vez groseros y violentos! Y era preciso mostrarse perpetuamente alegre, franco, ocurrente y al mismo tiempo varonil y grave. Aquellas charlas de pretendida honradez: «No me negará usted, como buen hombre de negocios…» la sinceridad persuasiva, el entusiasmo fingido, el constante mentir que eran necesarios para dar la impresión de que uno creía en lo que estaba diciendo, de que el anunciar en la revista era un magnífico asunto, que quien inventó la propaganda fue el más grande bienhechor de la humanidad. Luego, el aspecto personal. Nunca logré tener el deseable. Jamás parecí bien vestido. Y era indispensable dar a aquellos diablos la impresión de que uno era un vendedor entusiasta y competente. ¡Qué horrible, Dios mío! ¡Cómo me trataban algunos! En el mejor de los casos, como si fuera el ser más aburrido y tedioso de la creación, pero algunas veces llegaban a denostarme, a llamarme bandido y bribón… Mía era la culpa si no fueron bastantes los imbéciles que compraron cinturones galvánicos para sus barrigas, o si fueron pocos quienes aprendieron a tocar di piano, como Bussoni, sin estudiar. Mía, mía era la culpa; y se enfurecían y me maldecían, mientras yo tenía que mostrarme cortés y alegre, y diplomático, sin permitir que mi entusiasmo decayera. ¿Acaso hay algo más terrible que enfrentarse con un hombre airado? No sé por qué, pero encuentro profundamente humillante intervenir en una disputa, aunque sea uno mismo el agresor. Luego piensa uno que no es muy superior a un perro. Pero si uno es la víctima de la furia ajena, ¡ah!, entonces es espantoso. Entonces es espantoso —repitió, y golpeó la mesa con la mano para dar énfasis a su afirmación—. No sirvo para esas cosas. No soy un chulo ni un matón. Aquellas escenas me ponían enfermo. No podía dormir pensando en ellas, recordando las pasadas e imaginando las venideras con terror. Hablaba la gente acerca de lo que debió sentir Dostoievski cuando le sacaron al patio del cuartel, le colocaron enfrente del piquete atado a un poste, y entonces, en el último instante, cuando ya tenía los ojos vendados, llegó el indulto. Pero yo le aseguro que eso me pasaba a mí seis veces diarias, haciendo ánimos para celebrar una entrevista inevitable, que me llenaba de horror con sólo pensar en ella. Y para mí no llegaba el indulto. La ejecución tenía lugar indefectiblemente hasta él fin. ¡Cuántas veces me encontraba vacilando ante la puerta de algún ser violento y agresivo, sudando de angustia, no atreviéndome a cruzar el umbral…! ¡Y cuántas veces, en el último momento, me volvía atrás, e iba a una taberna para tomar un vaso de coñac que me tranquilizara los nervios, o a una farmacia en busca de un

bebedizo que me infundiera ánimos! ¡No puede usted imaginar lo que sufría entonces!

Vació el vaso, como si quisiera ahogar el recuerdo espantoso. Luego prosiguió con una voz que temblaba de lástima de sí mismo:

—Nadie puede imaginarlo. ¡Y qué poco sacaba a cambio! Sufría tortura diaria por el privilegio de apenas poder vivir. ¡Con las cosas que hubiera hecho de haber contado con el capital necesario! Saber con absoluta certeza que con diez mil libras podría ganar doscientas mil en dos años; tener todo el plan listo hasta en sus más ínfimos detalles; tener pensado cómo viviría al alcanzar la riqueza…, y seguir viviendo en la miseria, hundido en cuanto de sórdido existe en el mundo, y sentirme esclavo… ¡Ésa es la maldición de quiénes pertenecen al linaje del no tener! ¡Eso es lo que yo he sufrido!

La emoción y el vino le hicieron prorrumpir en llanto.

Mr. Cardan le dio unas palmaditas en la espalda. Le sobraba tacto para ofrecer el consuelo filosófico de que tales sufrimientos constituyen la suerte de nueve décimas partes del género humano. Comprendió que Elver no le perdonaría tal negación de la naturaleza exclusiva de su dolor.

—Tenga valor —le dijo, y luego, ofreciéndole solícitamente el vaso, añadió—: Tome, bébase esto; le sentará bien.

Mr. Elver bebió y se secó las lágrimas. —Pero les haré arrepentirse algún día— dijo, dando un puñetazo en la mesa. La autocompasión de un momento antes se transformó en furia no menos violenta—: ¡Me las pagarán por todo lo que he sufrido! Cuando sea rico.

—Así hay que pensar —dijo *Mr*. Cardan, animoso.

—Trece años duró aquello. Y dos y medio estuve en filas, durante la guerra, metido dentro de un uniforme y llenando impresos en una barraca de madera en Leeds. Trece años. Presidio mayor con trabajos forzados. Pero me las pagarán, ¡ya lo creo que me las pagarán! —y volvió a dar una puñada en la mesa.

—Sin embargo —dijo *Mr*. Cardan—, parece que ya se ha librado usted. Su presencia en Italia parece una señal de su libertad. Al menos ésa es mi esperanza.

Así que Elver escuchó tales palabras su furia contra «ellos» cesó repentinamente. Su rostro adquirió la expresión misteriosa de quien está en

posesión de un secreto. Sonrió para sí, con una sonrisa que quiso ser extraña, misteriosa y satánica, una sonrisa que debiera haber resultado imperceptible, hasta para ojos sagacísimos. Pero descubrió que a consecuencia de su borrachera, la sonrisa iba haciéndose más y más abierta, que quería sonreír sin ambages, y hasta trocarse en risa estruendosa.

Y no es que los pensamientos que secretamente le ocupaban fuesen jocosos; no lo eran, al menos, cuando se encontraba sereno. Pero ahora todo el mundo le parecía flotar en un mar burbujeante de hilaridad. Además, sus músculos faciales, tan pronto como comenzó a sonreír diabólicamente, escaparon a su gobierno y ahora insistía en conservar lo que debió ser expresión de los pensamientos más terribles y secretos de Satanás, en la sonrisa francota de un palurdo.

Apresuradamente, *Mr*. Elver buscó refugio en el vaso, hundiendo en él la cara, en la esperanza de ocultar a sí a un invitado aquella sonrisa rebelde. Salió del vaso medio ahogado y tosiendo. *Mr*. Cardan hubo de darle unas palmadas en la espalda. Cuando remitió el ataque, *Mr*. Elver reasumió su misteriosa expresión y afirmando con la cabeza, dijo:

—Tal vez.

Pronunció las palabras misteriosamente, y no para dar respuesta a *Mr*. Cardan, sino más bien de manera general, por así decirlo, y para indicar que la situación era en sumo grado dudosa, oscura y contingente…, contingente de toda una cadena de contingencias.

Creció la curiosidad de *Mr*. Cardan al observar el espectáculo de esta extraña pantomima, y volviendo a llenar el vaso de Elver, dijo así:

—Evidentemente, si no hubiera usted logrado la independencia, no estaría aquí —e iba a decir «en esta horrible ciénaga», cuando se corrigió a tiempo para terminar—: en Italia.

El otro meneó la cabeza.

—No le puedo explicar —repuso vagamente, y de nuevo la sonrisa satánica amenazó en convertirse en imbécil risotada.

Calló *Mr*. Cardan, dispuesto a esperar. La expresión de Elver le decía que el esfuerzo de guardar un secreto sería intolerable para él. Debía dar tiempo al fruto para que madurase. Calló, pues, y dirigiendo los ojos cavilosos a uno de los rincones de la estancia semejante a un panteón, simuló estar enfrascado en sus propios pensamientos.

Mr. Elver permanecía encorvado en su silla, contemplando la mesa con el ceño fruncido. De vez en cuando bebía un sorbo de vino. Mudadizo su humor a causa de la borrachera, su estado de ánimo pasó desde la risa a uno profundamente adusto. El silencio y la oscuridad, fúnebremente atemperada por las cuatro bujías de llama inmóvil, comenzaron a surtir efectos sobre su mente. Lo que unos momentos antes le pareció chistosísimo donaire, ahora se le antojaba espantoso. Sintió urgente necesidad de desahogarse, de echar sobre otros hombros sus responsabilidades, de buscar consejo que le empujara a proseguir su planeado camino. Lanzó a *Mr*. Cardan una mirada furtiva y rápida. ¡Qué abstraídamente contemplaba el vacío! No pensaba ni por un momento en el pobre Philip Elver, no le compadecía… ¡Y si supiera que…!

Acabó por romper el silencio.

—Dígame usted —empezó bruscamente, y le pareció a su mente borracha que el procedimiento elegido para iniciar la conversación y llevarla al deseado terreno era de increíble sutileza—, dígame una cosa, ¿cree usted en la vivisección?

La pregunta sorprendió a *Mr*. Cardan.

—¿Creer en ella? La verdad… no veo cómo puede creerse en la vivisección. Creo que es útil, si es eso lo que quiere usted decir.

—¿No cree usted que está mal?

—No.

—¿Cree usted que no importa hacer experimentos con animales vivos, aunque les cueste la vida?

—No, si el experimento sirve para una finalidad verdaderamente útil.

—¿No cree usted que los animales tengan derechos? —insistió *Mr*. Elver con una claridad y una tenacidad que sorprendió a *Mr*. Cardan descubrir en un borracho. *Mr*. Elver había meditado larga y cuidadosamente sobre el tema—. ¿Cómo los seres humanos?

—No —repuso *Mr*. Cardan—. No me cuento entre los necios que creen que una vida vale tanto como otra, por el mero hecho de «ser» vida; que opinan que un saltamontes vale tanto como un perro, y un perro tanto como un ser humano. Es preciso reconocer una jerarquía de existencias.

—¡Una jerarquía! —exclamó *Mr*. Elver, encantado con la palabra—. Una jerarquía. Eso es. Eso es, exactamente, una jerarquía. Y ¿dentro de los seres

humanos…, también?

—Sí, naturalmente —afirmó *Mr*. Cardan—. La vida del soldado que dio muerte a Arquímedes, no valía lo que la vida de Arquímedes. La falacia fundamental de la democracia es suponer lo contrario. Aunque, claro está —añadió reflexivamente—, no tiene uno razones justificantes de tal aserto; es más bien una cuestión de gusto instintivo. Pues, después de todo, bien pudiera ocurrir que aquel soldado fuese buen marido y buen padre, y que se pasara las partes de su vida que no ocupaba su profesión, ofreciendo la mejilla izquierda y cultivando su jardín. Si le ocurre a usted que comparte las opiniones de Tolstoi acerca de la paternidad, la mejilla izquierda y la agricultura, dirá que la vida del soldado valía tanto como la de Arquímedes, y aún mucho más, pues Arquímedes no era más que un geómetra que se ocupaba en estudiar líneas, ángulos, curvas y superficies, en vez del mal y el bien, la labranza y la metafísica. Pero, por el contrario, si nuestros gustos son algo más intelectuales, entonces opinamos, como yo opino, que la vida de Arquímedes valía tanto como varios billones de vidas de soldados, por muy simpáticos que sean. En cuanto a juzgar cuál de los dos puntos de vista acierta… —y *Mr*. Cardan se encogió de hombros—, se lo dejo a usted.

El final inconcluso del discurso de su huésped pareció desconcertar a *Mr*. Elver, que dijo:

—Pero, parece evidente que un sabio vale más que un necio. «Existe» una jerarquía.

—Personalmente, yo diría que sí. Pero no puedo hablar por los demás.

Comprendió que se había dejado arrastrar por los placeres de la especulación, lo que le había hecho decir cosas que Elver no deseaba escuchar. Para l inmensa mayoría de los hombres, aun en estado de sobriedad, la suspensión de un juicio, la falta de sentencia concreta acerca de cualquier disyuntiva, es profundamente desagradable. Y *Mr*. Elver no estaba sobrio, ni mucho menos. Además, *Mr*. Cardan comenzaba a sospechar que aquella conversación filosófica no era sino el prólogo tortuoso de la revelación de secretos personales. Si uno desea escuchar confidencias, ha de mostrarse acorde con las opiniones del revelador en potencia, de secretos. Eso resultaba evidente.

—Está bien —dijo *Mr*. Elver—. Entonces reconocerá usted que un hombre inteligente vale más que un imbécil, que un idiota. ¡Ja, ja! ¡Un idiota! —y al pronunciar esta palabra prorrumpió en carcajadas salvajes y violentas,

que fueron aumentando en estruendo según se alargaba el ataque de risa, hasta convertirse, al fin, en incoercibles aullidos y sollozos.

Mr. Cardan, con la silla medio vuelta hacia la mesa, cruzado de piernas, los dedos de una mano acariciando suavemente su vaso de vino y los de la otra manipulando su cigarro puro, contemplaba la escena, mientras Elver, inundado de lágrimas y descompuesto su rostro, alargado hasta que apenas resultaba posible reconocerlo, reía y lloraba, unas veces echándose hacia atrás en su asiento, otras cubriéndose la cara con ambas manos, y otras inclinándose para descansar la frente en los brazos cruzados sobre la mesa, mientras todo su cuerpo temblaba y se estremecía con repetidos espasmos imposibles de dominar. Un espectáculo repulsivo, pensó *Mr*. Cardan, y un ser repugnante. Comenzó a adivinar el propósito de aquel sujeto. Si se traducían «hombre inteligente» e «idiota» por «yo» y «mi hermana» (es necesario reducir las generalidades y lo filosófico de la conversación de cualquier hombre a lo particular y personal, si es que deseamos comprenderle), si se interpretaban en términos personales las generalidades expresadas acerca de la vivisección, los derechos de los animales y la jerarquía relativa de los seres humanos, surgía como clarísima traducción de la clave… ¿El qué? Algo que le pareció a *Mr*. Cardan una espantosa villanía.

—Entonces —dijo con voz tranquila y natural, así que el otro fue recobrándose de su paroxismo—, supongo que es su hermana la poseedora del dinero liberador.

Mr. Elver le miró con expresión de sorpresa, casi de alarma. Sus ojos vacilaron al encontrarse con la mirada fija y bien humorada de *Mr*. Cardan. Se refugió en el vaso, y después de beber un trago, dijo:

—Sí. ¿Cómo lo ha adivinado?

—A bulto —respondió *Mr*. Cardan encogiéndose de hombros.

—Después de la muerte de mi padre —explicó Elver—, Grace se fue a vivir con su madrina, la dueña de la casa grande en nuestra vecindad. Era una vieja odiosa. Pero mi hermana le cayó en grada, y la vieja medio la adoptó. Cuando la bruja murió, a principios de este año, Grace se encontró con que había heredado veinticinco mil libras esterlinas.

El único comentario de *Mr*. Cardan fue chascar la lengua contra el paladar y alzar ligeramente las cejas.

—¡Veinticinco mil libras! —replicó di otro—. ¡Una idiota! ¿Me quiere usted decir qué puede hacer con ellas?

—Traerle a usted a Italia —aventuró decir *Mr*. Cardan.

—Sí, desde luego. Y podríamos vivir de las rentas, claro es, —dijo *Mr*. Elver despectivamente—. Pero cuando pienso en cómo podría yo multiplicar esa cantidad…

Se inclinó hacia delante, con expresión de entusiasmo, mirando a *Mr*. Cardan cara a cara durante un segundo. Pero al punto, los ojos grises y furtivos se retiraron hasta los botones de la chaqueta de *Mr*. Cardan, desde donde de vez en cuando se atrevían a salir en aventurada operación de descubierta y reconocimiento, para luego regresar precipitadamente a su seguridad.

—Lo tengo todo calculado —siguió diciendo, y ahora su habla era tan apresurada, que las palabras se atropellaban las unas a las otras y su discurso resultaba a duras penas coherente—: El Ciclo Comercial… puedo profetizar exactamente lo que va a ocurrir en un momento dado. Por ejemplo…

Y se perdió en una serie de abstrusas explicaciones. *Mr*. Cardan le dejó concluir, y entonces le preguntó:

—Y si tan seguro está usted, ¿por qué no le pide a su hermana que le preste el dinero?

—¿Por qué? —repitió *Mr*. Elver amargamente, al tiempo que se echaba hada atrás en la silla—. Ríes porque aquella bruja le dejó el capital en usufructo. No hay quien lo toque.

—Quizá no tenía fe suficiente en el Cielo Comercial.

—¡Maldita sea! —dijo fervientemente—. Cuando pienso lo que haría así que fuera verdaderamente rico. La ciencia, el arte…

—Por no mencionar la venganza de sus antiguos conocidos —dijo *Mr*. Cardan interrumpiéndose—. Entonces, ¿lo tiene usted todo calculado?

—Todo. Nunca ha habido nada semejante. Y aquella vieja asquerosa va y le deja el dinero a su idiota domesticada, de tal manera que no puedo tocarlo —y rechinó los dientes de rabia y de asco.

—Pero, si su hermana muriera soltera, entonces el dinero iría a parar a usted, ¿no es eso?

Elver dijo que sí con la cabeza.

—Evidentemente, se trata de una cuestión profundamente jerárquica.

Sobrevino un largo silencio sepulcral en la estancia.

Mr. Elver había alcanzado la etapa final de su borrachera. Casi de manera repentina, comenzó a sentir un gran decaimiento, un profundo cansancio y bastante malestar. La furia, la hilaridad, la sensación de poder diabólico, todo le abandonó. Ahora únicamente ansiaba acostarse lo antes posible; al mismo tiempo sentía dudas acerca de su capacidad para llegar hasta la cama. Cerró los ojos.

Mr. Cardan miró la figura desmadejada y lánguida con ojos de conocedor, observándola científicamente. Le resultaba claro que aquel bicho no le confiaría voluntariamente más secretos, que se encontraba en un estado en que apenas le resultaba posible pensar en otra cosa que no fuera la sensación creciente de náusea que le llenaba. Había llegado el momento de cambiar de táctica. Se inclinó hacia delante, y dando un golpecito en el brazo de Elver, le lanzó un ataque directo:

—Así que ha traído usted aquí a la pobre muchacha para librarse de ella.

Elver abrió los ojos y dirigió a su atormentador una mirada de bestia acosada y aterrada. Palideció profundamente, y volvió la cara.

—No, no; eso no.

Su voz apenas era un suspiro.

—¿Cómo que eso no? —dijo *Mr*. Cardan, despectivamente—. Pero, si está clarísimo. Si hace media hora que me lo está dando a entender…

Elver únicamente pudo musitar una nueva negativa. *Mr*. Cardan no le hizo caso.

—¿Cómo proyectaba hacerlo? Siempre resulta peligroso, y yo diría que no es usted demasiado valiente. ¿Cómo?

El otro denegó con la cabeza. *Mr*. Cardan insistió sin piedad.

—¿Con veneno contra las ratas? ¿Con acero? Pero, no. Le falta a usted valor para eso. ¿Quizá preparaba usted que cayese accidentalmente en uno de esos oportunos canales?

—No, no, no.

—Insisto en que me lo diga —dijo *Mr*. Cardan truculentamente, y comenzó a dar puñetazos en la mesa, hasta que el reflejo de las velas sobre los vasos tembló y vaciló.

Elver escondió la cara en las manos y comenzó a sollozar.

—¡Es usted un bruto! ¡Un bruto asqueroso, como todos los demás!

—¡Vamos, hombre! No se ponga usted así. Siento haberle asustado. No crea usted que tengo ninguno de los prejuicios vulgares acerca de este asunto. No le condeno a usted. Ni mucho menos. No quiero utilizar sus respuestas para su daño. Se las hago por pura curiosidad. Serénese. Tome un poco de vino.

Pero Elver sentía tan deplorable malestar que no podía pensar en el vino sin horror. Lo rechazó estremeciéndose.

—No pensaba hacer nada —murmuró—. Esperaba que ocurriese sin mi intervención.

—¿Esperaba? Debe usted de ser un hombre de grandes esperanzas —dijo *Mr*. Cardan.

—Es… Dante. Mi padre me educó a base del Dante. Me daba asco —dijo, como si hablara del aceite de ricino—, pero se me quedó bastante. ¿Se acuerda usted de la mujer que cuenta cómo murió? *Siena mi fe, disfecemi Maremma*[41]. Su marido la encerró en un castillo de la Maremma, y ella murió de fiebres.

Mr. Cardan asintió.

—Ésa era mi idea. Tengo quinina. Desde que llegamos aquí estoy tomando diez gramos diarios, para estar seguro. Pero aquí ya no parece haber fiebres. Llevamos ya nueve semanas… Y no ha ocurrido nada.

Mr. Cardan se echó hada atrás y soltó la carcajada.

—La moraleja es —dijo al cabo de unos segundos, cuando pudo hablar de nuevo—, la moraleja es que es preciso documentarse en autoridades que no estén atrasadas de noticias.

Más Elver ya no estaba en condiciones de apreciar ningún chiste. Se levantó de la silla, y permaneció vacilante, apoyándose sobre la mesa.

—¿Quisiera usted acompañarme a mi cuarto? No me encuentro bien.

Mr. Cardan le llevó antes al jardín.

—Debiera usted aprender a beber —le dijo así que lo peor hubo pasado—. Ésa es otra de las enseñanzas de esta noche,

Cuando hubo acompañado a Elver hasta su cama, *Mr*. Cardan fue al cuarto que le había sido asignado y se desnudó. Tardó mucho tiempo en dormirse. En parte los mosquitos, y en parte sus propios pensamientos, fueron responsables de que se desvelara.

VIII

A la mañana siguiente, *Mr*. Cardan bajó temprano de su habitación. Lo primero que vio en el desolado jardín de delante de la casa fue a *Miss* Elver. Llevaba un vestido cortado con iguales líneas de saco que el de la noche anterior, pero hecho de una tela chillona, de dibujo grande, que dijérase fabricado más bien para forrar sillones y sofás que para cubrir el cuerpo humano. Los abalorios eran más numerosos y más brillantes que la víspera. Llevaba una sombrilla de seda estampada con flores de colorines chillones.

Al salir de la casa, *Mr*. Cardan la sorprendió en el momento en que ataba un ramito de margaritas al rabo de un perrazo blanco de la marisma, que con la boca abierta, y colgándole la lengua parecía contemplar el horizonte reflexivamente, mientras esperaba a que *Miss* Elver acabara. Pero *Miss* Elver era lenta y torpe. Sus manos, de dedos cortos, parecían encontrar extremadamente difícil la operación de atar un lazo. El perro volvió una o dos veces la cabeza con ligera curiosidad para ver qué estaba ocurriendo con la más extraña parte posterior de su anatomía. No parecían ofenderle las libertades que *Miss* Elver estaba tomándose con el rabo, sino que permanecía inmóvil, resignado y aguardando. *Mr*. Cardan recordó la enorme tolerancia de que dan muestra perros y gatos con los niños más traviesos. Quizá el animal, con un destello de intuición bergsoniana, había reconocido a la niña que se escondía bajo el disfraz de mujer adulta. Los perros, pensó *Mr*. Cardan, son buenos bergsonianos. Los hombres, por el contrario son mejores kantianos. Se acercó calladamente.

Miss Elver había logrado, al fin, hacer el lazo a su gusto, y el rabo del perrazo blanco acababa en un ramillete de flores moradas. *Miss* Elver se irguió y dijo:

—Así. Ahora ya puedes irte; ahora estás muy guapo.

El perro aceptó la insinuación y se alejó al trote meneando el rabo florido. *Mr*. Cardan avanzó unos pasos más.

—«Bello, pero discreto» —citó—, «elegante pero no costoso, como un perro de jardinero con una flor atada al rabo». Buenos días —terminó, quitándose el sombrero.

Miss Elver no correspondió al saludo. La cogió de sorpresa, y permaneció inmóvil, como petrificada, mirándole con los ojos y la boca abiertos. Al decir, *Mr*. Cardan «Buenos días», que fueron las primeras palabras que comprendió de todas las escuchadas, el encantamiento que la dejara inmóvil perdió su virtud. Se echó a reír nerviosamente, al tiempo que se cubría con las manos la cara encendida de rubor, y luego giró sobre los talones y echó a correr por el sendero, con la torpeza de un animal sacado de su elemento, en busca del refugio de unos espesos matorrales que crecían salvajes al final del jardín. Así que la vio correr el perrazo, fue tras ella ladrando y brincando de gozo. Florecilla tras florecilla fue cayendo al suelo. Al cabo de unos segundos ya no quedaba ninguna, y el lazo que las sostuvo también desapareció.

Mr. Cardan echó a andar tras ella lentamente, con cautela, como si buscara acercarse a un pájaro asustadizo, y adoptando el aire más indiferente posible para no dar sensación de ir tras una fugitiva. De vez en cuando, por entre las ramas del matorral veía brillar los colorines de su vestido. *Miss* Elver asomaba cuidadosamente la cabeza algunas veces. El perro continuaba en sus saltos y ladridos.

Así que Cardan hubo llegado como a unos seis metros del escondite, se detuvo y dijo:

—¡Vamos, vamos! ¿A qué viene asustarse de mí? Míreme bien. No muerdo. Estoy completamente domesticado.

Agitáronse las ramas, y de en medio de la exigua maleza brotó una risa aguda.

—Ni siquiera ladro, como un perro inconsiderado. Y si usted me atara un ramo de flores al rabo, yo no sería tan mal educado que me librara de él a los pocos minutos, como ha hecho su grosero perro.

Se renovó la risa.

—¿No quiere usted salir de ahí?

No hubo respuesta.

—Está bien —dijo *Mr*. Cardan en el tono de quién se siente profundamente ofendido—. Me marcharé. Adiós.

Echó a andar, tomando por el sendero que llevaba a la puerta del jardín. Cuando llevaba cubiertas unas tres cuartas partes de la distancia, oyó detrás

pasos presurosos. Siguió andando como si no los hubiera advertido. Alguien le tocó en el brazo.

—No se vaya. Por favor —dijo *Miss* Elver con voz implorante.

Mr. Cardan creyó entender perfectamente; no me mire «así».

—¿Cómo?

Grace alzó la mano para protegerse la cara y volvió la cabeza.

—Como… no sé…, pues, «así».

Mr. Cardan creyó entender perfectamente; no habló más del asunto.

—Si me promete no escapar más, no me iré.

La cara de Grace se iluminó de placer y agradecimiento.

—¡Oh! ¡Muchas gracias! ¿Quiere usted que vayamos a ver las gallinas? Están detrás de la casa.

Fueron a la parte trasera de la casa. *Mr*. Cardan admiró las gallinas.

—Le gustan los animales, ¿verdad? —preguntó.

—¡Mucho! —respondió Grace con fervor.

—¿Ha tenido usted alguna vez un loro suyo?

—No.

—¿Y un mono?

Sacudió la cabeza ella.

—¿Ni siquiera un caballito enano de pelo así de largo? —preguntó *Mr*. Cardan como si fuera inconcebible.

Grace temblaba al contestar que no. Y pensando en todas esas cosas maravillosas de que jamás había disfrutado, se le llenaron de lágrimas los ojos.

—En mi casa —dijo *Mr*. Cardan, creando palacios fantásticos con igual facilidad que Aladino— los tengo a cientos. Yo le regalaré algunos cuando venga usted allí.

Volvió a brillar feliz la cara de Grace.

—¿De veras? ¡Qué bien! ¡Sería tan maravilloso! Y ¿tiene usted osos?

—Uno o dos —dijo *Mr*. Cardan modestamente.

—Pues… —Grace le miró con ojos inexpresivos, abiertos hasta el máximo. Hizo una pausa, respiró profundamente, y exhaló lentamente el aire de sus pulmones henchidos—. Debe de ser una casa deliciosa —acabó por decir, subrayando cada palabra con un lento movimiento afirmativo de la cabeza—. De veras.

—¿Le gustaría venir a pasar una temporada en ella?

—¡Uy! ¡Ya lo creo! —respondió con entusiasmo; pero luego enrojeció repentinamente y añadió—: No, no.

—¿Por qué no? Sacudió ella la cabeza. —No lo sé. Y se echó a reír.

—Acuérdese usted de los osos —dijo *Mr*. Cardan.

—Sí, pero…

Dejó la frase sin acabar. Salió la vieja a la puerta trasera y tocó la campana que anunciaba el desayuno. Torpemente, como un ave de presa que se mueve a peón, Grace corrió hacia la casa. Su compañero la siguió más pausadamente. El desayuno esperaba en el comedor, que a la gozosa luz de la mañana presentaba un aspecto menos fúnebre. Cuando *Mr*. Cardan llegó, vio que *Miss* Elver comía ya con fruición, apasionadamente, como si de ello dependiera su vida.

—Tengo un hambre… —dijo con la boca llena—. Phil se ha retrasado.

—No me extraña —dijo *Mr*. Cardan mientras se sentaba y desdoblaba la servilleta.

Cuando al fin apareció, era su aspecto tan deplorable, y traía retratado en el semblante tal malestar, que *Mr*. Cardan casi le tuvo lástima.

—No hay nada como una taza de café bien cargado —dijo llenando la taza del recién llegado.

Mr. Elver le miraba, sin hablar, pues eran su melancolía y su malestar demasiado profundos. Permaneció sentado e inmóvil largo rato, falto de las fuerzas necesarias para alargar el brazo y coger la taza.

—¿No comes, Phil? —le preguntó su hermana, en el momento en que decapitaba un segundo huevo pasado por agua—. Es raro en ti.

Como acuciado por esta pregunta, que pudo tomar por intencionada, tomó la taza de café y bebió. Llegó hasta coger un pedazo de pan tostado y untarlo de mantequilla, pero no pudo comerlo.

Mr. Cardan salió a las diez y media, diciendo a su huésped que iba en busca de la estatua, y luego de consolar a Grace, quien al verle ponerse el sombrero y coger el bastón, comenzó a gimotear, diciéndole que le prometía volver a la hora de la comida Se puso en camino siguiendo las indicaciones de la vieja, y no tardó en encontrarse a la orilla del lago poco profundo de Massaciuccoli. Como a un kilómetro y medio de distancia, vio el caserío rosa y encalado del pueblo donde el hermano del tendero vivía y guardaba su tesoro. Más en lugar de seguir su camino, *Mr*. Cardan encendió un cigarro puro y se tumbó sobre la hierba que junto al sendero crecía. Era el día despejado y claro. Encima de las cumbres flotaban grandes nubes de muy perfilada silueta, sólidas y macizas como si estuvieran esculpidas en mármol, y con aspecto más denso que las mismas montañas marmóreas que dominaban. Una leve brisa rizaba el agua azul del lago con innumerables y diminutas olas que brillaban al sol. Rumoreaba el vientecillo entre las hojas de los álamos, con ruido semejante a la voz del mar escuchada desde lejos. *Mr*. Cardan, en medio de todo ello, fumaba su puro pensativamente, echado sobre la hierba. El viento devanaba en largos y sutiles hilos el humo del veguero.

Veinticinco mil libras, pensaba *Mr*. Cardan. Invertidas en Deuda Exterior Húngara al siete por ciento, rendirían mil setecientas cincuenta libras anuales. Muchas cosas podían hacerse con esa renta, si vivían como en Italia; casi podía uno considerarse rico. Una casa agradable en Siena, o en Perusa o en Bolonia…

Bolonia, decidió, sería lo mejor. La cocina boloñesa era incomparable. Libros en abundancia, invitados a nuestro gusto a todas horas, cómodas excursiones a través de Europa Una vejez sin preocupaciones, sin miedo a una decrepitud amenazada por la indigencia La única desventaja sería el hecho de encontrarse casado con una idiota inofensiva. Pero, evidentemente, la pobrecilla le adoraría y se conduciría lo mejor posible. Y él la haría feliz y hasta le permitirla tener un oso domesticado. La verdad era, se aseguró *Mr*. Cardan, que era ésta la única posibilidad que de ser feliz tenía la desgraciada. Si continuaba viviendo con su hermano, éste, antes o después, encontraría medios más eficaces de lograr su propósito que el de confiar en la colaboración de los abúlicos mosquitos. Si caía en manos de algún aventurero necesitado de su dinero, las probabilidades de que resultara ser más indeseable que Tom Cardan eran inmensas. Realmente, *Mr*. Cardan comprendió que le sería fácil probar que tenía el deber imperativo de casarse con aquella desgraciada, para salvarla. Esta demostración sería de gran

utilidad para espíritus románticos como el de Lilian. Para ellos, él sería el salvador heroico. Perseo, un caballero andante. Algunos menos románticos pensarían en las veinticinco mil libras y sonreirían. Que sonrieran. Una sonrisa más o menos, ¿qué importa?, se preguntó *Mr*. Cardan. Esto no era dificultad. La verdadera dificultad era él mismo. ¿Hallaría ánimos para hacerlo? ¿No era un poco… excesivo? Un idiota. ¿No era demasiado… ruso? ¿Demasiado *stavroguinesco*?

Cierto que sus motivos serían distintos de los del ruso. Se casaría con la idiota para lograr una senectud cómoda y placentera, y no para fortalecer la propia contextura moral con violentos ejercicios, ni en la voluptuosa esperanza de provocar en su conciencia escrúpulos nuevos y más agudos remordimientos, ni con el plan de afinar su percepción llevando una vida de bajeza. Pero lo malo era que nada podía evitar que la vida, de hecho, adquiriera bajeza espantable, ni podía él estar absolutamente seguro de que no asaltaran su conciencia muy extrañas intranquilidades. ¿Sería, en ese caso, suficiente compensación mil setecientas cincuenta libras anuales?

Más de una hora permaneció allí *Mr*. Cardan, fumando, mirando el rutilante lago, las etéreas montañas y las nubes marmóreas, escuchando el susurro del viento en los árboles y los lejanos rumores humanos, sin que ni un momento dejara de pensar. Acabó por decidir que mil setecientas cincuenta libras, o hasta la renta algo menor que provendría de una inversión no tan aventurada como la Deuda Húngara al siete por ciento, eran suficiente compensación. Lo haría. *Mr*. Cardan se levantó, tiró la colilla de su segundo habano y emprendió lentamente el camino de vuelta hacia la casa. Cuando se acercaba a ella a través del bosquecillo de álamos, Grace, que había estado vigilando su vuelta, vino corriendo a su encuentro. Cuando salió de la sombra de la casa al sol, su vestido chillón fulgió, y sus abalorios de colorines brillaron. Fue corriendo hacia él dando gritos. *Mr*. Cardan la contempló. Había visto cuervos marinos meneando ridículamente la cabeza en su ansiedad; había visto pingüinos avanzar sobre sus cortas patas, agitando las aletas, y totalmente desprovistos de gracia; había visto aves de rapiña andar arrastrando las alas y saltando estúpidamente…, y los recuerdos de los tres espectáculos acudieron a su mente al ver acercarse a Grace. Suspiró profundamente.

—¡Cómo me alegro de que haya vuelto! —exclamó sin respiración—. Me ha dado un miedo… pensando que no iba a volver… No se habrá olvidado del caballito peludo y de los monos, ¿verdad?

—Pues claro que no —respondió *Mr*. Cardan sonriendo, y añadió galantemente—: ¿Cómo me voy a olvidar de nada que a usted le guste?

He inclinándose, le apretó la mano, y la besó cortésmente.

Grace enrojeció profundamente, y luego palideció. Respiraba con rapidez y angustia Cerró los ojos. Un escalofrío le estremeció todo el cuerpo, vaciló y pareció estar a punto de caer al suelo. *Mr*. Cardan la agarró de un brazo y la sostuvo. La cosa, se dijo, iba a resultar peor de cuanto pudo figurarse, mucho más *stavroguinesca* de lo que imaginó. Que se desmayara cuando él, medio en broma, le besaba la mano, resultaba, la verdad, algo excesivo. Claro era que probablemente jamás le había ocurrido a ella nada semejante. ¿Cuántos hombres le habían hablado? Resultaba incomprensible.

—Pero, mi querida Grace, vamos, vamos —dijo sacudiéndole suavemente el brazo— domínese. Si se desmaya así, no me atreveré a dejarla con un oso. Vamos, vamos.

Pero que una cosa resulte comprensible no la altera. Permanece igual que antes de ser comprendida. Mil setecientas cincuenta libras anuales a este paso, iban a resultar compensación insuficiente.

Grace abrió los ojos y le miró. En su expresión vacua era perceptible un reflejo del amor alarmado e infeliz con que un niño mira a su madre cuando cree que le va a dejar. Los remordimientos de *Mr*. Cardan no hubieran podido ser más acerbos después de cometer un asesinato.

Toda su filosofía no bastaba para ocultarle que hay acciones que instintivamente resultan al que las ve malvadas. Pero había que pensar en las mil setecientas cincuenta libras y en la vejez solitaria y pobre.

Dejó a Grace jugando en el jardín y entró en la casa. Encontró a Elver sentado en la penumbra, con las persianas cerradas y sujetándose la cabeza con las manos.

—¡Qué! ¿Nos encontramos mejor? —dijo *Mr*. Cardan jovialmente, y como no obtuviera respuesta se lanzó a narrar una larga y pintoresca historia de cómo fue en busca del hermano del tendero sin otra consecuencia que la de encontrarle ausente de su casa, a la cual, probablemente no regresaría hasta el día siguiente.

—Espero —terminó diciendo— que no le importará a usted que abuse de su encantadora hospitalidad otra noche. Su hermana me ha instado muy amablemente a que lo haga.

Elver le lanzó una mirada de odio reconcentrado, y no respondió.

Mr. Cardan acercó una silla y se sentó.

—Existe una obrita interesantísima —prosiguió, mirando a Elver con la más picaresca y jovial de sus sonrisas— por un tal W. H. S. Jones, llamada *El Paludismo*: Su influencia en la Historia de Grecia y de Roma, o algo parecido. Dice en ella que esta enfermedad puede aparecer súbitamente en países antes inmunes y dar al traste en pocas generaciones con toda una cultura, y desbaratar un poderoso imperio. Más también habla de las maneras en que puede hacerse desaparecer la enfermedad: alcantarillado, quinina, tela metálica en ventanas y puertas…

Elver se rebulló desasosegado, pero *Mr*. Cardan prosiguió sin piedad. Cuando sonó la campana anunciando la comida, *Mr*. Cardan disertaba acerca de la única manera en que podría destruirse definitivamente el Peligro Amarillo.

—En primer lugar —dijo poniendo el índice de la mano derecha sobre el pulgar de la izquierda— sería preciso llevar la enfermedad al Japón. Hasta la fecha, en Japón se desconoce, lo cual constituye un escándalo que clama al cielo. Esto habría que remediarlo. En segundo lugar —dijo pasando al índice de la siniestra—, hay que lograr que los chinos no tengan nunca posibilidades de extirpar la enfermedad de su país. Cuatrocientos millones de chinos palúdicos pueden ser objeto de nuestra consideración ecuánime. Pero cuatrocientos millones de chinos sanos, ¡ah!, ése es otro cantar. La difusión del paludismo entre las razas amarillas: he ahí la causa —dijo *Mr*. Cardan levantándose de la silla—, una causa a la que un buen europeo podría dedicarse con singular beneficio para todos. Usted, que se toma tanto interés en este asunto, podría encontrar muchas actividades menos admirables.

Mr. Elver se puso en pie sobre sus piernas vacilantes.

—¿Vamos a comer? —le preguntó *Mr*. Cardan—. Tengo un hambre admirable. Espero que usted también.

Mr. Elver habló por fin.

—Es usted un rufián —susurró apasionadamente, en acento miserable e importante—; es usted un rufián asqueroso.

—Vamos, vamos —dijo *Mr*. Cardan—, permítame que proteste por lo de asqueroso.

IX

Al día siguiente, muy de mañana, *Mr*. Cardan y Grace salieron, de la casa y se alejaron a buen paso, en dirección al lago. Dejaron dicho a la vieja que volverían tarde para desayunarse. Elver dormía aún, y *Mr*. Cardan dio orden de que no le debían llamar hasta las nueve y media.

Cuando se pusieron en camino, aún perduraba sobre la tierra la humedad del rocío. Los álamos arrojaban sobre el suelo sombras más largas que ellos mismos. Estaba fresco el ambiente y daba gusto el andar. *Mr*. Cardan avanzaba a unos buenos seis kilómetros por hora, y Grace, semejante a un pato en terreno seco, a un pájaro obligado a caminar, trotaba junto a él, columpiándose, saltando, como si estuviera montada, no sobre dos pies, sino sobre un juego de ruedas de diámetro distinto. Su cara parecía relucir de felicidad. De trecho en trecho mirara a *Mr*. Cardan con expresión de adoración tímida y rendida, y si sus ojos se encontraban con los de él, apartaba al punto la mirada, subía el color a su rostro, y reía. *Mr*. Cardan estaba casi aterrado del gran, éxito obtenido y de la extremada facilidad con que lo había alcanzado. Podría esclavizar a la desdichada, conservarla prisionera en un corral, y ella se sentiría perfectamente feliz, con tal de que él se dejara ver de tarde en tarde para ser adorado. Esta reflexión le hizo a *Mr*. Cardan sentirse culpado de extraña manera.

—¿Y tendremos niños cuando nos casemos? —preguntó Grace.

Mr. Cardan sonrió pensativo.

—Pues verás —respondió—, lo malo de los niños que se los podrían comer los osos. Nunca puede uno estar completamente seguro con los osos. Acuérdate de Elíseo, los osos y aquellos niños malos. Grace quedó pensativa. Fue andando en silencio un largo trecho.

Llegaron al lago, plácido y luminoso bajo el pálido firmamento de principios del día. Al verlo, Grace palmoteo de placer y olvidó instantáneamente sus pesares. Dejó de preocuparle la fatal incompatibilidad de niños y osos.

—¡Qué agua más preciosa! —exclamó, y agachándose rápidamente cogió una pedrezuela y la arrojó al lago.

Mr. Cardan no la dejó detenerse, y agarrándola de un brazo, le dijo:

—Vamos; no hay tiempo que perder.

—¿Adónde vamos?

Mr. Cardan señaló hacia el pueblo que se veía en la otra orilla:

—Allí alquilaremos un coche, o un carro, o lo que sea.

El proyecto de dar ira paseo en carro, hizo que Grace aceptara sin dolor el dejar tan rápidamente el lago.

—¡Qué bien! —dijo, y reanudó su trotecillo de tan buena gana que *Mr*. Cardan tuvo que apretar el paso para no quedar atrás.

Mientras aprestaban el carricoche y enganchaban el caballo, sin prisas, como tales cosas se hacen en Italia, con calmosa dignidad, *Mr*. Cardan fue a visitar al hermano del tendero. Ya que había llegado hasta allí, fuera necio renunciar a ver el tesoro. El hombre resultó ser también tendero de comestibles, y era tan parecido a su hermano que *Mr*. Cardan casi se imaginó estar departiendo con el amigo sencillo y virtuoso de Mary Thriplow. Así que *Mr*. Cardan explicó el motivo de su visita, el hombre de negocios le hizo una reverencia, sonrió profusamente, rió y arrojó en la cara de *Mr*. Cardan abundante acetileno, exactamente como en otra ocasión hizo su hermano. Disertó acerca de la belleza y la antigüedad de su tesoro, y cuando *Mr*. Cardan le instó a que se diera prisa y le mostrase la estatua, no aceptó el orador acortar su peroración, sino que continuó describiendo líricamente, repitiendo una y otra vez idénticas frases, y gesticulando tan abundantemente que no tardó en comenzar a sudar. Al fin, cuando juzgó que ya estaba su oyente en un suficiente estado de emoción preliminar, abrió la puerta trasera de la tienda e hizo a su cliente señas misteriosas de que le siguiera. Atravesaron un oscuro pasadizo, una cocina llena de niños que jugaban en el suelo, para no pisar a los cuales fue necesario cuidado y precaución diligente, y por fin, un segundo patio, tras de lo cual entraron en una casucha medio derruida. El tendero iba delante, de puntillas, y hablando en un susurro, por razones que *Mr*. Cardan fue incapaz de imaginar, como no fuera con objeto de impresionarle con la profunda importancia del asunto, o quizá para expresar así que la belleza y la antigüedad de la estatua eran tales, que únicamente fuera comedido acercarse a ella descalzo y silencioso.

—Espere usted aquí —musitó impresionantemente al entrar en la casucha.

Mr. Cardan esperó. El tendero se acercó de puntillas al rincón más lejano. Allí, misteriosamente envuelto en sacos, se veía un bulto que pudiera ser un

hombre aguardando escondido el paso de un enemigo. El tendero se detuvo ante él, y quedando a un lado para no estorbar la mirada de *Mr*. Cardan, cogió el saco por una punta, y con un gesto teatral de exquisita elegancia, lo quitó de un súbito tirón.

Quedó al descubierto la efigie en mármol de los que la imaginación de un marmolista de monumentos allá por el año 1830, entendía por exacta representación de un poeta. Semejante a un Lord Byron más flaco, de cabellos aún más rutilantes, y con un perfil pálido prestado a uno de los griegos de Canova, se apoyaba sobre una columna truncada, vueltos sus ojos de piedra hacia arriba, en persecución de la Musa huidiza. Una capa le colgaba en pliegues verticales de los hombros; el resto de su atuendo lo constituía una solitaria hoja de parra. Sobre la columna truncada había un pergamino de mármol, parcialmente desenrollado, sobre el que descansaba la mano izquierda del poeta, para evitar que volara a impulsos del viento de la inspiración. La diestra, resultaba evidente, estuvo otrora suspendida sobre la página virgen provista de un estilo, pero, ¡ay!, todo el antebrazo, casi hasta el codo, había desaparecido. Junto a la base de la columna se veía una pequeña tableta cuadrada, en la cual, a haber sido utilizada la estatua para su adecuada finalidad monumental, debieron ser esculpidos el nombre y los detalles acerca de su derecho a la fama del poeta sobre cuya tumba debió alzarse la efigie. Pero la tableta nada decía. Evidentemente, en la época en que fue esculpida la estatua debió de haber cierta escasez de poetas líricos en el principado de Massa Carrara.

—*E bellísimo!* —dijo el hermano del tendero, dando un paso atrás y contemplando la estatua con aire de perito en la materia.

—*Davvero*[42] —confirmó *Mr*. Cardan.

Mr. Cardan pensó afligidamente en su etrusco echado en su sarcófago por Jacopo della Quercia, en su demonio romántico. No obstante, se dijo, ni siquiera un bajorrelieve de Giotto le hubiese supuesto veinticinco mil libras esterlinas.

X

Cuando *Mr*. Cardan regresó al palacio de los Malaspina, encontró que el número de invitados había aumentado con la llegada de la madre de Chelifer. No deseaba *Mrs*. Aldwinkle de ninguna manera tenerla en su casa, pero cuando se enteró de que Chelifer pensaba irse tan pronto como llegase su madre, Lilian insistió enérgicamente en convidarla al palacio.

—Es absurdo —dijo— que se vaya usted otra vez a ese horrible hotel de la «Marina di Vezza», para pasar unos días llenos de incomodidades y luego irse a Roma en tren. Traiga usted aquí a su madre, y cuando llegue el momento en que *Mr*. Falx tenga que irse a su conferencia, les acompañaremos todos a Roma en el coche. ¿No será eso más agradable?

Chelifer procuró resistir, pero *Mrs*. Aldwinkle no aceptó ninguna excusa. Cuando *Mrs*. Chelifer llegó a la estación de Vezza, encontró a Francis en el andén, con *Mrs*. Aldwinkle, vestida de gruesa seda amarilla y con un velo blanco que le colgaba por un costado. La bienvenida que le dio *Mrs*. Aldwinkle fue mucho más cariñosa que la de su hijo. Algo desconcertada, pero conservando su calma y su dulce dignidad, *Mrs*. Chelifer se dejó conducir hacia el «Rolls».

—Todos admiramos tremendamente a su hijo —dijo *Mrs*. Aldwinkle—. Es tan…, ¿cómo le diré?, tan… *post bettum*, tan… esencialmente uno de «nosotros». —*Mrs*. Aldwinkle se apresuró a identificarse con los más jóvenes de la nueva generación—. Es tanto lo que una únicamente puede adivinar de cuando expresa… ¿Puede sorprenderle que le admiremos?

Hasta aquel momento, a *Mrs*. Chelifer le sorprendía todo. Tardó algún tiempo en acostumbrarse a *Mrs*. Aldwinkle. En cuanto al aspecto del palacio, mal pudiera calcularse que disminuyese su asombro.

—Es un magnífico ejemplo de los albores del barroco —le aseguró *Mrs*. Aldwinkle señalando con la sombrilla.

Pero aun después de conocidas las fechas, *Mrs*. Chelifer siguió pensando que todo era bastante extraño.

Mrs. Aldwinkle continuó mostrándose extremadamente cordial con su nueva invitada, pero en secreto *Mrs*. Chelifer la molestaba extremadamente. En realidad, pocos motivos pudieran hallarse para que fuese de otra manera,

dadas las circunstancias. Las dos mujeres no tenían nada en común. Sus puntos de vista eran distintos e irreconciliables y habían vivido en mundos diferentes. En el mejor de los casos, *Mrs*. Aldwinkle hubiera juzgado a su invitada *bourgoise* y *bornée*. Pero debido a las circunstancias la odiaba de manera positiva. Y no es de extrañar, pues Chelifer tenía en su madre una disculpa permanente e irreprochable para apartarse de *Mrs*. Aldwinkle. *Mrs*. Aldwinkle, muy naturalmente, objetaba a la presencia en su propia casa de aquella causa y de aquella justificación viva de infidelidad. Al mismo tiempo, le era necesario estar en buenas relaciones con *Mrs*. Chelifer, pues resultaba claro que si se indisponía con la madre, el hijo desaparecería. Así, pues, aunque irritada por dentro, *Mrs*. Aldwinkle continuó tratándola con iguales muestras de afecto que en un principio.

Para los demás invitados, la llegada de *Mrs*. Chelifer fue más agradable que para la señora de la casa. *Mr*. Falx encontró en ella un alma más comprensiva que la de *Mrs*. Aldwinkle. Lord Hovenden e Irene vieron que con su llegada acabaron definitivamente las obligaciones de espía impuestas a Irene. Además, les gustaba *Mrs*. Chelifer personalmente.

—Es una vieja simpática —fue la opinión de Lord Hovenden.

Miss Thriplow pretendía hallarla adorable.

—¡Es tan maravillosamente buena y sencilla e integra!, si comprendes lo que quiero decir —le explicaba a Calamy—. Es maravilloso, completamente maravilloso, poder sentir un entusiasmo tan completo, tan sin reservas, por las danzas populares, y los derechos de los animales, y cosas por el estilo. Es una lección para nosotros, una verdadera lección.

Mrs. Chelifer llegó a ser para Mary la personificación de todas aquellas cualidades que el tendero del pueblo resultó, desgraciadamente, no poseer. El símbolo de las virtudes de éste, si las hubiera tenido, fue el delantal blanco. La integridad de *Mrs*. Chelifer estaba visiblemente representada por sus trajes grises de época imprecisa.

—Es una cuáquera ingénita —declaró Mary—. ¡Si pudiera nacer una así! No sabía yo que nada tan bueno y de tan amable color gris existiera fuera de los cuadros académicos de 1880 de asunto episódico. Algo así como «Una Madre Peregrina a bordo del *Mayflower*[43]», o cosa parecida. La cosa resulta absurda en la Academia. Pero encantadora en la Vida.

Pero la persona que encontró más digna de amor a *Mrs*. Chelifer fue Grace. Desde que la vio por primera vez comenzó a seguirla con devoción

perruna. Y *Mrs*. Chelifer puede decirse que la adoptó temporalmente. Cuando *Mr*. Cardan averiguó la naturaleza de los gustos y ocupaciones de la buena señora, se explicó las atenciones de *Mrs*. Chelifer para con Grace, diciéndose que era lo más parecido que pudo encontrar a un gato o a un perro abandonado. Paralelamente, el fulminante amor de Grace por *Mrs*. Chelifer se debió sin duda a que su intelecto gatuno le hizo comprender que allí tenía una natural amiga y protectora. Su presencia en la casa convirtió en sencilla una situación que, de otra manera, resultara difícil.

Mr. Cardan siempre estuvo seguro de que la romántica historia del rapto de Grace impresionaría a *Mrs*. Aldwinkle. Y cuando le fue narrada, la «impresionó», aunque menos profundamente de lo que *Mr*. Cardan había supuesto. *Mrs*. Aldwinkle estaba demasiado preocupada con sus propios asuntos para mostrar el acostumbrado entusiasmo por lo que, en otro momento, hubiera sido tan de su gusto. *Mr*. Cardan nunca sintió ninguna duda acerca de cómo recibiría *Mrs*. Aldwinkle su narración. Pero esto no constituía garantía alguna de que le cayera en gracia la heroína del romance. Por lo que Cardan sabía de su amiga, y sabía mucho, lo más probable era que se cansase muy pronto de la pobre Grace. Conocía su poca paciencia y su intolerancia. Grace la irritaría; Lilian se mostraría dura, y era imposible prever las escenas que de aquí se seguirían. El proyecto de *Mr*. Cardan fue llevar a Grace al palacio solamente un par de días, yéndose luego con ella antes de que Lilian se cansara; pero la presencia de *Mrs*. Chelifer le hizo cambiar de propósito. La cariñosa protección de la señora era garantía de que la idiota no acabaría con la paciencia de Lilian. Y lo que aún era más importante, esta protección tuvo excelente efecto sobre Grace. Delante de su bienhechora, Grace se conducía modosamente y con bastante sensatez, como un niño que procura causar buena impresión. *Mrs*. Chelifer cuidaba tiernamente del aspecto y de los modales de la muchacha, se preocupaba de que se lavase las manos y se cepillase el pelo, corregía con una amable insinuación sus modales en la mesa, y refrenaba su propensión a comer en demasía las cosas que le gustaban y excesivamente poco de platos que no eran de su gusto. En una palabra, *Mrs*. Chelifer ejercía sobre Grace una influencia inmejorable. *Mr*. Cardan decidió que cuando estuvieran casados él y Grace, invitaría frecuentemente a *Mrs*. Chelifer a pasar una temporada, preferiblemente, aunque era la señora de lo más amable y simpática, cuando él se encontrara ausente. Mientras tanto, sintiéndose seguro de que su estancia en el palacio de Malaspina no daría lugar a incidentes desagradables, *Mr*. Cardan escribió a su abogado para que hiciese las gestiones necesarias conducentes a su matrimonio.

Mrs. Chelifer, por su parte, estaba encantada de haber encontrado a Grace. Tal como había adivinado *Mr*. Cardan, echaba de menos sus gatos y sus perros, sus niños pobres y sus juegos tradicionales. Dejó su casa de Oxford muy a disgusto, aunque las razones aducidas por su hijo para venderla eran incontestables: era demasiado grande para ella, suponía un trabajo excesivo, el vivir en ella significaba gastos mas elevados de los que podía permitirse, y por si todo ello fuera poco, la casa no era sana, y *Mrs*. Chelifer caía enferma todos los inviernos. Los médicos llevaban ya varios años instándola a que se fuese a vivir lejos del valle del Támesis. Sí; las razones eran incontrastables, pero *Mrs*. Chelifer tardó mucho en decidirse a abandonar la casa. Había pasado cuarenta años de su vida en ella, y le dolía separarse de todos sus recuerdos. Tenía que pensar además en sus perros y en sus niños, en sus antiguos amigos y en sus obras de caridad. Al fin, acabó por dejarse convencer. Fue vendida la casa, y quedó decidido que *Mrs*. Chelifer pasaría el invierno en Roma.

—Ahora ya eres libre —le dijo su hijo.

Pero *Mrs*. Chelifer sacudió tristemente la cabeza.

—No estoy muy segura de que me guste ser libre. En Roma no tendré nada que hacer. Pienso en ella casi con terror.

—Pronto encontrarás ocupación, no te apures —le aseguró su hijo.

—¿Tú crees? —dijo ella con expresión dudosa.

Estaban paseando juntos por el jardinillo trasero de la casa. *Mrs*. Chelifer suspiró al contemplar el césped y los amados macizos de flores.

Pero Francis tenía razón. Afortunadamente, los perros y los niños pobres, o sus equivalentes, no son raros. Nada más acabada la primera etapa de su viaje, encontró a Grace, en compensación de cuánto había abandonado en Oxford, y cuidando de ella se sentía feliz.

Para los demás, la llegada de Grace no significó nada especial. Para ellos no era sino «la idiota de *Mr*. Cardan», y nada más. Ni siquiera Mary Thriplow, de quien hubiera podido esperarse que se tomara cierto interés en un ejemplar tan perfecto de alma sencilla, le hizo caso. La verdad era que Grace era demasiado sencilla para resultar interesante. La sencillez no es una virtud si quien la posee no es complicado en potencia. *Mrs*. Chelifer, que con toda su sencillez era una mujer inteligente, constituía, en opinión de Mary, buena demostración del aserto. Grace era sencilla en el sentido en que un niño

o un imbécil es sencillo, y por tanto su valor didáctico era nulo. *Miss* Thriplow permaneció fiel a *Mrs*. Chelifer.

XI

Era de noche. Irene, a medio desnudar y sentada en el borde de la cama, cosía una prenda de seda rosa pálido. Tenía la cabeza inclinada sobre su trabajo, y el pelo espeso caía perpendicularmente a ambos lados, en ángulo con la cara. La luz brillaba ricamente sobre los desnudos brazos y hombros, y era reflejada por la superficie curva y espejada de las tersas medias. La expresión de su rostro era grave en extremo, y la puntita de la lengua aparecía por entre los dientes. Era una obra de gran dificultad.

Todo alrededor de ella, sobre las paredes de la inmensa estancia, en otros tiempos cámara de Alderano Malaspina, un nutrido ejército de figuras gesticulantes la contemplaban pintadas al fresco.

Era un conjunto sorprendente. Los frescos representaban diversos episodios, románticamente interpretados, de la vida de Alderano Malaspina, a quien se veía en diferentes actitudes y ocupado de muy diversas maneras. Ya entrado en años, opulento de carnes, con perilla y bigote, presentaba, se decía Irene algunas veces, el aspecto de un cocinero francés, tal como los ingleses se figuran a un cocinero francés.

Cuando Irene estaba en la cama, podía ver media docena de figuras alegóricas que se arrojaban por los aires en las más variadas posturas, y cuando despertaba por las mañanas, una florida pantorrilla carnosa era lo primero que veía a treinta centímetros de sus ojos. Encima de las ventanas, el pintor había ilustrado los modos de matar el tiempo de Alderano Malaspina. En uno de los frescos se veía a las nueve Musas y a las tres Gracias, atendidas por un batallón, de Horas, reclinadas, en pie, o bailando en estudiadas actitudes, mientras el ilustre Malaspina, en un trono que se alzaba en medio de todas, escuchaba la conversación y expresaba sus propias opiniones, sin dar muestra alguna de advertir que todas aquellas señoras estaban completamente desnudas. Nadie, excepto el más perfecto y cumplido hombre de mundo, pudiera conducirse en tales circunstancias con tan perfecta discreción y *savoir-vivre*.

En medio de la apoteosis del Malaspina, y totalmente ajena a ella, Irene cosía su rosada camisola. Cuando estaba desnudándose para acostarse, la vio por casualidad en el cesto de la costura, e incapaz de vencer la tentación decidió darle unos toques aquí y allá. Iba a ser una de sus mejores obras así

que estuviese terminada. Ahora le tomó con ambas maños y la contempló extendida. Era sencillamente maravillosa.

Desde la llegada de Chelifer había podido dedicar bastante tiempo a su ropa interior. Embebida *Mrs*. Aldwinkle en su desgraciado amor, había olvidado por completo que tenía una sobrina y que ésta debiera estar escribiendo poesías líricas y pintando acuarelas. E Irene quedó en libertad para dedicar cuánto tiempo quiso a la costura. No desperdició la oportunidad. No obstante, de vez en cuando le punzaban los remordimientos, y se preguntaba si estaría bien aprovecharse de los sufrimientos de tía Lilian para hacer cosas que no merecerían su aprobación. Y dudaba, pensando si la lealtad debida a su tía no le exigía que abandonara la costura para hacer un dibujo o escribir un poema. Durante los primeros días llegó a obedecer, en más de una ocasión, los dictados de la conciencia. Pero cuando, por la noche, llevó a su tía el apunte del templete y una poesía lírica que comenzaba: «¡Oh, Luna!, con qué calma en la serena noche…», mostrándola casi triunfalmente, consciente de haber llevado a cabo una acción meritoria, la cuitada y afligida señora mostró tan escaso Interés en estas pruebas de deber y cariño de su sobrina, que Irene se juzgó excusada de volver a hacer más esfuerzos para practicar el arte. Y continuó cosiendo. Verdad es que la conciencia persistía en remorderle algunas veces, pero no por eso atendió Irene las reconvenciones.

Esta noche no experimentaba ningún escrúpulo. La prenda que cosía era de tan amable belleza, que hasta tía Lilian mostrara su beneplácito al examinarla. Era una obra de arte, una obra de arte tan merecedora de esa exaltada descripción como «¡Oh, Luna!, con qué calma en la serena noche…». Quizás incluso más merecedora.

Dobló Irene la inacabada y rosada obra maestra, la guardó, y continuó desnudándose. Esta noche, decidió, le diría a tía Lilian la mucha razón que tuvo al hablarle de Hovenden. Eso le gustaría. Le diría algo así, pensaba: «¡Qué agradecida te estoy, tía!».

Y procedería a explicarle lo mucho que le gustaba, y que ya casi, casi, pero no del todo, estaba convencida de que esta vez se trataba de un verdadero amor. Pero creía que pronto, muy pronto, adquiriría seguridad absoluta. Sería una cosa completamente auténtica. Real y sólida. Nada insustancial, achampañado e imaginado, como los episodios de Jacques, de Peter y de todos los demás.

Se puso la bata y se dirigió al cuarto de *Mrs*. Aldwinkle por el largo corredor. Alderano Malaspina quedó en fecundo coloquio con las nueve Musas.

Cuando entró Irene, tía Lilian estaba sentada ante el espejo del tocador, frotándose la cara con cremas y afeites.

—Parece —dijo contemplándose en el espejo con una expresión crítica, parecida a la de Irene al examinar su obra maestra— que hay ahora una máquina eléctrica para masaje que es una maravilla. No sé quién me lo ha dicho.

—¿*Lady* Belfry, quizá? —dijo Irene.

La imagen de *Lady* Belfry se presentó a su memoria, tersa, rosada, redondeada, de aspecto juvenil, pero con esa juventud artificial y terriblemente precaria de la belleza científicamente conservada.

—Puede que sí —replicó *Mrs*. Aldwinkle—. Tengo que comprar una, desde luego. ¿Te acordarás de escribir mañana a la casa «Harrod's» diciendo que la manden?

Irene comenzó a cepillar el pelo de su tía. Guardaron ambas silencio durante largo rato. ¿Cómo empezar a hablar de Lord Hovenden?, pensaba Irene. Tenía que iniciar el tema de manera que indicase lo muy serio y auténtico que era para ella. Tenía que encontrar el procedimiento de hablar de ello desde el primer momento de tal modo, que no le fuera posible a tía Lilian adoptar una actitud de chanza. A toda costa, no podía permitir que tía Lilian le hablase en aquella vena, harto conocida y temida, de abrumadora jocosidad. De ninguna manera tenía que darle ocasión de decir: «¿Te crees que tu tía no lo ha notado todo desde el principio?». Pero no era tan sencillo hallar la fórmula completamente a prueba contra las donosuras de su tía. Irene se torturó el magín larga y pensativamente. Pero estaba escrito que no encontraría la manera adecuada de iniciar la conversación; pues también tía Lilian había estado pensando, y ahora rompió el silencio.

—Algunas veces me digo si le interesan las mujeres en absoluto.

—Quizá no —repuso Irene gravemente.

Durante la media hora siguiente, tía y sobrina discutieron acerca de tan interesante posibilidad.

XII

Mary Thriplow estaba escribiendo en su libro de notas íntimo: «Hay gentes —escribió— que parecen incapaces de sentir bondad y apasionadamente acerca de nada. Padecen una especie de impotencia emotiva, que solamente puede inspirarnos piedad. Quizás estas gentes abundan hoy más que nunca. Pero esto es únicamente una impresión, pues no hay datos para asegurarlo, ni documentos en que basar la afirmación. Pero si es así, la causa supongo que sería nuestra educación intelectual. Para soportarla sin daño es necesario tener una constitución emotiva de gran robustez. Además, son tan artificiales nuestras vidas que la mayor parte de nuestros instintos más profundos rara vez hallan ocasión de manifestarse. Por ejemplo, el miedo y todas las violentas pasiones provocadas por el instinto de conservación al vernos amenazados por un peligro o por el hambre. Hay miles de personas civilizadas que pasan por la vida condenadas a una ignorancia casi absoluta de estas emociones».

Trazó una línea debajo de este párrafo y continuó escribiendo, dejando un pequeño espacio en blanco: «Amar de manera primitiva, con furia. Dejar de ser civilizado, tornarse salvaje. Olvidar la crítica y entregarse a la pasión sin reservas. Apagar toda duda mental y dejar que el cuerpo sano y joven manifieste sus deseos de manera rectilínea y segura. La bestia todo lo sabe, dice el tío Yeroschka, en Tolstoi. Todo no. Más sabe, al menos, cuánto la mente ignora. El espíritu fuerte y completo a de saber todo aquello que la bestia sabe, además de lo que la mente conoce».

Trazó otra línea.

«Tiene las manos fuertes y poderosas, pero tocan con dulzura. Sus labios son blandos. Allí donde el cuello se junta con el torso, delante, entre dos fuertes tendones, en donde convergen hacia la clavícula, tiene un boyo en la carne que parece hecho por el pulgar de un artista divino. Tan bello es».

Se le ocurrió que pudiera escribirse un artículo excelente sobre el tema de la belleza masculina. En el Cantar de los Cantares la vemos descrita tan líricamente como la femenina. Es raro encontrar una poetisa moderna que exprese tan franca admiración. En los *Salons* de París predomina el desnudo femenino; el masculino es excepcional, y si es completo resulta escandalizador. ¡Qué distintas eran las circunstancias ilustradas por los

frescos de Pompeya! Mary mordió el rabillo de su pluma. Decididamente, el artículo pudiera ser magnífico.

«Tiene la piel suave y blanca —continuó escribiendo—. ¡Qué fuerte es! Sus ojos son de indolente mirar, mas algunas veces parecen despertar, y entonces me contemplan tan hondamente y con tal mandato en su expresión que me asustan. Pero gusto de que me asusten».

Otra línea. Hubiera podido desarrollar más cumplidamente este tema, pero siempre la frenaba el temor de que alguien pudiera descubrir y leer el librillo. No deseaba que ocurriese esto hasta después de muerta. Ahora dibujó un asterisco junto a la primera de las notas escritas. En el margen de la página siguiente, aún blanca, reprodujo el asterisco, para indicar que lo que ahora iba a escribir era un apéndice o corolario de la primera nota.

«Algunas personas —escribió—, que no tienen capacidad natural para los sentimientos profundos, se sienten convencidas, de manera intelectual, que de hieran sentir hondamente. La gente de más valer, piensan, tiene instintos formidables. Y ellos quisieran tenerlos también. Son "*snobs*" emotivos. Tengo, por seguro 9a novedad de este humano. En el siglo XVIII se pretendía ser racional y culto. El culto de las emociones se inició durante el siglo XIX. Recibió nuevas directrices durante el XX, merced a Bergson y a Romain-Rolland. Hoy se considera elegante exactamente lo contrarío de lo que era la moda en el siglo XVIII Y así vemos a gentes emotivamente impotentes simular pasión con el intelecto. Hipócritas del instinto, generalmente llegan a engañarse ellos mismos. Y si son verdaderamente inteligentes, engañan a cuántos les rodean, excepto a los más observadores. Representan el papel de apasionados con mayor perfección que quienes auténticamente sienten las emociones. Resulta aplicable a esto la paradoja de Diderot acerca del cómico en la vida real: cuanto menos se siente, mejor se finge el sentimiento. Mas mientras que el cómico únicamente representa su papel sobre el escenario para el público del teatro, los que fingen en la vida real lo hacen tanto para un público interno como para un público externo. Buscan el propio aplauso, y lo que es más, les es concedido. Aunque supongo que siempre con ciertas reservas. ¡Qué curioso es este tipo humano! Y ya he conocido muchos ejemplares».

Dejó de escribir para pensar en los ejemplares que había conocido. Era sorprendente su abundancia. Todo ser humano propende a ver en otros las propias virtudes y flaquezas. Es inevitable, pues únicamente acerca de los propios atributos mentales y morales tiene experiencia. El hombre que ve la

tabla de multiplicar como un cuadro fantástico y definido, imagina que todos los demás hombres ven lo mismo: el músico no puede concebir una mente sorda a la música. De manera similar, el ambicioso cree que todos sus prójimos se mueven a impulsos del deseo que él siente de alcanzar fama y poder. Para el sensual, todos somos sensuales. El avaro no duda de que todos somos miserables. Mas no ha de pensarse que quien padece un defecto y lo ve en todos, lo disculpa por esto. Es raro que demos a las propias flaquezas su verdadero nombre y las percibimos únicamente de manera vaga y empírica. La parte consciente y culta de nuestro ser condena el vicio a que estamos sujetos ingénitamente. Al mismo tiempo, nuestro conocimiento personal del vicio —que no es consciente ni intelectual, sino oscuro, práctico e instintivo — tiende a encauzar la atención de la parte superficial y culta de la mente hacia manifestaciones de esta particular flaqueza, y tiende también a hacemos advertir tales manifestaciones allí en donde no existen. Por eso, nos encontramos continuamente ante el cómico espectáculo del avaro, que condena apasionadamente la avaricia de otros notablemente más desprendidos que él, del lascivo que denuncia la lascivia, del glotón que crítica la glotonería. A todos les ha enseñado su educación que estos vicios son condenables, mientras que el conocimiento personal y empírico que de ellos tienen hacen que se tomen un interés especial en tales flaquezas y que vean señales de ellas por todas partes.

Si el número de amigos de Mary Thriplow que pertenecía al tipo de los importantes emotivos era sorprendentemente crecido, esto se debía al hecho de tender ella precisamente hacia esa flaqueza espiritual. Al ser por naturaleza bastante más sagaz y más dada al propio examen, que la mayoría de los hombres y las mujeres que denuncian airadamente en otros los defectos de que ellos mismos adolecen, a Mary Thriplow no se le ocultaba, mientras criticaba a los demás, que tenía ella un defecto similar. No podía ahogar la sospecha, cuando leía a Dostoievski y a Chéjov, que su organización interna difería de la de aquellos rusos. La parecía que no sentía las cosas tan agudamente, con gozo y tristeza tan intrincadas como ellos. E incluso antes de comenzar a leer a los rusos, ya que había llegado a la dolorosa conclusión de que si las hermanas Bronte eran normales emotivamente consideradas, entonces ella era decididamente anormal por defecto. Incluso si las hermanas no eran completamente normales, incluso si merecieran ser llamadas febriles, ella quisiera ser como ellas, pues le parecían admirables. Era este conocimiento de su subnormalidad (la cual, no obstante, había llegado a atribuir a falta de ocasión —«pues llevamos una vida demasiado protegida»—

para poner en juego sus pasiones y emociones potenciales) el que la había hecho tan férvida admiradora de los buenos sentimientos espontáneos. Además la hacía desear ardientemente aprovechar todas cuantas ocasiones se le presentaran de poner a prueba sus reacciones. La experiencia es la que nos hace conocer lo que somos; y si no fuera por el roce con el mundo externo no conoceríamos emoción alguna. Era para llegar a conocer sus propias emociones latentes por lo que deseaba experimentar las más diversas cosas, y establecer el mayor número posible de contactos con la realidad exterior. Cuando la realidad externa era de carácter insólito, y prometía revelaciones emotivas singularmente ricas, Mary la buscaba con acentuado interés. Así, una intriga amorosa con Calamy le pareció ofrecerle muy interesantes posibilidades emotivas. Le hubiera gustado Calamy, aunque su apatía no ocultara ningún fuego interno, mas el convencimiento de que aquel hombre era «raro», como Lilian hubiera dicho, y hasta peligroso, le hizo imaginarse, durante cada etapa de su intimidad, que le gustaba más de lo que era cierto. Y esto la empujaba a llegar siempre más allá en la esperanza de que, al revelarse él, encontrara ella más amplias e interesantes revelaciones acerca de su propia oculta manera de ser y sentir.

Ya había visto premiados sus esfuerzos: Calamy la había asustado verdaderamente, y se había revelado de emocionante, brutalidad.

—Me exasperas de tal modo —le había dicho Calamy— que podría retorcerte el pescuezo.

Y había momentos en los que verdaderamente Mary le creía muy capaz de matarla. Era ésta una nueva clase de amor. Se abandonó a ella con un fervor que, cuando le tomó la temperatura, encontró admirable. La apasionada inundación la arrastró. Mary iba tomando notas de sus sensaciones mientras era arrastrada, y alimentaba la esperanza de que con el tiempo tendría que anotar sensaciones todavía más intensas.

XIII

Calamy estaba en decúbito supino, mirando la oscuridad. Ahí arriba, pensaba, tan cerca que no tendría más que alargar el brazo, para descorrer la cortina de oscuridad que los oculta; ahí arriba, justo encima de mí, flotan en el aire el gran secreto, la gran belleza, el gran misterio. Fijar los ojos del espíritu en esa belleza fulgente y enigmática, estudiar el secreto basta que sus símbolos cesen de ser opacos y pase a través de ellos la luz de un más allá… No hay en esta vida, al menos para mí, ninguna otra cosa que importe; no es posible hallar ni descanso ni satisfacción en ninguna otra ocupación.

Todo esto le resultaba evidente ahora. Y evidente le resultaba que no podía hacer dos cosas al mismo tiempo. No podía asomarse al silencio allende el bullicio y al sandio ruido —al silencio mental allende el cuerpo—, no podía hacerlo y, simultáneamente, participar en el tumulto. Si quería escudriñar las profundidades de la mente no podía interponer la preocupación de sus inclinaciones corporales.

Esto lo había sabido claramente hacía ya mucho; pero seguía haciendo la misma vida. Comprendía que era obligado cambiar, hacer algo distinto, y esta comprensión le irritaba profundamente. Y se conducía de manera deliberada en contra de ella. Lejos de esforzarse para alejarse del ruido y el bullicio, para liberarse de su esclavitud y hacer lo que debiera, lo que sabía que deseaba verdadera y profundamente hacer, en varías ocasiones, cuando sus ataduras habían estado a punto de caer por sí solas, se había esforzado en apretarlas de nuevo y deliberadamente. Se rebelaba contra la necesidad de cambiar, aunque era una necesidad que no le era impuesta por ningún agente externo, sino por la que él conocía como la parte más inteligente de su ser. Temía, además, que si cambiaba quizá resultara ridículo. No es que deseara vivir como lo hizo hasta un año antes. Aquella temerosa y agotadora vida monótona de placer acabó por resultarle intolerable. No, con «aquello» había terminado definitivamente. Lo que ahora consideraba era una especie de elegante transacción latina, el cultivo epicúreo de mente y cuerpo. Desayuno, a las nueve. Lecturas serías, de diez a una. La comida, aderezada por un cocinero francés de suprema habilidad. Por las tardes, paseos y coloquios con amigos inteligentes. El té, con bollos y con la más graciosa compañía femenina. Una cena frugal y exquisita. Tres horas de meditación acerca del Absoluto y luego, el lecho, acompañado. Todo ello sonaba encantador. Pero no podía ser. A

quien llevara esta Vida de Razón, el secreto, el misterio, la belleza no rendirían su oculto significado, aunque se dejaran examinar y analizar. Si uno realmente quería desentrañar su enigma, era menester hacer algo más que meditar sobre él por las noches, durante el espacio de tiempo que separaría las sobrias obras de arte culinarias de un *chef* francés y el reposo, no en soledad, del lecho. En tales deliciosas circunstancias latinas, el misterio y la belleza quedaban reducidas a nada. Pensaba uno en ellos únicamente porque era divertido y por pasar el rato, pero en realidad no tenían más importancia que el té acompañado de fruslerías, la cena vegetariana y el descanso amoroso. Si quería uno que fuese algo más, sería necesario entregarse por completo a su contemplación. No eran posibles los medios términos.

Calamy lo sabía y, sin embargo, había hecho el amor a Mary, no porque sintiera irresistible y apasionada necesidad de hacerlo, sino porque Mary le divertía, porque su aspecto agradable y su aire de inocencia irreal exasperaban sus sentidos, y más que nada porque presentía que una aventura amorosa con Mary le ocuparía por completo y le impediría el pensar acerca de ninguna otra cosa. Pero no ocurrió así; la belleza y el misterio seguían colgados encanta de él cuando se echaba en la cama a oscuras y solo. Allí estaban; sus relaciones con Mary únicamente habían logrado impedir que él se acercara a ellos.

Un reloj dio la una abajo en el valle, La campanada le recordó que había prometido a Mary ir a su habitación. Se sorprendió a sí mismo pensando en lo que ocurriría cuando se encontraran juntos, en los besos y en las caricias ofrecidos y recibidos. Procuró airadamente fijar su atención en otros temas; trató de pensar en el misterio y en la belleza que flotaban allí arriba, al otro lado de la cortina de la oscuridad, pero por vehementemente que quiso alejarlos, los carnales pensamientos volvían una y otro vez a su mente.

—No iré —dijo en voz alta. Pero al tiempo de decirlo comprendió que sí iría. Se la imaginó vívidamente, descansando la cabeza en la almohada formada por su brazo, extenuada, desmadejada y temblorosa, como quien ha sufrido el tormento del potro. Si; demasiado sabía que iría.

La idea de la tortura insistió en llamarle la atención. Pensó en aquellas desgraciadas que, acusadas de brujas, confesaban a los tres días de tormentos incesantes que, en efecto, habían volado por los aires, que habían pasado por el ojo de una cerradura, que se habían transformado en lobos y que habían ayuntado sus íncubos. Y que confesarían no sólo estas cosas, sino, luego de otra hora en el potro, que tenían cómplices, y que aquel hombre, aquella mujer y aquel niño eran también hechiceros y sirvientes del demonio. El

espíritu está pronto, pero la carne es débil. Débil en el dolor, pero aún más débil, pensó, si de placer se trataba. Pues sometido a los tormentos del placer, ¡qué cobardías, qué traiciones de otros y de sí mismo es capaz de cometer! ¡Con qué vil abyección rinde la felicidad y casi la vida para prolongar un momento más la deliciosa tortura! La vergüenza que viene a continuación es el resentimiento del espíritu, su apesadumbrada indignación ante servidumbre y humillación.

Sometida al tormento del placer, se dijo, la mujer es más débil que el hombre. Su flaqueza halaga la conciencia que sus amadores tienen de su fuerza, y satisface su deseo de mandar. Un hombre dará satisfacción a su ansia de poder con otro hambre, haciéndole sufrir; pero con una mujer, haciéndola disfrutar. Es más bien el indelectable tormento que él inflige que el que le es infligido, lo que constituye el placer del amador.

Y como quiera que el hombre es débil, continuó pensando Calamy, como quiera que con él lo placentero nunca es tan avasallador que no pueda él hallar mayor gusto en atormentar a quien le tortura, ¿no ha de concluirse que en su conducta existen menos circunstancias atenuantes, cuando a sí mismo o a otros traiciona al ser sometido a la deliciosa tortura o al desear y calcular anticipadamente sus efectos? En el hombre están menos justificadas la debilidad y la servidumbre físicas. La mujer está designada por naturaleza a la esclavitud del amor, de los hijos. Más de tarde en tarde nace un hombre que debiera ser libre, y si tal hombre sucumbe al ser sometido a tormento, ello constituye una vileza.

«Si yo pudiera liberarme —pensaba Calamy—, no tengo duda de que llegaría a realizar algo. No un algo que fuera inútil en el sentido usual de la palabra, ni que supusiera ventaja alguna para los demás, pero sí algo que para mi friese de suma importancia. El misterio flota encima de mí. Si yo fuera libre, si tuviese tiempo, si pudiera pensar y pensar y aprender en calma a sondear los silencios del espíritu…».

Volvió a presentársele la imagen de Mary. Rendida yacía en el hueco de su brazo, trémula como recién salida del suplicio. Cerró los ojos y sacudió airadamente la cabeza. La imagen se resistió a desaparecer.

«Si yo fuera libre…, si yo fuera libre…», volvió a decirse.

Acabó por salir de la cama y abrir la puerta. El corredor estaba brillantemente iluminado; dejaban una luz encendida durante toda la noche. Ya iba a salir al pasillo, cuando se abrió violentamente otra puerta en el

pasillo y salió impetuosamente a éste *Mr*. Falx, mostrando unos tobillos delgados y vellosos por debajo del dobladillo de su camisón. Calamy se recató en el hueco de su puerta. *Mr*. Falx, con la expresión angustiada y urgente de quien sufre un cólico, pasó ante él velozmente, sin mirar ni a la izquierda ni a la derecha. Tomó por otro pasillo que desembocaba en el principal unos cuantos metros más allá y desapareció. A los pocos segundos sonó un portazo. Al perder de viste a *Mr*. Falx, Calamy avanzó con silenciosa prisa por el corredor, y luego de abrir la cuarta puerta de la izquierda desapareció en la oscuridad. Algún tiempo después, *Mr*. Falx regresaba a su habitación pausadamente.

CUARTA PARTE

EL VIAJE

I

Lord Hovenden, separado de su automóvil, era tuna persona completamente distinta del Lord Hovenden que se repantigaba con engañadora languidez detrás del volante de su «Vauxhall Veta». Bastaba media hora pasada en él viento rugiente de su propia velocidad para transformarle de muchacho tímido y apocado en héroe de gran sangre fría, que afrontaba con audacia no sólo las contingencias de la carretera, sino las de la vida. Su apocamiento volaba en alas del vendaval; la velocidad le embriagaba, librándole, al hacerlo, de su timidez. Todas sus victorias fueron alcanzadas en automóvil. En su automóvil —ya hacía dieciocho meses, antes de ser mayor de edad— se atrevió a pedir a su tutor que le aumentara la asignación, y para lograr su propósito fue aumentando más y más la velocidad, hasta que el tutor, movido por un indescriptible terror, accedió a cuánto quiso el pupilo. A bordo del «Velox» tuvo la intrepidez de decir a *Mrs*. Terebinth, quien le llevaba diecisiete años, tenía cuatro hijos y adoraba a su marido, que era la mujer más bonita que había conocido. Se lo dijo en la Gran Carretera del Oeste, gritando, a ciento diez kilómetros por hora. A noventa, a noventa y cinco, a cien kilómetros por hora, le faltó valor para la hazaña; pero a ciento diez alcanzó la tensión suficiente. Y se lo espetó. Cuando ella rió y le dijo que era un chiquillo descarado, no experimentó Lord Hovenden disminución alguna en sus arrestos, sino que pisó aún más el acelerador, y riendo él también, repuso: «Pero estoy enamorado de usted», en el mismo momento en el que la aguja del velocímetro marcaba los ciento veintiocho kilómetros por hora. Desgraciadamente, el raudo paseo acabó poco después; todos los paseos acaban, antes o después, y el *affaire* Terebinth no fue más allá. «¡Ah! —pensaba Lord Hovenden algunas veces—. ¡Si pudiera uno pasar la vida en un “Velox”!». Pero el «Velox» tenía inconvenientes. Hubo veces en las que el ser heroico y embriagado de velocidad, había colocado en situaciones embarazosas al timorato peatón. Por ejemplo, una vez, rodando impetuosamente a noventa y seis por hora, prometió a uno de sus amigos políticos más avanzados pronunciar un discurso en una reunión política, y lo hizo sin dar a la promesa la importancia más mínima. Tal cosa, considerada a noventa y seis kilómetros por hora, no sólo no le pareció alarmante, sino hasta agradable. Pero ¡qué espantables sufrimientos le deparó su promesa, cuando al final del trayecto se encontró una vez más sobre la tierra sólida! ¡Qué formidablemente imposible la pareció la empresa! ¡Con qué acerba amargura

lamentó haber aceptado la invitación! Acabó por telegrafiar que su médico le había exigido que partiese sin demora para el Sur de Francia, y huyó ignominiosamente.

Hoy, el «Velox» estaba ejerciendo sobre él su acostumbrado efecto. En Vezza, al ponerse en camino se encontraba tímido y sumiso. Asintió humildemente a cuantas disposiciones tomaba *Mrs*. Aldwinkle cada cinco minutos, por imposibles y contradictorias que fuesen; no se atrevió a insinuar que Irene tomara asiento en el «Velox» y no fue merced a sus intrigas ni maquinaciones, sino gracias al postrer capricho arbitrario de *Mrs*. Aldwinkle por lo que acabó por encontrar a Irene sentada junto a él, cuando se pusieron en marcha a las puertas del palacio. En el asiento trasero se sentaba *Mr*. Falx, solitario y rodeado de maletas, Lord Hovenden había prometido muy formalmente que no pasarían de los cuarenta y cinco kilómetros por hora. La abyecta sumisión pedestre no podía llegar más lejos.

El coche de *Mrs*. Aldwinkle, pesadamente cargado, partió el primero. Grace, que había suplicado le fuera concedido, iba sentada junto al chófer. Una expresión de felicidad inefable le iluminaba el rostro. Cada vez que veía un viandante gritaba agudamente y agitaba su pañuelo. Afortunadamente no sabía él profundo malestar y la indignación que su proceder inspiraba al chófer. Éste era inglés y de suprema corrección, y sentía la responsabilidad de mantener al debido nivel la reputación de su país y de su impecable automóvil. No podía menos de juzgar muy severamente a aquella «persona», que agitaba pañuelos y gritaba, como si fuera en un vil autobús de viles excursionistas. Grace agitaba su pañuelo incluso para saludar a vacas y caballos, y gritaba hasta a los gatos y a las gallinas.

El interior del coche lo ocupaban *Mrs*. Aldwinkle, *Mrs*. Chelifer y *Mr*. Cardan. Calamy y Mary decidieron que no tenían tiempo para ir a Roma y fueron dejados en el palacio, sin que *Mrs*. Aldwinkle objetara en absoluto. Iba pasando plácidamente el paisaje ante las ventanillas. *Mr*. Cardan y *Mrs*. Chelifer hablaban de juegos tradicionales.

Mientras tanto, unos ciento cincuenta metros más atrás. Lord Hovenden respiraba asqueado la polvareda del «Rolls».

—¡Qué intolerablemente despacio conduce Ernest! —dijo.

—Tía Lilian nunca le permite pasar de los cuarenta.

—¡Cuarenta! ¿Y vamos atener que ir tragando polvo todo el camino?

—Quizá pudieras dejar que se adelantaran un poco.

—Y ¿por qué no pasarlos?

—¡Hombre! —repuso Irene respetuosamente—. No sé si estaría bien hacer que fuese tía Lilian la que respirase polvo.

—Si no deja que Ernest pase de los cuarenta, te aseguro que no lo respiraría mucho tiempo.

—Entonces… —dijo Irene, pensando en que ya había cumplido su deber para con su tía—; en ese caso…

Lord Hovenden aceleró. La carretera era ancha, llana y recta. No había tráfico. Pasados dos minutos, *Mrs*. Aldwinkle ya había respirado la fugaz e inevitable ración de polvo. Quedó el aire despejado de nuevo. En lontananza, una nubecilla cada vez más pequeña era todo lo que podía verse del «Velox» de Lord Hovenden.

—¡Gracias a Dios! —dijo Lord Hovenden alegremente—. Ahora ya podemos ir a una velocidad decente.

Irene también hallaba excelente la velocidad. Bajo su máscara de seda gris, de desorbitados ojos, su fino labio se alzaba en sonrisa alegre, mostrando unos dientes blancos y menudos.

—Es delicioso —dijo.

—Me alegro de que te guste —dijo Hovenden—. Es estupendo.

Mas un golpecito en el hombro le recordó que había alguien en el coche, además de Irene y él. *Mr*. Falx estaba lejos de considerar el estado de cosas «delicioso». Su blanca barba, agitada por el viento, se movía y temblaba como un ser vivo en estado de angustia mortal. Sus ojos miraban a través de las gafas con expresión alarmada.

—¿No vamos muy de prisa? —gritó, indinándose hacia delante para ser oído.

—¡Ca! —respondió Hovenden también a gritos—. Como siempre. No hay peligro.

Su acostumbrado ser pedestre jamás hubiera soñado con’ hacer algo contrario al gusto de su maestro venerado. Pero al gigante mozo que acompañaba el volante del «Velox» no se le daba un ardite de nadie. Hada su soberana voluntad.

Pasaron por los miserables arrabales de Vareggio, a través de los perfumados pinares que encontraron luego, de solemnes y oscuras sombras verdes. En la isla de una verde pradera, rodeada de muros almenados, la iglesia blanquísima, la blanca torre de arcos, milagrosamente erguida y a punto de caer, el blanco baptisterio parecían meditar en soledad acerca de pasadas glorias —la dominación pisana, los pensamientos y las artes písanos — y sobre los misterios de la religión, sobre la fatalidad inescrutable, y sobre la insignificancia y grandeza humanas.

—No comprendo cómo diablos no se cae —dijo Lord Hovenden refiriéndose a la torre inclinada.

Pasaron ante una casa sobre el agua, en la que Byron había sufrido espantoso tedio durante unos meses eternos, y salieron de la dudad.

Después de Pondera, la carretera se hizo más desolada. A través de un terreno salvaje de montes desnudos y estériles, por entre cuya yerba que amarilleaba se mostraba un suelo blanco y horrendo, comenzaron a subir hacia Volterra. El paisaje adquirió un aspecto vagamente infernal; un panorama de montes resecos y de desfiladeros sin agua, como las olas de un mar petrificado, se extendía interminablemente alrededor de ellas. Y en la cresta de la ola más alta estaba erguida Volterra, capital de aquel extraño y averno lugar. Tres horas siluetadas contra el cielo, un cimborrio, una línea de murallas inexpugnables; y fuera de ellas, *aún* fuera de ellas, pero avanzando irremediablemente hacia los bastidores año tras año, el socavón famélico que va royendo el costado de la colina, devorando las obras de civilizaciones distintas: las tumbas etruscas, las casas romanas, abadías y fortalezas medievales, iglesias del Renacimiento y casas de ayer.

—Debe de ser aburrido un sitio así —dijo Lord Hovenden, tomando una curva cerrada con una fácil pericia que espantó a *Mr*. Falx.

—Figúrese nacer en él.

—Si hubiéramos nacido aquí los dos —repuso él lleno de audacia y de velocidad— la cosa no estaría tan mal.

Dejaron Volterra atrás. Los infernales parajes fueron gradualmente atemperando su dureza con verdores y gracias mundanos. Bajaron por la calle en cuesta de Colle. El panorama volvió a ser completamente terrenal. La tierra de las lomas era roja, como la arcilla de que fue hecho Adán. En las verdes laderas crecían largas filas de arbolillos muy poblados, de cuyos muñones negros y retorcidos colgaban las vides en festones. Aquí y allá,

discurriendo calmosa por entre los árboles, se veía una yunta de blancos bueyes que arrastraban un arado.

—Es un cambio encontrar tan buena carretera —dijo Hovenden.

En una recta logró alcanzar momentáneamente los ciento cuarenta y un kilómetros por hora. La barba de *Mr*. Falx se retorcía y agitaba con los movimientos angustiosos de un animal caído en un cepo. Cuando se detuvieron delante del hotel de Siena, *Mr*. Falx se sintió inmensamente desahogado.

—Es un motor admirable, ¿no cree usted? —le preguntó Lord Hovenden, ya parados.

—Va usted a una velocidad disparatada.

Se nubló el semblante del muchacho.

—¡Ah! Créame que lo siento si… —El gigante mozo comenzaba ya a ceder su lugar al humilde ser pedestre—. Los otros no llegarán hasta dentro de tres cuartos de hora —añadió, en la esperanza de que esta información aplaque a *Mr*. Falx.

Mas *Mr*. Falx no se aplacó, y cuando llegó la hora de partir de nuevo, después de comer, expresó una decidida preferencia en favor de uno de los asientos del coche de *Mrs*. Aldwinkle. Quedó decidido que cambiara con Grace.

Grace no tenía nada en contra de las velocidades excesivas. Antes al contrario, la alegraban. Cuanto más aprisa iban más penetrantes se hacían sus gritos de saludo y de despedida, y con mayor entusiasmo agitaba su pañuelo al pasar junto a niños y perros. El único inconveniente de la velocidad era que el poderoso viento le arrancaba continuamente de entre los dedos el pañuelo, que quedaba posado en la distancia, perdido para siempre, tras un alocado vuelo en el remolino dejado en pos por el coche. Cuando los cuatro pañuelos del coche, y bolsillo, le fueron arrebatados por el viento, Grace comenzó a sollozar. Lord Hovenden le prestó el gran pañuelo de seda de colores que usaba como bufanda, y Grace se mostró encantada por su inmodesta belleza. Para asegurarlo contra los ataques del viento ladrón, hizo que Irene se lo atase por una esquina a la muñeca.

—Ahora no se escapará —dijo alzando las gafas y limpiándose los últimos vestigios de lágrimas.

Lord Hovenden se puso de nuevo en marcha. Encumbrado en el horizonte, elevándose sobre la planicie que recorrían, la masa azul y solitario del monte Amiata los saludaba desde su lejanía. A cada kilómetro que avanzaban hacia el Sur, los cuernos de los blancos bueyes uncidos a las carretas iban haciéndose más largos. Un estornudo bovino, y amenazaba un pinchazo; un ligero sacudimiento de la cabeza, y corría uno el riesgo de morir empalado en la dura y afilada cornamenta. Pasaron por San Quirico. Del misterioso y melancólico jardín que hay dentro de las murallas de la ciudadela en ruinas trascendía el perfume del boj calentado por el sol. En Pienza encontraron el ideal platónico de una ciudad; una ciudad con «c» mayúscula. Murallas agujereadas por una puerta; una corta calle, una plaza con la catedral, y formados por palacios sus otros tres lados, otra calle corta, una puerta más en la muralla… y el campo, vicioso de mieses, viñas y olivos. El pico azulado del monte Amiata lo mira todo desde su altura. En Montepulciano vieron más palacios y más iglesias pero la belleza intelectual de lo simétrico allí estaba remplazada por una confusión precipitada y pintoresca.

—¡Caray! —dijo Lord Hovenden expresivamente, mientras se deslizaba con las ruedas inmovilizadas por los frenos a lo largo de la calle principal, diseñada pensando en burros de carga y mulas. Caras curiosas los contemplaban desde ventanas coronadas de tímpanos, entre las pilastras de los palacios. Se deslizaron por el tobogán a lo largo del florido Renacimiento y por debajo de un arco de la Edad Media para salir a los campos sin época y eternos. Desde Montepulciano descendieron al lago Trasimeno.

—¿No hubo aquí una batalla o algo por el estilo? —pregunto Irene, al leer el nombre en el mapa.

Lord Hovenden creía recordar que, en efecto, algo de esa naturaleza había tenido lugar en aquella vecindad.

—Pero es igual, ¿no?

Irene asintió. En efecto, no tenía ninguna importancia.

—Nada importa —dijo Lord Hovenden dominando con su voz la del viento, que soplaba, según el velocímetro, a sesenta y dos kilómetros por hora —. Nada —añadió envalentonado por la velocidad—, sino tú. —Y añadió rápidamente, temiendo que Irene se mostrase severa—: es una lata ir bajando por una carretera llena de curvas como ésta. No se puede ir a un paso decente.

Así que llegaron a la carretera llana y recta que bordea la margen occidental del lago, la cara de Hovenden se iluminó.

—Esto ya es otra cosa —dijo.

El viento que les azotaba la cara, de ventolina pasó a medio vendaval, de medio vendaval a vendaval completo, y de vendaval casi a huracán. Lord Hovenden fue cobrando mayores ánimos de aumentar la velocidad. Sus labios se curvaron en una sonrisa de delicia fija y permanente. Le brillaron los ojos tras los cristales de sus anteojos.

—Vamos bien, ¿eh? —dijo

—¡Si, lo vamos!—repuso Irene. También elle sonreía bajo su mascara automovilística. El viento bramaba deliciosamente al pasar por los agujerillos hechos en el gorro de cuero delante de las orejas. Irene se sentía feliz.

La carretera se curvaba hacia la izquierda siguiendo la margen meridional del lago.

—Pronto llegaremos a Perusa —dijo Hovenden lamentándolo—. ¡Qué lástima!

E Irene, aunque nada dijo, se sintió de acuerdo. Continuaron su raudo camino. El vendaval les azotaba el rostro sin cesar. Llegaron a una bifurcación, y Lord Hovenden tomó por el ramal de la izquierda. Perdieron de vista el agua azul.

—Adiós, Tramiseno —dijo Irene melancólicamente. Era un lago encantador. Le hubiera gustado acordarse de lo que allí ocurrió.

La carretera comenzó a subir retorciéndose; disminuyó la violencia del vendaval. Desde la cima de la cuesta, Irene vio, sorprendida, las azules aguas, que creyó haber dejado atrás para siempre, brillando unos cien metros más abajo. El encantador espectáculo provocó los entusiasmados aplausos de Grace.

—¡Qué raro!, ¿no? —dijo Irene.

—Nos hemos equivocado de carretera. Vamos otra vez hacia el Norte, por la margen derecha del lago —respondió Lord Hovenden—. Lo rodearemos. Es una lata tener que parar y dar la vuelta.

Avanzaron velocísimos. Ninguno de los dos habló durante algún tiempo. Detrás de ellos, Grace acogía con agudos chillidos la presencia en la carretera de cualquier ser vivo.

Ambos se sentían felices. Les hubiera gustado confinar de aquella manera eternamente. Al llegar a la margen septentrional del lago, la carretera se

enderezaba de nuevo y se hacía llana. Aumentó el vendaval. Sobre sus respectivas cimas, Cortona y Montepulciano se iban acercando lentamente, como estrellas fijas, según el automóvil avanzaba impetuoso. Ya estaban de nuevo en la margen occidental del lago. Posado en su penetrante península, Castiglione del Lago se contemplaba risueñamente en el agua.

—No está mal —dijo Lord Hovenden desafiando el huracán—. Por cierto, ¿no fue Aníbal o alguien por el estilo el que sostuvo una batalla aquí? Con elefantes.

—Puede que sí —respondió Irene.

—No es que me importe en absoluto.

—Ni a mí —dijo ella riendo bajo su careta.

Hovenden rió también. Se encontraba feliz, alegre y audaz.

—¿Te casarías conmigo si te lo pidiera? —dijo.

La pregunta le salió naturalmente, como si fuera un corolario lógico de lo que habían dicho acerca de Aníbal y sus elefantes. No miró a Irene al hacer la pregunta. Cuando uno conduce a ciento siete por hora, ha de conservar la atención sobre la carretera.

—No digas tonterías —respondió Irene.

—No digas tonterías —protestó él—. Estoy haciendo una pregunta concreta. ¿Te quieres casar conmigo?

—No.

—¿Por qué?

—No lo sé.

Pasaron Castiglione. Las estrellas fijas de Montepulciano y Cortona se pusieron.

—¿No te gusto? —aulló Hovenden. Volvía a soplar el huracán.

—Sabes que sí.

—Entonces, ¿por qué no?

—Porque…, no lo sé. ¿Quieres cambiar de conversación?

El automóvil volaba. Iban de nuevo a lo largo de a orilla meridional. Cien metros antes de llegar a la bifurcación de la carretera, Lord Hovenden rompió

el silencio:

—¿Te quieres casar conmigo?

—No.

Hovenden viró. La carretera subía retorciéndose. Disminuyó la velocidad del viento.

—¡Para! —dijo Irene—. Te has vuelto a equivocar.

Pero Hovenden no paró, sino que pisó el acelerador. Si el automóvil lograba tomar las curvas, dijérase que lo hacia más bien por milagro que en obediencia a las leyes de Newton o de la Naturaleza.

—¡Para! —gritó Irene de nuevo.

Pero el automóvil continuó rodando. Volvieron a ver el lago desde las alturas.

—¿Te quieres casar conmigo? —Hovenden volvió a preguntar.

Tenía los ojos clavados en la carretera. Sonreía gozoso y triunfal. Nunca se había sentido más feliz, jamás le animo tata audacia, ni le rebosaba el animo con tanta fuerza y tanto poder,

—¿Te quieres casar conmigo?

—No —respondió Irene. Comenzaba a sentirse incomodada. Hovenden se estaba portando como vía estúpido.

Fueron en silencio varios minutos. En Castiglione del lago, Hovenden reiteró su pregunta. Irene repitió su respuesta-

—¿No irás a hacer otra vez la misma patochada? —preguntó ella al acercarse a la bifurcación.

—Todo depende de si te quieres casar conmigo.

Esta vez se rió con estruendo, y de manera tan contagiosa, que Irene cuyo enfado no era sino algo extendido superficialmente sobre su felicidad, no pudo contener la risa.

—¿Te vas a casar conmigo? —preguntó él.

—No.

Tomaron la carretera de la izquierda.

—Va a ser tarde cuando lleguemos a Perusa —dijo Hovenden.

—¡Oooh! —gritó Grace cuando coronaron la larga cuesta—. ¡Qué bonito! —y aplaudió: Luego se inclinó hacia delante y tocó a Irene en un hombro—. ¡Cuántos lagos hay aquí!, ¿eh?

Lord Hovenden volvió a hacer la pregunta rodando por la margen septentrional, Cortona y Montepulciano fueron sus testigos.

No veo por qué me tienes que obligar… —dijo

Irene.

Lord Hovenden encontró esta respuesta más prometedora que las anteriores.

—Nadie te obliga a nada.

—Sí, me obligas. Estás obligándome a que te conteste de sopetón, sin siquiera darme tiempo para que lo piense.

—¡Hombre, eso sí que está bueno! ¡Obligándote a que me contestes de sopetón! Pero si, precisamente, lo que estoy haciendo es darte tiempo. Si quieres, estamos dando vueltas al lago toda la noche.

Quinientos metros antes de llegar a la bifurcación Lord Hovenden volvió a hacer la pregunta.

—¡Eres un…!

—Eso no es contestar.

—No quiero contestar.

—No necesitas contestar definitivamente —concedió él—. Sólo quiero que me digas que lo pensarás. Di que tal vez.

—No quiero.

Ya estaban casi en la bifurcación,

—Di que quizá, que lo pensarás.

—Bueno, lo pensaré. Pero esto no me compromete a nada, porqué… —No terminó la frase, pues el coche, que ya se dirigía a la izquierda, viró con tanta violencia hacia la derecha, que Irene tuvo que agarrarse al brazo de su asiento para no salir despedida por los aires.

—¡Dios mío! —exclamó.

Ahora rodaban suavemente por la carretera de la derecha. Diez minutos más tarde, desde lo alto del pequeño puerto vieron Perusa sobre su montaña, brillando al sol. Cuando llegaron al hotel encontraron que los demás llevaban allí mucho tiempo.

—Nos equivocamos de camino —les explicó Lord Hovenden—. Por cierto —añadió volviéndose hacía *Mr*. Cardan—, ¿no fue Aníbal el que junto a ese lago que hemos pasado…?

—¡Cuántos lagos! —Grace estaba diciendo a *Mrs*. Chelifer—. ¡Cuántos!

—Uno nada más, hijita —insistió *Mrs*. Chelifer apaciblemente.

Pero Grace no aceptó la corrección.

—¡Ca! ¡Muchos!

Mrs. Chelifer sonrió piadosamente. Antes de cenar, Irene y Lord Hovenden fueron a dar un paseo por la ciudad. Los inmensos palacios de piedra los contemplaban adustamente según pasaban ante ellos. Estaba ya el sol tan bajo, que únicamente las ventanas más altas, los aleros y los tejados recibían su luz. Las sombras grises de la tierra les subían gateando por los flancos, pero sus testas aparecían adornadas de coral y oro bermejo.

—Me gusta esto —dijo Lord Hovenden, pero, en su exaltación, también hubiera encontrado encantadores Wigan o Pittsburgo.

—Y a mí —dijo Irene, sonriendo por la ventana de su pelo.

Dejaron atrás el barrio señorial y penetraron en un laberinto de callejones en cuesta, de pasadizos tortuosos y de escalinatas, al otro lado de la catedral. Edificadas al azar sobre la ladera, las altas casas parecían salir unas de otras, como si fuesen partes de un edificio inmenso y fantástico del cual las calles fueran pasillos. Algunas calles se convertían en túneles largos y sombríos que perforaban las casas para desembocar en pequeños patios semejantes a pozos, cuyo techo era el cielo. A través de puertas abiertas, desde lo alto de una escalinata, vieron a la brillante luz de una bombilla toda una familia congregada en torno a una sopera. La calle se convertía en una escalera y se escondía en otro túnel alargado por las luces de una taberna subterránea. De la boca de la alegre caverna salía aun aliento vinoso, rumor de voces recias y risas sonantes.

Luego, repentinamente, saliendo de debajo de las altas casas, se encontraron al borde de un terraplén casi cortado a pico, desde el cual vieron

la pálida inmensidad del cielo en crepúsculo serrado en lontananza por montañas azulinas, mientras que la luna redonda, y ya luminosa, colgaba con serena solemnidad en el centro. Apoyados en el parapeto, contemplaron los tejados de otro barrio, treinta metros más abajo. Los colores aún luchaban contra la oscuridad, que iba ganando terreno, mas una generosa municipalidad ya había ensartado en las calles abalorios de luces amarillas. Un sutil perfume de humo de leña y de frituras embalsamaba el aire, puro y fino. El silencio del cielo era tan capaz, tan alto y tan ancho, que los ruidos ciudadanos, como objetos diminutos vistos en una inmensa planicie, únicamente servían para intensificar la paz, para dar a quienes los escuchaba más clara conciencia de tranquilidad inmensa, en comparación con el trivial rumor de su corazón.

—Me gusta esto —repitió Hovenden.

Permanecieron allí largo rato, acodados sobre el parapeto.

De repente Hovenden se volvió hacia su acompañante, reflejando su cara toda la timidez y apocamiento del renacido ser que anda a pie.

—Quiero pedirte perdón… por aquella tontería de estar dando vueltas al lago.

El joven gigante otrora sentado ante el volante del «Vauxhall Velox» se había retirado con su máquina al garaje, dejando que un Hovenden mucho menos formidable prosiguiese con la campaña empezada por él de tan enérgica manera. La luna, la belleza enajenadora de aquella cara que de tan pensativa manera se asomaba a la ventana formada por sus cabellos, el vasto silencio no alterado por los rumores insignificantes de su corazón, y el perfume de hogares de leña y chuletas de ternera fritas, todas estas influencias se habían conjurado para morigerar el gozo exultante de Lord Hovenden hasta dejarlo convertido en una melancolía tierna y azucarada. Su conducta de aquella tarde le parecía ahora, en su nuevo humor, de condenable violencia. ¿Podría ella perdonarle algún día? Los remordimientos le abrumaban. Su única esperanza era suplicar que le perdonaran.

—No sabes lo que lo siento.

—¿De veras? —respondió Irene sonriendo.

Mostraba sus dientes blancos y regulares sonriendo. Los ojos de niña brillaban de dicha.

—¿De veras que lo sientes? Yo no. Ni pizca.

Lord Hovenden le cogió una mano.

—¿No estás enfadada? ¿De verdad?

Ella sacudió la cabeza.

—¿Te acuerdas de aquel día, en el olivar?

—Fui un salvaje —susurró él, contrito.

—Y yo una boba. Ahora pienso de otra manera,

—¿Quieres decir que…?

Ella afirmó con la cabeza. Volvieron al hotel cogidos de la mano. Hovenden no cesó de reír y hablar durante todo el camino. Irene fue en silencio. También a ella Je había hecho sentirse feliz el beso, pero su felicidad era de otra índole.

II

Tiempo y espacio, materia e intelecto, sujeto y objeto…, ¡qué inextricablemente quedaron todos confundidos entre sí al día siguiente, camino de Roma! El inocente viajero que se imagina estar atravesando apaciblemente la Umbría y el Lacio se encuentra al mismo tiempo saltando desconcertadamente de uno a otro período histórico, rodando «en directa» por encima de los más varios sistemas de economía política, escalando vertiginosas cimas filosóficas y religiosas, pasando con velocidad meteórica de una a otra estética. Las tres dimensiones resultan multiplicadas asombrosamente, y el coche que parece rodar suavemente por la carretera, en realidad recorre también, todo lo velozmente que sus cuarenta caballos y las mentes humanas que encierra pueden conducirle, otros veinte caminos simultáneos, todos divergentes.

Cuando salieron de Perusa el día estaba despejado y luminoso. Unas cuantas nubes, blancas y grandes, flotaban en el cielo azul encima de Subasio. Fueron bajando los coches silenciosamente la tortuosa carretera. Al pie de la montaña, resguardados del sol, en la deliciosa frescura de su panteón, los recios Volumini estaban recostados sobre sus ceniceros de mármol, como si estuvieran ante la mesa de un festín. Aguardaban la próxima suculencia sonriendo con expectación eterna, sonriendo de manera absolutamente permanente. Gozamos de la vida, parecían decir, y contemplábamos la muerte sin horror. El pensamiento de la muerte fue la especie sazonadora que hizo aún más apetitosas nuestras veinticinco mil comidas terrenales.

Unos kilómetros más allá, en Asís, la momia de una santa yace en un féretro cristalino, brillantemente iluminado por recatadas bombillas. «Piensa en la muerte —nos dice la santa—, medita sin cesar en la naturaleza mísera de todas las cosas, en lo fugaz que es esta vida sublunar. Piensa, piensa; y acabarás por perder toda afición a la vida terrena; la muerte la corromperá; la carne se te hará odiosa y motivo de vergüenza. Piensa en la muerte con detenimiento bastante y acabarás por negar la belleza y la bondad de la vida». Es la momia de una monja.

—Cuando Goethe vino a Asís —dijo *Mr*. Cardan al salir de la cripta de santa Clara—, lo único que mereció su atención fue el pórtico de un templo romano sin importancia. Quizá no fuera tan tonto como le creemos.

—Admirable sitio para jugar al dominó —dijo Chelifer cuando entraron en el Teatro Metastasio.

Aquel escenario rococó estaba construido para que en él se adorara el arte a sí mismo. Ya lleva doscientos años, y aún más, adorándose en todas partes. Pero en las iglesias de San Francisco, la superior y la inferior, Giotto y Cimabue mostraron que en otros tiempos el arte adoró algo que no era él mismo. Allí el arte es un servidor de la religión.

—Algunas veces me pregunto —dijo *Mr*. Cardan pensativamente— si san Francisco logró efectivamente hacer de la pobreza algo tan digno, tan encantador y tan atrayente como dicen. Conozco muy pocas personas pobres que tengan una elegancia estimable.

Mientras hablaba, miró a Grace, que caminaba contoneándose patosamente como un ave acuática, unos metros más adelantada. Arrastraba por el polvo uno de los alegres pañolones de Lord Hovenden. Lo llevaba atado a una muñeca y lo había olvidado. Veinticinco mil libras, pensó *Mr*. Cardan suspirando. San Francisco, Gautama Buda…, ellos se las arreglaron de manera muy distinta. Pero hoy resultaba arduo mendigar con cierto grado de dignidad.

Subieron de nuevo a los coches. Grace dijo adiós con el pañuelo rojo a los santos que tanto pensaban en la muerte que decidían mortificarse la vida. Los orondos Volumini sonreían despectivamente en su fresca residencia de verano. Nosotros no pensamos en la muerte, sino que dimos el ser a hijos, nos multiplicamos, añadimos más fanegas a nuestras fanegas, glorificamos la vida… Lord Hovenden aceleró. Las dos sabidurías, la ley nueva y la antigua, fueron quedando atrás.

Spello se arrojó cuesta abajo para verlos pasar. En Poligno era día de mercado. Tanta gente había que Grace quedó exhausta a fuerza de ondear el pañuelo y de saludar. Trevi, en lo alto de su monte cónico, parecía una estampa sacada de un libro impreso en colores. Junto a la carretera, en la rica llanura, se veían fábricas. Sus altas chimeneas eran copias adelgazadas de las torres castellanas encaramadas en las laderas de las montañas. En estos tiempos seguros y civilizados, los bandidos bajan desde sus agrestes guaridas y edifican sus torres vigilantes en la planicie.

El coche atravesaba el Progreso a razón de un kilómetro y medio por minuto. De pronto, surgió a la derecha el milagro fresco y fulgente que es Clítumnus. El manantial sagrado manaba impetuoso de la ladera y caía en un

lago cristalino, cuyas orillas aparecían tapizadas de césped inglés. Había verdísimos islotes en él; los sauces llorones se doblaban sobre las aguas y los pontezuelos convertían el romano lugar en el paisaje que inspiró a un artista chino para trazar el dibujo que decora tantas y tantas vajillas.

—¡Más lagos! —gritó Grace.

Se detuvieron en Spoletto para comer y gozar con los frescos de Filippo Lippi, pintor particularmente admirado por *Mrs.* Aldwinkle por haber tenido valor para escaparse con una muchacha raptada de un colegio. El ábside en sombra les ofreció la melodía de figuras pías y elegantes y de colores luminosos y pinos.

—Me gustan estas pinturas —le dijo Hovenden al oído a Irene.

Se pusieron en camino de nuevo. Coronaron el puerto de Somma, bajando luego por di tortuoso desfiladero que lleva a Torni. Atravesaron la llanura, encerrada por montañas erizadas de picachos enhiestos, y subieron la cuesta de Narni, precariamente, colgado al borde de en valle hondo y precipitado para dirigirse hacia las montañas Sabinas.

¡Sabinas! ¡Sabinas! ¡Con qué salvaje fuerza el mero vocablo procuraba desviar la máquina humana de su camino! *Eheu*, *fugaces*[44], ¡cómo pasan los días! ¿No fue esto dicho por primera vez, de manera impresionante y con elegancia, en una alquería sabina?

¡Y las mujeres sabinas! Solamente Rubens supo el aspecto que tenían y cuál era la manera adecuada de violarlas. ¡Qué grandes y rubias eran! Qué relucientes y sedeñas ropas vestían, y qué perlas lucían. Y sus raptores romanos eran de tez tan broncínea como los indios, de abultada musculatura, y sus ojos y sus bruñidas armaduras brillaban admirablemente. Se zambullían, pudiera decirse, desde lo alto de sus caballos nerviosos en el mar espumoso de carne femenina que salpicaba y se debatía salvajemente en torno. Hasta la propia arquitectura se hacía tumultuosa y orgiástica. Aquéllos eran tiempos admirables. Subiendo hacia Narni, penetraron en su corazón,

Pero otros artistas, además de Pedro Pablo, pasaron por allí. Él únicamente pintó el nombre sabino; ellos, la escena. Un anciano pastor, salido de una de las ruinas piranesas, los miró al pasar apoyado en su cayado, desde lo alto de una roca. Un rebaño de cabras, arrodilladas rumiando a la sombra de un roble, con sus caras negras y barbudas y sus cuernos retorcidos siluetados fuertemente contra el cielo azul, se agruparon profesionalmente. ¡Excelentes animales! Habían estudiado el arte de la composición pictórica

con los mejores maestros. Esperaban, sin duda, la llegada de Rosa de Tívoli. Y sin duda, el mismo holandés italianizado era el responsable de aquel rebaño de ovejas polvorientas, de aquellos perros, de aquellos zagales con sus varas, y del pastor, su maestro, vestido como un sátiro con calzones de piel de cabra y caballero en un pollino, cuya exigua talla realzaba, por contraste, el buen porte de su amo. No fueron los holandeses y los flamencos los únicos pintores extranjeros de la escena italiana. Se veían árboles y sotos y rocas que pertenecían por derecho propio a Nicolás Poussin. Bastaba con entornar los ojos y aquellas rocas grisáceas se convertían en un sepulcro en ruinas. *Et ego in Arcadia…*; aquel poblado asentado en la loma allende el valle, se trueca en una pequeña ciudad de columnatas y cúpulas y arcos triunfales; y los labriegos que cavan los campos adquieren el aspecto de los ciudadanos de una Arcadia trascendental, grave y sobriamente dedicados al cultivo de la Verdad, la Bondad y la Belleza. Esto en cuanto al primero y segundo términos. Más repentinamente, desde la cima de una larga cuesta, se reveló el remoto y vasto fondo del ideal de Poussin: el valle del Tiber, la quebrada planicie de la Campagna, y en su centro —fantástico, improbable— el cono solitario del Monte Soracte, vago y azul contra el azul del cielo.

III

Desde las alturas pincianas, *Mr*. Falx denunció la ciudad que se extendía a sus pies.

—¿No es maravillosa? —dijo *Mrs*. Aldwinkle; Roma era tina de sus propiedades particulares.

—Pero cada una de sus piedras —replicó *Mr*. Falx— ha sido colocada por esclavos. ¡Todas sus piedras! Millones de infelices han sudado y han trabajado y han muerto —la voz de *Mr*. Falx se hacía más sonora, su lenguaje más rico, y ya accionaba como si se dirigiera a una asamblea pública— para que esos palacios, esas majestuosas iglesias, esos foros, anfiteatros, «cloaca máxima» y que sé yo, puedan hoy dar placer a sus ojos de desocupado. ¿Vale la pena, yo le pregunto? ¿Acaso el placer momentáneo de unos cuantos ociosos es razón suficiente para la opresión secular de millones de seres humanos, hermanos suyos, y sus iguales ante los ojos de Dios? ¿Vale la pena, insisto? No; mil veces no. ¡No! —acabó, dando un fuerte golpe en la palma de una mano con él puño de la otra.

—Pero olvida usted —dijo *Mr*. Cardan— que no existe una jerarquía natural.

La palabra pareció recordarle algo, pues se interrumpió momentáneamente para buscar con la mirada. Grace, sentada a una de las mesitas agrupadas alrededor del quiosco de la música al otro lado de la' carretera, y vestida con su saco de florido forro de muebles, comía *éclairs*[45] de chocolate y merengues, con escasa pulcritud pero con una insuperable expresión de dicha en su cara untada de crema. *Mr*. Cardan siguió:

—Existen unos cuantos británicos escogidos quienes nunca, absolutamente nunca, serán esclavos; y luego un gran número que no solamente serán esclavos, sino que se encontrarían en sumo grado desconcertados si se los libertara. ¿No es cierto?

—Su tesis es especiosa —repuso *Mr*. Falx severamente—. Pero ¿es que pudiera justificar el triturar y dar muerte a un millón de seres humanos para conseguir unas cuantas obras de arte? ¿Cuántos miles de obreros, con sus mujeres y sus hijos, vivieron vidas de abyecta miseria para que San Pedro sea lo que es?

—San Pedro no es nada de particular como obra de arte —interpuso *Mrs*. Aldwinkle, creyendo que se apuntaba un tanto indiscutible en la discusión.

—Si vamos a hablar de las vidas degradadas —dijo Chelifer—, permítame que exponga el caso de la clase media como más grave que el de los obreros. Desde el punto de vista material quizá viva algo mejor; pero moral y espiritualmente le aseguro que se encuentra en el mismo corazón de la realidad. Intelectualmente considerados, claro está, se confunden con los obreros. Todos, excepto una minoría monstruosa en ambas clases, pertenecen a las tres categorías más bajas determinadas por Galton. Pero moral y espiritualmente, aún salen peor libradas; los pertenecientes a la clase media sufren más a causa del mayor respeto qué sienten por la opinión pública, están sometidos a las torturas del esnobismo, y viven perpetuamente en una atmósfera de miedo y de odio. Pues si los obreros viven en continuo terror de perder su colocación, otro tanto les ocurre a los burgueses, y con mayor motivo, pues tienen más que perder, pueden caer desde mayor altura. Caen desde un precario cielo de señorío a los abismos de la pobreza sin alivio ni socorro, del asilo, de las agencias de colocación inútiles. ¿No han de vivir aterrados? Y en cuanto al odio, puede usted hablar del odio del proletariado a la burguesía, pero le aseguro que eso no es nada si lo compara con el que la burguesía profesa al proletariado. El burgués odia al proletariado porque le teme; siente espanto por una revolución que puede desposeerle de un fingido cielo y arrojarle al infierno. ¡Con qué envidia, con qué amargo resentimiento ve el burgués la más mínima mejora de la existencia del obrero! Para él, tales mejoras siempre son a su costa. ¿Recuerda usted, durante la guerra y en los tiempos de prosperidad que vinieron tras ella, cuando por primera vez en la historia se pagaron a los obreros unos jornales que les permitieron vivir con cierta semblanza de desahogo, recuerda usted con qué furia, con qué odio desbordante, negro y atrabiliario la clase media denunció los excesos revolucionarios de los ociosos pobres? Los monstruos llegaron a comprar pianos. ¡Pianos! Claro es que ya hace años que los han vuelto a vender… Los muebles no necesarios han desaparecido, igual que todo lo superfluo. Hasta los abrigos de invierno están ahora empeñados. Y los burgueses, aunque también para ellos corren tiempos duros, se encuentran más felices; han sido vengados. Pueden vivir en relativa tranquilidad. ¡Y qué vida la suya! Viven de acuerdo con sus apetitos, pero de manera timorata, respetuosos para con las convenciones. Sus placeres les son suministrados por sociedades anónimas. Han oído hablar del arte y de la filosofía, y respetan ambas cosas, porque la gente bien las respeta, pero su capacidad mental y su falta de cultura no les

permiten gozar de ninguna de las dos. Son, por tanto, más pobres que el salvaje, quien aunque jamás oyó hablar de ciencia tiene el consuelo de su religión y de sus tradiciones. La vida de un animal salvaje posee cierta dignidad y cierta belleza; solamente la del doméstico puede considerarse vil. El burgués es el animal humano perfectamente domesticado. Por eso —prosiguió Chelifer—, por eso quien quiere vivir verdaderamente en el corazón de la realidad humana, ha de vivir centrado en la burguesía. No obstante, dentro de poco no será preciso esta desagradable distinción de clases. Dentro de poco tiempo únicamente habrá burgueses. El encanto de las clases bajas en el pasado consistía en que estaban formadas por animales humanos en un estado de relativo salvajismo. Poseían una sabiduría tradicional y unas supersticiones tradicionales; se divertían con pasatiempos simbólicos completamente suyos. Mi madre les puede hablar de ellos. Que Tolstoi prefiera a los labriegos rusos mejor que a sus amigos cultos y ricos resulta muy comprensible. Los labriegos estaban salvajes; los otros, no menos bestiales en el fondo, estaban asquerosamente domesticados. Eran, además, perrillos falderos de una raza completamente inútil. Los labriegos al menos hacían algo para justificar su existencia. Pero en otros países, tanto de Europa como del Nuevo Mundo, las razas salvajes están extinguiéndose rápidamente. Los periódicos, con sus tiradas de millones, y Ja radio, las están domesticando a una velocidad prodigiosa. En Inglaterra ya resulta verdaderamente difícil encontrar un animal humano verdaderamente salvaje. No obstante, aún existen, en el campo, y hasta en los barrios más malolientes y menos civilizados de las ciudades. Por eso, repito, hay que vivir entre la burguesía de los suburbios. Hoy en día, los animales humanos característicos de los tiempos que vivimos son los domesticados y degenerados. Ellos serán los amos del mundo de las generaciones venideras. Los salvajes ya no son típicos. Hoy en día sería ridículo profesar en la Europa occidental las ideas de Tolstoi. En cuanto a los verdaderos hombres y mujeres, muy distintos de las bestias humanas, ya sean salvajes o domesticadas, son tan fabulosamente excepcionales que uno realmente no tiene derecho a pensar en ello. Ese cimborrio —dijo señalando la silueta del de San Pedro que se elevaba por encima de las casas en el extremo más lejano de la ciudad— fue diseñado por Miguel Ángel. Pero ¿qué tiene que ver el cimborrio o su arquitectura con nosotros?

—¡Blasfemia! —exclamó *Mrs*. Aldwinkle, acudiendo en socorro de Buonarroti.

Mr. Falx protestó de juicios expresados anteriormente.

—Injuria usted a la naturaleza humana.

—Todo es muy verdadero y hasta evidente —fue el comentario de *Mr*. Cardan—. Pero no veo por qué no ha de permitirnos usted que nos divirtamos con Miguel Ángel si queremos. Dios sabe que es bien difícil para un hombre el adaptarse a las circunstancias: ¿por qué ha de privarle usted de sus modestos ayudantes para lograr el arduo empeño? Por ejemplo, el vino, el tabaco, la conversación, el arte, la cocina, los deportes, el amor, el humanitarismo, el haxix y todo lo demás. Cada uno tiene su receta para hacer más fácil el proceso de adaptación. ¿Por qué no ha de permitírsele que use de ella en paz? Ustedes los hombres jóvenes son de una intolerancia insoportable. ¿Cuántas veces no habré encontrado ya ocasión de decirlo? No son ustedes más que un atajo de prohibicionistas.

—No obstante —dijo *Mr*. Chelifer con su voz amable y musical— no negará usted que la Ley Seca hizo mucho bien en América.

Volvieron hacia la mesita abandonada poco antes para contemplar el panorama. Grace estaba terminando un *éclair*. Tenía delante suyo dos platos ya vacíos.

Grace dijo que sí con la cabeza. Tenía demasiado llena la boca para hablar.

—¿Quieres más pasteles?

Grace miró los dos platos vacíos y luego a *Mr*. Cardan. Parecía estar a punto de responder afirmativamente, pero *Mrs*. Chelifer, que se había sentado junto a ella, le puso una mano en el brazo y dijo:

—Creo que Grace ya no quiere más.

Grace la miró. Una expresión de desilusión y melancolía se apoderó de sus ojos, pero pronto se desvaneció y volvió a quedar contenta. Sonrió, le cogió una mano a *Mrs*. Chelifer y se la besó, diciendo:

—Me gusta usted.

En el dorso de la mano quedó una huella de chocolate.

—Creo que debieras limpiarte la boca con la servilleta —le dijo *Mrs*. Chelifer—. Quizá si metieras una esquina en el agua caliente…

Todos callaban ahora. Desde el lugar en que se bailaba al aire libre, como a setenta metros de ellos, les llegaba, apagado por la distancia y por el ruido de Roma la música de la orquesta de *jazz*. Los banjos, monótona,

incesantemente, medían el ritmo de la danza con Sus latidos. De cuando en cuando un chirrido hacía comprender que también había un violín la trompeta recalcaba con estentórea y metálica insistencia las tónicas y la dominante; y por encima de todo, el saxófono maullaba voluptuosamente. A aquella distancia todas las piezas sonaban exactamente igual. De improviso, en el quiosco de la música del restaurante, un pianista, dos violines y un violoncelista, comenzaron a tocar el coro de los Peregrinos de *Tannhauser*.

Irene y Lord Hovenden estaban en aquel momento danzando con ligereza y exactitud en el suelo de cementó de baile. Otras cuarenta parejas se movían con no menos ligereza alrededor de ellos, todos obedientes a la música del *jazz*. Penetrando insidiosamente a través de la empalizada que separaba a los bailarines del resto del mundo, llegaban hasta allí tenues compases de los Peregrinos, que se mezclaban extrañamente con el *jazz*.

—¡Escucha! —dijo Hovenden.

Escucharon sin dejar de bailar.

—¡Qué raro suena, al oír las dos cosas al mismo tiempo! —añadió.

Pero la música de más allá de la empalizada no era lo bastante fuerte para confundir el compás. La escucharon durante algún tiempo, sonriendo al oír la absurda música de fuera, pero siguieron bailando. Pasado un rato ni siquiera se tomaron la molestia de prestarle oído.

IV

Mrs. Falx había supuesto que no tendría dificultades, una vez en Roma, para volver a su discípulo al buen camino. En la vigorizadora atmósfera de una Conferencia Internacional de Trabajadores, Lord Hovenden, así lo esperaba *Mr*. Falx, pronto recobraría su rectitud moral e intelectual. Escuchando discursos, conociendo a camaradas extranjeros, olvidaría los encantos corruptores de la vida bajo el techo de *Mrs*. Aldwinkle para emplearse en asuntos más nobles e importantes. Tales eran los cálculos de *Mr*. Falx.

Pero la realidad de los hechos demostró que había calculado mal. Llegado que fue a Roma, Lord Hovenden demostró sentir aún menos interés por la política avanzada del que mostró por el asunto durante las últimas dos o tres semanas en Vezza. Consintió, pero con una desgana patente para *Mr*. Falx, en ser arrastrado a unas cuantas de las reuniones de la Asamblea, pero su revivificante atmósfera intelectual no pareció ejercer sobre él el más ligero estímulo, y estuvo durante todo el tiempo que duraron las sesiones bostezando y consultando su reloj con extraordinaria frecuencia. Por las noches, si *Mr*. Falx le proponía ir a visitar a algún distinguido camarada, Lord Hovenden se excusaba vagamente o, lo que era más corriente, no aparecía por ningún lado. A la mañana siguiente, *Mr*. Falx se enteraba consternado de que Hovenden había permanecido con Irene hasta la madrugada en el «Club de Baile». Y no le cupo más que aguar, dar esperanzado el regreso de *Mrs*. Aldwinkle. Habían convenido en Inglaterra que Lord Hovenden permanecería en Roma con él hasta la terminación de la Asamblea. Así que desaparecieran todas las tentaciones que le llevaban hacia la frivolidad volvería a ser el muchacho serio y grave de antes.

En tanto, la conciencia le remordía algunas veces a Hovenden.

—Algunos días —le confesó a Irene la segunda noche de su estancia en Roma— no sé si me estoy portando bien con *Mr*. Falx. Pero, la verdad, no creo que suponga que tengo que pasar todo el día a su lado.

Irene estuvo de acuerdo.

—Además —proseguía Hovenden para tranquilizarse—, casi prefiero dejarle con sus amigos. No es como si estuviera solo aquí. Tiene mucha gente con quien hablar, y la verdad es que si le acompañara, más le estorbaría que otra cosa.

Irene asintió. La orquesta comenzó a tocar de nuevo. Los dos muchachos se levantaron simultáneamente, se unieron y bailaron. Estaban en un *cabaret* de los menos elegantes. La mayor parte de las mujeres presentes eran profesionales. Un grupo de muchachos ingleses y americanos, excesivamente alegres por haber bebido más de lo aconsejable, estaban sentados en un rincón con dos mujeres, jóvenes y morenas, que estaban excesivamente serenas. Irene y Hovenden discutían acerca de la fecha de su boda, y encontraban el *cabaret* encantador.

Durante el día, cuando Hovenden podía escurrir el bulto para no acudir a la sesión de la Asamblea, vagaba por la ciudad comprando para su futuro hogar lo que tomaban por antigüedades. Estas compras eran en realidad bastante superfluas, ya que aunque el placer de efectuarlas hiciera que ambos lo olvidasen, su futuro hogar era también un hogar de rancia tradición y no menos rancio mobiliario.

—Mira —decía Lord Hovenden—, esa vajilla parece simpática —y entraban sin más en la tienda, y la compraban en el acto—. Está un poco desportillada —decía luego—, pero no importa.

Entré las veintitrés valiosas vajillas con que ya contaban su futuro hogar, había una de oro macizo, y otra de plata dorada para ocasiones menos importantes. No obstante, resultaba entretenido revolver en las tiendas.

La ciudad era negra y dorada bajo el cielo pálido de otoño. Dorada, allí donde el sol caía sobre los muros estucados o de travertino; negra, en las sombras; profundamente negra, bajo los arcos y en los pórticos de los templos; negra charolada, donde la piedra esculpida de las fuentes brillaba mojada por el agua que manaba sin cesar. En los espacios abiertos, el sol resultaba ardiente, mas solía soplar una fresca brisa marina, y las bocas de las estrechas callejuelas resguardadas del sol hacía mil años, respiraban con aliento de frescura deliciosa. Solían estar andando varias horas sin sentir ningún cansancio.

Mientras tanto, *Mrs*. Aldwinkle visitaba los monumentos con Chelifer. Lo hacía con la esperanza de que la Capilla Sixtina, la Vía Apia al atardecer, el Coliseo bañado de luz de luna, los jardines de la Villa d’Este, suscitaran en la mente de Chelifer emociones que, a su vez, pudieran predisponerle a miraría con ojos propicios al romanticismo. Sabía por experiencia que las emociones no están aisladas las unas de las otras en compartimentos estancos, y que estimulada una es posible que su rebullir despierte otras vecinas. Son más las

declaraciones de amor que se hacen en un taxi, de vuelta de una ópera de Wagner, ante una vista de impresionante belleza y en el laberinto de un palacio arruinado, que en los pocos inspirados salones, o en las calles, de West Kensington. Pero la Vía Apia, hasta cuando los solitarios pinos se siluetaban negros contra el sol poniente y los fantasmas tocaban el oboe en sus sepulcros para oídos ajenos a toda sensualidad; el Coliseo, aún iluminado por la luna; los cipreses, las cascadas y las fuentes verdes como jade de Tivoli…, todos probaron ser ineficaces. Chelifer no se manifestó; Chelifer persistió en mostrarse absolutamente cortés.

Una vez, sentada en una columna caída de la Villa de Adriano, *Mrs*. Aldwinkle llegó a narrarle ciertos pasajes amorosos de su vida pasada. Le narró, con ciertas pequeñas variaciones de los hechos, modificaciones en las que ella misma creía implícitamente, la historia de sus amores con Elzevir el pianista. ¡Qué gran artista! ¡Hasta la punta de los dedos! Y le habló también de Lord Trunion, «qué magnífico *grand seigneur*, de otros tiempos». Pero nada dijo sobre *Mr*. Cardan. No es que la capacidad de *Mrs*. Aldwinkle para la creación de mitos no bastara para fabricar algo profundamente romántico y extraordinario a base de *Mr*. Cardan. No, no; le había descrito con frecuencia a quienes no le conocían. Era una especie de Hampden retraído, un ¿cómo se llamaba…?, mudo y sin gloria, que hubiera podido hacer cualquier cosa, lo que hubiera deseado, con tal de haberse tomado la necesaria molestia. Era, también un gran Don Juan, real, no latente en este caso. Era zumbón abogado del diablo, y hasta diablo él mismo. Pero todo esto únicamente se debía a que no le entendía la gente. Nadie le entendía, excepto, naturalmente, *Mrs*. Aldwinkle. En el fondo era un hombre de excelentes sentimientos y muy bueno, aunque para comprenderlo fuera necesario poseer gran intuición, etc., etc. *Mrs*. Aldwinkle había creado una magnífica figura mitológica con él. Pero un instinto de su prudencia le aconsejaba no exhibir ligeramente sus mitos ante gentes conocedoras de los originales. Chelifer no había conocido a Lord Trunion, ni al inmortal Elzevir. Pero conocía a *Mr*. Cardan.

El efecto de estas confidencias fue tan imperceptible como el de los panoramas románticos y las asombrosas obras de arte. Chelifer no se sintió animado por ellas ni a corresponder con parecidas confidencias, ni a seguir el ejemplo de Lord Trunion y Elzevir. Escuchó con atención, y así que *Mrs*. Aldwinkle acabó, pronunció algunas frases bien elegidas y discretas, parecidas a las que solemos escribir a los conocidos cuya anciana abuela acaba de fallecer, tras lo cual cayó el silencio entre ambos. Pasado un rato, Chelifer miró su reloj y anunció que ya era hora de volver, pues había

prometido a su madre tomar el té con ella, y acompañarla luego a visitar varias posibles pensiones. Puesto que iba a pasar todo el invierno en Roma, valía la pena de preocuparse en encontrarle un cuarto verdaderamente agradable. *Mrs*. Aldwinkle no tuvo más remedio que mostrarse conforme. Se pusieron en camino a través de la reseca Campagna. *Mrs*. Aldwinkle fue durante todo el camino sumida en un silencio melancólico.

Cuando iban desde el hotel al café de la Piazza Venecia, *Mrs*. Chelifer, Grace y *Mr*. Cardan pasaron por el foro de Trajano. Las dos pequeñas iglesias alzaban al cielo sus cúpulas de oro gemelas. Desde el suelo del Fofo, hundido por debajo del nivel de la calle (treinta centímetros cada cien años), se alzaba la inmensa columna, rodeada de su base por pilares caídos y bloques de piedra amontonados en confusión. Se detuvieron para verlo.

—Siempre he sido protestante —dijo *Mrs*. Chelifer después de un momento de silencio—, pero, no obstante, siempre he sentido al venir aquí que Roma es una ciudad especial, que Dios la distinguió de alguna manera entre todas las demás, como lugar en el cual han de ocurrir todas las cosas más grandes. Es una ciudad significativa, portentosa, aunque no podría yo decir por qué. Uno lo intuye. Mire usted esta plaza, por ejemplo. Esas dos pequeñas y floridas iglesias de la Contrarreforma, una serie de casas de varias clases y en ti centro un inmenso agujero con un monumento pagano en recuerdo de una matanza. No es más; pero, sin embargo, todo ello me parece poseer un significado, un significado espiritual: es importante. Y Jo mismo puede decirse de toda esta ciudad extraordinaria. Es imposible contemplarla con indiferencia, como si fuese una ciudad cualquiera.

—Y, no obstante —dijo *Mr*. Cardan—, buen número de turistas, y todos sus habitantes, lo hacen con todo éxito.

—Porque no se han tomado la molestia de mirar su ciudad. Una vez que la ve uno…

La interrumpió un grito de gozo de Grace, quien se había apartado de ellos y estaba mirando el hundido Foro asomada a la barandilla.

—¿Qué ocurre? —le dijo *Mr*. Cardan, y ambos se dirigieron apresuradamente hacia ella.

—¡Miren! ¡Cuántos gatos! —dijo Grace señalando hacia abajo.

Y, en efecto, allí estaban. Sobre el mármol caldeado por el sol de una columna caída, dormitaba un gran gato atigrado. Una familia de gatitos

leonados jugaban a sus pies. Tigres enanos acechaban entre los bloques de piedra. Una pantera negra en miniatura se erguía sobre las patas traseras y se afilaba las uñas en la corteza de un arbolillo.

Junto a la base de la columna se veía un cadáver esquelético.

—Mini, mini —gritaba Grace agudamente.

—Es inútil —le dijo *Mr*. Cardan—. Sólo entienden italiano.

Grace le miró.

—Quizá será mejor que lo aprenda…, italiano de gato…

Mrs. Chelifer miraba mientras tanto con profunda atención.

—Pero… si hay veinte por lo menos. ¿Cómo es que están ahí abajo?

—Los romanos que quieren deshacerse de sus gatos vierten aquí y los echan al Foro —le explicó *Mr*. Cardan.

—¿Y no pueden salir?

—Por lo visto.

La bondadosa cara de *Mrs*. Chelifer expresó una profunda consternación.

—¡Qué horror! ¡Y qué comen! —preguntó.

—No tengo idea. Quizá se devoran mutuamente. La gente les echa cosas de vez en cuando.

—Ahí en medio hay uno muerto —dijo *Mrs*. Chelifer, y lo dijo en tono de algo que se asemejaba al reproche, como si hubiera descubierto que *Mr*. Cardan era responsable de la muerte del pequeño gato próximo al pie de la columna triunfal.

—Completamente muerto —dijo *Mr*. Cardan.

Continuaron andando. *Mrs*. Chelifer no hablaba. Parecía hondamente preocupada.

V

«*An pris caruns flucuthukh*». *Mr*. Cardan llamó al guía con una seña:

—Acerque la lámpara un poco —le dijo en italiano, y cuando fue acercada la luz, *Mr*. Cardan continuó deletreando la inscripción en griego primitivo esculpido en el muro de la tumba:

«*Flucuthukh ruin tithuial khues katho anulis mulu vizzte ziz riin puiian acasri flucuper pris an ti ar vus ta aius muntheri flucuthukh*».

—Encantador idioma —dijo enderezándose—. Encantador de verdad. Desde que supe que los etruscos llamaban al dios del vino Fufluns, siento un profundo interés por su idioma. *Fufluns*. Muchísimo más adecuado que Baco, Liber o Dionisos. *Fufluns*, *Fufluns* —repitió con énfasis y decilicia—. Imposible mejorarlo. Esas gentes poseían verdadero genio lingüístico. ¡Qué poetas debieron de florecer entre ellos! «Cuando Fufluns *flucuthea* el *ziz*…». Cabe imaginar las odas en loor del vino que comenzarían así. No sería posible reunir en inglés ocho sílabas tan jugosas, tan avinadas. ¿No cree?

—¿Olvida usted *Ale in a Saxon rumkin*[46]? —preguntó Chelifer.

Mr. Cantan sacudió la cabeza:

—No puede compararse con la frase etrusca. Le faltan consonantes. Es demasiado ligero, burbujeante y trivial. Podría aludir al agua de Seltz.

—Recuerde usted que *flucuthukh* quizá quisiera decir agua de Seltz en etrusco. Fufluns, se lo concedo, es un acierto. Pero acaso fue una chiripa. No tiene usted base para asegurar que los etruscos ajustasen el sonido tan admirablemente al significado en otras palabras. «Cuando Fufluns *flucuthea* el *ziz*» puede muy bien ser la traducción de «Cuando Baco el hock con seltz bautiza». No lo sabe usted.

—Tiene usted razón —asintió *Mr*. Cardan—. No lo sé. Me he dejado arrastrar por el entusiasmo suscitado en mí por Fufluns. *Flucuthukh* bien puede no tener el rico significado que la palabra tan sonora debiera poseer. Quizá, como usted dice, equivalga a agua de Seltz. No obstante, yo espero que no; tengo fe en los etruscos. Algún día, cuando se encuentre la clave de esa lengua fosilizada, espero que mi esperanza resulte justificada, y *flucuthukh*, fíjese en lo que le digo, se verá que es un acierto tan grande como

Fufluns. Es un idioma admirable, insisto en ello. ¡Quién sabe! Dentro de un par de generaciones, quizás algún nuevo pedagogo de la talla de Busby o de Keat esté dedicado a meter en la cabeza de la juventud inglesa la sintaxis y la prosodia de los etruscos, ayudado por abundantes apaleos de nalgas. Nada pudiera darme mayor satisfacción. El latín y el griego tienen una cierta utilidad infinitesimal. Pero el etrusco es total y absolutamente inútil. ¿Qué mejor base pudiera hallarse para la adecuada educación de un *gentleman*? Es la gran lengua muerta del porvenir. Si el etrusco no existiese fuera menester inventarlo.

—Y eso es exactamente lo que tendrán que hacer los pedagogos —dijo Chelifer—, ya que no existe literatura etrusca a excepción de las inscripciones y de los garabatos en las envolturas de las momias de Agram.

—Tanto mejor —repuso *Mr*. Cardan—. Si la escribiéramos nosotros mismos, quizá podríamos encontrarla interesante. La literatura etrusca escrita por los etruscos sería tan tediosa como cualquier otra literatura antigua. Pero si usted escribiese las epopeyas y yo los diálogos socráticos, y un maestro de obras imaginativas, como Mis. Thriplow, redactase la historia, entonces nos encontraríamos con una asignatura en la que los rarísimos colegiales capaces de sacar algún beneficio de su educación podrían interesarse verdaderamente. Cuando, pasada uña generación, nos quedásemos tan anticuados como Tulio y Horacio, la literatura etrusca volvería a ser escrita por nuestros descendientes. Cada generación usará la lengua muerta para expresar sus propias Meas. Y expresadas en una lengua tan rica como yo supongo que es la etrusca, las ideas parecerán más profundas y dignas de memoria. Pues he observado con frecuencia que una idea, que expresada en la lengua materna pareciera roma, vulgar y opaca, se torna transparente al ojo del intelecto, adquiere significado suplementario, cuando se le da un cuerpo extranjero y desacostumbrado. Cualquier aleluya de calendario suena en latín más convincente y verdadera que en inglés. Tanto, que si el estudio de las lenguas muertas es de algún provecho, lo cual yo únicamente admitiría con harto dolor, sería el de enseñarnos la importancia que tiene el medio verbal en el que se expresan los pensamientos. Saber la misma cosa en varios lenguajes es conocerla, para quien tiene algo de sentido, más profundamente, con mayor riqueza que si únicamente la vemos a la luz de mi solo idioma. El escolar que aprende que el dios del vino es llamado en etrusco Fufluns, adquiere más profundo conocimiento de los atributos de ese divino personaje que el muchacho que tan sólo le conoce por el nombre de Baco. Si yo deseo que los arqueólogos descubran la clave del idioma etrusco, es únicamente para lograr una visión

más honda de la cosa o de la idea representada por palabras tan suntuosas como *flucuthukh* y *khathoc*. Lo demás me tiene sin cuidado. Pues, después de todo, ¿qué descubrirían? Nada que no sepamos ya. Descubrirían que antes de que los romanos conquistaran Italia, los hombres comían, bebían, amaban, atesoraban, oprimían a sus vecinos débiles, se divertían con varios deportes, legislaban, y así sucesivamente. Todo esto cabe adivinarlo dando un paseo cualquier día por el centro de Londres. Además, tenemos sus pinturas.

Mr. Cardan extendió la mano señalándolas. El guía, que había estado escuchando pacientemente el incomprensible discurso, respondió al gesto alzando su lámpara de carburo. Una multitud de figuras alegremente coloreadas apareció en los muros de la abovedada tumba en que todos se encontraban, traídas a la vida por la luz blanca y cegadora. Rodeados por un marco de árboles convencionales, un par de parduscos luchadores con ojos egipcios y perfil de los griegos que vemos en las más antiguas vasijas helenas, buscaban coyuntura propicia para asirse eficazmente. A ambos lados de ellos había dos parejas de caballos negros y de patas esbeltas. Encima, en el segmento de círculo entre la línea superior de estas pinturas y el techo abovedado, acechaba un gran leopardo de piel blanca y punteada en negro, como la de los gatos y perros de porcelana de épocas más próximas. En el testero de la izquierda se celebraba un festín; los rojizos etruscos aparecían recostados en sus triclinios; sentadas junto a ellos, blancas mujeres, al parecer de porcelana, contrastaban voluptuosamente con sus atezados compañeros, como las ninfas pálidas y rollizas de Boucher destacan entre sus bucólicos amadores, quemados por el sol. Unos y otros, entre gestos hieráticos de mutuo amor, brindaban recíprocamente con grandes copas de vino. En el testero opuesto; varios cazadores mostraban su actividad, unos con hondas, otros con redes. El cielo mostraba plétora de volatería. En el mar azul otros hombres alanceaban peces. Una larga inscripción corría de izquierda a derecha todo lo largo del muro. El techo abovedado estaba pintado a cuadros rojos, negros y blancos. Encima de la angosta puerta baja que se abría en la tumba para dar paso a la antecámara, se arrodillaba un toro blanco y benevolente. Dos mil quinientos años antes se derramaron allí lágrimas de dolor sobre el cadáver de un ser recién fallecido.

—Los vemos —prosiguió *Mr*. Cardan— cazando, bebiendo, jugando, amando. ¿Qué otra cosa pudiéramos esperar que hicieran? Esta inscripción nada nos revelaría que no sepamos ya. Es verdad que me gustaría saber su significado, pero no es más porque espero que ese hombre cetrino le esté diciendo a la blanca dama: “*Flucuthüheáme* tan sólo con tus ojos” o algo

parecido, «y yo te *flucuthukhearé* con los míos». Si eso fuera así, si *flucuthukhear* fuera beber, esto arrojaría una luz completamente nueva sobre la noción que de beber tenemos. Una luz completamente nueva.

—No arrojaría ninguna luz nueva sobre él amor, si es que son amantes —dijo *Mr*. Aldwinkle tristemente.

—¿Cómo que no? Imagínate que *flucuthukh* resulta querer decir amor en lugar de beber. Yo te aseguro que los sentimientos denotados por el vocablo serían muy distintos de lo que nosotros resumimos en la palabra «amor». Es posible ganar una idea bastante exacta, por el sonido de la palabra en cualquier idioma, de lo que quienes lo hablan quieren significar al hablar de amor. Por ejemplo, *amour*. Observemos ese largo sonido «ou», seguido de la rumorosa, ¡qué significativo! *Ou*; es preciso fruncir los labios, simulando con ellos un pequeño hocico, como si se fuera a besar. Y entonces, rápidamente, *rrr*, se gruñe como un perro. ¿Es posible expresar más perfectamente la rijosidad natural que en las nueve décimas partes del teatro y la novela francesa pasa por amor? Y *Liebe*[47], qué sonido el de ese largo del Lánguido, bañado de luna sentimental. Y qué profundo acierto, también, esa labial baladora que le sigue. ¡*Beee…, beee…*! Es una oveja, una oveja con la voz entrecortada por la emoción. Todo el romanticismo alemán está implícito en el sonido de esa palabra. Y el romanticismo alemán, ligeramente *détraqué*, se convierte, lógicamente, en expresionismos y en la desmedida extravagancia erótica que se advierte en la novela alemana contemporánea. En cuanto a nuestro *love*, se trata de una palabra que, característicamente, a nada se compromete, una palabra poco segura de sí misma. Este apagado y breve monosílabo traduce bien la poca gana con que los ingleses llamamos al pan, pan y al vino, vino. Es un símbolo de nuestras represiones nacionales. En él encontramos toda nuestra hipocresía, todo el bello platonismo de nuestra poesía. *Love*.

Mr. Cardan susurró la palabra, y alzando un dedo para pedir silencio, escuchó con la cabeza inclinada el débil eco de su voz suavemente repetido por los muros bajo la bóveda del sepulcro.

—*Love*. ¡Ah, qué diferencia más absoluta entre nuestra emoción inglesa y la denotada por *amore! Amore*: casi se canta su segunda sílaba, en voz de barítono, sacada del pecho y discretamente adornada por encima con un trémulo gutural, para hacer el sonido más palpitante. *Amore*: no es sino él nombre de la cualidad que tanto admiraba Stendhal en los italianos, y que por no encontrarla en sus paisanos, y principalmente en sus paisanas, le llevaba a

juzgar que París era inferior a Milán y a Roma. *Amore*: es el nombre idóneo y perfectamente expresivo de la pasión.

—¡Qué verdad! —dijo *Mrs*. Aldwinkle, alegre momentáneamente en medio de su tristeza. Estos elogios a «su» lengua italiana y a «su» carácter italiano la conmovieron y pluguieron—. Hasta el mismo nombre, *amore,* es apasionado. Si los ingleses supieran lo que es la pasión hubieran inventado una palabra más expresiva que *love*. Eso es seguro. Pero no lo saben. —*Mrs*. Aldwinkle suspiró.

—Exactamente —dijo *Mr*. Cardan—. Vemos, pues, que *amore* no puede referirse más que a la pasión meridional. Pero supongamos que *flucuthukh* resultara ser la palabra etrusca correspondiente a *amor*, ¿Qué tenemos entonces? *Amour* denota lujuria; *Liebe*, sentimentalismo; *amore*, pasión. ¿A qué aspecto de ese complejo fenómeno que es él amor puede referirse *flucuthukh*? El bacilo estafilococo piógeno produce en algunos pacientes forúnculos; en otros, orzuelos; y en ciertos casos puede llegar a ser origen de una *keratitis punctata*[48]. Lo mismo ocurre con el amor. Los síntomas varían según los individuos. Pero gracias a la capacidad casi infinita del hombre para ser influenciado por sugerencias externas, y a su muy pronunciada tendencia a imitar a los demás, los síntomas más corrientes en cualquier período dado propenden a convertirse en universales, dentro de cualquier sociedad. Pueblos enteros adquieren la enfermedad y presentan un cuadro clínico casi idéntico; unos sufren de *amour*, otro de *Liebe*; y así sucesivamente. Mas imaginemos ahora unas gentes para quienes el amor fuera *flucuthukh* ¿Cuáles pueden haber sido los síntomas específicos de esta enfermedad general amorosa a la que le fue dado tal nombre? Imposible adivinarlo. Pero, no obstante, el cavilar sobre el tema puede resultar fascinador.

Uno tras otros, todos fueron pasando a la antecámara del sepulcro, por la puertecilla, y subiendo la pina escalera que conducía al exterior. Uno por uno fueron saliendo a la llanura desolada y barrida por el viento, guiñando los ojos en la refulgente luz de la tarde.

Era un lugar solitario. Los arcos del acueducto en ruinas se alejaban a zancadas por las cimas, y siguiendo su camino con los ojos llegaban éstos a descansar sobre las murallas y altos torreones de Corneto. A la izquierda, la llanura de porcunos lomos descendía hacia el mar, y al final de la angosta llanura que sucedía el declive se extendía al Mediterráneo. A la derecha, un hondo valle acababa bruscamente ante una montaña grande y redonda. Sus flancos, crecidos de hierba, estaban cacarañados por lo que en otro tiempo

fueron obras humanas. Allí se alzó en otros tiempos Tarquini, la ciudad sagrada de los etruscos. El vasto erial en que se encontraban fue, durante siglos, su necrópolis. En las diminutas casas socavadas en la piedra caliza descansaban muertos innumerables. Aquí y allá el techo abovedado de una de las tumbas aparecía agujereado, y desde su oscura oquedad subía, incluso en plena canícula, un frescor inmemorial. Aquí y allá se advertía en la llanura una como redonda hinchazón crecida de hierba. Del corazón de uno de aquellos túmulos acababan de salir. El guía apagó su' lámpara y cerró la puerta, dejando prisioneros a los fantasmas etruscos. Recorrieron unos centenares de metros a través de tiempos geológicos, entre mar y montañas, bajo las nubes flotadoras. En el horizonte, la Edad Media erizaba sus torres; las barrosas y aplastabas reliquias etruscas ondulaban casi imperceptiblemente el llano ocultas bajo el césped; desde la carretera romana en la llanura inferior, llegó el débil roncar de la bocina de un automóvil.

El rumor electromecánico despertó a Irene del ensimismamiento en que, murria y cariacontecida, había venido siguiendo a los demás. Silenciosa y melancólica había estado desde que el día antes por la mañana salieron de Roma. Lord Hovenden se quedó allí en compañía de *Mr*. Falx. El prolongado gañir del lejano automóvil pareció recordarle algo. Miró hacia la llanura vecina del mar. Una nubecilla de polvo avanzaba a lo largo de la carretera de la marisma viniendo desde Civita Vecchia. Colgaba opaca sobre quinientos metros de carretera, ganando en transparencia hacia su cola. En su cabeza, allí donde la polvareda era más densa, un pequeño objeto negro se movía como un insecto veloz que atravesara la llanura, semejante a un mapa, arrastrando tras él la luenga cola de nube. En la dirección opuesta venía otro cometa polvoriento y de negra cabeza. Iban acercándose el uno al otro como dos serpientes blancas que se lanzasen a la lucha. Se acercaban más y más. Irene se detuvo para contemplarlas. Un temor angustioso se apoderó de ella. Dijérase imposible impedir el espantable encuentro. Más cerca; más cerca. Las cabe, zas de las dos serpientes ya estaban a punto de encontrarse. ¿Y si uno de aquellos coches fuera el suyo? El choque era irremediable. El choque ensordecedor, mortal, terrible. Cerró los ojos. Unos segundos después los abrió de nuevo. Ambos reptiles se habían fundido en una única serpiente, gruesa y opaca. No se veían las cabezas. Durante un segundo angustioso pensó que se habían dado muerte recíproca. Pero pronto reaparecieron. Ahora se alejaban entre sí en lugar de acercarse. Las dos serpientes continuaban siendo una, pero bicéfala, como una descomunal anfisbena. Luego, poco a poco, el centro de la anfisbena comenzó a adelgazar, a desvanecerse. Un

grupo de ar bolillos pudo verse a través de ella; primero de manera vaga y confusa, luego empañado por sutiles celajes, y finalmente con nítida claridad. La anfisbena se había partido en dos, y las dos serpientes blancas continuaron su reptar, una hacia el Norte, otra hacia el Sur; y entre sus colas semitraslúcidas la distancia iba aumentando sin cesar. Irene dejó escapar un profundo suspiro de desahogo y corrió para alcanzar a los demás. Le pareció haber sido testigo de una catástrofe milagrosamente evitada. Se sintió más feliz que durante todo el día. Dos automóviles se habían cruzado en una ancha carretera. Eso fue todo.

El guía estaba abriendo la puerta que daba acceso a otro túmulo excavado. Volvió a encender su lámpara y comenzó a bajar las pinas escaleras que conducían al interior. En una de las paredes los etruscos corrían a caballo y luchaban hieráticamente y todos de perfil. Una diosa, o tal vez no fuera más que la alcaldesa de la urbe, con el cabello recogido de tal manera que parecía llevar un alto gorro, peinado que luego las romanas copiarían de sus vecinas, estaba distribuyendo los premios. En la otra pared, un festín estaba en curso. Los hombres rojizos y las damas blancas ocupaban sus triclinios. Un músico tocaba de pie su doble flauta, y una bailarina, vestida en un estilo que recordaba el persa, bailaba la danza del velo para diversión de los comensales.

—Parecen haber tenido gustos sencillos —dijo *Mr*. Cardan—. Nada vemos aquí de excesivo refinamiento o *fin de siécle*. Nada de luchas con toros a cargo de señoras acróbatas y desnudas, como en Cnosos; nada de luchas entre gladiadores, ni de matanzas al por mayor de animales, ni de combates de boxeo con los puños recubiertos de metal, como en los circos romanos. Gente amable, sencilla como colegiales, me parece a mí. No estaban lo bastante civil izados para ser exigentes acerca de sus diversiones.

—Y no lo bastante civilizados —añadió Chelifer— para ser verdaderamente groseros. En ese aspecto quedan muy por debajo de los romanos de tiempos posteriores. ¿Conoce usted ese mosaico inmenso que hay en el museo Laterano? Decoraba uno de los baños imperiales, no recuerdo cuál, y presenta loé retratos de los principales héroes deportivos de la época; boxeadores y luchadores de pancracio, con sus preparadores y patronizadores. Estos últimos están tratados con gran respeto por el artista, que los representa togados y en nobles actitudes. Uno comprende a primera vista que son *gens bien*, deportistas, aficionados, en una palabra, los interesados notoriamente. Los atletas están representados al natural, y tan terrible es su naturalidad que a los boxeadores de peso pesado pudiera confundírseles con gorilas desposeídos

de sus pelos superfluos. Debajo de cada retrato se lee el nombre del héroe representado. Todo ello recuerda vivamente la página ilustrada de un diario deportivo, sino que se trata de una página de cuarenta pies de largo por treinta de ancho, y en lugar de ser pasta de madera es de los materiales más duraderos jamás empleados por el ingenio humano para representar sus pensamientos de manera visible y casi eterna. Y es precisamente, creo yo, el tamaño y la enorme resistencia al desgaste de aquel horror, lo que lo hace mucho más lamentable que una página arrancada de uno de nuestros periódicos ilustrados. El convertir en héroes efímeros a los deportistas profesionales y a los púgiles ya es reprochable; pero que un pueblo haya deseado inmortalizar la fama de tales gentes, es sin duda alguna muestra, patente de una más profunda vulgaridad y abyección. Como el populacho romano, el de nuestras capitales modernas se solaza con deportes y ejercicios en los que no participa, pero al menos la notoriedad de nuestros profesionales apenas dura un día luego de su triunfo. No imprimimos sus efigies en losas de mármol calculadas para sobrevivir a cien generaciones humanas.

Las reproducimos sobre palpa de madera, que es tanto como hacerlo sobre el agua. Consuela pensar que para el año 2100 todo el periodismo, la literatura y la filosofía contemporáneos se habrán convertido en polvo. EA mosaico, empero, continuará en perfecto estado de conservación. Nada más violento que la dinamita o un terremoto podrá destruir las efigies de esos boxeadores imperiales. Lo cual es de celebrar, si pensamos en Ros futuros historiadores de Roma. Pues en realidad’, creo que nadie tiene derecho a decir que entiende el Imperio Romano hasta después de haber estudiado ese mosaico. Ese pavimento es una vasija que contiene la quintaesencia de la realidad romana. Una gota de tal realidad basta para arrugar, marchitar y encoger todas las Utopías retrospectivas que los historiadores puedan fabricar con las crónicas de la antigua Roma. Después de contemplar ese mosaico no hay hombre capaz de hacerse generosas ilusiones acerca de las gentes que lo admiraron ni de la época en que fine ejecutado. Se dará cuenta de que la civilización romana fue no solamente tan vil como la nuestra, sino muy probablemente de mayor solidez. Pero bajo estas bóvedas etruscas —añadió Chelifer mirando a los paramentas recubiertos de frescos— no se tiene la impresión de bestialidad eficaz y bien organizada que se apodera de quien contempla el mosaico romano. Hay aquí una frescura, como usted dice, *Mr*. Cardan, una alegre jovialidad de colegial que anima a todos los placeres ilustrados por estas pinturas. Pero, naturalmente, no me cabe duda que tal impresión es completamente falaz. Este arte posee cierto encanto arcaico; pero los artistas

fueron, probablemente, tan refinados y exactamente igual de repulsivos que sus sucesores romanos.

—Vamos, vamos —dijo *Mr*. Cardan—; olvida usted que llamaban Fufluns a Baco. Diga usted eso al menos en su defensa.

—Es que también los romanos tenían una lengua admirable —objetó Chelifer—, y no obstante eternizaron una inmensa página deportiva del *Daily Sketch* en téseras de mármol sobre un lecho de cemento.

Volvieron a salir a la luz. Los escalones eran tan altos, y las piernas de Grace tan cortas, que fue preciso ayudarla a subirlos. La tumba resonaba con sus lisas y sus gritos.

Al fin salieron al exterior.

En lo alto de un montículo, como a doscientos cincuenta metros de distancia, vieron la silueta de un hombre recortada contra el cielo. Estaba haciendo pantalla para sus ojos con una mano y parecía buscar algo.

Irene enrojeció violentamente.

—Pero… si parece Hovenden —dijo en la voz más natural que pudo.

Casi en aquel preciso instante el hombre se volvió hacia ellos. La mano se agitó saludando. Un alegre «¡hola!» llegó hasta ellos por encima de los túmulos. El hombre bajó presuroso de su fúnebre atalaya y fue corriendo hacia el grupo. Y era Hovenden. Irene no se había equivocado.

—He estado buscándoles por todas partes —explicó sin resuello al llegar.

Dio efusivamente la mano a todos, menos a Irene, por diplomacia.

—Me dijeron en él pueblo que unos turistas extranjeros estaban visitando el cementerio o qué sé yo. Y me vine para acá, hasta que di con Ernest parado en la carretera. Han estado ustedes bajo tierra, ¿no? —Se asomó al lóbrego agujero—. Claro, así no me extraña que…

Mrs. Aldwinkle le interrumpió:

—¿Cómo no estás en Roma con *Mr*. Falx?

La cara juvenil y pecosa de Lord Hovenden adquirió inmediatamente un profundo color granate.

—Pues, verá —dijo mirando al suelo—, es que no me encontraba demasiado bien… El médico me dijo que debía marcharme de Roma

inmediatamente. Aire de campo, y todo eso. Así que le dejé una nota a *Mr*. Falx y… aquí estoy.

Volvió a bajar los ojos y sonrió.

VI

—Pero en Montefiascone —dijo *Mr*. Cardan, acabando la anécdota del obispo alemán que dio al vino de Montefiascone su curioso nombre—, en Montefiascone el criado del obispo Defuk encontró buen vino en todas las bodegas y en todas las tabernas, y así, cuando llegó su amo, éste encontró el signo convenido escrito en yeso sobre cien puertas. *Est, Est, Est*. Toda la ciudad estaba llena de ellos. Y tanto gustó el vino al obispo que decidió quedarse a vivir en Montefiascone. Pero en realidad se quedó para morir, pues allí falleció en poco tiempo. Su criado mandó esculpir en la lápida de la sepultura la efigie de su amo, y este breve epitafio: «*Est Est Jo Defuk. Propter nimiua hic ést. Dominas máus mortuus est*». Y desde entonces el vino se ha llamado Est Est Est. Pediremos un frasco del seco para las libaciones serias. Y para las potaciones frívolas y femeninas, encargaremos una botella de dulce *moscato*. Veamos ahora lo que hay que comer.

Cogió la minuta, y sujetándola con el brazo extendido, pues tenía la vista larga de los viejos, fue leyendo y comentando los manjares relacionados. Siempre era él quien elegía las comidas (aunque las pagaban generalmente o *Mrs*. Aldwinkle o Lord Hovenden), pues estaba tácitamente reconocido por todos, que era el más entendido en comidas y vinos el comedor profesional, el bebedor culto y documentado.

Al ver a *Mr*. Cardan estudiar la minuta, el dueño del establecimiento se acercó presuroso, frotándose las manos y sonriendo, y bien podía hacerlo, con un «Rolls Royce» lleno de extranjeros, para tomar nota de sus deseos.

—El pescado —le dijo a *Mr*. Cardan como si le comunicase un secreto que a pocas personas confiaría—, el pescado es exquisito. —Juntó los dedos en un manojito y se besó las puntas—. Es de Bolsena, del lago de ahí abajo — y señaló hacia la ventana y a la noche oscura. En aquella dirección, escondido en la tenebrosa profundidad, estaba el lago de Bol— sena.

Mister Cardan alzó una mano.

—No, no —objetó con determinación, mientras meneaba la cabeza—, no me hable de pescados. No es de confianza nunca en estos sitios modestos — explicó a sus acompañantes—, sobre todo en verano. Nada, nada, el pescado de Bolsena merece todas mis sospechas, Nos contentaremos con huevos fritos y unos filetes de ternera después. O un capón asado…

—Yo quiero pescado —dijo Grace, y la apasionada sinceridad de su voz contrastó fuertemente con la alegre despreocupación de *Mr*. Cardan.

—No te lo aconsejo —dijo *Mr*. Cardan.

—Pero si a mí me gusta…

—Quizá no esté en buenas condiciones. Nunca se sabe.

—Pues yo lo quiero —insistió Grace—. Me gusta —repitió temblándole el labio inferior y a punto de llorar—. ¡Lo quiero!

—Y lo tomarás —dijo *Mr*. Cardan apresurándose a consolarla—. Mi único miedo era que no estuviese bueno, pero probablemente lo estará.

Se consoló Grace, se sonó luego la larga nariz y sonrió.

—Gracias, Tommy —dijo, y se ruborizó al pronunciar el nombre.

Después de cenar salieron a la plaza para tomar café y licores. Estaba llena de gente y brillante iluminada. En el centro, la Sociedad Filarmónica del lugar estaba dando su concierto vespertino de los domingos. La vasta iglesia de Sanmicheli, erguida sobre la plaza, miraba desde la altura. Las luces iluminaban sus muros de pilastras. La cúpula destacaba su masa negra en la oscuridad.

—Parece —dijo *Mr*. Cardan mirando alrededor de la plaza— que tememos que escoger entre el «Café Moderno» y el «Bar Ideale». Personalmente, yo me inclinaría a elegir lo ideal antes que lo real, si no fuera por el desgraciado detalle de que en el bar hay que permanecer de pie. Mientras que en el café, por muy groseramente materialista que sea, puede uno sentarse. Por lo tanto, me temo que se imponga el «Moderno».

Echó a andar hacia el café.

—Hablando de bares —dijo Chelifer, mientras tomaba asiento junto a una mesita delante del café—, ¿se les ha ocurrido a ustedes enumerar las palabras inglesas que han llegado a aceptarse internacionalmente? Es una lista bastante curiosa, que a mí me parece que arroja no poca luz sobre la naturaleza y el significado de nuestra civilización anglosajona. Las tres palabras de la lengua de Shakespeare que circulan de manera absolutamente universales son *Bar, Sport* y *W. C.* Son ya tan finlandeses como inglesas. Cada una de ellas posee lo que pudiera llamarse una familia. Alrededor de la idea *Bar* se agrupan otras palabras internacionales como *Bitter, Cocktail, Whiskey*, etc. *Sport* tiene una gran familia, por ejemplo *Match, Touring Club*, el verbo *Boxear, Cycle-Car,*

Performance (en sentido deportivo) y varias más. El concepto de fontanería higiénica tiene un sólo hijo, que yo recuerde: *Tub*. *Tub* suena hoy en inglés de manera curiosamente arcaica, pero, sin embargo, en Yugoslavia es una palabra de absoluta actualidad. Lo cual nos lleva a esta extrañísima clase de palabras internacionales inglesas, que jamás han sido usadas en inglés. Un *Smoking*, por ejemplo, un *Dancing*, un *Five-o'clock*, todos ellos términos que únicamente se han empleado en el continente europeo, pero no en las Islas Británicas. En cuanto a *High Life*, término muy usado en Atenas, en donde lo escriben beta, gama, lambda, iota, fii, data de una época remota de la historia de nuestra cultura nacional, los mediados de la era Victoriana.

—Y *Spleen* —dijo *Mr*. Cardan—, se le olvida a usted *Spleen*. Viene de tiempos aún más remotos. Es un vocablo de rancia aristocracia. Fuimos irnos necios al permitir que cayera en desuso. Hoy es preciso ir a Francia para oírlo.

—Quizás el término esté muerto —dijo Chelifer— pero la emoción a que alude jamás ha florecido tan exuberantemente como hoy. Cuánto mayor es el progreso material, cuanto más abundantes las riquezas y el ocio, y cuanto más uniformes las diversiones, mayor es el fastidio. Es inevitable, es una ley natural. Las gentes que siempre han sufrido *spleen*, y que todavía hoy son sus víctimas más corrientes, las encontraremos entre las clases prósperas, que disponen de ocio y de cultura. Hoy forman una minoría relativamente pequeña; pero en el estado utópico, en el cual todos los habitantes tienen dinero, cultura y tiempo libre, todos los habitantes conocerán el fastidio: a no ser que por razones difíciles de comprender las mismas causas no produzcan los mismos efectos. Tan sólo doscientas o trescientas personas de cada millón podrían resistir toda una vida en un estado utópico realmente bien organizado. El resto moriría de *spleen*. Quizá la selección natural sirva, por ese camino, para cooperar con la evolución a llegar hasta el superhombre, únicamente los más inteligentes podrán soportar la carga intolerable del ocio y la prosperidad. Los demás, se irán consumiendo, o se cortarán el cuello, o quizá, y esto parece más probable, volverán en su desesperación a las delicias de la barbarie y se dedicarán a cortar los pescuezos ajenos, incluidos entre éstos, claro está, los de los inteligentes.

—Sí; ése parece el final más lógico —dijo *Mr*. Cardan—. Si de dos alternativas posibles una está en consonancia con nuestros más altos anhelos y la otra, humanamente hablando, carece de sentido y es un mero desperdicio, puede producirse sin temor a errar que la Naturaleza escogerá la segunda.

A las diez y media, Grace se quejó de no encontrarse bien. *Mr*. Cardan suspiró.

—¡Ese pescado dichoso…! —dijo. Todos regresaron al hotel.

—Afortunadamente —le dijo *Mrs*. Aldwinkle a Irene aquella noche, mientras su sobrina le cepillaba el pelo—, nunca he tenido hijos. Estropean el tipo de una manera terrible.

—Sin embargo… —Irene se aventuró a objetar—, sin embargo… tiene que ser agradable tenerlos.

Mrs. Aldwinkle, con el pretexto de que le dolía la cabeza, mandó a Irene a la cama casi inmediatamente. A las dos y media, Irene despertó sobresaltada a causa de unos melancólicos y muy recios gemidos que alguien lanzaba en el cuarto contiguo.

—¡Ay! ¡Uy! ¡Au!

Era la voz de Grace. Irene saltó de la cama y corrió para ver lo que pasaba. Encontró a Grace revolcándose de dolor en la cama deshecha.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

Grace no dio respuesta. Se limitó a continuar quejándose, volviendo la cabeza a uno y otro lado, en la esperanza de librarse del pertinaz dolor.

Irene corrió a la habitación de su tía, llamó a la puerta, y, como no recibiera respuesta, entró.

—¡Tía!

No hubo respuesta ni siquiera entonces. Irene buscó a tientas la llave de la luz y la encendió. La cama de *Mrs*. Aldwinkle estaba vacía. Irene permaneció inmóvil unos segundos, reflexionando, cavilando. Nuevos ayes repetidos llegaron hasta ella desde el pasillo. Sacada de su momentánea inacción por el ruido, Irene dio media vuelta, cruzó el pasillo y comenzó a llamar en la puerta de *Mr*. Cardan.

VII

(SELECCIONES DE FRANCIS CHELIFER).

En el calendario deportivo, las fechas más interesantes las encontramos durante los meses de otoño. No hay cacerías en primavera. Incluso en Italia existe una breve veda para las aves canoras, que dura desde la llegada de los ruiseñores hasta que parte la última golondrina. La diversión, la diversión verdadera comienza en el otoño. Cacerías de gallinetas y perdices son solamente los alegres preliminares. El gran día es el Uno de Octubre, cuando comienza la matanza del pintado faisán. ¡Pum! ¡Pum! Los cañones gemelos cantan en los bosquecillos amarillentos. Un poco más tarde los armoniosos lebreles se unen al concierto, y los cascos equinos, como tan felizmente lo expresa el poeta latino, los cascos estremecen el pútrido campo con sonido *cuadrupendántico*. Los rumores de la caza bellenera alegran di invierno.

Igual acontece en el más duradero año de ciertas vidas femeninas… ¡Pum! ¡Pum!, el Uno de Octubre salen a la caza del faisán. Unas semanas más tarde, ¡hurra!, persiguen al zorro. Y el día de Guy Fawkes[49] la temporada en que la caza del hombre está permitida comienza alegremente. Cuando *Mrs*. Aldwinkle me recogió en la playa de Marina di Vezza se encontraba en su año entre la caza —del faisán y del hombre. Dicen que disfrutan los zorros al ser per— seguidos por la jauría y la cabalgata; pero yo me atrevo a dudar de esa hipótesis confortadora. Cuestión de experiencia, como el papá de *Mrs*. Micawber, etcétera. (¡Ja, ja!, reiría *Mr*. Toft).

Si el amar sin ser correspondido puede clasificarse como una de las experiencias más dolorosas, el ser amado sin amar, es, desde luego, una de las más tediosas. Quizá ninguna otra experiencia sirva para demostrar tan palpablemente la insensatez de la pasión. El espectáculo de una persona haciendo el ridículo mueve a risa solamente. Cuando es uno mismo quién está poniéndose en ridículo, vertemos lágrimas, Mas si no somos ni el imbécil activo ni espectadores desinteresados, sino el forzado objeto de la sandez ajena, entonces se apodera de nosotros ese cansancio y esa repulsión que es la reacción justa y humana ante cualquier manifestación de la profunda estupidez animal que es fuente de toda maldad.

Dos veces durante mi vida he conocido los saludables horrores de un tal tedio, una vez por mi propia culpa, porque pedí ser amado sin amar yo, y otra porque tuve la desgracia de ser recogido en la playa, exánime, cual un alga, después del Uno de Octubre y antes del día de Guy Fawkes. Ambas experiencias fueron desagradables mientras duraron, pero, en compensación tuvieron para mí un gran valor didáctico, por así decirlo, la lección que me fue enseñada por Bárbara. El segundo episodio fue planeado por la Fatalidad, algunos años más tarde, para recordarme el primero e imprimir lo que los americanos llamarían su «mensaje» de manera aún más indeleble sobre mi, mente. La Fatalidad ha demostrado una persistencia realmente notable para hacerme razonable. Con qué propósito, no puedo imaginármelo.

¡Pobre *Miss* Masson! Era una secretaria excelente. Para finales de 1917, sabía ya todo lo que es posible saber acerca de los tubos de goma y el aceite de ricino. Fue una desgracia para todos los relacionados con el asunto que la Fatalidad la eligiera a ella para Instruirme más profundamente en los terribles misterios del amor. Cierto es que yo me lo busqué. La Fatalidad, en aquel caso, eligió actuar indirectamente, y echarme a mí la culpa. La acepto entera, tanto más voluntariamente cuanto que mi conducta muestra de la manera más luminosa las consecuencia, las terribles consecuencias, de la estupidez. Puede obtenerse cierta satisfacción del hecho de haber demostrado personalmente la verdad de la propia sabría, comportándose de manera contraria a sus preceptos.

Sí; yo me lo busqué. Pues yo fui quien dio los primeros pasos. Yo fui el que por pura maldad provocó, desafió, al tigre durmiente, o al menos perfectamente domado, que vivía oculto en el corazón de Dorothy Masson. Metí el bastón por entre los barrotes de su jaula y le hostigué. Y recibí mi merecido.

Mi conducta fue semejante a la del moro de Busch, en uno de sus libros de historietas, entre misántropas y festivas:

Ein Mohr, aus Bosheit und Pläsier,

Schießt auf das Elefantentier[50].

Pincha con su pequeña flecha al apacible *proboscídeo*[51]; y el *proboscídeo* se venga, de muy complicada manera, a lo largo de las siguientes catorce xilografías.

Mi única disculpa (lo muy reciente que estaba la grotesca catástrofe en que acabó la tragedia de Bárbara) igual pudiera ser tomada como razón suplementaria para no hacer lo que hice; debí, una vez escaldado, huir con particular cuidado del agua. Pero en el estado de infelicidad en que me hallaba, di en pensar que acaso otras aguas distrajeran mi atención de los tormentos que me infligieron las abrasaduras de la primera. Pero ni siquiera eso es exacto, pues no calculé en absoluto que este segundo jugueteo llegara a mojarme. Me lancé a él por pura diversión, sin prever que ello pudiera causarme dolor. Es verdad que tan pronto como descubrí lo muy serio que el asunto iba haciéndose para Dorothy, pude suponer que no tardaría en tornarse grave para mí también, y en aquel punto debí retirarme. Mas impulsado por esa bravura irresponsable, que desde estonces he considerado con gran admiración en los ejemplares humanos naturales y brutos, me negué a considerar las posibles consecuencias y continuó por el camino emprendido. No estaba enamorado en absoluto de aquella mujer, ni inspiraba en mí ningún deseo específico. Las fuentes de mi proceder fueron la desdicha, mezclada con mía especie de exasperación, y di vago prurito del apetito cíclico. Más de la mitad de los asuntos amorosos carecen de concausas definidas. El tedio y la comezón son sus primeras investigaciones. Más tarde, quizá la imaginación entra en juego, y entonces nace el amor. O la experiencia engendrará deseos, y al ocurrir esto, una de las partes se hace necesaria a la felicidad de la otra, o ambas llegan a necesitarse mutuamente. O tal vez la cosa no adquiere desarrollo, en cuyo caso muere plácidamente como comenzó, dejando solamente prurito y tedio.

Mas también hay casos, y el mío fue uno de ellos, en los que una de las partes actúa movida solamente por esa maldad indefinida que he descrito, mientras, que la otra ya está bajo el dominio de la imaginación, o sea, enamorada. ¡Pobre Dorothy! Cuando yo la besaba se encendían sus ojos con una mirada que jamás he visto antes ni después en ningunos ojos humanos. Era la mirada que puede advertirse en los ojos de un perro, cuando su amo se siente airado y alza el látigo, una mirada de humildad absoluta mezclada con terror. Resultaba verdaderamente terrible descubrir tal expresión en los ojos de una mujer. Ver a un ser humano convertirse mientras lo abrazamos en algo parecido a un perro asustado que nos adora, resulta verdaderamente horrible. Y era peor en nuestro caso, debido a que a mí me dejaba sin cuidado que estuviera, o no estuviera, en mis brazos. Pero cuando alzaba la cara hacia mí y me miraba durante un momento con aquellos ojos aterrados y humildes hasta la abyección, entonces no sentía indiferencia; entonces me resultaba franca y

decididamente desagradable. El ver aquellos ojos de pupilas distendidas, en los que no era perceptible el más leve destello de un alma humana y racional, sino solamente terror y degradación animales, me hacía sentir remordimientos y, complementariamente, ira, irritación y hostilidad.

—¿Por qué me miras así? —le pregunté una vez.

No respondió, sino que ocultó la cara en mi hombro y me apretó más fuertemente entre sus brazos. Le temblaba todo el cuerpo en escalofríos y estremecimientos incoercibles. Sin fijarme, por la fuerza de la costumbre, la acaricié. Aumentaron sus temblores.

—¡Déjeme, déjeme! —me imploró en un susurro ronco y apenas perceptible, pero me apretó aún más. Parecía asustada de sí misma más bien que de mí, asustada de lo que yacía dormido en las profundidades de su ser, y que al despertar amenazaba con sojuzgar y borrar durante un momento el ordenada y razonable que la regía de ordinario. Temía el poder que albergaba dentro de sí misma, capaz de convertirla en una persona muy distinta de la acostumbrada. Temía perder el dominio de sus actos. Temía todo esto, y al mismo tiempo no deseaba ninguna otra cosa. Aquella fuerza que llevaba latente dentro de sí había comenzado a rebullir, y ya le resultaba irresistible. En vano, desesperanzadamente, continuó tratando de lograr lo imposible. Continuó tratando de resistir, y su misma resistencia avivaba el deseo que de ceder tenía. Sentía miedo y, sin embargo, invitaba mis besos conturbadores. Y mientras musitaba implorante, como quien suplica piedad, me estrechaba más fuertemente entre sus brazos. En tanto, yo ya había comenzado a darme cuenta de todo el aburrimiento latente e implícito en la situación. ¡Y qué profundamente tediosa resultó de hecho! Ser perseguido por un ardor desasosegado cuando todo lo que deseaba era paz y frescor; escuchar acusaciones perpetuas, y justas, de abandono y falta de amor, y tener que negar los cargos, débilmente, y nada más que por educación; verse forzado a pasar horas y más horas en una compañía no deseada: ¡qué desgracia, qué martirio supone todo ello! Llegué a sentir profunda lástima de esas mujeres bonitas perpetuamente cortejadas por un enjambre masculino. Pero esas mujeres tenían una ventaja sobre mí: que sentían, por su naturaleza, más interés en el amor que yo. El amor es su ocupación natural y la razón de su existencia; y por muy desagradables que los pretendientes les resulten personalmente considerados, no pueden encontrarlos tan absolutamente aburridos e insufribles como una persona situada de parecida manera para quien el amor, fundamentalmente, carece de todo interés. El amante más

tedioso justifica en cierta medida ante la dama cortejada su insoportabilidad personal gracias al hecho genérico de ser un amante. Pero faltábame a mí todo ingénito entusiasmo por el amor, y esto hacia que encontrase más difícil soportar el martirio de ser amado por *Miss* Masson.

Podría objetarse que este asunto amoroso que describo es un trozo típico de realidad. Cierto; pero en aspecto real y verdadero de la vida como ahora. E incluso, si hoy me viera obligado a asociarme con realidades de naturaleza tan excepcionalmente penetrante, lo juzgaría un acto de superrogación. Un hombre sobrio, si posee además valor y lógica, no tiene otro remedio que el de pasarse la vida entre Gog's Court y la pensión de *Miss* Carruthers. Pero ninguna obligación le acucia a hacerle el amor a *Miss* Carruthers, o a provocar el afecto pegajoso de Fluffy. Esto sería demasiado, o al menos así me parece ahora, aunque quizá llegue un momento en que me encuentre lo bastante fuerte para tomar la realidad en estas fortísimas dosis. Hay una máquina eléctrica que usan los masajistas para hacer penetrar el yodo hasta las articulaciones entumecidas. El amor funciona de manera parecida a la de la máquina; sirve para hacer penetrar la personalidad del amador hasta la mente del amado. Hoy por hoy, me encuentro lo bastante fuerte para usar externamente las personalidades de los animales humanos corrientes; pero me sofocaría, me desmayaría, si ese barroso mejunje me fuera inyectado en mi sistema espiritual por la penetrante electricidad del amor.

Dorothy pertenecía a una clase galtoniana un grado superior a la de *Miss* Carruthers y Fluffy. De cada cuatro personas, una es del tipo Fluffy. Solamente una de cada seis es del tipo Dorothy Masson. La diferencia es pequeña, pero apreciable. Sin embargo, sufrí mucho. Si le llevaba de regalo unas orquídeas, y le decía al entregárselas que me gustaban por su encantador aspecto de flores artificiales, me daba las gracias, decía que adoraba las orquídeas, y al cabo de unos segundos añadía que le gustaban porque enteramente parecían flores artificiales. Y luego reía suavemente, para sí, y me miraba en espera de mi aplauso. Esa costumbre insignificante bastaba por sí sola para que algunas veces se apoderara de mí el deseo de asesinarla. Pero su ternura, sus reproches, expresados o más a menudo silenciosos (pues muy raramente hacía una escena, y generalmente se limitaba a mirarme con aquellos tristes ojos castaños), su incesante deseo de estar a mi lado, de tocarme, de besarme y ser besada; todo eso era casi lo bastante para impulsarme a cometer suicidio. Nuestras relaciones duraron más de un año; una eternidad. Y técnicamente aún perduran, pues nunca rompí con ella j ni la abandoné dramáticamente, sino que me desvanecí callada y gradualmente,

desaparecí de su vida como el Gato de Cheshire[52]. Algunas veces aún nos vemos. Y todavía, como si nada hubiera ocurrido, la tomo en mis brazos y la beso, hasta que le asoma a los ojos esa expresión de insufrible terror, hasta que me implora, en voz debilitada por una emoción excesiva, que tenga piedad de su alma cotidiana y bien disciplinada, y no la entregue en manos de esa cosa espantable que comienza a despertar amenazadoramente dentro de ella. Y todavía, cuando me habla así, me aprieta más fuerte y ofrece su garganta a mis besos. Y antes y después, hablamos de política y de nuestros amigos comunes. Y sigue ella haciendo eco a mi última frase, y ríe, y continúa esperando que yo aplauda. Al fin me despido.

—¿Volverás pronto? —me dice mirándome a la cara con ojos llenos de miedo, de tristeza, de preguntas acalladas, de reproches no expresados. Le beso la mano.

—Naturalmente —respondo.

Me voy, esforzándome para no especular acerca de sus pensamientos.

La Fatalidad, empero, parece haber considerado que mis relaciones con Dorothy no fueron bastante instructivas. Dorothy, al fin y al cabo, solamente contaba veintiséis años cuando comenzó el episodio. Se encontraba en esa estación vernal y florida durante la que ni siquiera en Italia se dispara contra las aves canoras. Aún le faltaban veinte años para llegar a su Uno de Octubre, y quizá treinta para que empezara a cazar hombres. Y, además, fui yo quien dio los primeros pasos. A no haber sido por mi exhibición de *Bosheit und Plasier*, la aburrida historia no hubiera tenido lugar. La Fatalidad, deseosa por algún motivo inescrutable de darme otra lección, más memorable, llegó hasta el extremo de medio ahogarme; tan vehemente era su deseo de que cayese yo en manos de una maestra competente. Iba yo a aprender ahora lo ridículamente espantoso, y lo aburrido que el amor puede llegar a ser.

En esta ocasión no hice nada. Desde el primer instante todos mis movimientos fueron de retirada. Las señales azules de peligro de *Mrs.* Aldwinkle se aproximaban; yo, con salto ágil de peatón londinense, me echaba a un lado. Cuando me preguntaba qué mujeres me habían inspirado, yo respondía que nada me inspiraba, salvo los suburbios pobres de Londres y la vulgaridad de *Lady* Giblet. Si me decía que era fácil adivinar al ver mi cara que había sido desgraciado, yo replicaba que eso era extraño, pues siempre había sido muy dichoso. Al hablarme ella de la experiencia, queriendo decir (como es usual que hagan las mujeres al usar el término) amor, yo

contraatacaba con una disertación acerca de la experiencia en relación con la Teoría del. Conocimiento. Si ella me acusaba de ocultarme tras una máscara, yo protestaba que exhibía mi alma desnuda para que la contemplara todo el que lo deseara. Cuando me preguntaba si había estado enamorado alguna vez, yo me encogía de hombros, sonreía y respondía que no de manera que mereciera hablar de ello. Y cuando, acercándose mucho, deseaba saber si había sido amado, yo replicaba, sin mentir, que sí y que me aburría.

Pero ella, con infinita constancia, siempre volvía al ataque. Su inflexible determinación tuviera algo de grandiosa a no ser grotesca. La Fatalidad persistía en enseñarme una vez más que la vida carente de sapiencia es enfadosa y a nada conduce, y que, prácticamente, es la que en todas partes se vive, excepto en contadísimas ocasiones. Al menos, esto es lo que yo supongo que la Fatalidad estaba empeñada en enseñarme. Pero para lograrlo estaba usando de *Mrs*. Aldwinkle, me parecía a mí, con dura sevicia. La pobre señora me daba pena. Alguna oculta fuerza irracional e interna estaba obligándola a dar aquellos grotescos tumbos, a adoptar aquellas ridículas actitudes, a decir tantas y tantas vaciedades y a desfigurar su rostro con aquellos gestos. No podía defenderse. Se limitaba a obedecer órdenes, de la mejor manera que le era posible. Pero esa manera mejor era grotesca. Y no solamente grotesca, sino impresionante. Era como un bufón portador de una calavera.

Desempeñaba Incansablemente el papel que le fue asignado. Me traía flores a diario. «Quiero que se abran en sus versos», me decía. Yo le aseguraba que el único olor que me inducía a escribir era el de las carnicerías de la Harrow Road en las noches de invierno. Sonreía y decía: «No crea usted que no le entiendo. Le entiendo perfectamente». Se inclinaba hacia mí, le brillaban los ojos, su perfume me envolvía me acariciaba con su aliento aromatizado con heliotropo. Yo veía claramente las pequeñas arrugas que le rodeaban los ojos, la descuidada pintura que le embadurnaba las comisuras de la boca. Y ella repetía. «Le entiendo divinamente».

Me entendía. Una noche, en Montefiascone, de vuelta a Roma, estaba yo leyendo en la cama y oí un ruido. Alcé la vista y descubrí a *Mrs*. Aldwinkle, que cerraba cuidadosamente la puerta. Llevaba una bata de seda verde mar. El pelo le colgaba por encima de los hombros en dos gruesas trenzas. Cuando se volvió, pude observar que se había empolvado y pintado la cara con más cuidado que de costumbre. Atravesó en silencio el cuarto y se sentó en el borde de mi cama. Un aura de ámbar gris y heliotropo la envolvía.

Sonreí cortésmente, cerré el libro (aunque conservaba un dedo dentro para marcar la página) y alcé ligeramente las cejas en un gesto interrogativo. Procuré que mi cara dijese: «¿Ya qué debo el honor…?».

Lo debía, al parecer, al hecho de que la señora había sentido necesidad urgente de repetirme una vez más que me entendía.

—No he podido soportar —me dijo sin respiración— la idea de pensar en usted aquí, a solas con su secreta desdicha.

Y cuando yo quise protestar, alzó la mano y prosiguió:

—No crea usted que no he sabido ver a través de su máscara. Solo con su desdicha secreta…

—Le aseguro… —logré decir, pero *Mrs*. Aldwinkle no toleró que la interrumpiera.

—Su terrible soledad me resultaba insufrible. Y he querido decirle que hay al menos una persona que le entiende.

Se inclinó hacia mí, sonriendo, pero con labios temblorosos. Inmediatamente, los ojos se le llenaron de lágrimas, y un gesto terrible de desconsuelo le desfiguró di rostro. Dejó escapar una gemido y cayendo hacia delante hundió la cara en la colcha.

—¡Le amo, le quiero! —dijo en voz apagada.

Se estremecía todo su cuerpo en repetidos espasmos de llanto. Pensé qué podría hacer. Esto no estaba en el programa. Cuando se sale de caza, sea la pieza un faisán o un hombre, no se adquiere el derecho de sollozar encima de la víctima. Pero lo que ocurre, naturalmente, es que la cazadora cree que ella es la víctima. *Hinc illae lacrimae*[53]. Es imposible que dos seres humanos estén completamente de acuerdo acerca de algo. *Quot homines* (pues ya que he abierto el *Diccionario de Citas Conocidas*, no existe motivo para no seguir empleándolo) *quot hominis, tot disputandum est*[54]. Ni siquiera existe el acuerdo acerca de las verdades científicas. Un hombre es geómetra; el otro solamente comprende la analítica. Uno es incapaz de creer en nada de lo que él no pueda construir un modelo que funcione; el otro desea la verdad lo más abstracta posible. Pero cuando llega el momento de determinar cuál de dos personas es la víctima, y cuál la cazadora, no hay solución; hay que abandonar todo ensayo. Que cada uno conserve su creencia. Los hombres de mayor éxito son los que jamás conceden validez a las opiniones ajenas, y que llegan a negar que existan.

—Mi querida Lilian —le dije (ella me había insistido en que así la llamara, a los dos días de conocerla)—, mi querida Lilian… —y no pude encontrar otra cosa que añadir.

Un hombre de éxito supongo que le hubiera dicho algo de brutal franqueza, algo que no le hubiese dejado duda alguna acerca de quién, en opinión del hombre de éxito, era la víctima, y quién el carnívoro. Yo carecía de valor para tal cosa. *Mrs*. Aldwinkle continuó sollozando.

—Le quiero. ¿No podría usted corresponderme un poco? Nada más que un poco, y yo sería su esclava para siempre. Su esclava, su esclava —repetía una y otra vez.

¡Qué cosas dijo! La escuchaba yo sintiendo lástima. Sí; lástima, desde luego. Pero aún eran más profundos mi embarazo y la irritación que sentía contra la persona que me había colocado en aquella situación insostenible.

—Es inútil —dije—. Es imposible.

Pero ella comenzó todo de nuevo.

Qué tiempo pudo durar la escena, y qué pudiera haber acontecido al haberse prolongado, no lo sé. Afortunadamente, una conmoción extraordinaria estalló de manera repentina en el hotel. Portazos, voces, carreras por pasillos y escaleras… Sorprendida y alarmada, *Mrs*. Aldwinkle se levantó, fue a la puerta, la entreabrió y miró por la rendija. Alguien pasó apresuradamente. *Mrs*. Aldwinkle cerró la puerta sin dudarlo. Cuando quedó despejado el corredor, salió de puntillas y me dejó solo.

La conmoción se debía a los principios de la agonía mortal de Grace Elver. La Fatalidad, juzgando que mi lección ya había durado lo suficiente, decidió cortarla. El método empleado para conseguirlo, digo yo, fue bastante violento. Un hombre vano se hubiera sentido halagado al pensar que a una mujer se la había hecho desgraciada, para que él pudiera recibir una lección provechosa; mientras que otra moría —como el Rey John, de un atracón de lampreas— para que la lección quedara cortada antes de llegar a extremos demasiado desagradables. Pero yo no soy particularmente vano.

VIII

Nadie tuvo mucha fe, desde el principio, en el médico de la localidad. Bastaba mirarle para desconfiar de él. Pero cuando, inclinado sobre el cuerpo postrado y comatoso de la enferma, dijo alegremente que se había graduado en la Universidad de Siena, *Mr*. Cardan decidió que había llegado el momento de ir a buscar otro médico.

—Siena es noticia —dijo en voz baja—. Allí van los imbéciles que no consiguen licenciarse en Bolonia, en Roma o en Pisa. Y allí se hacen médicos.

Mrs. Aldwinkle, que había reaparecido repentinamente en medio del tumulto, sin que Irene pudiera descubrir de dónde salía, expresó su horror. Los médicos eran una de sus especialidades. Era muy exigente acerca de sus médicos. *Mrs*. Aldwinkle había padecido un número considerable de dolencias interesantes en el curso de su vida: tres crisis nerviosas, una apendicitis, gota, varias gripes, pulmonías y cosas semejantes, pero todas ellas enfermedades aristocráticas y confesables. Pues *Mrs*. Aldwinkle establecía una marcada diferencia entre las dolencias villanas y las señoriales. El estreñimiento crónico, las hernias, las varices «piernas malas», como las clases bajas decían tan desagradablemente, éstas eran inevitablemente enfermedades plebeyas que ninguna persona decente podía sufrir, o si las sufría no se debía hablar de ello. Sus enfermedades habían sido todas de gran distinción y proporcionadamente costosas. Lo que *Mrs*. Aldwinkle no supiera acerca de los médicos ingleses, franceses, suizos, alemanes, suecos y hasta japoneses, no valía la pena saberlo. Las palabras de *Mr*. Cardan acerca de la Universidad de Siena la impresionaron profundamente.

—Lo único que podemos hacer es que Hovenden vaya escapado a Roma y traiga un especialista. Inmediatamente.

Hablaba en tono perentorio. La consolaba en su presente desconcierto mental, poder hacer algo, tomar disposiciones, mandar gente de un lado a otro, y hasta llevar y traer cosas personalmente.

—La Principessa me ha dado el nombre de un médico maravilloso. Lo tengo anotado en alguna parte. Ven —y Aldwinkle se alejó rápidamente hacia su habitación.

Hovenden la siguió sumiso, apuntó el nombre «talismático» y fue en busca de su coche. Chelifer le esperaba al pie de la escalera.

—Voy a acompañarle, si no le importa —le dijo—. Creo que aquí no voy a hacer más que estorbar.

Eran casi las cinco y media cuando se pusieron en camino. Aún no había salido el sol, pero ya clareaba el amanecer. El cielo estaba de un pálido color gris, y densos y oscuros nubarrones descansaban sobre el horizonte. En los valles encontraron neblina, y el lago de Bolsena estaba oculto, por lo que parecían las aguas de un mar lechoso. Él airé era frío. Al salir de la ciudad se cruzaron con una recua de mulas que subía lentamente la cuesta acompañada por sonoro cascabeleo, camino del mercado.

Aún dormía Viterbo cuando lo atravesaron. Vieron el sol por primera vez desde la cumbre de las montañas Ciminianas. A las siete estaban en Roma. Los obeliscos con contera de sol, los dorados tejados y las cúpulas salían de en medio de las sombras osearas alargándose hacia el cielo azul. Recorrieron el Corso. En la Piazza Venecia se detuvieron en un bar y pidieron café, y mientras lo traían, buscaron en una guía la dirección del médico que *Mrs*. Aldwinkle les había dado. Encontraron que vivía en la parte nueva de la ciudad, cerca de la estación.

—Le dejaré a usted que hable —dijo Hovenden—. Yo no me entiendo en italiano.

—¿Cómo se las arregló el otro día, cuando tuvo que consultar al médico usted mismo?

Lord Hovenden enrojeció.

—Verá, es que el médico que vi es inglés. Pero se ha ido de Roma —añadió apresuradamente, por miedo de que Chelifer propusiera que se llevaran también el médico inglés—. Se ha ido a Nápoles —especificó, esperando que la acumulación de detalles circunstanciales diera mayor verosimilitud a su cuento—. Se ha ido a Nápoles para una operación de urgencia.

—Entonces… ¿era un cirujano? —dijo Chelifer alzando las cejas.

Hovenden dijo que sí.

—Sí, eso es; un cirujano —y procuró esconder la cara dentro de la taza de café.

Continuaron su camino. Cuando desembocaron en el Foro de Trajano, Chelifer vio un grupo de gente, formado en su mayoría por golfillos, que se apretujaban ante la verja más lejana del Foro. En su centro se veía a una mujer, alta y pálida, vestida de gris claro, que incluso a tanta distancia se comprendía que era inglesa, o al menos que no era italiana. Estaba inclinada sobre la verja, bajando muy cuidadosamente con una cuerda que terminaba en un ingenioso aparejo formado por otras cuatro cuerdas, un gran cazo de aluminio lleno de leche. Fue bajando lentamente la vasija, girando sobre sí misma, hasta quedar depositada sobre el suelo del Foro. Apenas tocó el suelo cuando con simultáneos maullidos y runrunes, media docena de gatos se acercaron apresuradamente y comenzaron a beber la leche. Otros siguieron el ejemplo. De cada oquedad surgía un felino.

Gatos escuálidos saltaron desde sus pedestales de mármol y trotaron a través del espacio abierto con movimientos ondulados y saltarines de leopardo. Gatos de un mes se aproximaron con andar aún vacilante. Al cabo de unos segundos, el cazo estaba sitiado por una horda gatuna. Los golfillos gritaban encantados.

—Pero… —dijo Lord Hovenden, que había disminuido la velocidad del coche para contemplar la curiosa escena—, pero… ¡si es su madre!

—Creo que sí —respondió Chelifer, que ya hacia rato que la había reconocido.

—¿Quiere usted que pare?

Chelifer movió la cabeza.

—No. Creo que debemos encontrar a ese médico lo antes posible.

Chelifer volvió la cabeza hacia el Foro y vio que su madre, fiel a sus opiniones vegetarianas, estaba arrojando a los gatos pedazos de pan y patatas frías, Supuso que por la noche volvería otra vez. *Mrs*. Chelifer no había tardado en encontrar ocupación en Roma.

IX

El funeral no tendría logar hasta que cayera el sol. Los monaguillos, los cantores, el sacristán y quizá hasta el propio párroco, estaban en el campo vendimiando. Tenían ocupaciones más importantes que la de enterrar muertos, mientras hubiese luz.

Mister Cardan estaba sentado solo en la iglesia. Solo. Lo que fue Grace Elver, ahora estaba dentro de un ataúd, encima de un catafalco en medio de la nave. No contaba como compañía, no era más que una cosa metida en un cajón. La cara abultada y rojiza de *Mr*. Cardan parecía haber quedado helada y sin movimiento, desprovista de toda su jovialidad y su movediza animación. Pudiera ser el rostro de un cadáver. Allí estaba sentado, adusto, pétreo, inclinado hacia delante. Descansando un codo sobre la rodilla y la barbilla sobre la mano.

Tres mil seiscientos cincuenta días más, estaba pensando. Eso si vivía otros diez años. Tres mil seiscientos cincuenta días, y después los gusanos roedores.

Hay maneras horribles de morir, pensó. Una vez, años antes, tuvo un precioso gato de Angora. Comió demasiadas cucarachas en la cocina y murió vomitando tiras de estómago rasgadas por los élitros comidos. Pensaba con frecuencia en aquel gato. Así podía uno morir también: vomitando entre espantosas arcadas las propias entrañas,

Y no es que uno coma cucarachas. Pero sí es posible deglutir un pescado podrido. Las consecuencias no son muy diferentes. ¡Desgraciada idiota!, pensó, mirando el catafalco. Fue una muerte repugnante. Dolores, vómitos, colapsos, coma…, y al ataúd; y ahora los activos fermentos de la putrefacción y los gusanos. No era una manera de acabar muy digna ni muy inspiradora. No había habido discursos, ni pésames filosóficos, ni Little Nells ni Paul Dombeys. Lo más cercano a Dickens que había ocurrido tuvo lugar durante un fugaz destello de lucidez, cuando Grace le preguntó acerca de los osos que él le regalaría después de casados.

—¿Serán crecidos o serán ositos? —preguntó.

—Oseznos —respondió él, y Grace sonrió complacida.

No advierten los necios que la farsa es farsa. Más les vale. Los sabios lo perciben y hacen lo que pueden para no pensar en ello. Por eso son sabios. Se permiten todos los placeres del espíritu y del cuerpo, particularmente los del espíritu, por ser éstos más diversos, encantadores y delectables, y cuando les llega la hora se resignan lo más elegantemente que pueden a la putrefacción de sus cuerpos. Pero mientras llega esa hora, no piensan gran cosa acerca de la muerte. Es un tema ingrato. No insisten demasiado en la naturaleza de la farsa del drama en que participan como actores, temerosos de concebir tanto disgusto por sus papeles que les sea imposible gozar en absoluto de la obra.

Las comedias más bufas son las de aquellos que predican una cosa y practican la opuesta, la de quienes exponen arduos principios y fracasan lamentablemente en su aplicación. Predicamos la inmortalidad y practicamos la muerte. Tartufo y Volpone desmerecen a nuestro lado.

El hombre discreto no piensa en la muerte por miedo de estropear sus planes. Más hay veces en las que los gusanos reclaman tan insistentemente la atención que fuera imposible desoírlos. La muerte exige nuestra atención en ciertas coyunturas, y entonces resulta difícil hallar placer en nada.

Aquel ataúd, por ejemplo, *¿cómo* era posible destilar placer alguno de la belleza de la iglesia en la cual yacía aquel montón de materia en descomposición? ¿Qué puede aventajar en delicia el mirar a lo largo de la nave de un templo, y contemplar al final de una vasta y oscura perspectiva de arcos rotundos un segmento alegremente iluminado del cimborrio, con su círculo horizontal en armonioso contraste con los semicírculos perpendiculares de los arcos? Nada más bello existe entre las obras del hombre.

Pero el ataúd depositado bajo los arcos recuerda al conocedor de belleza que el cuerpo es susceptible a sufrimientos horrendos, que muere y acaba por ser pasto de gusanos.

Se preguntó *Mr*. Cardan cómo moriría él. ¿Lentamente o de súbito? ¿Tras largos dolores? ¿Inteligente, y aún humano? ¿O idiotizado, convertido en un animal que se queja? En cualquier caso, ahora ya moriría pobre. Se reunirían los amigos para mandarle unas cuantas libras. «¡Pobre Cardan! ¡No podemos dejar que muera en el asilo! Tengo que mandarle cincuenta libras. ¡Qué lata! Es extraordinario cómo se las arregla para durar tanto. Siempre fue muy duro. ¡Pobre Cardan!».

Resonó un portazo. Se oyeron pasos en la iglesia, llena de ecos y solitaria. Era el sacristán. Venía para decirle a Cardan que el funeral empezaría en breve. Habían adelantado la vuelta de la vendimia con ese propósito. Las uvas no eran ni tan abundantes ni tan buenas como el año pasado. Pero, en fin, era preciso dar gracias a Dios por sus bondades.

Benditos son los necios, pensó *Mrs*. Cardan, pues ellos nada verán. O quizá sí ven, y no obstante se consuelan a su manera, poniendo la fe en una injusticia fantástica. En cualquier caso, o no viendo, o viendo, pero creyendo, son necios. Sin embargo, pensó *Mr*. Cardan, la creencia en tales cosas quizá resulte lo más aconsejable, pues le permite a uno ver y prescindir de lo que ve. Le permite a uno comprobar los hechos y al mismo tiempo hallarles justificación. A tales creyentes, la presencia de un par de ataúdes no les impediría gozar de la bellísima arquitectura de Sanmichele.

Acabó el funeral. Los hombres levantaron el ataúd y lo llevaron a la carroza que aguardaba a la puerta de la iglesia. El cura le hizo una señal a *Mr*. Cardan para que le acompañara a la sacristía. Allí dentro, mientras un monaguillo colgaba el incensario y otro guardaba el hisopo, el cura le presentó la cuenta a *Mr*. Cardan. *Mr*. Cardan la pagó.

QUINTA PARTE

CONCLUSIONES

I

—¿En qué piensas?

—En nada —dijo Calamy.

—En algo tenías que pensar.

—En nada concreto.

—Dímelo —insistió Mary—. Quiero saberlo.

—Pues si de verdad te interesa… —comenzó a decir él lentamente.

Pero ella le interrumpió:

—¿Y por qué has alzado así la mano? ¿Por qué has extendido los dedos? Te advierto que lo he visto, contra la ventana.

El cuarto estaba en absoluta oscuridad, pero al otro lado de la ventana, con las cortinas descorridas, se veía la noche iluminada por las estrellas.

Calamy rió, con risa algo forzada.

—¡Ah! ¿La has visto? Pues la verdad es que estaba pensando precisamente en mi mano.

—¿En tu mano? —dijo Mary incrédulamente—. ¿No es raro eso?

—Pero interesante si piensas en ello lo bastante.

—Tus manos —dijo dulcemente, con otra voz—. Cuando las siento… Te quiero demasiado —susurró— demasiado

Le besó en la oscuridad. En aquel momento sus palabras eran casi verdaderas.

«El espíritu fuerte y completo —había escrito en su libro de notas— ha de poder amar con furia, de manera salvaje, sin reflexión».

La enorgulleció descubrirse completa y fuerte. Una vez, durante una cena, fue su compañero de mesa un argentino grande, entre negro y limón. Desdoblo su servilleta y comenzó la conversación en francés, transpirenaico, su único sucedáneo del castellano, diciendo lo siguiente mientras revolvía sus ojos negros y entreabría los labios con una sonrisa de marfil:

—*Jé vous qué vous avéz du temperament*[55].

—*Oh, a revendre*[56] —respondió ella alegremente, aceptando el papel de una parisiense ligera.

¡Qué divertido! Ésa era la Vida. Había sacado a relucir el incidente en una de sus novelas ya hacía tiempo. Pero el argentino la había visto con ojos conocedores, y su juicio fue sagaz y exacto.

—Te quiero demasiado —suspiró en la oscuridad. Sí, era verdad; era casi verdad en aquel momento, en aquellas circunstancias—. Esto es todo lo que pienso de tu mano.

Calamy dejó que le besara la mano, y la retiró tan pronto como le pareció poder hacerlo sin ofender a Mary. Ya no le interesaban los besos, por el momento.

—Sí —dijo reflexivamente—; ésa es una de las maneras en que se puede pensar en mi mano, ésa es una de las maneras en que existe y es real. Desde luego. Y en eso era en lo que pensaba: en todas las distintas maneras en las que estos cinco dedos —volvió a alzar la mano extendida contra la mancha oblonga de oscuridad más pálida que era la ventana— tienen realidad y existen. Todas las distintas maneras —repitió lentamente—. Si piensas en eso durante cinco minutos nada más, te encontrarás sumergida hasta los ojos en los misterios más portentosos.

Calamy hizo una pausa, y luego prosiguió en voz grave:

—Y creo que si fuera posible soportar la tensión de pensar con verdadera intensidad acerca de una cosa, acerca de esta mano, por ejemplo, durante varios días, semanas o meses, podríamos a fuerza de escarbar abrirnos paso a través del misterio para llegar a algo, a una verdad, a una explicación.

Volvió a callar, con el ceño fruncido. Más y más hondo, pensaba, taladrando la oscuridad. Lenta y dolorosamente, como el Diablo de Milton, abriéndose camino a través del caos. Al final quizás acabaría por salir a la luz, y vería el universo, cada esfera dentro de otra esfera, colgado del suelo celestial. Pero sería un trabajo lento y terrible, para el que se necesitaría tiempo y libertad. Sobre todo libertad.

—¿Por qué no piensas en mí? —preguntó Mary. Se incorporó y apoyándose en un codo y se inclinó hacia él. Le alborotó el pelo con la otra mano—. ¿No vale la pena pensar en mí?

Tenía cogido un puñado de pelo. Tiró de él suavemente, como ensayándose, como si estuviese agarrándolo bien para un tirón más violento.

Sentía deseos de hacerle daño. Hasta cuando le tenía en sus brazos escapaba de ella, desaparecía.

—¿No vale la pena pensar en mí? —insistió, tirando más fuerte del pelo.

Calamy no contestó. La verdad, era, pensaba, que no valía la pena pensar en Mary. Ni en muchas otras cosas. La vida diaria era un continuo deslizarse sobre un hielo demasiado frágil, un patinar incesante de insectos acuáticos sobre la piel invisible de la profundidad. Una pisada demasiado fuerte, un esfuerzo violento y se caía dentro del elemento sofocador y desconocido. Esto del amor, por ejemplo, no era posible pensar en ello. Solamente aguanta el peso de quienes no se detienen a pensar. Pero era necesario pensar, era necesario quebrar la frágil superficie y hundirse en las profundidades. No obstante lo cual, persistimos con desesperada locura en seguir patinando.

—¿Me quieres?

—Naturalmente —respondió él, pero el tono de su voz no sonó muy convincente.

Tiró ella amenazadoramente de los pelos que tenía enroscados en los dedos. Le enfurecía verle escapar, y que no se entregara a ella por completo, y este resquemor de que él no la amaba lo bastante daba lugar a la convicción complementaria de que ella le amaba con exceso. Su irritación se combinó con su gratitud física para hacerle, sentir, momentáneamente, una extraña pasión. Se encontró de repente representando él papel de la *grande amoureuse*, de la apasionada Lespinasse, y representándolo espontáneamente y sin ninguna dificultad.

—Podría odiarte —dijo en voz de reproche— por obligarme a quererte tanto.

—¿Y yo? —dijo Calamy pensando en su libertad—. ¿No tengo yo también derecho al odio?

—No. Porque tú no amas tanto.

—No se trata de eso —repuso él olvidando hacer constar su protesta contra la acusación—. No nos duele el amor en sí, sino por lo que nos impide hacer.

—¡Ah, vamos! Ya comprendo —dijo Mary amargamente. Se sintió herida demasiado hondamente para desear tirarle del pelo. Se volvió de espaldas a él…— Siento mucho haberte distraído de tus importantes ocupaciones —

añadió en la voz más sarcástica que pudo—. Por ejemplo, en tus reflexiones acerca de la mano.

Rió despreciativamente. Ambos callaron largo rato. Calamy no ensayó romper el silencio. Se sentía ofendido por la poca importancia dada por Mary a un asunto que él consideraba grave y en cierto modo hasta sagrado. Fue Mary quien al fin habló.

—¿Quieres decirme, entonces, en qué pensabas? Su voz era sumisa. Se volvió nuevamente hacia él. Cuando se ama, se traga uno el orgullo y se rinde.

—¿Quieres decírmelo? —replicó inclinándose hacia él—. ¿Por qué me haces tan desgraciada? —preguntó con los dientes apretados.

Según hablaba se imaginó con la cara hundida en la almohada, sollozando desesperadamente. Es preciso tener gran espíritu para ser profundamente desgraciado.

—¿Hacerte desgraciada? —repitió Calamy irritado—. No es verdad. Te hago extraordinariamente feliz.

—Me haces desdichada —insistió ella.

—En ese caso lo mejor será que me vaya y que te deje en paz.

Retiró el brazo e hizo como si se preparase a irse. Pero Mary lo detuvo rodeándole con los suyos.

—No, no. No te vayas. No te enfades conmigo. Perdóname, he sido una estúpida. Dime lo que pensabas acerca de tu mano. De veras que me interesa. De veras.

Hablaba apasionada, puerilmente, como la niña de la conferencia en la Real Institución. Calamy no pudo tener la risa.

—Has logrado enfriar mi entusiasmo por el asunto. Ahora me resulta fácil hablar de él.

—Anda, te lo pido —insistió. Maltratada, pedía perdón. Era ella quien suplicaba. Cuando uno ama…

—Has hecho casi imposible hablar de nada, excepto de tonterías.

Pero acabó por ceder. Embarazado, torpemente, pues la atmósfera espiritual en que estuvo rumiando tales ideas se había disipado, y ahora sus pensamientos habían quedado en el vacío y ahogándose por falta de aire,

comenzó a hablar. Más, poco a poco, según hablaba, recobró el estado de ánimo anterior. Una vez más sintió que pisaba terreno conocido. Mary le escuchaba con mirada fija, la cual, a pesar de la oscuridad, le pareció adivinar a Calamy.

—Verás; es algo así —comenzó, vacilando—. Estaba pensando en todas las distintas maneras en que una cosa puede existir. Por ejemplo, mi mano.

—Comprendo —dijo Mary, sagaz e inteligente. Ahora casi resultaba excesivo su deseo de demostrar que le estaba escuchando, que lo comprendía todo. Comprendía aun antes de que hubiera nada susceptible de ser comprendido.

—Es extraordinario —prosiguió Calamy— las muchas maneras de existir de una cosa, cuando se piensa en ello. Y cuanto más se piensa, más incomprensible y esotérico resulta todo. Lo que parece sólido se esfuma; lo que resulta evidente y comprensible, se torna profundamente misterioso. Se abren abismos, como si la tierra estuviese quebrándose a causa de un terremoto. Esto da una sensación de inseguridad, de estar a oscuras. Pero sigo creyendo que si se continuara pensando el tiempo suficiente, con bastante intensidad llegaría, no sé cómo, a alcanzar el otro lado de las tinieblas. Mas es difícil qué veríamos. Ésa es la cosa.

Calló durante un segundo. Si fuera libre, pensaba, podría continuar explorando las tinieblas. Pero la carne es débil; bajo la amenaza de aquella deliciosa tortura se hacía cobarde y traicionera.

—¿Sí? —dijo Mary. Se acercó más a él y le rozó una mejilla con un beso. Acarició suavemente el hombro y el largo brazo—. Anda, sigue.

—Verás —dijo él en voz natural, separándose de ella ligeramente al hablar. Alzó la mano de nuevo contra la vaga claridad de la ventana—. Mira. Es un objeto de cierta forma que interrumpe la luz. Para un niño, que aún no haya aprendido a interpretar lo que yo, no sería otra cosa, únicamente una masa coloreada y de cierta confirmación, sin más significado que uno de esos blancos de colores que se usan para aprender a tirar y que representan una cabeza

—Entonces tendré que considerarla como un número casi inconcebible de átomos, cada uno de los cuales está formado por un número mayor o menor de unidades de electricidad negativa que giran varios millones de veces por minuto alrededor de un núcleo de electricidad positiva. Las vibraciones de los átomos situados en la superficie eligen, por así decirlo, las irradiaciones

electromagnéticas que caen sobre ellos, y permiten que lleguen hasta nuestros ojos únicamente aquellas ondas que nos dan la sensación de un color entre rosado y pardo. Puede aludirse, de pasada, a que la conducta de la luz se explica satisfactoriamente de acuerdo con la teoría de la electrodinámica, mientras que el comportamiento de los electrones en el átomo solamente puede ser explicado según otra teoría inconsistente con la anterior. Dentro del átomo, nos dicen, los electrones se mueven de una a otra órbita sin gastar tiempo en ello y sin cubrir distancia alguna. Es más: dentro del átomo no existe ni el espacio ni el tiempo. Y así sucesivamente. Casi todo esto, yo lo he de creer o no creer según la fe que merece quien me lo asegura, pues apenas entiendo de estas cosas. Entiendo solamente lo necesario para sentir vértigo cuando reflexiono acerca de ellas.

—Sí. Vértigo. Ésa es la palabra: vértigo.

—Ya tenemos, por tanto, que mi mano existe de dos maneras diferentes. Luego habrá que considerarla químicamente. Estos átomos formados por más o menos electrones que giran velocísimos alrededor de un núcleo de mayor o menor carga, son átomos de diversos elementos que se agrupan de acuerdo con ciertas fórmulas arquitectónicas para constituir complicadas moléculas.

—Moléculas —repitió Mary, comprensiva—. Ahora bien, si yo, como Cranmer, metiese la mano en el fuego[57] para castigarla por haber cometido una maldad o una vileza (palabras que, por cierto, no tienen nada que ver con la química), si yo metiera la mano en el fuego, estas moléculas se desdoblarían en sus átomos, que entonces procederían a agruparse y a formar nuevas moléculas. Pero esto me lleva inmediatamente a una serie de realidades diferentes. Pues si yo metiera la mano en el fuego, sentiría dolor, y a no ser que hiciera, como Cranmer, un esfuerzo enorme para mantenerla en las llamas, la retiraría; o, mejor dicho, se retiraría ella casi sin mi consentimiento y antes de que yo me diese cuenta. Pues yo estoy vivo, y esta mano es parte de un ser vivo, cuya ley primordial es la conservación de su existencia. Por estar viva, esta mano mía, una vez que hubiese sufrido quemaduras, se dedicaría a curar el mal. Vista por un biólogo, se nos muestra formada por una colección de células, cada una de las cuales tiene una función específica, y vive en armonía con todas las demás, jamás interfiriendo con ellas, nunca lanzándose a locas aventuras de crecimiento o proliferación, sino viviendo, muriendo y creciendo con un solo fin: que el todo de que son partes pueda alcanzar su finalidad; y dijérase que de acuerdo con el plan preordenado. Digamos que la mano se quema. De todo alrededor de las

quemaduras, las células sanas dan el ser a nuevas células que llenen y cubran los puntos dañados.

—¡Qué maravillosa es la vida! —dijo Mary—. La vida…

—La mano de Cranmer cometió lo que a él le pareció un acto innoble. La mano es parte no solamente de un ser vivo, sino de un ser que conoce el bien y el mal. Mi mano puede llevar a cabo cosas buenas y cosas malas. Por ejemplo, ha matado a un hombre; ha escrito toda clase de cosas; ha ayudado a un hombre herido; te ha acariciado. Y cuando te toca la piel, también te toca la mente. Al moverse mi mano a lo largo de tu brazo, se mueve sólo por encima de tu epidermis, sino de tu mente. Es mi mente quien la ordena que se mueva, por lo que lleva tu brazo hasta mi mente. Existe mentalmente, tiene una realidad anímica dentro de ti y dentro de mí.

No pudo Mary dejar de reflexionar que en todo aquello había materia para una muy profunda digresión en una de sus novelas. «Esta joven y profunda escritora…», diría la sobrecubierta de su próxima obra, citando palabras de algún crítico.

—Sigue —dijo.

Calamy siguió:

—Éstas son algunas, y naturalmente hay muchas más, de las maneras en las que mi mano existe. Basta pensar cinco minutos en este objeto que interrumpe la luz para advertir que existe simultáneamente de una docena de mudos paralelos. Existe como cargas eléctricas; como moléculas químicas; como células vivas; como parte de un ser moral, e instrumento para el bien y para el mal en el mundo físico y en el anímico. Y de aquí pasamos, inevitablemente, a preguntarnos qué relación existe entre estas diversas maneras de existir, el elemento común de la vida y la química; del bien y el mal y las cargas eléctricas; de una colección de células y la percepción consciente de una caricia. Es al llegar aquí cuando comienzan a abrirse los abismos. Pues no hay trabazón alguna que uno pueda descubrir. Un universo descansa sobre otro universo, capa tras capa, distintos y separados.

—Como un sorbete napolitano —dijo la imaginación de Mary volando inmediatamente al símil fantástico e inesperado. «Esta donosa y joven escritora…», decía ya en las sobrecubiertas de sus obras. Calamy se echó a reír.

—Está bien. Como un sorbete napolitano. Lo que es verdad en la capa de chocolate, la más inferior del sorbete, no resulta cierto en la superior de vainilla. Y la verdad del limón es distinta de la de la fresa. Y cada una tiene tanto derecho a existir y a llamarse real como las demás. Y no es posible explicar ninguna en términos de otra. Desde luego, es imposible explicar la vainilla en los términos propios de las demás capas; no se puede explicar la mente en términos biológicos, químicos o físicos. Eso, al menos «eso», resulta obvio y evidente de por sí.

—Evidente. ¿Y cuál es la conclusión? No la veo.

—Ni yo —dijo Calamy en medio de una carcajada melancólica—. La única esperanza —prosiguió hablando lentamente— es que quizá si uno persistiese en cavilar durante un tiempo suficiente y con la necesaria intensidad, pudiese llegar a explicar el chocolate y el limón en los términos de la vainilla. Quizá todo es vainilla, mente, espíritu, y el resto una mera ilusión. Pero no tenemos derecho a decir tal cosa hasta después de haber cavilado largamente, en libertad.

—¿En libertad?

—La mente ha de estar abierta, sin conturbar, libre de todo lo que sea superfluo, en silencio. No hay lugar para los pensamientos en una mente entreabierta y llena de otras cosas. Los pensamientos tampoco penetran en una mente ruidosa; son tímidos, y permanecen en sus oscuros escondrijos, enterrados, allí donde no pueden ser vistos, mientras perduran en la mente el ruido y la inquietud. La mayor parte de los hombres vivimos sin darnos cuenta de que los pensamientos están allí. Si deseamos persuadirlos a que salgan, hemos de hacer sitio para ellos, abrir la mente y aguardar y aguardar. Y no deben otras preocupaciones andar rodando por la puerta. Hay que librarse de ellas.

—Supongo que soy una de las preocupaciones sin importancia —dijo Mary, tras una pausa.

Calamy rió, pero no dijo nada.

—En ese caso —dijo Mary—, ¿por qué te preocupas de hacerme el amor?

Calamy no respondió. ¿Por qué, en verdad? Cien veces se había hecho él esa pregunta.

—Creo que lo mejor sería que terminásemos —dijo ella después de otro silencio.

Se iría, desaparecería para llorar en soledad.

—¿Terminar? —dijo Calamy.

Naturalmente, eso era lo que él deseaba por encima de todo: terminar, ser libre. Pero se escuchó a sí mismo preguntar con una especie de risa submarina:

—¿Crees que «puedes» terminar?

—¿Por qué no?

—Supongamos que yo no te dejase.

¿Se imaginaría ella que no estaba en poder de él, que podía desobedecer su voluntad si él quería impedirlo?

—No te dejo —añadió, y le tembló la voz de risa sofocada.

Se inclinó sobre ella y comenzó a besarla. Mientras la acariciaba, se decía: «¡Qué insensatez!».

—No, no —dijo Mary tratando de luchar.

Pero acabó por rendirse. Quedó temblando, como un reo torturado en el potro.

II

Cuando *Mrs*. Aldwinkle y sus invitados regresaron, no poco deprimidos, de Montefiascone, encontraron a Mary Thriplow sola en el palacio.

—¿Y Calamy? —preguntó *Mrs*. Aldwinkle.

—Se ha ido al monte —contestó Mary, en voz seria, sin dar importancia a sus palabras.

—¿Por qué?

—Le apetecía —respondió Mary—. Quería estar solo para pensar. Lo entiendo perfectamente. El pensar que ibais a volver le llenaba de horror. Se fue hace dos o tres días.

—¿Al monte? —repitió *Mrs*. Aldwinkle—. ¿Es que está durmiendo en el bosque, o en una cueva, o algo así?

—Ha alquilado una habitación en la casa de un labriego, en la carretera que sube a las canteras de mármol. Es un sitio precioso.

—Suena muy interesante —dijo *Mr*. Cardan—. Voy a tener que subir' un día a verlo.

—Creo que Calamy preferiría que no fuese usted —dijo Mary—. Quiere estar solo. Y lo entiendo divinamente.

Mister Cardan la miró con curiosidad. Vio en el rostro de Mary una serenidad luminosa y grave.

—Me sorprende que no se retire usted del mundo —dijo alegremente. No se había sentido tan animado desde el triste día en que enterró a la pobre Grace.

—Cree usted que es un abroma —repuso Mary sonriendo bondadosamente— pues no lo es, ni mucho menos; créame.

—Naturalmente que no lo es. —*Mr*. Cardan se apresuró a protestar—. Y le aseguro que ni siquiera se me ha ocurrido insinuar que lo fuera. Me he limitado a decir, completamente en serio, que me sorprendería que…

—No creo que sea necesario alejarse físicamente del mundo —le explicó Mary—. Siempre he pensado que quien lo desee puede hacer vida de

ermitaño en el corazón de Londres.

—Sí… tiene mucha razón —dijo *Mr*. Cardan.

—Podía haber esperado a que yo volviera —dijo *Mrs*. Aldwinkle, no poco mohína—. Y, por lo menos, se le debía haber ocurrido dejarme una nota.

Miró a Mary, disgustada, como si tuviera la culpa de la descortesía de Calamy.

—Bueno, me voy a cambiar esta ropa llena de polvo —añadió, y salió del cuarto.

Su irritación no era más que el disfraz con que representaba en público su profunda depresión. Todos se van, todos me abandonan, pensaba. Primero Chelifer; ahora Calamy. Como todos. Lanzó una ojeada triste y retrospectiva a su vida. Todos, todos habían huido de ella. Siempre se había perdido lo verdaderamente importante, las cosas llenas de emoción. Siempre habían ocurrido al doblar la esquina, fuera del alcance de sus ojos. Los días eran cortos y escasos. La muerte se acercaba sin cesar. ¿Por qué había traído Cardan a aquella criatura imbécil y horrenda para que muriese delante de sus ojos de manera tan espantosa? No quería que le recordasen la muerte. *Mrs*. Aldwinkle se estremeció. Me hago vieja, pensaba; y el reloj encima de la repisa de la chimenea en la inmensa estancia silenciosa adoptó la frase como refrán de su canción: «Me hago vieja, me hago vieja, me hago vieja», repetía sin cesar. Envejecer… Mis, Aldwinkle se miró en el espejo. Esa máquina eléctrica de masaje aún no había llegado. Verdad era que estaba en camino, pero pasarían varias semanas antes de que llegase. Los correos funcionaban muy despacio. Todo conspiraba contra ella. Si hubiera comprado la máquina antes…, si hubiera estado más joven… ¡Quién sabe! «Me hago vieja, me hago vieja», repetía el reloj. Chelifer regresaría a Inglaterra dentro de un par de días. Se iría, llevaría lejos de ella una vida maravillosa, bella, y ella se perdería todo. Calamy ya se había ido. ¿Qué estaría haciendo, sentado en la cima de una montaña? Pensando cosas admirables, sin duda alguna, cosas que quizá contendrían el secreto que ella había buscado siempre sin jamás descubrirlo, reflexiones que tal vez significaran para ella el consuelo y la tranquilidad de que necesitó constantemente y con tanta urgencia. Todo se lo estaba perdiendo; jamás sabría lo que pensaba Calamy. «Me hago vieja, me hago vieja». Se quitó el sombrero y lo arrojó sobre la cama. Le pareció ser la mujer más desdichada del mundo.

Aquella noche, mientras cepillaba el pelo a su tía, Irene se atrevió a enfrentarse con los peligros de las aterradoras bromas de *Mrs*. Aldwinkle, y halló dentro de sí el valor suficiente para decir:

—Nunca podré estarte lo bastante agradecida por lo que me dijiste de Hovenden, tía.

—¿Qué te dije? —preguntó *Mrs*. Aldwinkle, de cuya memoria los trágicos sucesos de las últimas semanas habían barrido en absoluto tales triviales recuerdos.

Irene enrojeció. No había calculado escuchar esa pregunta. ¿Era concebible que su tía hubiese olvidado sus palabras, importantísimas, marcadoras de una nueva época?

—Pues —comenzó tartamudeando—, quiero decir…, cuando me dijiste que te parecía… que yo le gustaba.

—¡Ah, sí! —dijo *Mrs*. Aldwinkle, sin interés.

—¿No te acuerdas?

—Sí, sí. Bueno, y ¿qué?

—Pues… —continuó Irene, aún sofocada—, eso…, me hizo… hacerle caso, ¿comprendes?

—¡Hum! —dijo *Mrs*. Aldwinkle.

Ambas callaron. «Me hago vieja, me hago vieja», repetía el reloj sin piedad.

Irene se inclinó hacia delante, y súbitamente comenzó a hacer sus confidencias atropelladamente;

—¡Le quiero tanto, tanto! Esta vez estoy segura de que es de verdad. Y él también me quiere. Nos vamos a casar a primeros de año, en la intimidad. Sin invitados, sin jaleos, sin gente que venga a curiosear en lo que no les importa. Tranquilamente, en el Juzgado. Y después vamos a ir en él «Velox» a…

—¿Qué estás diciendo? —dijo *Mrs*. Aldwinkle en voz furiosa. Y volvió hacia su sobrina una cara de ira tan vehemente que Irene dio unos pasos atrás, no solamente sorprendida, sino miedosa—. ¿Quieres decir que…? —no halló palabras para acabar—. ¿En qué chiquilladas habéis estado pensando? —logró decir al fin.

«Me hago vieja». El reloj dejaba escuchar su voz cruel aprovechando todos los silencios.

La cara de Irene, antes animada y alegre, expresó ahora asombro y desdicha. Estaba pálida. Le temblaban los labios al hablar.

—Pero, tía… si yo creí que te ibas a alegrar tanto…

—¿Alegrarme de que hayáis estado haciendo el estúpido? —preguntó *Mrs*. Aldwinkle furiosa.

—Pero si fuiste tú quien primero me hizo pensar en ello —empezó a decir Irene.

Pero *Mrs*. Aldwinkle no la dejó continuar. La interrumpió con una brusquedad que a un psicólogo más experimentado que Irene le hubiera indicado que *Mrs*. Aldwinkle tenía conciencia de su injusticia.

—¡Absurdo! Supongo que no irás a decirme que fui yo quien te dijo que te casaras con él.

—No, eso no.

—¡Ahí tienes! —y el tono de *Mrs*. Aldwinkle era de triunfo.

—Pero sí me dijiste que no comprendías cómo no estaba enamorada de él.

—¡Bah! Fue una broma. ¡Amores de niños…!

—Pero, ¿por qué no voy a casarme con él? Si yo le quiero y él me quiere… ¿Por qué no?

¿Por qué no? Pregunta enfadosa. «Me hago vieja, me hago vieja», murmuró el reloj aprovechando el momentáneo silencio. Bien pudiera ser ésa la mitad de la respuesta. Se hacía vieja, y todos la abandonaban. Primero Chelifer, luego Calamy, ahora Irene. «Me hago vieja, me hago vieja». Pronto se quedaría completamente sola. Y no era eso solamente. También su orgullo estaba herido, y su amor a mandar sufría. Irene había sido su esclava, la había adorado, siempre tomó sus palabras como ley, y sus opiniones como verdades inmutables. Y ahora se proponía mudar de señor. *Mrs*. Aldwinkle iba a perder un vasallo, a perderlo ante un rival más poderoso. Era intolerable.

—¿Por qué no vas a casarte con él? ¿Por qué no vas a casarte con él?

Mistress Aldwinkle repitió la frase irónicamente varias veces, mientras buscaba la respuesta.

—¿Por qué no? —Irene volvió a preguntar.

Tenía los ojos llenos de lágrimas; pero aunque era su aspecto de aflicción extremada, algo tenía su actitud de indómita y decidida, y el tono de su voz y la expresión de su cara indicaban evidente obstinación. Razón tenía *Mrs*. Aldwinkle para temer a su rival.

—Porque eres demasiado joven —acabó por decir.

Fue una respuesta débil, mas no pudo dar con otra.

—Pero, tía, ¿es que ya no te acuerdas? Siempre has dicho que debe uno casarse joven. Me acuerdo perfectamente una vez que hablábamos de que Julieta solamente tenía catorce años cuando vio a Romeo la primera vez, y tú dijiste…

—Eso no tiene nada que ver —dijo *Mrs*. Aldwinkle atajando la exhibición mnemónica de su sobrina. La memoria de Irene, ya lo había advertido *Mrs*. Aldwinkle varias veces, era demasiado buena…

—Pero si dijiste que… —comenzó Irene de nuevo.

—Romeo y Julieta no tienen nada que ver contigo y Hovenden. Te repito que eres demasiado joven…

—Tengo diecinueve años.

—Dieciocho.

—Casi diecinueve. Los cumplo en diciembre.

—Casarse aprisa y arrepentirse despacio —dijo *Mrs*. Aldwinkle utilizando cualquier proyectil, hasta un proverbio, que encontraba a mano—. Pasados seis meses vendrás lloriqueando, quejándote, pidiéndome que te saque de tus apuros…

—Pero, ¿por qué? Nos queremos.

—Eso se dice siempre. Todavía no sabéis lo que queréis.

—Sí lo sabemos.

Mistress Aldwinkle cambió súbitamente de táctica.

—Y, ¿a qué vienen esos deseos repentinos de apartarte de mí? ¿No puedes sufrir mi compañía ni un momento más? ¿Soy tan intolerable y odiosa…, y brutal…, y…? —arañó el aire—. ¿Tanto me odias que…?

—¡Tía! —exclamó Irene, que ahora lloraba francamente.

Mistress Aldwinkle, con la torpeza y falta de mesura que la caracterizaban, fue amontonando una pregunta retórica encima de otra, hasta que acabó por estropear el efecto que se proponía alcanzar, convirtiéndose en grotesco con su exageración, lo que debió ser conmovedor.

—¿No puedes sufrirme? ¿Te maltrato? Dímelo. ¿Te regaño o te humillo?, ¿…no te doy bastante de comer? Responde.

—¿Cómo puedes decir esas cosas, tía? —Irene se secó los ojos con una esquina de su bata—. ¿Cómo puedes dudar de mi cariño? Tú siempre me has dicho que debiera casarme —añadió; y volvió a llorar,

—¿Que cómo puedo dudar de tu cariño? A las claras está. Quieres abandonarme lo antes posible. ¿Es verdad o es mentira? ¿Qué razón puedes tener para ello?,

—Pero si la razón es que queremos casarnos porque nos queremos.

—¿No será que me odias? —persistió.

—Claro que no te odio, tía. ¿Cómo puedes decir tal cosa? Sabes que te quiero.

—Pero te mueres de ganas de separarte de mí lo antes posible. Y me quedaré sola, completamente sola. Sola.

Le temblaba la voz. Cerró los ojos y contrajo el rostro, luchando por conservarlo inexpresivo y rígido. Unas lágrimas escaparon el contén de los párpados. «Me hago vieja», repetía el reloj encima de la repisa de la chimenea: «Me hago vieja, me hago vieja».

Irene se arrodilló junto a ella, le tomó las manos en las suyas, las besó y las oprimió contra su cara bañada en llanto.

—Tía Lilian, tía… —suplicó.

Mistress Aldwinkle continuó sollozando.

—No llores, tía —le dijo Irene, llorando.

Imaginaba ser ella la única causa de la aflicción de su tía. En realidad no era más que el pretexto. *Mistress* Aldwinkle estaba llorando su vida entera, llorando al darse cuenta de la proximidad de la muerte. En los primeros momentos de piedad angustiada, Irene estuvo a punto de declarar que rompería con Hovenden, y pasaría su vida entera al lado de su tía.

Pero algo la hizo callar. Intuía de manera imprecisa que tal cosa no podía ser, que era imposible, que estaría mal. Quería a tía Lilian y quería a Lord Hovenden. En cierta manera quería más a su tía que a su novio. Mas algo le hizo mirar hacia el porvenir con visión profética, un algo que a través de vidas innumerables, venido desde la oscura noche de los tiempos, había ido a parar en ella. La parte consciente e individual de su espíritu la inclinaba en favor de su tía. Pero, qué precaria, qué insignificantemente florecían en ella la conciencia y el individualismo nacidos de la anciana raíz de la vida que fue plantada en la oscuridad de su ser. La flor se inclinaba hacia tía Liban; la raíz la llevaba hacia Hovenden.

—Y no estarás sola —protestó—. Estaremos constantemente contigo. Y vendrás a pasar temporadas con nosotros.

Estas seguridades fueron flaco consuelo para *Mrs*. Aldwinkle. Siguió llorando. El reloj continuó midiendo el tiempo incansablemente.

III

Hacía ya varios días que había cambiado el tono de lo que Mary Thriplow escribía en su diario íntimo. Los párrafos amorosos se habían convertido en místicos. La pasión frenética y elemental había dejado el lugar a una apacible contemplación. De Lespinasse desapareció y surgió en su lugar De Guyon.

«Pensar con intensidad y constancia es un ejercicio mental admirable. Sirve para revelarnos los misterios que yacen debajo de la banal superficie de la vida; y tal vez si se pensara con suficiente concentración durante el tiempo necesario, se llegara a desentrañar el misterio y conocer su explicación. Cuando, por ejemplo, pienso en mi mano…».

Esta nota era bastante larga. Llenaba, en la caligrafía clara y educada de Mary, más de dos páginas.

«Hace poco —había escrito después— he comenzado a rezar mis oraciones de nuevo, como solía hacer cuando era niña. Padre nuestro que estás en los Cielos… Las palabras nos ayudan a despejar la mente, a librarla de estorbos, a percibirla para recibir la venida del espíritu».

Las tres notas siguientes estaban allí por equivocación. No debieron ser escritas en el diario íntimo y personal, sino en aquel otro cuaderno en el que apuntaba cualesquiera cosas que pudieran servirle más tarde para sus novelas. No quiere esto decir qui las notas que formaban su diario íntimo no le fueran de utilidad algunas veces para sus obras imagínate vas. Pero no las apuntaba con ese propósito expreso «Un hombre con pantalones de montar —decía la primera nota— deja oír al moverse un pequeño ruido crujiente, causado por el roce de ambas perneras de canutillo, que recuerda el que hacen los cisnes al volar y batir el aire con sus grandes alas blancas».

A esto seguían dos líneas de diálogo cómico:

Yo: La Caída de la Casa de Usher encuentro que me hiela la sangre.

El Francés: Sí; yo también me pongo la sangre helada.

La tercera nota decía que «El musgo después de un chaparrón durante un día caluroso parece una esponja aún húmeda luego de un baño caliente».

Seguía un corolario a la nota acerca de la oración.

«No cabe duda alguna que la técnica externa de quien ora, al arrodillarse, el ocultar el rostro entre las manos, el decir las palabras en alta voz, el dirigir las preces al espacio vacío, predispone a la devoción, por su mera desemejanza con las acciones corrientes de la vida».

Aquella noche permaneció largo rato delante del libro abierto, pluma en mano, sin escribir nada. Fruncía el ceño y mordía pensativamente el rabo de la pluma. Acabó por cerrar el libro y abrió el otro, el no secreto, el de sus notas profesionales, en el cual escribió de esta manera:

«X y Z son amigos desde niños. X, audaz; Z, tímido. Z admira a X. Z, mientras X está en la guerra, se casa con A, una mujer apasionada que le acepta más bien por lástima (Z ha sido herido) que por amor. Un hijo. X regresa, se enamora de A. Gran pasión y angustias crecientes. Ella porque está engañando a Z, a quien admira y respeta, y no se atreve a confesarlo, por miedo a perder el hijo. X, porque piensa que debiera abandonar todas estas cosas y dedicarse a una vida seria de reflexión contemplativa. Una noche deciden separarse. No pueden continuar así; ella no puede aguantar el engaño; a él le llama el estudio. Es una escena conmovedora, dura toda noche blanca. Desgraciadamente, Z descubre por algún motivo (niño enfermo o algo así) que A no está pasando noche, como dijo, en casa su madre. Va muy de mañana a casa de X pedirle le ayude a buscar a A. Ve abrigo y sombrero de A en sofá. Lo comprende todo. Se arroja furioso contra X, quien le mata propia defensa. Fin. Duda: ¿no acaba demasiado sucintamente, demasiado epigramáticamente? No sé si en el siglo XX podemos permitirnos el lujo de estos eficaces trucos dramáticos. ¿Hacerlo más lleno de alguna manera? ¿Más *terre-á-terre*, más real y vivo? Un final así parece una libertad inaceptable tomada a costa del lector. Debiera arreglarlo de otra manera. Pero ¿cómo? ¿Dejándolos que se separen y mostrándolos luego viviendo A en *bonne mére de famttle*, él convertido en misógino estudioso? ¿No sería demasiado largo? Estudiar».

Cerró el cuaderno y tapó su estilográfica, consciente de haber aprovechado el tiempo muy útilmente. Calamy ya estaba inofensivamente conservado en vinagre, listo para ser devorado en el mismo momento en que ella se encontraba escasa de provisiones novelísticas.

Después de desnudarse, se lavó, se cepilló el pelo, se sacó brillo a las uñas, se lavó los dientes, apagó la luz y se acostó con todos los músculos relajados.

Quizá fue el rugir de un tren que corría por el valle lo que le recordó el ruido del torno, o tal vez fue la rendija de luz que la desencajada y antigua puerta dejaba pasar. Quizá fue aquella línea luminosa y fina lo que le hizo pensar en un instrumento de cirugía. Fuera la causa la que fuera, Mary se encontró pensando en su dentista, un hombre muy simpático. Encima de la chimenea de su despacho tenía un «bulldog» de porcelana azul y una fotografía de su mujer con los dos mellizos. Siempre tenía el pelo de punta. Eran sus ojos grises y bondadosos. Y su entusiasmo era grande.

—Éste es un instrumento al cual tengo un afecto especial, *Miss* Thriplow —decía al coger un arpón curvado de su arsenal—. Un poquito más abierta. Gracias…

¿Qué tal estaría una novela corta de un dentista que se enamora de una de sus clientes? Le enseña todos sus instrumentos con mucho entusiasmo, y quiere que ella cobre cariño a los que él prefiere. Para verla a menudo el dentista pretende que la dentadura de la cliente está peor de lo que es verdad.

El dentista comenzó a esfumarse. Una y otra vez iniciaba el mismo gesto sin acabarlo nunca, pues se le olvidaba lo que iba a hacer, Terminó por desaparecer totalmente. Mary Thriplow dormía profunda y tranquilamente.

IV

Había estado lloviendo tormentosamente, pero ya se había apaciguado el vendaval, y el sol brillaba entre los nubarrones. Los castaños amarillentos permanecían inmóviles en el aire sosegado y transparente, brillando mojados. Oíase rumor de aguas que corrían apresuradamente. La hierba de la pradera en cuesta fulgía al sol. Calamy salió del oscuro y agobiante cuarto de estar de la casita y enderezó sus pasos hacia la carretera por el pendiente sendero. Allí se detuvo, y miró a su alrededor. La carretera estaba cortada en la ladera del monte, que descendía hasta el profundo y angosto valle. La ladera ascendía rápidamente desde la carretera, casi a tajo. Por debajo de ella, las verdes praderas montañeras, fulgentes al sol y salpicadas allí y allá por diminutos bosquecillos de castaños, se alejaban hacia lo hondo del valle, que la lluvia de la tarde había dejado envuelto en celajes humosos y blanquecinos. También aparecían envueltas en profundas sombras las laderas vecinas del valle, que casi mereciera llamarse hoz o desfiladero. Masas ingentes y negras, humosas con el mismo vapor que flotaba en lo hondo, se alzaban casi en absoluta silueta contra el cielo fuertemente iluminado. El sol se asomaba por encima de los picachos nubosos, salvaba el abismo y prestaba a la verdísima ladera en que Calamy se hallaba una radiancia que por contraste con las oscuras montañas vecinas parecía casi superterrena. A la derecha, allí donde comenzaba el valle, un gran pináculo de roca desnuda, de pálido color pardo, mostraba aquí y allá venas de mármol blanco como la nieve, y penetraba en las nubes y se alzaba por encima de ellas, de tal manera que su cima coruscaba al sol como una piedra preciosa contra el azul del firmamento. Una banda de vapor blanco colgaba alrededor de la cima de la montaña. Por debajo de ella se veían naturales y roqueños bastiones, largos recuestos crecidos de arboleda, y pradeños que se descolgaban hacia el valle, todo ello nublado, sombrío y muerto, excepto allí donde, de trecho en trecho, un gran rayo dorado rompía por entre las nubes para besar algún prado elegido, un bosquecillo o una roca que cobraba al punto intensa aunque precaria vida.

Calamy estuvo largo rato contemplándolo todo. ¡Qué belleza, qué maravilla! Reflejábanse la luz en los árboles agostados, que dijérase se habían engalanado para una fiesta. ¡Para una fiesta! ¡Y lo que les esperaba eran el invierno y la muerte! Bellas estaban las montañas, mas también amenazadoras y terribles. Y terrible era el precipicio que a sus pies se abría, con sus sombras

vaporosas allá en lo hondo, por debajo del verdor rutilante; iban aumentando las sombras segundo tras segundo, al declinar el sol. Todo ello era bellísimo, tremendo y misterioso, un arcano preñado de secretos increíbles y simbólicos, de realidad desconocida y formidable.

Un tintineo de esquilas y la voz aguda de un zagal subieron desde la casa, más baja que la carretera. Como media docena de grandes cabras blancas y negras, de muy cumplida barba, largos y retorcidos cuernos y ojos amarillos rayados por pupilas oblicuas, aparecieron trotando cuesta arriba, agitando sus esquilas aplastadas. Un zagalejo corría tras ellas, blandiendo un palo y gritando voces de mando. Se tocó la gorra saludando a Calamy. Cambiaron unas palabras en italiano acerca de la lluvia, de las cabras, de los pastos. Luego el muchacho se alejó carretera arriba, agitando su pelo, gritando enérgicamente a su exiguo rebaño. Las cabras corrían delante, ruidosas sus pezuñas contra las piedras; de trecho en trecho se detenían para arrancar unas hierbas de las que crecían en el terraplén de la carretera, mas no las dejaba detenerse el chico, quien las golpeaba con la vara al tiempo que gritaba: *Vial* Reanudaban su trotecillo. Pronto se perdieron de vista pastor y rebaño.

Si hubiera nacido él, pensaba Calamy, en las circunstancias de aquel niño, aún continuaría trabajando en aquellos encumbrados vericuetos sin hacerse preguntas, cuidando de las bestias, cortando leña, llevando de tarde en tarde, tal vez, su leña y sus quesos por la larga carretera que conducía a Vezza. ¿Sin hacerse preguntas? ¿Advertiría que las montañas eran bellas, bellas y terribles? ¿O las juzgaría solamente tierra inhóspita que exigía duro laboreo y rendía exiguo fruto? ¿Estaría casado? Sus hijos mayores ya tendrían probablemente diez o doce años, y apacentarían las cabras, con un palo, dáñelo gritos agudos. ¿Viviría apacible y dichosamente, como un patriarca juvenil, feliz con sus hijos, su esposa, sus rebaños y sus piaras? ¿Hubiera hallado contento en esa existencia, apegado a la tierra, en esa vida terrena, instintiva, tradicional y de animal sagacidad? Parecía imposible imaginarlo. Y, sin embargo, era más que probable. Es menester estar poseído de un espíritu muy recio, apasionado y ardiente para abandonar la vida de nuestra niñez, la vida que nos es impuesta por las circunstancias. ¿Y tenía él ese espíritu?

Le interrumpió en sus reflexiones el oír su nombre que alguien voceaba a poca distancia. Se volvió y vio a *Mr*. Cardan y a Chelifer, que venían por la carretera hacia él. Calamy los saludó agitando una mano y bajó a su encuentro. ¿Sintió contento, o fastidio, al verlos? No lo supo.

—Bueno, bueno —dijo *Mr*. Cardan alegremente al acercarse—. ¿Y qué tal va la vida en la Tebaida? ¿Le importa recibir a una pareja de visitantes impíos, venidos de Alejandría?

Calamy rió. Se dieron la mano en silencio.

—¿Se han mojado ustedes? —preguntó Calamy para cambiar la conversación.

—Nos guarecimos en una cueva —respondió *Mr*. Cardan. Contempló la vista—. Está bien esto, pero que muy bien.

Lo dijo en tono de loa, como si Calamy fuera el autor del paisaje.

—Agradablemente *wordsworthiano* —dijo Chelifer en su voz precisa.

—¿Y dónde vive usted? —preguntó *Mr*. Cardan.

Calamy señaló hacia la casa. *Mr*. Cardan comprendió.

—Corazones de oro, pero algo olorosos, ¿no es eso? —preguntó, subiendo aún más la más alta de sus cejas blancas.

—No demasiado.

—¿Muchachas encantadoras? —prosiguió *Mr*. Cardan—. ¿O tienen bocio?

—Ni lo uno ni lo otro.

—¿Y cuánto tiempo se propone usted permanecer aquí?

—No tengo la más remota idea.

—¿Hasta desentrañar el secreto del cosmos?

—Algo así —respondió Calamy sonriendo.

—Espléndido —dijo *Mr*. Cardan dándole unas palmadas en el brazo—. Espléndido. Le envidio a usted. ¡Lo que daría por tener su edad! —sacudió la cabeza tristemente—. Y de hecho, ¿qué podría dar? Calculó que unas mil doscientas libras. Toda mi fortuna. ¿Nos sentamos en algún sitio? —añadió en otro tono.

Calamy les condujo sendero abajo. A lo largo de la fachada corría un largo banco. Se sentaron los tres. Caía el sol sobre ellos. Estaba el ambiente agradablemente templado. A sus pies, el angosto valle con sus sombras humosas; enfrente las montañas sombrías, coronadas de nubes y siluetadas contra el cielo inundado de sol.

—¿Qué tal la excursión a Roma? —preguntó Calamy.

—Tolerable —respondió Chelifer con precisión.

—¿Y Grace? —dijo dirigiéndose cortésmente a *Mr*. Cardan.

Mr. Cardan le miró:

—Pero, ¿no se ha enterado usted?

—¿De qué?

—Murió.

La cara de *Mr*. Cardan adquirió repentinamente una gran dureza y quedó inmóvil.

—Perdóneme —dijo Calamy—. No lo sabía.

Le pareció discreto no ofrecer más palabras de consuelo. Callaron los tres.

—Ahí tiene usted algo —dijo al fin *Mr*. Cardan— que encontrará usted bastante difícil hacer desaparecer mediante la contemplación, por muy larga y místicamente que se mire al ombligo.

—¿El qué? —preguntó Calamy.

—La muerte. Le será difícil olvidar el hecho de que al final de todo la carne se apodera del espíritu, hasta dejar a un hombre convertido en algo que no es superior a un animal enfermó que se queja cuando enferma la carne, enferma el espíritu, es palmario. Finalmente la carne muere y se pudre así acaba toda su onfalokepsia, y sus producto derivados.

—Tal vez —dijo Calamy—. Y supongamos, si usted lo desea, que es así. Es lo mismo. La cuestión fundamental es si se puede decir que el alma está a merced del cuerpo cuando es imposible dar una explicación de la mente en términos materialistas. Si se piensa que ha sido el intelecto humano el que ha forjado las ideas de espacio, tiempo y materia, aislándolas de la realidad en forma bastante arbitraria, ¿resulta posible explicar una cosa en términos de algo por ella inventado? Ésa es la cuestión fundamental.

—Vamos, algo semejante a la cuestión de quién fue el autor de *La Iliada* —dijo *Mr*. Cardan—. El autor, o fue Homero, o fue una persona llamada Homero. Similar, filosóficamente, y según la física moderna hasta científicamente, la materia puede resultar que no sea *verdaderamente* material. Pero subsiste el hecho de que algo que tiene todas las propiedades que siempre hemos atribuido a la materia está continuamente interponiéndose

en nuestro camino, y que nuestras mentes caen, de hecho, bajo el dominio de ciertos trozos de esa materia, a los que llamamos nuestros cuerpos, y cambian cuando el cuerpo cambia, y pierden facultades cuando el cuerpo las pierde.

Calamy se pasó los dedos por entre el pelo.

—Sí, desde luego, es un problema endiablado. Es inevitable conducirse como si las cosas fueran lo que aparentan' ser. Pero, al mismo tiempo, *existe* una realidad completamente distinta, a la cual podríamos aproximarnos merced a un cambio en nuestro medio ambiente físico, o a la desaparición de nuestras limitaciones corporales. Quizá pensando con la suficiente intensidad…

Hizo una pausa, sacudió la cabeza, y prosiguió:

—¿Cuántos días pasó Gautama debajo del árbol del Conocimiento? Quizá si dedicásemos a ello el tiempo suficiente, y si nuestro intelecto fuera adecuado al propósito, quizá llegásemos, por extraños derroteros, más allá de los lindes de la vida ordinaria. Entonces tal vez viéramos que todo lo que parece real es, de hecho, completamente ilusorio: es decir, *maya*, pura ilusión cósmica. Más allá de lo ilusorio descubriríamos un destello de realidad.

—Pero, ¿qué tonterías dicen algunos místicos? —dijo *Mr*. Cardan—. Por ejemplo, ¿ha leído usted las obras de Boheme? Luces y tinieblas, ruedas y compunciones, dulzuras y amarguras, mercurio, sal común, azufre… Es una pura jerigonza.

—Eso es natural —dijo Calamy—. ¿Cómo puede un hombre describir cosas completamente diferentes de los fenómenos de la existencia conocida, empleando un lenguaje pergeñado para describir estos mismos fenómenos? Podría usted dar a un sordo una descripción detallada de la «Quinta Sinfonía», pero no sacaría él gran caso en limpio, y le parecería que estaba usted hablando sin sentido; desde su punto de vista el sordo estaría en lo cierto.

—Verdad —repuso *Mr*. Cardan—, pero tengo mis dudas; y no creo que por mucho tiempo que pase un hombre sentado debajo del árbol del Conocimiento, le sea posible librarse de sus limitaciones humanas y trasponer el mundo fenomenal.

—Yo me inclino a creer que sería posible —dijo Calamy—. Hemos de llegar al acuerdo de que no estamos de acuerdo. Mas aunque fuera imposible alcanzar la realidad, el hecho de que la realidad existe y es manifiestamente distinta de lo que suponemos que es, no negará usted que arroja cierta luz

sobre este horrible tema de la muerte. Desde luego, en apariencia, dijérase que el cuerpo ase al alma y le da muerte. Pero la verdad puede ser muy distinta. El cuerpo, tal como lo conocemos, es una invención de la mente. ¿Cuál es la realidad en que se apoya esta mente, que abstrae y simboliza, para hacer su obra de abstracción y simbolismo? Es posible que lo descubramos al morir. Y en cualquier caso, la muerte ¿qué es de verdad?

—Es lástima —dijo Chelifer en voz seca, clara y erecta—, es lástima que el intelecto humano, puesto a inventar, no realizara su trabajo de manera más competente. Pudiera, por ejemplo, haber llevado a cabo la abstracción simbólica de la realidad en tal forma que no fuera preciso para el alma creadora e inmortal, preocuparse por las hemorroides.

Calamy se echó a reír.

—¡Es usted un sentimental incorregible!

—¿Sentimental? ¿Yo sentimental? —dijo Chelifer, sorprendido.

—De los pies a la cabeza —dijo Calamy—. No creía yo que un romanticismo tan exarcebado como el suyo se hubiera conocido en el mundo desde que Luis Felipe fue depuesto.

Chelifer rió con buen humor.

—Tal vez tengan ustedes razón. Aunque he de decir que yo, personalmente, concedería el premio de sentimentalismo a quienes consideran lo que comúnmente llamamos realidad, como la Harrow Road, por ejemplo, o al «Café de la Rotonde» de París, meras ilusiones; a quienes prescinden de esa realidad para dedicar fervorosamente su tiempo y sus fuerzas a ocupaciones que *Mr*. Cardan resume y simboliza en el vocablo onfalokepsia. ¿No son ellos los blandos de meollo, los susceptibles en demasía y los imbéciles sentimentales?

—Antes al contrario —replicó Calamy—, es un hecho histórico que han sido hombres de la más excelsa inteligencia. Buda. Lao-tsé Boheme (a pesar de sus ruedas y compunciones y su sal y su azufre), Swedenborg… Y ¿olvidaremos a *sir* Isaac Newton, quién a partir de los treinta años puede decirse que dejó las matemáticas para entregarse al misticismo? No el que lograse llegar a ser buen místico, pues no llegó a serlo. Pero hizo lo que pudo, y no sería exacto decir que fuese memo notable. No; no son los sandios quienes abrazan el misticismo. Hace falta cierta cantidad de inteligencia y de imaginación para darse cuenta de la extraordinaria extrañeza y del misterio

del mundo en que vivimos. Los necios, los necios innumerables, lo aceptan como cosa natural, y se limitan a patinar sobre una superficie sin preguntarse lo que hay debajo. Se contentan con las apariencias, como la Harrow Road y el «Café de la Rotonde», las aceptan como realidades, denuestan a cualquiera que se interese por lo que yace debajo de estos símbolos superficiales, calificándole de imbécil romántico.

—Peto ¿no es una cobardía huir? —insistió Chelifer—. No tiene uno derecho de prescindir de lo que para el noventa y nueve por ciento de los seres humanos es la realidad, aun cuando no sea la realidad. No tiene derecho.

—¿Por qué no? —preguntó Calamy—. Uno tiene derecho a medir dos metros y a calzar zapatos del número cincuenta. Uno tiene derecho, aunque sólo haya tres o cuatro personas por millón que sean así. ¿Cómo se entiende que no hayamos de tener derecho a nacer con un intelecto fuera de lo acostumbrado, con una mente a la que no satisfacen las apariencias superficiales?

—Una mente de esa naturaleza no tiene importancia; es una monstruosidad excepcional —dijo Chelifer—. En la vida real, o si lo prefiere usted, en la vida que tratamos como si fuera real, son las otras mentes las brutales, las que preponderan, porque son la regla. Lo repito: no tiene usted derecho a huir de eso. Si desea saber lo que es la vida humana, ha de ser valeroso y vivir como vive la mayoría del género humano. Le aseguro que es de manera peregrinamente repulsiva.

—Ya está usted otra vez con su sentimentalismo —se quejó Calamy—. No es usted más que un sentimental del género común, vuelto al revés. El sentimental corriente cree que la llamada vida real es más amable de lo que es. El sentimental invertido se complace en contemplar sus horrores. Ambos yerran igualmente, los dos padecen una preocupación exagerada por lo ilusorio. El discreto ve el mundo aparente ni muy rosado ni muy bilioso de color, y sigue su camino. Hay una realidad ulterior que ha de descubrir; ésta es más interesante.

—¿Entonces condenaría usted de golpe a todos los seres humanos que viven sobre la superficie?

—Claro que no —replicó Calamy—. ¿Quién sería lo bastante necio para condenar el hecho? Tales gentes existen; es evidente. Pueden escoger entre los ochenta y cuatro mil caminos de *Mr*. Cardan para alcanzar la salvación.

Lo único que pasa es que yo, probablemente, elegiré un sendero distinto del de los demás. Eso es todo.

—Muy probablemente —dijo *Mr*. Cardan, que había estado ocupado en encender un habano—, muy probablemente *ellos* encontrarán el camino de su salvación más fácilmente que usted. Al ser más sencillos, encontrarán dentro de sí menos causas de inarmonía. Muchos se encuentran aún, prácticamente, en estado de tribu, obedeciendo ciegamente el código social que les ha sido sugerido desde su niñez. Aun no han comido el fruto del árbol del Bien y del Mal, o mejor dicho, toda la tribu ha comido de él, pero los individuos que la forman, no, Y el individuo forma parte de la tribu tan estrechamente, que no se le ocurre conducirse en oposición a sus ordenanzas, como tampoco a mis dientes se les ocurre, de *motu proprio*, comenzar a morder la lengua salvajemente. Esas almas sencillas, y aún quedaban muchas incluso entre los autobuses, encontrarán su camino de salvación muy fácilmente. Las dificultades surgen cuando los individuos comienzan a tener conciencia de sí mismos como tales individuos, aparte de la tribu. Existe un número incontable de personas que debieran ser salvajes de tribu, pero que han ganado conciencia de su individualidad. No pueden ya obedecer a ojos cerrados la moralidad de la tribu, y son demasiado débiles para pensar por propia cuenta. Yo diría que la mayoría de las personas que viven en un país moderno y democrático están en esa etapa de su desarrollo demasiado conscientes de su personalidad para obedecer a ciegas, y demasiado ineptos para conducirse razonablemente por su propia cuenta. De ahí proviene la deliciosa situación de los asuntos contemporáneos, que tan profundamente regocija a nuestro amigo Chelifer. La sociedad moderna cae de espaldas pesadamente de continuo, por sentarse siempre entre dos asientos equidistantes de ellas: la tribu, y la sociedad de seres conscientes e inteligentes.

—Consuela pensar —dijo Chelifer— que la civilización moderna está haciendo todo lo que puede para restablecer el régimen de tribu, y aunque en una escala enorme y una escala nacional, y aun internacional. Imprentas baratas, teléfonos sin hilos, trenes, automóviles, gramófonos y todo lo demás, están haciendo posible la consolidación de la tribu, pero de una tribu no de miles, sino de millones de seres. A juzgar por las obras de los novelistas del *Middle West*, el proceso ya va bastante adelantado en los Estados Unidos. Dentro de unas generaciones, es posible que todo el planeta esté poblado por una inmensa tribu de lengua norteamericana, compuesta de individuos innumerables, que pensaran y se conducirán todos de manera idéntica, como los personajes de una novela de Sinclair Lewis. Es una fantasía grata, aunque,

naturalmente, el porvenir —añadió Chelifer cautamente— no es cosa que nos incumba. *Mr*. Cardan asintió y dio una chupada al veguero. —Eso desde luego es muy posible. Casi inevitable. Pues no considero ni remotamente probable que podamos dar el ser, al menos durante los próximos cuatro mil años, a una raza humana de inteligencia suficiente para que pueda formar una sociedad estable distinta de la tribu. La educación ha hecho imposible la tribu primitiva, y no ha hecho, ni hará nunca nada, para hacer posible una sociedad basada en principios distintos de los de la tribu. Será necesario, por lo tanto, crear una nueva clase de «tribalismo», sobre la base de la educación universal de los imbéciles, mediante el empleo de la radio, la prensa y todos los demás instrumentos susceptibles de ser empleados en la creación del Nuevo Orden. En una o dos generaciones de trabajo concienzudo y constante debiera ser posible, como dice Chelifer, convertir a todos los habitantes del planeta, con excepción de doscientos o trescientos por millón, en *Babbits*.

—Tal vez doscientos o trescientos fueran demasiados —dijo Chelifer.

—Es curioso —prosiguió *Mr*. Cardan reflexivamente— que el reformador más grande y de mayor influencia en tiempos modernos, Tolstoi, predicara el retorno a la antigua tribu como único remedio para la inquietud de la civilización y para la inseguridad de sus propósitos. Pero mientras nosotros propugnamos un «tribalismo» basado sobre los hechos, ¿o debiera decir «apariencias»? —interpuso sonriendo amistosamente a Calamy—, de la vida moderna, Tolstoi predicaba el retorno a la tribu primitiva, ineducada y sucia del salvaje. Esto, naturalmente, no puede ser, porque es poco probable que una vez conocido, los hombres toleren que *le confort moderne, como* lo llaman en los hoteles les sea arrebatado. Nuestra propuesta es más razonable: la creación de una tribu de *Babbits* que ocupe todo el planeta. Hoy en día la propagación de los *Babbits* sería mucho más sencilla que la de los *mujiks*. Pero, en fin, la idea de ambos proyectos es la misma: la reversión a la tribu. Y cuando Tolstoi, Chelifer y yo estamos de acuerdo sobre algo, ¡qué caramba!, la idea no puede ser descabellada. Por cierto, Calamy, espero que no hayamos estado hiriendo su susceptibilidad. ¿Por ventura está usted «mujikeando» en estas cumbres? ¿Cavando y sacrificando cerdos y cosas así? ¿Eh? Espero que no.

Calamy negó con la cabeza, riendo.

—Corto leña por la mañana para hacer ejercicio. Pero no por cuestión de principio, se lo aseguro.

—Ah, bueno. Menos mal —dijo *Mr*. Cardan-Temí que lo hiciera doctrinariamente

—Sería una sandez —dijo Calamy—. ¿Por qué hacer incompetentemente una cosa para la que no tengo aptitud? ¿Una cosa que, además, me impediría ocuparme en otras para las cuales aunque en grado mínimo, tengo cierta aptitud ingénita?

—Y ¿qué cosas, puedo preguntar, son ésas? —preguntó *Mr*. Cardan con deferencia fingida y cortesía discreta y simulada.

—Eso debiera escocerme —respondió Calamy sonriendo—; pero hace usted bien en preguntarlo. Pues es muy cierto que hasta la fecha ha resultado difícil apreciar para qué pueda yo tener talento especial. Ni siquiera yo lo he sabido. ¿Para hacer el amor? ¿Para la equitación? ¿Para cazar antílopes en África? ¿Para mandar una compañía de infantería? ¿Para leer al azar y a velocidad de centella? ¿Para beber champaña? ¿Para recordar cosas? ¿Para cantar con mi voz de bajo? ¿Para qué? Creo en verdad que para lo primero: para hacer el amor.

—No es una aptitud despreciable —dijo *Mr*. Cardan.

—Mas encuentro que no es una aptitud que pueda uno continuar cultivando indefinidamente —dijo Calamy—. Y lo mismo les ocurre a los demás. Al menos ésa es mi experiencia personal… No; si no tuviera otras aptitudes adicionales, bien pudiera ocurrir que me dedicase exclusivamente a cavar la tierra. Pero hallo en mí una cierta capacidad para la meditación, la cual me parece digna de cultivo. Y dudo que pueda uno cultivar la meditación y, simultáneamente, la tierra. Así, pues, corto leña para hacer ejercicio.

—Me alegro —dijo *Mr*. Cardan—. Me apesadumbraría enterarme de que estaba usted dedicado a alguna actividad útil. Conserva usted los instintos de un caballero. Eso es excelente…

—¡Satanás! —dijo Calamy riendo—. Pero, ¿cree usted que no sé perfectamente que se podría redactar un pliego de cargos tremendo contra el santón ocioso que permanece sentado contemplándose el ombligo mientras los demás trabajan? ¿Cree usted que no he pensado en eso?

—Seguro que habrá pensado en ello —replicó *Mr*. Cardan con ojos brillantes de buen humor.

—El pliego de cargos es abrumador, sin duda. Pero sólo es convincente en aquellos casos en los que el anacoreta no cumple con su obligación como es

debido, cuando nació para una vida activa y no para una vida contemplativa. Los imbéciles que van de un lado a otro gritando que la acción es la finalidad de la vida, y que el pensar de nada sirve si no conduce a la acción, hablan exclusivamente acerca de lo que a ellos les concierne. Hay ochenta y cuatro mil caminos… El contemplativo puro tiene derecho a uno de ellos.

—Yo sería el último en negarlo —dijo *Mr*. Cardan.

—Si descubro que no es este mi camino, daré la vuelta y probaré a ver qué puedo lograr llevando una vida práctica. Hasta la fecha, he de decirlo, no he observado nada que justifique esperanza alguna de que yo pueda llegar lejos por ahí. Pero también es verdad que no busqué el camino en los lugares en donde era probable que lo encontrara.

—La principal objeción que siempre he encontrado a una prolongada onfalokepsia —dijo *Mr*. Cardan, después de unos momentos de silencio— es que queda uno dependiendo excesivamente de los propios medios; tiene que vivir, por así decirlo, de las propias grasas, en lugar de nutrirse externamente. Y él conocimiento del propio ser jesuita imposible, porqué no puede uno conocerse excepto en relación con los demás.

—Eso es verdad —dijo Calamy—. Hay una parte nuestra que, desde luego, únicamente puede conocerse en relación con lo externo. Pero creo que en doce o quince años de vida adulta he adquirido conocimiento completo de esa parte mía. He conocido a mucha gente, me he encontrado en muchas situaciones curiosas, y, por tanto, creo que todas las posibilidades latentes en mí de esa naturaleza han tenido ocasión de desarrollarse y manifestarse de hecho. ¿A qué continuar? Ya no hay nada que me interese descubrir en esa dirección. Ya no creo que pudiera descubrir en mí cosa alguna de importancia gracias al contacto con lo externo. Por el contrario, existe todo un universo desconocido dentro de mí ofreciéndose a ser explorado; todo un universo al cual únicamente se puede llegar por el camino de la autoinvestigación interna y de la reflexión paciente y continuada. Aunque no fuera más que para satisfacer la curiosidad, ya valdría la pena el explorarlo. Pero otros motivos más fuertes que la curiosidad me impulsan a hacerlo. Lo que pudiera encontrar allí dentro es tan importante que casi resulta cuestión de vida o muerte emprender la investigación.

—No sé… —dijo *Mr*. Cardan—. ¿Qué ocurrirá al cabo de tres meses de castas meditaciones, cuando una tentación amable y joven aparezca en esta carretera «contoneando las caderas», como diría Zola, y revolviendo los ojos,

grandes y negros? ¿Qué acontecerá con sus exploraciones del universo interno, si permite que se lo pregunte?

—Espero que proseguirán sin interrupción —dijo Calamy.

—¿Espera? ¿Piadosamente?

—Y haré, desde luego, todo lo que pueda para que prosigan —añadió Calamy.

—No lo hallará fácil —le aseguró *Mr*. Cardan.

—Lo sé.

—Tal vez descubra usted que puede investigar simultáneamente la tentación y el universo interno.

Calamy sacudió la cabeza.

—Eso no puede ser. Sería delicioso, mas es imposible, por algún motivo. Ni siquiera de manera moderada es posible tal cosa. Lo sé, más o menos, por propia experiencia. Y todas las autoridades sobre el tema están acordes.

—Pero, al fin y al cabo —dijo Chelifer—, ha habido religiones paganas que prescribían la indulgencia en tales tentaciones como disciplina o ceremonialmente durante ciertas épocas y para celebrar determinadas fiestas.

—Pero no pretendían —respondió Calamy— que tales prácticas facilitasen a quienes participaban en ellas la labor del examen interno.

—Puede que sí lo pretendieran —objetó Chelifer. Después de todo no existe ninguna ley contante. En ciertas épocas y ciertos lugares, los padres son honrados al alcanzar la senectud; en otros lugares, durante períodos diferentes, los descalabran y los arrojan al *pot-au-feu*. En una u otra época, todo se ha permitido y todo se ha condenado.

—Eso es cierto únicamente con reservas —dijo Calamy—, y las reservas son la parte más importante. Existe, creo yo, un paralelismo entre el mundo oral y el físico. En el mundo físico, la realidad incognoscible recibe el nombre de Continuo de Cuatro Dimensiones. El Continuo es idéntico para todos los observadores; pero cuando varias personas desean trazar un plano para su propio uso, eligen ejes distintos para sus gráficos, de acuerdo con sus propias mociones, y de acuerdo con sus propias mentalidades y limitaciones físicas. Los seres humanos han elegido como ejes un espacio de tres dimensiones y el tiempo. Sus intelectos, sus cuerpos y el planeta en que viven; siendo lo que son, los seres humanos no hubieran podido elegir de otra manera. El espacio y

el tiempo son para nosotros ideas necesarias e inevitables. Y cuando queremos trazar un plano de esa otra realidad en que vivimos (¿es distinta, o es, de alguna manera incomprensible, la misma?) elegimos, sin escape posible, sin poderlo remediar, esos ejes de referencia que llamamos el Bien y el Mal. Las leyes de nuestra naturaleza hacen necesario que veamos las cosas bajo el aspecto de malas y buenas. La realidad es la misma; pero los ejes varían de acuerdo con la situación mental, por así decirlo, y la distinta capacidad de los diferentes observadores. Algunos observadores son de visión clara, y están colocados, por algún motivo, más ventajosamente que otros. Los incesantes cambios de las convenciones sociales y de los códigos éticos a través de la historia representan las mudanzas de los ejes de referencia escogidos por los observadores menos curiosos, más miopes y peor situados. Pero los ejes elegidos por los observadores más sagaces siempre han sido pasmosamente iguales. Gautama y Lao-tsé, y otros excelsos personajes vivieron suficientemente apartados entre sí geográfica, temporal y socialmente. Pero sus planos de la realidad se asemejan los unos a los otros de manera impresionante. Cuánto mayor sea la penetración de un hombre, más exactamente coincidirán sus ejes de referencia moral con los de esos grandes observadores. Y si todos estos agudísimos observadores están conformes en decir que esas diversiones especiales interfieren con la exploración del mundo espiritual, podemos estar bastante seguros de que así es. En sí, naturalmente, la satisfacción natural y moderada del instinto sexual no puede considerarse como inmoral, únicamente en relación con otras cosas puede ser considerada como buena o como mala la satisfacción de un instinto natural. Puede ser mala, por ejemplo, si supone fraude o crueldad. Es desde luego mala si esclaviza una mente que en su fuero interno anhela la libertad para contemplar y recogerse dentro de sí misma.

—Evidente —dijo *Mr*. Cardan—, pero yo, hombre práctico, únicamente puedo decir que va a serle terriblemente difícil conservar tal libertad. El contoneo de caderas…

Movió su cigarro puro de un lado a otro, y continuó:

—Volveré por aquí dentro de seis meses y veré lo que opina usted acerca de todo. Es extraordinario el efecto que los apetitos naturales pueden tener sobre los buenos propósitos. Una vez saciado, cree uno que la enmienda será sencilla; mas cuando vuelve el hambre, ¡ah, qué difícil resulta!

Callaron. Las sombras humosas habían ido trepando por las laderas, más y más alto. Las montañas vecinas estaban completamente negras y las nubes

que rodeaban sus picachos habíanse tornado oscuras y amenazadoras, excepto en aquellos puntos de su parte superior en los que tocaba el sol, al declinar, con una luz cuyo fulgor no disminuía. Las sombras habían ya subido hasta unos sesenta metros del lugar en que estaban sentados, y pronto los envolverían. Las seis cabras, acompañadas del *retinglero* tintineo de las esquilas y del resonar de sus duras pezuñas contra las piedras, aparecieron trotando sendero abajo. El zagal corría tras ellas blandiendo su palo y gritando:

—¡Eia úuuuu…!

Eran sus voces de furia homérica, mas al ver a los tres hombres sentados en el banco adosado a la fachada de la casa, calló repentinamente, enrojeció y se escabulló de manera bien poco heroica, apenas hallando dentro de sí arrestos para dirigirse a sus cabras en un susurro, y acomodarlas después en el establo.

Chelifer, que había estado observando los movimientos de las cabras con cierta curiosidad, dijo ahora:

—Creo que esas han sido las primeras cabras que he visto o que olido vivas, desde que comencé a escribir sobre ellas en mi periódico. Interesantísimo. Casi llega uno a olvidarse de que existen.

—Uno tiene que olvidar que todo y todos existen, salvo uno mismo —dijo *Mr*. Cardan—. Suele ser desagradable el recordatorio repentino de que no es precisamente así.

—Dentro de tres días —dijo Chelifer pensativamente— estaré de nuevo en mi despacho. Conejos, cabras, ratones…; Fetter Lane; la pensión en familia…, todos los acostumbrados horrores de la realidad.

—¡Sentimental! —dijo Calamy, burlonamente.

—Mientras tanto —dijo *Mr*. Cardan—, Lilian ha decidido ir a Montecarlo. Yo, naturalmente, la acompaño. No es posible rechazar comidas gratis cuando nos son ofrecidas. —Arrojó la colilla de su puro, se levantó y estiró brazos y piernas—. Tenemos que bajar antes de que oscurezca.

—Entonces, ¿no le veré a usted durante algún tiempo? —dijo Calamy.

—No tema; volveré dentro de seis meses. Aunque tenga que pagarme el viaje.

Subieron por el sendero hasta la carretera.

—Adiós.

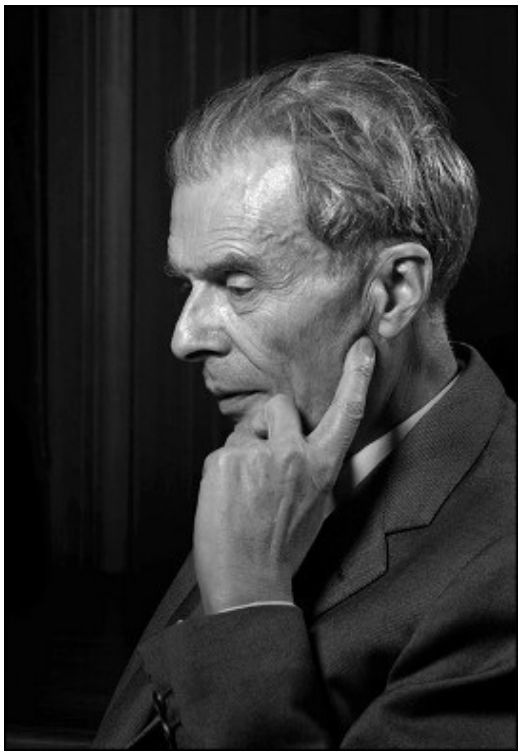
—Adiós.

Calamy los vio alejarse, hasta que desaparecieron en un recodo de la carretera. Una profunda melancolía se apoderó de él. Con ellos le pareció que se había ido toda su vida anterior. Quedaba a solas con algo nuevo y extraño. ¿Qué significaría esta separación?

Quizá nada. Quizás había cometido en realidad una necedad.

Ya la sombra se había apoderado de la casa. Mirando ladera arriba pudo ver un grupo de árboles brillando todavía, como si estuvieran preparados para asistir a una fiesta que se celebrase por encima de las tinieblas que iban cubriéndolo todo. En la entrada del valle, como una gema inmensa que fulgiera con su propio fuego interno, los riscos de mármol atravesaban las nubes y tocaban el cielo azul. Quizá había cometido una locura, se dijo Calamy. Pero mirando aquel picacho refulgente, se sintió algo más confortado.

FIN



ALDOUS HUXLEY. Escritor, poeta y filósofo inglés, miembro de una importante familia de intelectuales, entre los que hubo eminentes biólogos y hasta un Premio Nobel.

Siendo joven, Huxley sufrió graves problemas visuales que retrasaron su educación universitaria en Oxford, pero una vez superada su enfermedad terminó sus estudios y viajó por Europa en calidad de crítico de arte y literatura.

Durante esa época, Huxley escribió sobre todo poesia y cuentos y sus primeras novelas no tuvieron demasiado eco. En 1932 publicó la que sería su obra más famosa y controvertida: *Un mundo feliz,* en el que plasma varias de sus obsesiones más conocidas, como el control del estado y la deshumanización de la tecnología.

En 1937 abandona Inglaterra y decide establecerse en los Estados Unidos. A partir de esta época, el escritor comienza sus experimentos con las drogas psicoactivas y se centra en el misticismo como objeto de análisis.

Quizá sea *Las puertas de la percepción* (1954) el libro que mejor recoge las experiencias de Huxley durante toda esta época.

Tras la muerte de su primera esposa, Huxley volvió a casarse. En 1960 le fue diagnosticado un cáncer de garganta al que no sobreviviría. Su última novela, *La isla*, se publicó en 1962.

Aldous Huxley murió en Los Ángeles el 22 de Noviembre de 1963, a los sesenta y nueve años de edad.

Notas

[1]

Mientras tanto, si quieres ganar.

Una bonita lotería,

Juega al siete y al dieciséis.

Junto al cincuenta y ocho. (N. del Ed.) <<

[2] *á propos de bottes*: expresión francesa que significa «sin motivo aparente». (*N. del Ed.*) <<

[3] *pistoiese*: originario de Pistoia, en Toscana.. (*N. del Ed.*) <<

[4] *Seicento* es la palabra italiana para 600. Como forma corta para *mille seicento* que representa la cultura italiana del siglo XVII. En este sentido, significa principalmente el barroco italiano y diversas innovaciones artísticas, especialmente en la música barroca y la ópera. (*N. del Ed.*) <<

[5] Giovanni Pico della Mirandola (1463-1494) fue un humanista y pensador italiano. Es más conocido por los eventos acaecidos en 1486, cuando a la edad de veintitrés años propuso defender 900 tesis de religión, filosofía, filosofía de la naturaleza y magia contra todos los prometedores, a lo que escribió *Oratio de hominis dignitate*, que ha sido llamado como el Manifiesto del Renacimiento, y una clave de textos sobre el humanismo renacentista, a lo que llamó la Reforma hermenéutica. (*N. del Ed.*) <<

[6] Alusión a unos versos de Augustas de Morgan que casi han pasado a constituir una frase hecha en inglés:

Las pulgas grandes tienen otras pequeñas que las pican;

Las pequeñas otras más chicas, y así,

«ad infinitium». (N. del T.) <<

[7] *pas seuls*: baile realizado por una persona. (*N. del Ed.*) <<

[8] Este hombre caliente del Imperio, acostumbrado al imperio, ignoraba absolutamente las formas del amor moderno, los nuevos escrúpulos, las diferentes conversaciones desde 1830 y donde la «pobre mujer débil» termina siendo considerada como la víctima de los deseos de su amante, como una cantante que piensa en heridas, como un ángel que se entrega a sí misma. Este nuevo arte de amar consumió palabras enormemente evangélicas en la obra del diablo. La pasión es un martirio. Aspiramos al ideal, al infinito en ambos lados; Queremos ser mejores a través del amor. Todas estas hermosas oraciones son un pretexto para poner aún más entusiasmo en la práctica, más rabia en las caídas. (*N. del Ed.*) <<

[9] … que en el pasado Esta hipocresía, el carácter de nuestro tiempo, tiene una galantería gangrenosa. (*N. del Ed.*) <<

[10] *santasantórum*: Parte más reservada y secreta de un lugar a la que solo tienen acceso algunas personas que gozan de determinados privilegios. (*N. del Ed.*) <<

[11] *perfunctoria*: sin cuidado; a la ligera. (*N. del Ed.*) <<

[12] *Palais de Danse*: nombre popular popular para salones de baile. (*N. del Ed.*) <<

[13] *sálonniére*: organizadora de salones literarios, o sea una reunión celebrada en la residencia de un anfitrión o anfitriona, de quien tomaba el nombre; su finalidad era disfrutar de compañía amena, refinar el gusto y ampliar conocimientos mediante la conversación y la lectura, para lo que a menudo se seguía deliberadamente la definición de los fines de la poesía del poeta clásico Horacio: «agradar y educar». El término «salón literario» suele asociarse a las reuniones literarias y filosóficas francesas de los siglos XVII y XVIII, aunque su práctica pervive hasta hoy en todo el mundo. Sus anfitriones solían ser mujeres amantes de la cultura, llamadas por ello *salonnières*. (*N. del Ed.*) <<

[14] Ha parecido conveniente dejar estos versos sin traducir. (*N. del T.*) <<

[15] Shakespeare es siempre difícil de traducir. Pero pretender verter a otro Idioma dos o tres palabras suyas, tomadas aisladamente, y buscar el conservar su música y sus sugerencias es absolutamente Imposible. Las frases citadas por Mi autor se encuentran en «El Fénix y la Tórtola», línea 14; en la escena primera del acto III de «Macbeth», y en la primera línea del soneto CXXXXX. Sus significados «aproximados» son: 1. Música difunta. 2. Perros lanudos (*shaughs*); otros perros lanudos y de aguas (*water-rugs*); y medio lobos (*demlwolves*). 8. El gasto del espíritu es un despilfarro de vergüenza. (*N. del T.*) <<

[16] En inglés, «rabbit». Antiguamente, «cony». (*N. del T.*) <<

[17] Conejo. (*N. del T.*) <<

[18] Conejo. (*N. del T.*) <<

[19] «Occdit miseros crambe repetita magistros». Juvenal, *Sátiras*, VII-154. (*N. del T.*)

Repollo recalentado. (*N. del Ed.*) <<

[20] *Evviva*:¡Viva! (del italiano). (*N. del Ed.*) <<

[21] *embarras de richesse*: Una abundancia superflua de opciones, de las cuales resulta difícil seleccionar una. (*N. del Ed.*) <<

[22] Cargo universitario sin correspondencia en castellano. (*N. del T.*) <<

[23] Sigue un prolongado juego de palabras basado en el nombre de este antiguo baile francés, «*fading*», que también es gerundio del verbo «fade», desvanecerse, desaparecer poco a poco, volatizarse, marchitarse, perder color. (*N. del T.*) <<

[24] Alusión a la teoría, hoy casi olvidada, de que Francis Bacon fue el verdadero autor de las obras de Shakespeare. (*N. del T.*) <<

[25] *tout court*: de todos modos. (*N. del Ed.*) <<

[26] Alusión a un villancico de Helmore y Neale:

—Señor, se hizo la noche más oscura, el viento sopla con mayor violencia; me falta el corazón, no sé la causa, he perdido mis fuerzas.

—Observa mis pisadas, mi buen paje, y sin recelo pon tus pies en ellas. Verás cómo la furia del invierno hiela tu sangre con menor crudeza.

(«El buen Bey Wenceslao»). (N. del T.) <<

[27] William Wordsworth (1770-1850). Realizó un vigoroso y lúcido esfuerzo por llevar a la poesía las vibraciones más sutiles del alma, sirviéndose de los elementos que proporciona la vida cotidiana, transformados por la intervención de una sensibilidad extremadamente imaginativa. (*N. del Ed.*) <<

[28] *Crex pratensis*: rey de codornices (*Crex crex*) es una especie de ave gruiforme propia de Eurasia y África. Es un ave de plumaje críptico y hábitos discretos que suele vivir escondida en los herbazales húmedos. (*N. del Ed.*.) <<

[29] *poudre de riz*: polvos de arroz. (*N. del Ed.*) <<

[30] «Bien está lo Que bien Acaba»: «Una comedia de Errores»; dos obras de Shakespeare. (*N. del T.*) <<

[31] Bellísima, te deseo muchísima felicidad. (*N. del Ed.*) <<

[32] Te beso por todas partes. (*N. del Ed.*) <<

[33] *Belli sono*: Es hermoso. (*N. del Ed.*) <<

[34] En español en el original. (*N. del T.*) <<

[35]

Cómo engañar a los aburridos y lentos
días de vida con mucho aburrimiento.
El insufrible fastidio acompaña,
yo te enseñaré. (N. del Ed.) <<

[36] *raison d’être*: razón de ser. (*N. del Ed.*) <<

[37] *Fais le que voudras*: Haz lo que quieras. (*N. del Ed.*) <<

[38] *La divina comedis* de Dante Alighieri (Canto I)

En medio del camino de nuestra vida,

me encontré por una selva oscura,

porque la recta vía era perdida. (N. del Ed.) <<

[39] He perdido mi camino. (*N. del Ed.*) <<

[40] Tal vez podría darme alguna indicación. (*N. del Ed.*) <<

[41] «Siena me hizo, Maremma me deshizo» (5.134). Esta frase escalofriante y concisa nos dice que la oradora aquí es Pia Tolomei: nacida de una noble familia de Siena, esta mujer fue supuestamente asesinada en 1295 por orden de su marido, Paganello de ‘Pannocchieschi. “Nello”, un líder toscano de los guelphs, era dueño de un castillo en Maremma (la región costera cerca de Siena). Mientras que algunos dicen que el asesinato se llevó a cabo con tanto secreto que nunca se supo de qué se trataba, otros afirman que Nello le ordenó a un sirviente que tomara a Pia de los pies y la arrojara desde la ventana del castillo. Un motivo para el asesinato puede haber sido el deseo de Nello de casarse con su vecina, una condesa viuda. La preocupación de Pia por el bienestar de Dante y su solicitud para ser recordada quizás recuerde la cortesía mostrada por otra mujer, Francesca, en el quinto canto del Infierno. (*N. del Ed.*) <<

[42] *Davvero*: Ciertamente. (*N. del Ed.*) <<

[43] El Mayflower fue el barco en que emigraron a América (1620) los llamados «Padres peregrinos, de convicciones puritana». (*N. del T.*) <<

[44] *Eheu*, *fugaces*: Desgraciadamente pasa muy rápido (alusión al poema de Horacio Horacio (Carmina, II, XIV). (*N. del Ed.*) <<

[45] *éclair*: bollo fino hecho con pasta *choux*, a la que se da forma alargada y se hornea hasta que queda crujiente y hueco, y que habitualmente se rellena. (*N. del Ed.*) <<

[46] Cerveza, en un sajón belezo. (*N. del T.*) <<

[47] *Liebe*: amor; querido. (*N. del Ed.*) <<

[48] *keratitis punctata*: trastorno ocular provocado por la muerte de pequeños grupos de células de la superficie de la córnea (la capa transparente situada delante del iris y de la pupila). (*N. del Ed.*) <<

[49] El día de Guy Fawkes es el 5 de noviembre. (*N. del T.*) <<

[50]

Un moro, por despecho y por súplica,

Dispara al elefante. (N. del Ed.) <<

[51] *proboscídeo*: elefante. (*N. del Ed.*) <<

[52] Alusión a un personaje fantástico de Alicia en el País de las Maravillas, por O. L. Dogson, que se desvanece poco a poco hasta desaparecer. (*N. del T.*) <<

[53] *Hinc illae lacrimae*: de ahí esas lágrimas. (*N. del Ed.*) <<

[54] a más hombres, más disputas. (*N. del Ed.*) <<

[55] ¿Qué te parece el temperamento? (*N. del Ed.*) <<

[56] De sobra; más que suficiente. (*N. del Ed.*) <<

[57] Thomas Cranmer, perseguido por sus ideas, se desdijo de ellas por escrito, pero fue condenado a muerte. Al ser colocado en la hoguera, metió la mano en el fuego diciendo que debía arder la primera por haberle traicionado. (*N. del T.*) <<